

# AMOS OZ

## Tierra de chacales




Siruela

Amos Oz

## Tierra de chacales

Relatos escritos entre 1962 y 1965,  
y revisados en 1975

Traducción del hebreo de  
Raquel García Lozano

 Siruela

Biblioteca Amos Oz

Edición en formato digital: julio de 2017

Título original: / *Where the Jackals Howl*

En cubierta: fotografía de © Leonard Freed/Magnum Photos/Contacto

Diseño gráfico: Ediciones Siruela

© Amos Oz, 1980

All rights reserved

© De la traducción, Raquel García Lozano

© Ediciones Siruela, S. A., 2017

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Siruela, S. A.  
c/ Almagro 25, ppal. dcha.  
28010 Madrid.

[www.siruela.com](http://www.siruela.com)

ISBN: 978-84-17151-48-5

Conversión a formato digital: María Belloso

# Índice

Tierra de chacales

Nómadas y víbora

La inercia del viento

Antes de tiempo

El monasterio trapense

Fuego extraño

Todos los ríos

Arreglar el mundo

Una piedra hueca

En esta mala tierra

*A Nily*

# Tierra de chacales

## 1

Finalmente cesó la ola de calor.

Una ráfaga de brisa marina atravesó la sofocante densidad del aire y abrió grietas de frescor. Primero llegaron suaves rachas vacilantes, y las copas de los cipreses se estremecieron de placer, como si, desde las raíces, una corriente hubiese recorrido sus finos troncos.

Al atardecer, arreció el viento de poniente. La ola de calor fue empujada hacia el este, desde la llanura costera hacia los montes de Judá y desde los montes de Judá hacia el valle de Jericó, y desde allí hacia los desiertos de escorpiones al este del Jordán. Parecía que había sido la última ola de calor. El otoño estaba cerca.

Los niños del kibutz inundaron las parcelas de césped con sus estridentes gritos de alegría. Sus padres llevaron hamacas desde los porches hacia los jardines. No hay regla sin excepción, solía decir Sashka. En esa ocasión, él fue la excepción al encerrarse en su habitación para añadir un nuevo capítulo a su libro sobre los problemas a los que se enfrenta el kibutz en los nuevos tiempos.

Sashka era uno de los fundadores de nuestro kibutz y uno de sus más destacados activos. Un hombre fornido, rubicundo y con gafas. Tenía un rostro sensible y agradable, con una expresión de seguridad paternal. La actividad de Sashka era frenética. El agradable viento de la tarde que entraba en la habitación le obligó a poner un cenicero encima de los rebeldes papeles. Una entusiasta honestidad palpitaba en él y pulía sus frases. Los nuevos tiempos, se decía Sashka, necesitan nuevos conceptos. Lo importante es que

no nos estanquemos, que no nos repitamos, que seamos enérgicos y estemos alerta.

Los muros de las casas, los tejados de cinc de los cobertizos, los tubos de hierro amontonados junto a la carpintería empezaron a desprender todo el fuego que habían acumulado durante la ola de calor.

Galila, la hija de Sashka y de Tania, estaba duchándose con agua fría. Tenía las manos juntas sobre la nuca y los codos tensos hacia atrás. El cuarto de baño estaba en penumbra. Su cabello rubio, que le caía pesadamente sobre los hombros, también le parecía oscuro. Si hubiese aquí un espejo grande, tal vez me pondría enfrente y contemplaría mi cuerpo. Despacio, con calma. Como si mirase la brisa marina que está soplando fuera.

Pero el cuarto de baño era pequeño, casi una celda cuadrada, y allí no podía haber ningún espejo grande. Por eso, los movimientos de Galila eran rápidos y tensos. Se secó precipitadamente y se puso la ropa limpia. ¿Qué quería Matitiahú Damkov de mí? Quería que fuese a su casa después de cenar. Cuando éramos pequeños, nos gustaba observarlo, a él y a sus caballos. Pero perder la tarde en una sudorosa habitación de soltero, eso es demasiado. Ha prometido darme pinturas llegadas del extranjero, es cierto. Pero, por otra parte, la tarde es corta y no tenemos más horas libres. Somos jóvenes trabajadoras.

Qué confuso y desdichado parecía Matitiahú Damkov cuando me ha cerrado el paso y me ha dicho que fuese a verlo después de cenar. Y esa mano agitándose, cortando el aire, intentando arrancarle palabras al viento del desierto, y esa boca como de pez fuera del agua, sin lograr encontrar las palabras que buscaba. «Justamente esta tarde. Te conviene venir un momento», eso ha dicho, «ya verás lo interesante que te resulta. Un momento. Y también es muy... importante. No te arrepentirás. Son telas y pinturas que usan los artistas profesionales. También. De hecho, ha sido mi primo León, que vive en Sudamérica, quien me ha enviado todo eso. Y yo no necesito pinturas ni telas. ¿Qué voy a hacer yo con eso? Es todo para ti, pero tienes que asegurarme que vendrás».

Al recordar esas palabras, Galila sintió náuseas y júbilo. Pensó en la fascinante fealdad de Matitiahú Damkov, que la había elegido a ella para

legarle las telas y las pinturas. Pues voy a ir a ver de qué se trata y por qué precisamente yo. Pero no me quedaré en su habitación más de cinco minutos.

## 2

En las montañas, la puesta de sol es brusca y abrupta. Nuestro kibutz se encuentra en la llanura, y las llanuras alargan su caída y amortiguan el impacto. Lentamente, como un ave de paso cansada, cae la oscuridad sobre el lugar. Primero se oscurecen los almacenes y los graneros, que no tienen ventanas. La oscuridad no los lastima al llegar, porque jamás los abandona del todo. Después es el turno de las viviendas. Un temporizador acciona el generador. Sus latidos, desde el final de la cuesta, son como un corazón palpitante, como un tambor lejano. Las venas de electricidad despiertan a la vida y una corriente oculta recorre nuestras delgadas paredes. En ese momento surge la luz en las ventanas de la zona de veteranos. Las piezas metálicas situadas en lo alto del depósito de agua recogen los últimos destellos de luz y los retienen durante un buen rato. Por último, también se ensombrece el pararrayos de hierro situado en lo alto del depósito.

Los ancianos continúan descansando en las hamacas. Como objetos inanimados, permiten que la oscuridad los cubra sin oponer resistencia.

Antes de las siete, el kibutz empieza a moverse hacia la explanada del comedor. Despacio. Unos charlan sobre lo que ha ocurrido hoy, otros conversan sobre lo que hay que hacer mañana, y otros no dicen nada. Es el momento en el que Matitiahú Damkov sale de su madriguera y se relaciona con las personas. En ese momento no es una excepción. Cierra con llave la puerta de su habitación, deja tras él los estériles y solitarios objetos inanimados y se dirige hacia la bulliciosa vida del comedor.

## 3

Matitiahú Damkov es un hombre pequeño, delgado y oscuro. Es todo huesos y músculos. Tiene los ojos estrechos y hundidos, las mandíbulas algo torcidas



y una constante expresión de llevar razón: ya os lo había dicho. Llegó aquí justo después de la Segunda Guerra Mundial. Procedente de Bulgaria. Dónde estuvo y qué hizo, Damkov no lo cuenta. Y nosotros no le pedimos cuentas a nadie. Tiene por ahí algún intervalo sudamericano. Y también bigote.

El cuerpo de Matitiahu Damkov es una ingeniosa obra de artesanía: un torso delgado, juvenil y fuerte y con una elasticidad casi antinatural. Qué gran impresión causa ese cuerpo en las mujeres. En los hombres provoca una nerviosa incomodidad.

La mano izquierda de Matitiahu Damkov puede juntar el pulgar y el meñique. Entre el pulgar y el meñique hay un espacio vacío. De hecho, dice Matitiahu Damkov, a lo largo de la guerra la gente también perdió más de tres dedos.

Durante el día, trabaja en la herrería. Su torso desnudo brilla por el sudor. Los músculos bailan bajo su piel tersa como muelles comprimidos. Suelda piezas y tubos, endereza herramientas torcidas y recompone utensilios viejos. Su mano derecha, la completa, es lo suficientemente fuerte como para levantar el pesado martillo y dejarlo caer sobre los objetos con furia refrenada.

Hace muchos años, Matitiahu Damkov herraba los caballos del kibutz con una destreza que encandilaba a todo el mundo. Parece ser que, ya en Bulgaria, se dedicaba a la cría de caballos. Algunas veces, señalaba con desgana alguna vaga diferencia entre los caballos de tiro y los caballos sementales, y recordaba a los niños congregados a su alrededor que su socio o primo León y él criaban los caballos más valiosos entre el Danubio y el mar Egeo.

El día que el kibutz dejó de utilizar caballos, el oficio de Matitiahu Damkov cayó en el olvido. Algunas chicas recogían herraduras abandonadas y las usaban para adornar las habitaciones. Solo los niños que habían visto el arte de herrar, solo ellos recordaban a veces la destreza, el dolor, el olor embriagador, la agilidad. Galila solía mordisquear una trenza clara mientras, desde la distancia, lo miraba con unos ojos rasgados, oscuros, los ojos de su madre, no los ojos de su padre.

Ella no vendrá.

No me creo sus promesas.

Le doy miedo. Y es suspicaz como su padre y lista como Tania. No vendrá. Y si viniese, no se lo diría. Y si se lo dijese, no se lo creería. Iría a contárselo todo a Sashka. Con palabras es completamente imposible. Pero aquí están la gente y la luz: que aproveche.

En cada mesa relucían los cubiertos, y también las jarras de metal y las bandejas del pan.

—Hay que afilarlo —les dijo Matitiahú Damkov a sus vecinos de mesa, mientras cortaba en finas tiras las cebollas y los tomates y añadía sal, vinagre y aceite—. En invierno, cuando haya menos trabajo, afilaré todos los cuchillos del comedor y también arreglaré el canalón. De hecho, el invierno ya está cerca. Creo que esta ola de calor ha sido la última. Este año el invierno nos va a pillar desprevenidos.

En un extremo del comedor, junto al pasillo que conduce al cuarto de las calderas y a la cocina, una maraña de enjutos veteranos, calvos o con el pelo blanco, se amontonaba alrededor del periódico vespertino. Las hojas habían sido separadas y vagaban entre los lectores. Filas de «suscriptores» se agrupaban alrededor de las distintas secciones del periódico. Y, entre tanto, algunos hacían comentarios. Otros miraban fijamente a los comentaristas con una expresión senil, cansada y jocosa al mismo tiempo. Y también había otros que escuchaban sin hablar y con una pena callada en su rostro. Esos, como decía Sashka, eran los más leales, los que realmente se dolían del sufrimiento del movimiento obrero.

Mientras los hombres se congregaban alrededor del periódico y se ocupaban de la política, las mujeres se agolpaban junto a la mesa del coordinador de los turnos de trabajo. Tania alzaba la voz en señal de protesta. Su rostro estaba consumido y sus ojos, afligidos y cansados. Con el cenicero de latón que tenía en la mano golpeaba la mesa al ritmo de sus quejas, lo primero, lo segundo y lo tercero. Su cuerpo, inclinado sobre los horarios de trabajo, parecía sometido al yugo de la injusticia que se le había infringido o que se le iba a infringir. Tenía el cabello gris. Matitiahú Damkov escuchaba su voz, pero no captaba lo que decía. Sin duda, el coordinador intentaba

zafarse con dignidad de la ira de Tania. Y ella, recogiendo inesperadamente el fruto de la victoria, se incorporó y se dirigió directamente a la mesa de Matitiahú Damkov.

—Y tú, Matitiahú Damkov, sabes que tengo muchísima paciencia —dijo—. Pero todo tiene un límite. Si mañana a las diez de la mañana el marco no está soldado, pondré el kibutz patas arriba. Todo tiene un límite.

El hombre contrajo los músculos de la cara de tal modo que su fealdad se potenció y se intensificó hasta lo insoportable, como una máscara de payaso, como una aparición espantosa.

—En realidad —dijo en voz baja—, no hay razón para que te pongas así. Tu marco lleva ya varios días soldado, y no has ido a recogerlo. Ven mañana. Ven cuando quieras. A mí no hay que apremiarme para que haga mi trabajo.

—¿Apremiarte? ¿Yo? Ni una sola vez en toda mi vida me he atrevido a meter prisa a un trabajador. Perdóname. Estoy segura de que no te has ofendido.

—Yo no me ofendo —sentenció Matitiahú—. Todo lo contrario. Yo ni siquiera me inmuto. Buenas noches.

Esas palabras han puesto punto y final a los asuntos del comedor. Es hora de irse a la habitación, encender una pequeña luz, sentarse en la cama y esperar en silencio. ¿Y qué más? Ah, sí. Tabaco. Cerillas. Cenicero.

#### 4

La corriente eléctrica palpita en venas entrelazadas y lo ilumina todo con una luz agotada: nuestras pequeñas casas de tejado rojo, nuestros jardines, los caminos de cemento resquebrajados, los cercados y los vertederos de chatarra, el silencio. Son charcos de luz débil y turbia. Una luz vieja.

A lo largo de la alambrada que delimita el perímetro hay postes de madera, regularmente distribuidos, con focos de vigilancia encima. Esos focos intentan iluminar los campos y los barrancos hasta los pies de las montañas. Un pequeño círculo de tierra labrada regado por las luces de la alambrada. Pero fuera de ese círculo hay noche y silencio. Las noches de otoño no son

negras. Aquí no. El color de las noches es casi morado. Un resplandor morado parece brillar sobre los campos, los huertos y los frutales. Los frutales ya han empezado a amarillear. La suave luz morada envuelve las copas de los árboles con infinita compasión, difumina las aristas y elimina la distancia entre lo animado y lo inanimado. Esa luz nocturna distorsiona el aspecto de los objetos inanimados y les infunde una especie de vibración fría y susurrante, una vibración venenosa. Por otra parte, ralentiza a los seres vivos nocturnos, suaviza sus movimientos y falsea su carácter escurridizo. Por eso nosotros no podemos percibir a los chacales cuando salen de sus madrigueras. Inevitablemente nos perdemos la imagen de su suave hocico desgarrando el aire, de sus pezuñas flotando sobre los terrones de tierra, casi sin rozarlos.

Los perros del kibutz, ellos son los únicos que captan ese movimiento encantado. Por eso gritan por la noche llevados por los celos, el terror y la rabia. Por eso patean el suelo y luchan con sus cadenas casi hasta dislocarse el cuello.

Un chacal adulto sin duda se habría alejado de la trampa. Ese era un cachorro, redondito, tierno, erizado, que se vio atraído por el olor de la sangre y la carne. No saltó neciamente hacia la trampa, es cierto. Solo se dejó llevar por el aroma y se deslizó hacia su perdición con pasos diminutos y precavidos. Una vaga señal de alarma que resonó en sus venas le hizo pararse varias veces. Se detuvo junto a la trampa, petrificado, en silencio. Era gris y paciente como la tierra. Un temor impreciso le llevó a aguzar las orejas, pero no oyó nada. Los olores nublaron sus sentidos.

¿Fue una casualidad? Decimos que la casualidad es ciega, pero la casualidad nos mira con mil ojos. Ese cachorro aún era tierno y, aunque percibiera los mil ojos que estaban clavados en él, no pudo comprender lo que querían decir.

Un muro de cipreses viejos, polvorientos, rodean el campo de frutales. ¿Cuál es el hilo invisible que va de lo inanimado a lo animado? Nosotros buscamos el extremo de ese hilo con desesperación, furiosa y compulsivamente, nos mordemos los labios hasta sangrar, entornamos los ojos frenéticamente. Los chacales conocen ese hilo. Suaves corrientes lo

agitan, van de cuerpo a cuerpo, de ente a ente, de vibración a vibración. Y allí hay descanso y paz.

Al final, la criatura inclinó la cabeza y acercó el hocico al cebo de carne. Había olor a sangre y olor a grasa. La punta del hocico del cachorro de chacal estaba húmeda, temblorosa, babeante, tenía el pelo erizado y sus tiernos músculos se agitaban. Su pata delantera se acercó al fruto prohibido, ligera como la niebla.

Llegó la hora del hierro frío. Con un golpe metálico, leve y preciso, se cerró la trampa.

El animal se quedó petrificado. Tal vez pretendía engañar a la trampa fingiendo ser un ser inanimado. Sin voz ni movimiento. Durante un largo rato, los dos midieron sus fuerzas. Lentamente, con dolor, el animal despertó y volvió a la vida.

Furtivamente, los cipreses empezaron a moverse, inclinándose e irguiéndose, doblándose y meciéndose. Abrió la boca, y por sus pequeños dientes chorreaba espuma burbujeante.

De pronto lo embargó la angustia.

Con un salto desesperado intentó escapar y librarse de la condena.

El dolor desgarró todo su cuerpo.

El cachorro se tendió sobre los terrones de tierra, e inspiró, espiró, inspiró.

Después de esos sucesos, el niño abrió la boca y empezó a gritar. El sonido de su llanto se propagó e inundó los profundos espacios de la noche.

A esas horas del anochecer nuestro mundo se compone de círculos y más círculos. El círculo exterior es el de la oscuridad indefinida, lejos de aquí, en las montañas y en los grandes desiertos. Encerrado dentro de él está el círculo de nuestros campos, viñedos, huertos y frutales. Es un lago repleto de sonidos y susurros. Nuestras tierras nos traicionan cada noche. En esos momentos no son familiares ni dóciles, están entrecruzadas por tubos de riego y caminos de tierra. En esos momentos nuestras parcelas se pasan al bando enemigo. Y nos

envían ráfagas de olores extraños. Ante nuestros ojos, nuestras tierras se erizan por la noche, exhalando una amenaza hostil, y vuelven a ser como eran antes de nuestra llegada a este lugar.

Un círculo interior, el círculo de luces, es el que nos protege, a nosotros y a nuestras casas, de la amenaza que se acumula alrededor. Pero es un muro endeble, incapaz de contener los olores y los sonidos del enemigo. Todos esos olores y sonidos tocan nuestra piel por la noche como si fuesen uñas y dientes.

Y dentro, en el centro de los círculos concéntricos, en el corazón de nuestro mundo iluminado, se encuentra el escritorio de Sashka. Un tranquilo círculo de luz sale de su lámpara de mesa y expulsa a las sombras posadas sobre sus papeles. La pluma baila en su mano y las palabras surgen. «No hay postura más noble que la de la minoría frente a la mayoría», suele decir Sashka. Su hija clava unos ojos rasgados y curiosos en el rostro de Matitiahu Damkov. Eres la fealdad personificada y no eres uno de los nuestros. Menos mal que estás solo y no tienes hijos, y que un día de estos esos estúpidos ojos mongoloides se cerrarán y te morirás. Y no dejarás a nadie como tú en el mundo. Ahora me gustaría estar en otra parte, pero antes quiero saber qué quieres de mí y por qué me has dicho que viniera. Y qué olor a solterón en esta habitación cerrada a cal y canto, como el del aceite usado mil veces para freír.

—Puedes sentarte —dijo Matitiahu desde las sombras. Los viejos objetos que llenaban las paredes de la habitación hacían su voz más profunda y lejana.

—Tengo un poco de prisa.

—Y también hay café. Auténtico. De Brasil. Es mi primo León quien me envía el café, se cree que este kibutz es una especie de *koljoz*. Un *koljoz* es un campo de trabajo. Una granja colectiva en Rusia. Eso es un *koljoz*.

—Para mí solo, sin leche, por favor —dijo Galila, sorprendiéndose de sus propias palabras.

¿Qué me está haciendo este hombre horrendo? ¿Qué quiere de mí?

—Has dicho que querías enseñarme unas telas, y unas pinturas, ¿no?

—No tan deprisa.

—No me imaginaba que te molestarías en servir café y galletas, pensaba que solo sería un momento.

—Eres rubia —dijo el hombre con la respiración acelerada—, eres rubia, pero no estoy equivocado. Hay dudas. Debe haberlas. Pero así son las cosas. Es decir, tú te tomarás tu café despacio, yo te daré también un cigarro Virginia, americano y, mientras tanto, mirarás esta caja. Los pinceles. Y también el aceite especial. Y las telas. Y los tubos de pintura. Todo será para ti. Antes bebe. Despacio.

—Pero aún no lo entiendo —dijo Galila.

Un hombre que va en camiseta por su casa en verano no es una imagen extraña. Pero el cuerpo de mono de Matitiahú la impactó. Y entonces le entró pánico. Dejó la taza de café sobre la bandeja de cobre, se levantó de la silla y se situó detrás, aferrada al respaldo como a una barandilla.

Ese evidente gesto de terror agradó al anfitrión. Matitiahú habló en tono paciente, casi divertido.

—Exactamente igual que tu madre —dijo—. En algún momento tengo que contarte algo, algo que desconoces por completo, sobre el carácter salvaje de tu madre.

Entonces, al olor del peligro, Galila se llenó de una fría malicia.

—Matitiahú Damkov, estás loco —dijo—. Todo el mundo dice que estás loco.

Una especie de suave dureza cubrió su rostro, una secreta expresión de anhelo.

—Estás loco, y ahora mismo te vas a apartar y a dejarme pasar. Quiero irme de aquí. Sí. Ahora. Apártate.

El hombre se alejó un poco, pero no retiró de ella su penetrante mirada. De repente saltó hacia la cama, se sentó encima, apoyó ligeramente su flexible espalda en la pared y soltó una prolongada carcajada.

—Despacio, hija, ¿por qué tienes tanta prisa? —dijo—. Despacio. Acabamos de empezar. Paciencia. No te emociones tan pronto. No debes malgastar tus energías.

Galila sopesó rápidamente las dos opciones, la prudente y la seductora.

—Por favor, dime de una vez lo que quieres de mí.

—En realidad —dijo Matitiahú Damkov—, en realidad, el agua está otra vez hirviendo. Ahora declararemos una breve tregua y nos tomaremos otro café. ¿No irás a negar que jamás habías tomado un café como este?

—Para mí sin leche y sin azúcar. Ya te lo he dicho antes.

## 6

El aroma a café alejó los demás olores: era un aroma intenso, agradable, casi desgarrador. Galila vio los buenos modales de Matitiahú Damkov, vio sus dóciles músculos bajo la camiseta interior, vio su estéril fealdad. Y, cuando él volvió a hablar, ella rodeó la taza con los dedos y una momentánea tranquilidad pareció envolverla.

—Si quieres, entre tanto puedo contarte algo. Sobre caballos. Sobre una granja que teníamos en Bulgaria, a unos cincuenta y siete kilómetros del puerto de Varna, una granja para la cría de caballos. Era de mi primo León y mía. Teníamos dos especialidades: caballos de tiro y caballos sementales. Es decir, castración y apareamiento. ¿Qué quieres oír primero?

Galila se relajó. Se apoyó en el respaldo de la silla, cruzó las piernas y se dispuso a escuchar la historia, igual que cuando era niña, cuando le encantaban los instantes previos al comienzo del cuento de por las noches.

—Recuerdo —dijo— que, cuando éramos pequeños, íbamos a verte herrar los caballos. Era hermoso y raro y también... tú.

—Preparar un apareamiento exitoso —dijo Matitiahú mientras empujaba hacia ella un plato de té lleno de galletas saladas— requiere mucha profesionalidad. Hay que saber y también hay que tener intuición. Lo primero es confinar al caballo durante mucho tiempo. Hacer que el caballo enloquezca. Eso mejora la calidad de su semen. Se le separa de las hembras durante varios meses, y también de los machos. El deseo incontrolable le puede llevar a lanzarse sobre otro caballo. No cualquier caballo sirve para ser semental. Tal vez uno entre cien. Uno para el apareamiento y cien bestias de carga. Se necesita mucha experiencia, y también buen ojo, para elegir al caballo apropiado. Uno necio y salvaje es bueno. Pero no es tan fácil



descubrir qué caballo es el más necio.

—¿Por qué tiene que ser necio? —preguntó Galila tragando saliva.

—Tiene relación con la locura. No siempre un caballo grande y bonito hace potros fuertes. Precisamente un caballo mediocre puede estar lleno de energía y de nervio. Después de mantener aislado al caballo candidato durante varios meses, le echábamos media botella de vino en el abrevadero. Fue idea de mi primo León. Que el caballo se emborrachase un poco. Luego, se permite que pueda ver y oler a las yeguas a través de unos barrotes. Y entonces empieza a enloquecer. Embiste como un toro. Se tira sobre el lomo y cocea en el aire. Se restriega por todas partes, pero no puede expulsar el semen. Y grita y empieza a morderlo todo. Cuando el caballo empezaba a morder, es que había llegado el momento de actuar. León y yo le abríamos la puerta y le dejábamos correr hacia la yegua. Y precisamente en ese momento, el caballo se retrae un poco. Tiembla y resopla. Como un resorte.

Galila se encogió. Su mirada tierna e hipnotizada estaba clavada en los labios de Matitiahú Damkov.

—Sí —dijo.

—Y entonces sucede. Es como si de pronto se hubiese anulado la ley de la gravedad. El caballo no corre, sino que vuela por los aires. Como un proyectil. Como un resorte que ha estallado. La yegua se inclina y agacha la cabeza y él la golpea una y otra vez. Sus ojos se inyectan de sangre. Le falta el aire y empieza a resollar como si estuviera agonizando. Tiene la boca abierta, y llena de saliva y de espuma el cuello de la hembra. Y de repente empieza a ladrar y a aullar. Como un perro. Como un lobo. Se retuerce y chilla. En ese momento, no hay ninguna diferencia entre placer y dolor. Y el apareamiento es completamente igual a la castración.

—Basta, Matitiahú, por favor, basta.

—Ahora descansaremos. ¿O quieres que te cuente también cómo se castra a un caballo?

—Por favor, basta, basta ya —suplicó Galila.

Lentamente, Matitiahú Damkov levantó la mano a la que le faltaban tres dedos. Extraña, casi paternal sonaba la compasión en su voz.

—Igual que tu madre —dijo—. Sobre eso, sobre los dedos y la castración

charlaremos en otra ocasión. Ahora se acabó. Ahora no temas. Ahora podemos tranquilizarnos y relajarnos. Tengo un poco de coñac por alguna parte. ¿No? No. Pues vermut. También tengo vermut. Todo gracias a mi primo León. Bebe. Cálmate. Ya basta.

7

Una luz fría, una luz de estrellas lejanas, cubrió los campos de una costra rojiza. Durante las últimas semanas del verano, las semanas de la asfixiante ola de calor, todas las tierras habían sido removidas. Los campos estaban listos para la siembra de invierno. Caminos de tierra serpenteaban entre las parcelas, y grupos de frutales se oscurecían rodeados de muros de cipreses.

Por primera vez desde hacía muchos meses, el frescor dirigió unos dedos vacilantes hacia nuestras tierras. Los tubos de riego, los grifos, las piezas metálicas eran los primeros en rendirse ante cualquier conquistador, al ardor del verano y al frescor del otoño. En esos momentos también eran los primeros en entregarse a la fría humedad.

Mucho tiempo atrás, hace cuarenta años, los fundadores del kibutz se atrincheraron en esta tierra y clavaron en ella sus pálidas uñas. Unos eran de cabello claro, como Sashka, otros indomables y huraños, como Tania. Durante las largas y agostadas horas del día maldecían la tierra incandescente bajo el fuego del sol, maldecían con desesperación, con ira, con añoranza de ríos y bosques. Pero en la oscuridad, cuando caía la noche, dedicaban a su tierra canciones de amor, olvidándose del tiempo y del lugar en el que estaban. El olvido era el sabor de la vida nocturna. En la furibunda oscuridad, el olvido los envolvía como el seno materno, y al cantar decían «allí» en vez de «aquí»:

*Allí*, en la tierra de nuestros antepasados,  
se materializarán todas las esperanzas,  
*allí* viviremos y allí crearemos  
una vida de pureza, una vida de libertad...

Personas como Sashka y como Tania se fortalecieron con la ira, la nostalgia y el fervor. Matitihu Damkov y otros refugiados que llegaron más tarde no participan de esa quemadura de nostalgia ni del fervor que se muerde los labios hasta sangrar. Por tanto, quieren entrar por la fuerza en el círculo interior. Manosean a las mujeres. Y utilizan palabras similares a las nuestras. Pero ellos tienen otra tristeza y no son de los nuestros, son un añadido, y lo seguirán siendo hasta el fin de sus días.

Al cachorro de chacal atrapado le venció el cansancio. Tenía la pata derecha aprisionada en el cepo. Su cuerpo, como si hubiese dejado de luchar, estaba tendido sobre los terrones de tierra.

Primero se lamió el pelo, despacio, como un gato. Y después estiró el cuello y empezó a lamer el hierro liso y brillante. Como infundiendo calor y amor al objeto inanimado. Amor y odio, ambos producen sometimiento. Introdujo la pata que tenía libre por debajo de la trampa, escarbó despacio en el cebo de carne, sacó con cuidado la pata y relamió el aroma que se le había pegado.

Al final llegaron también los otros.

Chacales grandes, de pelo ralo, infectos y con el vientre hinchado. Unos supurando pus y otros apestando a carroña. Todos los invitados a ese macabro ritual fueron llegando, uno a uno, desde distintos lugares. Se dispusieron en círculo y clavaron miradas piadosas sobre el tierno cautivo. La fingida compasión no lograba ocultar la alegría por la desgracia ajena. La creciente maldad traspasaba la máscara de duelo. Una señal invisible les fue dada, y los depredadores nocturnos empezaron a moverse despacio, en círculo, como en una danza, con pasos ligeros y balanceantes. Cuando el júbilo se convirtió en depravación, el ritmo se rompió, se interrumpió la ceremonia y, como perros rabiosos, los chacales empezaron a dar saltos desquiciados. Y entonces los sonidos desesperados llegaron al corazón de la noche, pena, desenfreno, envidia y alborozo, risa de chacales y gemido suplicante, lisonjero, furioso e intimidante, hasta llegar a ser un grito de terror y volver a decaer, a rendirse y a convertirse en lamento y silencio.

Después de la medianoche todo acabó. Tal vez los chacales dieron por perdido a su niño. Se dispersaron a hurtadillas, regresaron a sus sufrimientos.

La noche, recolectora, diáfana y paciente, lo acogió todo en su seno y borró los rastros.

8

Matitiahú Damkov disfrutaba de la demora. Tampoco Galila intentaba ahora acelerar el momento. Era de noche. La joven enrolló las telas que Matitiahú Damkov había recibido de su primo León y examinó los tubos de pintura. Eran productos de gran calidad, dignos de un auténtico artista. Hasta el momento había utilizado grasientos trozos de arpillera o telas baratas de unos grandes almacenes, y las pinturas se las proporcionaba una maestra de la guardería. Es pequeña, se dijo Matitiahú Damkov, es una niña pequeña, fina y mimada. La voy a romper en pedazos. Despacio. Estuvo a punto de decírselo de sopetón, como un martillazo, pero se arrepintió y lo pospuso. La noche transcurría despacio.

Con despreocupación, con alegría, con devoción, Galila cogió el delicado pincel, tocando apenas el color naranja, tocando apenas la tela con la punta de las cerdas, como una caricia involuntaria, como las yemas de los dedos en el vello de la nuca. La inocencia fluyó de su cuerpo hacia el de él, y el cuerpo de Matitiahú Damkov respondió con oleadas de nostalgia.

Después, Galila se tumbó y se quedó inmóvil, como adormecida, sobre las baldosas manchadas de pintura y de aceite, con las telas y los tubos de pintura dispersos a su alrededor. Matitiahú se tendió sobre su cama de soltero, cerró los ojos e invocó a la fantasía.

Cumpliendo sus deseos, las fantasías acudían a él, tanto las tranquilas como las tormentosas. Llegaban y actuaban ante él. En esa ocasión decidió invocar a la fantasía de la inundación, una de las más complejas de su repertorio.

Primero aparecían barrancos descendiendo por las laderas de las montañas. Decenas de barrancos enredados, tortuosos, que se dividían y se entrecruzaban.

De repente aparecía una multitud de hombrecillos bajando por los barrancos. Como diminutas hormigas negras surgían de sus escondrijos, de

los desfiladeros de la montaña. Y se deslizaban como una cascada. Multitud de hombres negros, enjutos, fluyendo por las laderas, rodando como una avalancha de piedras y arrastrados por la corriente hacia las llanuras de la planicie. Ahí se dividían en mil cabezas y corrían enfurecidos hacia el oeste. Ya estaban tan cerca que podías distinguir su forma: una multitud mugrienta, oscura, esquelética, plagada de piojos y de pulgas, apestosa. El hambre y el odio deformaban sus rostros. La locura ardía en sus ojos. Su flujo inundaba todos los valles frondosos. Pasaban ante las ruinas de pueblos abandonados y no se detenían ni un instante. En su curso hacia el mar arrasaban todo lo que se encontraban a su paso, arrancaban postes, devastaban campos, destrozaban cercados, pisoteaban los jardines y agostaban los frutales, bullían por todas partes, se arrastraban por los patios, reptaban entre los cobertizos y los graneros, trepaban por las paredes como monos enloquecidos, adelante, hacia el oeste, hasta las arenas del mar.

Y de pronto, también tú estabas rodeado. Sitiado. Te quedabas como petrificado de miedo. Sus ojos ardían cerca con odio eterno, su respiración era acelerada, sus bocas estaban abiertas, tenían los dientes amarillos y podridos, y las dagas centelleaban entre sus dedos. Te insultaban con sílabas entrecortadas, ahogadas por la ira o por un oscuro deseo. Y sus manos ya hurgaban en tu carne, y la daga y el grito. Con tu última chispa de vida apagabas esa fantasía y casi respirabas aliviado.

—Venga —dijo Matitiahú Damkov, zarandeando a la joven con la mano derecha y acariciándole el cuello con la izquierda carente de dedos—. Venga. Vayámonos de aquí. Esta noche. Por la mañana. Yo te salvaré. Huiremos juntos a Sudamérica, adonde mi primo León. Yo me preocupo por ti y siempre lo haré.

—Déjame, no vuelvas a tocarme —dijo.

La apretó contra él, muy fuerte, en silencio.

—Mañana mi padre te va a matar. He dicho que me dejes.

—Tu padre se preocupa por ti ahora y siempre lo hará —repitió Matitiahú Damkov en voz baja. Se alejó de ella.

La joven se levantó, se colocó la falda y se arregló su cabello claro.

—Yo no quiero esto. Yo ni siquiera quería venir aquí. Tú me obligas y me

haces cosas que yo no quiero y dices cosas raras porque estás loco y todos saben que estás loco, pregunta mañana a quien quieras.

Matitiahú Damkov separó los labios como sonriendo.

—No voy a venir aquí nunca más. No quiero tus pinturas. Eres peligroso. Eres feo como un mono. Y además estás loco.

—Puedo contarte algo sobre tu madre, si quieres oírlo. Y, si quieres odiar y maldecir, deberías odiarla a ella, no a mí.

La joven se dirigió rápidamente hacia la ventana, la abrió con un gesto desesperado, sacó la cabeza hacia la noche vacía. Ahora gritará, pensó Matitiahú Damkov aterrado, gritará y yo no tendré otra oportunidad. Sus ojos se inyectaron de sangre. Voló hacia ella, le tapó la boca con la mano, la arrastró hacia dentro, hundió los labios en sus cabellos, con los labios descubrió su oreja bajo su cabello, y lo dijo.

## 9

Fuertes olas de fresco aire otoñal se pegaban a las paredes de las casas y buscaban un modo de entrar. Desde la ladera de la colina llegaban mugidos y maldiciones de los encargados de los establos. Tal vez a una vaca primeriza le estaba costando parir, y la gran linterna arrojaba luz sobre la sangre y el barro. En su habitación, Matitiahú Damkov se agachó para recoger los utensilios de pintura que había desparramado la invitada. Galila volvió a asomarse a la ventana abierta, estaba de espaldas a la habitación y de cara a la oscuridad. Luego habló, todavía dándole la espalda al hombre.

—Es dudoso —dijo—, es casi imposible, es ilógico, es imposible de demostrar, y también es una locura. Absoluta.

Matitiahú Damkov clavó en la espalda de la joven sus ojos mongoloides. En ese momento su fealdad era total, una fealdad crispada, penetrante.

—Yo no te voy a obligar. No pasa nada. No hablaré. Puede que solo me ría en silencio. Por mí, puedes ser la hija de Sashka, incluso la hija de Ben Gurión. Yo me callo. Me callo como mi primo León, que amaba en silencio a un hijo cristiano que tenía y al que jamás le dijo te quiero, solo cuando ese

hijo mató a once policías y a sí mismo, se acordó de decirle junto a su tumba, te quiero. No pasa nada.

De pronto, sin previo aviso, Galila se echó a reír.

—Estúpido, imbécil, mírame, yo soy rubia, ¡mírame!

Matitihu guardó silencio.

—No soy tuya, estoy segura de que no lo soy porque soy rubia, no soy tuya ni de ningún León, ¡soy rubia y podemos hacerlo! ¡Ven!

El hombre saltó hacia ella, jadeando, gimiendo, tanteando a ciegas el camino, tirando la mesa de café, temblando de arriba abajo, y la joven temblaba también.

Entonces ella retrocedió hacia la alejada pared. Él apartó la mesa caída. De una patada. Sus ojos se inyectaron de sangre y una especie de rugido salió de su boca. Ella recordó de pronto la cara de su madre, el temblor de sus labios y el llanto, y empujó al hombre con mano soñadora. Se alejaron el uno del otro, con los ojos abiertos, como conmocionados.

—Papá —dijo Galila sorprendida, como si despertase la primera mañana de invierno tras un largo verano y, mirando hacia fuera, dijese: Llueve.

## 10

La salida del sol en nuestro lugar no es majestuosa. Con sensiblería barata despunta el sol por las cimas de las montañas del este y envía rayos escrutadores a nuestras tierras. Sin esplendor ni complejos juegos de luces. Una belleza puramente convencional, más como una postal que como un paisaje real.

Pero este es sin duda uno de los últimos ortos. El otoño avanza a toda velocidad. Dentro de unos días nos despertaremos por la mañana y estará lloviendo. Tal vez también granizando. El sol saldrá tras una pantalla de nubes grises y sucias. Los más madrugadores se envolverán en los abrigos y saldrán a enfrentarse a los cuchillos del viento.

Los cambios de estaciones son algo muy trivial. Otoño, invierno, primavera, verano, otoño. No hay nada nuevo. Aquel que quiera encontrar un

asidero en el curso del tiempo y de las estaciones, debería escuchar los sonidos de la noche, que no cambian jamás. Esos sonidos nos llegan de allí.

1963



# Nómadas y víbora

## 1

El hambre los trae.

Por miedo al hambre huyen hacia el norte, ellos y sus rebaños polvorientos. De octubre a marzo, en el desierto del Néguev no ha habido ni un día de lluvia para aliviar la maldición. La tierra arcillosa se ha pulverizado. El hambre se ha propagado por los campamentos y ha hecho estragos en los rebaños de los nómadas.

Las autoridades militares se han apresurado a analizar la situación. Pese a las numerosas dudas, han decidido abrir a los beduinos los caminos que conducen al norte: no se puede exponer a toda una población, hombres, mujeres y niños, a los horrores del hambre.

Oscuras, delgadas y musculosas avanzan las tribus del desierto a lo largo de los caminos de tierra arrastrando al ganado. Su ruta serpentea por barrancos ocultos a los ojos de los sedentarios. Un persistente flujo corre hacia el norte, rodeando los lugares habitados, mirando con los ojos abiertos de par en par las imágenes de la tierra poblada. El ganado negro se dispersa por los rastrojos amarillentos y los devora con dientes fuertes y vengativos. La marcha de los nómadas es secreta, contenida, oculta a las miradas. Se esfuerzan en no toparse contigo. Desean minimizar su presencia.

Tú te cruzas con ellos con un tractor ruidoso, les arrojas nubes de polvo, y ellos agrupan amablemente a los animales y te dejan un paso ancho, más ancho de lo necesario. Desde la distancia, te miran fijamente. Se quedan petrificados como estatuas. Y el aire asfixiante del desierto difumina sus rasgos y les da a todos el mismo aspecto, un pastor y su cayado, una mujer y

su hijo, un anciano y sus ojos perdidos en las profundidades de las cuencas. Algunos están medio ciegos, o tal vez solo lo finjan con un vago propósito mendicante. Un propósito que alguien como tú jamás comprenderá.

Su pobre ganado no es como el nuestro: una maraña de animales de pelo ralo, apretados, cobijados unos en otros, apiñados en un amasijo oscuro y tembloroso. Un rebaño silencioso, humilde como sus mudos pastores.

Los camellos son los únicos que rechazan la sumisión. Desde lo alto de su cuello clavan en ti una mirada fatigada, triste y burlona. Hay como una vieja sabiduría en los ojos de los camellos, y cómo llamar a ese ligero y constante temblor que recorre la piel de esos camellos.

A veces consigues sorprenderlos. Cuando atraviesas a pie los campos, puedes toparte con un rebaño perezoso que permanece inmóvil, bajo el sol abrasador del mediodía, como si hubiese echado raíces en la árida tierra. Y en el centro duerme el pastor, oscuro como un bloque de basalto. Te acercas y arrojas una intensa sombra sobre él. Te sorprendes al comprobar que tiene los ojos abiertos. Enseña casi todos sus dientes en una sonrisa lisonjera. Unos brillan y otros están podridos. Su olor te golpea. Frunces la nariz y los labios. La mueca de tu cara actúa en él como un puñetazo. Se levanta con un movimiento suave, y se queda en pie con la espalda encorvada y los hombros caídos. Le clavas una mirada azulada, fría. Él amplía la sonrisa y suelta alguna sílaba gutural. Su vestimenta es una mezcla, una chaqueta europea, corta y de rayas, encima de una túnica blanca del desierto. Ladea la cabeza. Una luz aplacada cruza de vez en cuando por sus ojos. Si no le reprendes, de pronto alarga la mano izquierda y en un hebreo rápido pide un cigarro. Su voz tiene un tono sedoso, como el de una mujer tímida. Si ese día estás de buen humor, te pones un cigarro entre los labios y arrojas otro a su mano cuarteada. Tu sorpresa es mayúscula cuando, del fondo de su túnica, saca un mechero dorado y te ofrece una repentina llama. La sonrisa no se borra de sus labios. Una sonrisa demasiado prolongada, una sonrisa insulsa. Un rayo de sol se refleja en el grueso anillo de oro que corona su dedo y salta a tus ojos parpadeantes.

Al final das la espalda al nómada y sigues tu camino. Tras cien, tras

doscientos pasos, vuelves la cabeza y lo ves ahí parado, tal y como estaba, atravesando tu espalda con la mirada. Puedes jurar que aún está sonriendo. Y que seguirá sonriendo durante un buen rato.

Y también, sus cánticos cada noche. Una especie de lamento triste y prolongado flota en el aire desde el anochecer hasta la madrugada. Las voces penetran por los caminos y los jardines del kibutz y enriquecen nuestras noches como con una indescriptible pesadez. En cuanto te vas a la cama por la noche, un tambor lejano marca el ritmo de tu sueño, como los latidos de un obstinado corazón. Las noches son cálidas y están cubiertas por un velo de neblina. Jirones de nubes besan la luna como caravanas de ligeros camellos, camellos sin cencerro.

Las tiendas de los nómadas están hechas de telas negras. Mujeres descalzas deambulan por allí de noche sin que se las oiga. Los perros de los nómadas, flacos y perversos, salen del campamento y provocan a la luna durante toda la noche. Sus ladridos desquician a los perros del kibutz. Uno de nuestros mejores perros enloqueció una noche, irrumpió en el gallinero y causó estragos entre los polluelos. Los vigilantes nocturnos no le dispararon por maldad. No les quedó más remedio. Cualquiera en su sano juicio justificaría lo que hicieron.

## 2

Tal vez pienses que las incursiones de los nómadas enriquecen nuestras noches asfixiantes con una dimensión poética. Tal vez lo vean así algunas jóvenes sin pareja. Pero nosotros no podemos pasar por alto la sucesión de incidentes prosaicos e incluso horribles, como la enfermedad de la boca y de las pezuñas, como el destrozo de las parcelas y la plaga de pequeños hurtos.

La enfermedad llegó del desierto, la portaban en la saliva los animales abandonados a los que jamás se les había realizado una revisión veterinaria en condiciones. Aunque nos apresuramos a adoptar medidas de prevención, la epidemia contagió a nuestro rebaño y a nuestras vacas, afectó gravemente a

la producción de leche y también mató a algunos animales.

Respecto a las parcelas destrozadas, debemos reconocer que jamás logramos atrapar a ningún nómada con las manos en la masa. Tan solo encontramos huellas de personas y de animales en los huertos, en los campos de forraje e incluso en lo más profundo de los campos de frutales bien vallados. Así como maliciosos desperfectos en los tubos de riego, en los banderines que señalan los linderos de las parcelas, en los aperos de labranza dejados en el campo y en otros utensilios.

La verdad es que nosotros no somos comedidos, no creemos en la moderación o en el vegetarianismo. Esto se refiere sobre todo a los jóvenes del kibutz, pues entre los fundadores hay algunos que se aferran a las ideas de Tolstói o a otras semejantes. Para no sobrepasar los límites del buen gusto no detallaré aquí los aislados actos de represalia que, de forma excepcional, cometieron algunos jóvenes a los que se les acabó la paciencia, robo de ganado, apedreamiento de un joven nómada sospechoso y aporreo de un pastor junto a los grifos en la parcela más oriental hasta dejarlo inconsciente. En defensa de los que perpetraron ese último acto de venganza diré sinceramente que el pastor en cuestión tenía una cara maquiavélica: tuerto, babeante, con la nariz partida y unas mandíbulas —eso lo juraron al unísono todos los que participaron en aquel acto— de las que salían unos dientes largos, afilados y curvados como los de un zorro. Alguien con ese aspecto es capaz de cualquier abominación. Y sin duda no olvidarán la lección.

El asunto de los hurtos es el que más nos preocupa. Cogen la fruta de los árboles antes de madurar, arrancan los grifos, merman los montones de sacos vacíos del campo, se cuelan en los gallineros y hasta sustraen los modestos objetos de valor que hay en nuestras pequeñas casas.

La propia oscuridad es cómplice de sus crímenes. Raudos como el viento entran los nómadas en el recinto, y de nada nos sirven los vigilantes que ya teníamos apostados, ni los refuerzos enviados después. Hay veces que, montado en un tractor o conduciendo un *jeep* destartado, sales casi a medianoche a cerrar los grifos de riego en un campo alejado y las luces de tus faros atrapan de pronto unas sombras furtivas, de personas o de animales

nocturnos. Un vigilante furioso decidió una noche usar su arma, y mató en la oscuridad a un chacal extraviado.

Evidentemente, la secretaría del kibutz no se quedó de brazos cruzados. En una o dos ocasiones, Etkin, el secretario, presionó a la policía para que actuara. Pero los sabuesos traicionaron o defraudaron a los policías: los condujeron unos pocos pasos fuera del recinto del kibutz y, después, levantaron los hocicos negros, lanzaron gemidos salvajes y se quedaron embobados con la mirada perdida.

Las incursiones por sorpresa que se realizaron en los andrajosos campamentos no sirvieron de nada, era como si la propia tierra hubiese decidido encubrir el pillaje y mostrarse insolente con las víctimas. Al final, el anciano jefe de la tribu fue capturado y conducido a la secretaría del kibutz flanqueado a derecha e izquierda por dos nómadas impasibles, mientras los impacientes policías los empujaban y les decían una y otra vez *yallah, yallah, vamos*.

Nosotros, los miembros de la secretaría, nos comportamos con educación y respeto con el anciano y sus hombres. Les pedimos que se sentasen en el banco, fuimos amables, les ofrecimos café humeante que había preparado Geulá por petición expresa de Etkin. El anciano, por su parte, nos respondió con grandes muestras de agradecimiento y buenos deseos, y también nos regaló una prolongada y constante sonrisa desde el principio hasta el final de la conversación. Se expresó en un hebreo esmerado y formal.

Era cierto, algunos jóvenes de la tribu se habían apropiado de nuestras pertenencias. Para qué engañarnos. Los jóvenes no tenían educación, y el mundo era cada vez más horrendo. Por tanto, quería pedir respetuosamente nuestro perdón y devolver las pertenencias robadas. Lo robado clava sus dientes en la carne del ladrón, como dice el proverbio. Así eran las cosas, no había nada que hacer contra la inconsciencia de los jóvenes. Sentía mucho las molestias y los sinsabores que nos habían causado.

Dicho lo cual metió la mano entre los pliegues de su manto y sacó de allí varios grifos, unos brillantes y otros oxidados, dos tijeras de podar, una hoja de cuchillo suelta, una linterna de bolsillo, un martillo roto y tres billetes mugrientos, en compensación por los daños y perjuicios.

Etkin alargó la mano perplejo. Por razones que solo él conoce, decidió prescindir del hebreo usado por el invitado y responderle en un árabe poco fluido, un vestigio de lo aprendido durante la época de los disturbios y del sitio de la ciudad. Etkin empezó a hablar con acierto y claridad sobre la hermandad entre los pueblos, que era la piedra angular de nuestra ideología, y sobre la buena vecindad, de la que los pueblos de Oriente se sentían orgullosos desde tiempos inmemoriales y de la que, con mayor motivo, debían hacer gala en días de derramamientos de sangre y de odio gratuito.

En justicia hay que decir que Etkin no dudó en detallar ante el invitado la lista exacta de hurtos, pérdidas y daños que el propio invitado —sin duda por descuido— había evitado mencionar y por los que no se había disculpado. Si se devolvía todo lo robado y cesaba de una vez por todas el vandalismo, nosotros estábamos dispuestos de corazón a pasar página y a entablar de nuevo unas buenas relaciones vecinales. Por supuesto sería provechoso e instructivo para nuestros hijos realizar una visita de cortesía al campamento beduino, de esas que ayudan a ampliar horizontes. Ni que decir tiene que, tras esa visita, habría otra de los niños de la tribu a nuestro kibutz, para profundizar así en el conocimiento mutuo.

El anciano, vigilando que su sonrisa no se ampliase ni disminuyese ni un milímetro, comentó con gran profusión de cumplidos que los señores del kibutz no podrían presentar ninguna prueba de otros robos, fuera de los que ya había reconocido y por los que había pedido perdón. Selló sus palabras con muestras de agradecimiento, nos deseó salud, larga vida, una gran descendencia y una tierra de abundancia, se despidió y salió con sus dos acompañantes descalzos y cubiertos por mantos oscuros, y nada más cruzar el cercado del kibutz fueron tragados por el *wadi*.

Como la policía no fue de ninguna utilidad e incluso abandonó la investigación, algunos jóvenes propusieron atacar a los salvajes por la noche y darles una buena lección en el idioma al que estaban acostumbrados y que mejor entendían.

Etkin rechazó la propuesta con indignación y también con argumentos razonables. Durante la discusión, los jóvenes le espetaron a Etkin varias cosas que no voy a detallar para no sobrepasar el límite del buen gusto. Es extraño

que Etkin se contuviese ante tal ofensa y que incluso le pareciese conveniente complacerles y prometerles que la propuesta se debatiría en la secretaría del kibutz. Tal vez temía que se diese rienda suelta a los más bajos instintos.

Al atardecer, Etkin fue de casa en casa convocando a los miembros de la secretaría a una reunión urgente a las ocho y media. Cuando llegó a la habitación de Geulá, le habló de lo que pensaban los jóvenes y de la presión antidemocrática a la que le habían sometido, y le pidió que llevase a la reunión de la secretaría una jarra de café y mucha buena voluntad. Geulá respondió con una amarga sonrisa. Tenía los ojos lánguidos, porque, al llegar, Etkin la había despertado de un sueño turbulento. Mientras se cambiaba de ropa, cayó la tarde, húmeda, cerrada y ardiente.

### 3

Húmeda, cerrada y ardiente cayó la tarde sobre las casas del kibutz, se enredó en los cipreses polvorientos, oprimió las parcelas de césped y los arbustos. Los aspersores comenzaron a rociar agua sobre la hierba sedienta, pero el agua era absorbida al instante, o puede que se evaporase antes incluso de tocarla. En la secretaría cerrada, un teléfono nervioso sonaba y sonaba inútilmente. De las paredes de todas las casas emanaba un vapor húmedo. Y por la chimenea de la cocina se elevaba hacia el cielo un hilo de humo recto como una flecha, porque no soplaba ni una gota de viento. Desde los fregaderos grasientos llegó un grito. Se había roto un plato y alguien se había cortado. Un gato gordinflón mató una lagartija o una culebra, arrastró su presa hacia el ardiente camino de cemento y jugueteó perezosamente con ella bajo la espesa luz del atardecer. Un viejo tractor rugió en un cobertizo, se ahogó, soltó una fuerte peste a carburante, carraspeó, y al final logró moverse y llevar la cena a los que hacían el segundo turno en uno de los campos más alejados. Geulá vio junto al árbol del paraíso una botella manchada de restos de un líquido grasiento. Le dio una patada y luego otra, pero la botella, en vez de estallar, rodó lentamente hacia los rosales. Arrojó una piedra grande. Intentó darle a la botella. Deseaba romperla. La piedra no dio en el blanco. La

joven empezó a silbar una melodía indefinida.

Geulá es una chica bajita, enérgica, de unos veintinueve años. Aunque aún no ha encontrado marido, no hay nadie en el kibutz que no aprecie sus grandes cualidades, como su absoluta dedicación a los problemas sociales y a las actividades culturales. Tiene la cara pálida y delgada. Es única preparando un café fuerte al que nosotros llamamos café que resucita a un muerto. Tiene dos permanentes surcos de amargura en las comisuras de los labios.

Las tardes de verano, mientras nosotros nos tumbamos en grupo sobre una manta colocada en el césped y lanzamos al cielo chistes y gorgoritos mezclados con humo de tabaco, Geulá se encierra en su habitación y no se une a nosotros hasta haber preparado una jarra llena de café fuerte y abrasador. Y también es ella la que siempre se preocupa de que no falten galletas.

Lo que hubo entre Geulá y yo no viene al caso, y tan solo voy a hacer alguna pequeña alusión a ello. Hace mucho tiempo, Geulá y yo paseábamos juntos hacia los campos de frutales al anochecer, y charlábamos. Eso fue hace tiempo, y hace tiempo que acabó. Solíamos exponer ideas poco convencionales sobre la sociedad o discutir sobre la joven literatura. Los juicios de Geulá eran severos, a veces incluso despiadados, y me dejaban muy desconcertado. No le gustaban mis relatos por la extrema polarización de las situaciones, los paisajes y los personajes: faltaban tonos intermedios entre la luz y la oscuridad. Yo me justificaba o me defendía, pero Geulá siempre tenía pruebas, y también solía pensar de una forma muy metódica. A veces yo me atrevía a posar una mano reconciliadora sobre su nuca a la espera de que se calmase. Pero ella no conocía el descanso. Si se apoyó una o dos veces en mí, siempre lo hizo echando la culpa a una sandalia rota o a un dolor de cabeza. Y así fue como lo dejamos. Todavía suele recortar mis relatos de las revistas y colocarlos en archivadores dentro de un cajón dedicado exclusivamente a ellos.

Y yo aún sigo comprándole para su cumpleaños el nuevo libro de alguno de los jóvenes poetas. Cuando ella no está, me cuelo en su habitación y dejo el libro sobre la mesa, sin dedicatoria, sin felicitación, sin nada. A veces



coincidimos por casualidad en alguna mesa del comedor. Mis ojos huyen de su mirada, para no contagiarse de su tristeza burlona. Los días calurosos, cuando las caras se empapan de sudor, los granos de acné enrojecen en sus mejillas y ella parece haber perdido la esperanza. Con la llegada del otoño y del frescor, a veces, desde la distancia, la encuentro hermosa y atractiva. Esos días, Geulá suele salir al anochecer hacia los campos de frutales. Va sola y regresa sola. Algunos jóvenes, con una sonrisa maliciosa, me preguntan qué busca ella allí. Yo les respondo que no lo sé, y realmente no lo sé.

#### 4

Movida por el odio, Geulá cogió otra piedra para lanzarla contra la botella. En esa ocasión no falló, pero tampoco logró oír el estallido que deseaba oír: la piedra dio en la botella, produjo un sonido débil, y la botella fue a parar bajo uno de los rosales. Una tercera piedra, más grande y pesada que las dos anteriores, fue lanzada a una distancia irrisoria: la joven pisó la mullida tierra y se colocó justo encima de la botella. En esa ocasión se produjo un estallido seco, estridente, que no supuso ningún alivio, ningún descanso. Había que salir.

Húmeda, cerrada y ardiente cayó la tarde, y el ardor se clavó en la carne viva como fragmentos de cristal. Geulá volvió sobre sus pasos, pasó por delante del porche de su casa, arrojó dentro las sandalias y bajó descalza por el sendero de tierra.

Las plantas de sus pies se deleitaron con los terrones de tierra. La rugosa y áspera fricción hizo que sus terminaciones nerviosas temblaran y produjeran una estimulante excitación. Al otro lado de la colina rocosa la aguardaban las tinieblas: el campo de frutales con las últimas luces del día. El olor de los frutos en proceso de maduración y de los frutos a punto de estallar y el olor de la hojarasca muerta sobre la tierra. Con dedos decididos ensanchó la joven la brecha de la alambrada y pasó al otro lado. En ese mismo instante empezó a soplar una suave brisa.

Era una templada brisa veraniega sin dirección definida. Y un sol viejo

rodaba hacia el oeste como anhelando ser absorbido por los horizontes polvorientos. Por el camino de tierra, el último tractor regresaba resoplando desde las parcelas más alejadas. Seguro que era el tractor que había llevado la cena a los que hacían el segundo turno. Y parecía envuelto en humo o en neblina de verano.

Geulá se agachó y recogió algunas piedras pequeñas del suelo. Y a continuación, como abstraída, empezó a arrojarlas otra vez al suelo. En sus labios, versos de poemas, versos de jóvenes poetas que le gustaban y también suyos propios. Se detuvo junto al tubo de riego, se inclinó, bebió agua como si besase el grifo. Pero el grifo estaba oxidado, el tubo aún abrasaba y el agua estaba templada y asquerosa. Pese a todo, agachó la cabeza y dejó que el agua le corriese por la cara y por el cuello y por debajo de la camisa. Un sabor amargo, un sabor a óxido y a polvo húmedo llenó su garganta. Cerró los ojos y se quedó inmóvil. Ni frío. Ni frescor. Tal vez una tacita de café. Pero solo después del campo de frutales. Ahora hay que irse.

## 5

Los campos de frutales están pletóricos. Las ramas cargadas se enredan unas en otras, se unen por encima de las hileras de árboles y forman un dosel sombrío. Y debajo, la tierra regada conserva una latente humedad. Sombras y más sombras a los pies de los troncos nudosos. Geulá arranca una ciruela, la huele, la estruja. Un jugo espeso sale de ella. La imagen marea a la joven. Y el olor. Estruja otra ciruela. Arranca otra y la frota contra su mejilla hasta que la sangre la salpica. Después, de rodillas, recoge una rama seca y dibuja formas en la tierra. Líneas y curvas sin sentido. Ángulos agudos. Arcos. Un mugido lejano penetra en el campo de frutales. Se intuye un vago sonido como de cencerros. Geulá está a lo suyo. El nómada se detiene detrás de ella, silencioso como la niebla. Escarba en la tierra con los dedos de los pies. Su sombra cae delante de él.

Pero la emoción ciega los ojos de la joven. Ni oye ni ve. Durante un buen rato continúa arrodillada y dibujando formas con la rama. El nómada la

aguarda con paciencia y en completo silencio. De cuando en cuando cierra su ojo bueno y mira fijamente con el otro ojo, el ciego. Al final alarga la mano y le hace al aire una larga caricia. Su sombra le obedece y tiembla sobre el suelo. Geulá se asusta, da un salto, se apoya en el árbol más cercano, emite un sonido casi inaudible. El nómada relaja los hombros y muestra una débil sonrisa. Geulá levanta el brazo y pincha el aire con la rama que aún tiene en la mano. El nómada mantiene la sonrisa. Su mirada se dirige a los pies descalzos de la joven. Su voz es callada y el hebreo fluye de su boca con extraña suavidad.

—¿Qué hora es?

Geulá toma aire, todo el que le cabe en los pulmones, su semblante se afila, sus ojos se llenan de frialdad. Y responde en tono seco y con voz clara.

—Son las seis y media. En punto.

El árabe amplía su sonrisa y se inclina un poco, como agradeciendo un gran favor.

—Muchas gracias, señora.

Mientras tanto, los dedos de sus pies descalzos se clavan en la tierra húmeda, y los terrones se mueven como si por debajo escarbase un topo asustado.

Geulá se apresura a abrocharse el botón del cuello de la camisa. Se ven grandes manchas de sudor en la zona de las axilas. Huele el sudor de su propio cuerpo y sus fosas nasales se dilatan. El nómada cierra su ojo ciego. Alza la cabeza. El ojo abierto parpadea. Su piel es muy oscura, está viva y caliente. Hay surcos grabados en sus mejillas. Es el hombre más extraño que Geulá ha visto jamás, y tiene un olor, un color y una respiración igual de extraños. Su nariz es fina, alargada, puede que un poco curvada, con una sombra de bigote debajo. Sus mejillas parecen hundirse hacia el interior de la boca. Y los labios, asombrosamente perfilados y delicados, mucho más finos que los de ella. Pero el mentón es enérgico, casi expresa desprecio o rebeldía.

Este hombre posee una belleza repulsiva, concluye Geulá.

Sin darse cuenta, responde con media sonrisa burlona a la persistente sonrisa del nómada. A continuación, el beduino saca de algún bolsillo oculto en su fajín dos cigarros arrugados, los coloca sobre su mano negra, extendida

como para darle semillas a un gorrión, y le ofrece la mano a la joven. Ella recoge su sonrisa, asiente dos veces y coge un cigarro. Lo alisa con los dedos, despacio, como soñando, quita las arrugas, lo estira, y solo entonces se lo acerca a los labios. Antes de poder comprender el significado del brusco gesto del nómada, centellea delante de ella una pequeña llama. Geulá cubre con la mano el mechero que el hombre tiene entre los dedos, pese a que no sopla ni una ráfaga de viento en el campo de frutales, chupa de la llama, cierra los ojos. El nómada enciende también el otro cigarro y hace una educada reverencia.

—Muchas gracias —dice con su voz de seda.

—Gracias —responde Geulá—, gracias a ti.

—¿Eres del kibutz?

Geulá asiente con la cabeza.

—Bieeen —una sílaba alargada sale de entre sus dientes amarillos—, eso está bieeen.

La joven observa su manto oscuro, desértico:

—¿No tienes calor con eso?

El hombre le responde con una sonrisa confusa, culpable, como si le hubiesen pillado en una falta. También da un ligero e imperceptible paso atrás.

—No hace nada de calor, en absoluto. De verdad que no. ¿Por qué? Hay aire, hay agua... —Y se calló.

Las copas de los árboles ya van oscureciéndose. El primer chacal olfatea la cercanía de la noche y lanza un aullido cansado. El campo de frutales se llena de pequeñas y atareadas pisadas. De repente, Geulá distingue montones de destructivas cabras negras siguiendo a su amo. Sin hacer el menor ruido flotan entre los frutales. Geulá frunce los labios y lanza un brusco silbido de sorpresa.

—¿Qué estás haciendo aquí? ¿Robar?

El nómada se encoge como si le hubiese alcanzado una piedra. Empieza a golpearse el pecho con el puño hasta que resuena como una especie de salva.

—No, robar no, en absoluto. De verdad que no —dice, y añade juramentos en su idioma y vuelve a sonreír en silencio.

Su ojo ciego parpadea como con un tic nervioso. Y, entre tanto, llega una cabra flaca y empieza a rumiarse a sus pies. Él la ahuyenta con una patada cruel y repite sus vehementes juramentos.

—Robar no, de verdad, por Allah, robar no. ¡Está prohibido! ¡Está prohibido robar!

—Lo prohíbe la Biblia —responde Geulá con una sonrisa malvada y seca—. Prohibido robar. Prohibido matar. Prohibido codiciar y prohibido cometer adulterio. Los justos están libres de toda sospecha.

El árabe se encoge ante tal aluvión de palabras, y clava la vista en el suelo. Avergonzado. Culpable. Sus pies siguen pisoteando sin descanso los terrones desmenuzados. Quiere hacer las paces. Su ojo ciego se reduce mucho y, por un instante, Geulá se asusta: ¿eso es un guiño? También la sonrisa desaparece de los labios del hombre. Su voz es susurrante, dilatada, como si entonase una oración.

—Eres una chica guapa, de verdad, muy guapa. Yo aún no tengo chica. Aún soy pequeño. Aún no hay chica. ¡Yaaa! —Concluye con un grito gutural dirigido a una cabra impertinente que tiene las patas delanteras apoyadas en el tronco de un árbol y mordisquea las hojas a dos carrillos. El animal mira a su amo con ojos pensativos y escépticos, mueve la barba de arriba abajo y vuelve a devorar el follaje con solemnidad.

Sin previo aviso, con fascinante flexibilidad, el pastor salta por los aires, agarra a la cabra, la levanta por encima de su cabeza, suelta un grito feroz, aterrador, y arroja a la cabra al suelo sin piedad. Al final escupe y se dirige a la joven.

—Es un animal —se disculpa—, un animal. No hay nada que hacer. No tiene cerebro. No tiene educación.

La joven se aparta del tronco sobre el que ha estado apoyada hasta ese momento y se inclina hacia el nómada. Un dulce escalofrío recorre su espalda. Su voz aún es firme y fría.

—¿Otro cigarro? —pregunta—. ¿No tendrás otro cigarro?

El beduino la mira apenado, casi con desesperación. Lo lamenta. Explica que no tiene más, ni uno solo, ni uno pequeño. Nada. No quedan. Lo siente mucho. Con gusto le ofrecería. No hay. Se han acabado los cigarros.

Entre tanto, la cabra golpeada se levanta tambaleándose. Dando un rodeo precavido, astuto, regresa al tronco. Por el rabillo del ojo vigila lo que hace su amo, disimulando. El pastor la observa sin moverse. La cabra se alza, apoya las pezuñas en el tronco y vuelve a rumiar tranquilamente. Entonces, el árabe coge una piedra grande y alza la mano con furia. Geulá le sujeta el brazo y le refrena.

—Basta. ¿Por qué? Déjala. No comprende nada. Es un animal. No tiene cerebro. No tiene educación.

El nómada obedece. Deja caer la piedra con absoluta sumisión. Entonces Geulá le suelta el brazo. Él vuelve a sacar de su fajín el mechero. Con dedos finos y pensativos, juguetea con él. Una llama diminuta sale por casualidad, y él se apresura a soplarla. El fuego se ensancha un poco, se ladea, se extingue. Después, muy cerca de allí, un chacal lanza un gemido intenso y penetrante. Entre tanto, todas las cabras se han unido a la primera y están absortas, rumiando con celeridad, casi con ira.

Una especie de lamento ahogado sale de los campamentos beduinos situados en el extremo sur, y el grave sonido del tambor marca el ritmo de ese prolongado suspiro. Los hombres oscuros se sientan junto a las hogueras y lanzan al cielo una canción de una sola nota. La noche acoge la canción y responde con humildes cantos de grillos. Las últimas luces declinan por el extremo oeste. El campo de frutales se queda a oscuras. Llegan sonidos desde todas partes, el murmullo del viento, la respiración de las cabras y el susurro de la hojarasca. Geulá frunce los labios y silba una vieja melodía. El nómada la escucha, concentrado, absorto, ladea la cabeza lleno de admiración y abre un poco la boca. Ella se mira el reloj. Las manecillas parpadean con un destello fosforescente, verdoso, venenoso, y no dicen nada. Es de noche.

Y después, el árabe le da la espalda, cae de rodillas, pega la frente al suelo y emite un balbuceo regular y constante.

—Aún no tienes ninguna chica —Geulá interrumpe su rezo—, aún eres demasiado pequeño —dice con una voz fuerte y extraña.

Tiene las manos en la cintura. Su respiración aún es rítmica. El hombre deja de mascullar, dirige hacia ella una cara oscura y le espeta algo en árabe. Todavía está agachado, pero su postura sugiere cierta alegría contenida.

—Aún eres pequeño —repite Geulá—, muy pequeño. Veinte años. O quizá treinta. Pequeño. No hay chica para ti. Pequeño.

El hombre le responde en su idioma, en tono solemne, alargando mucho las sílabas. Ella, con las manos en la cintura, lanza una risa nerviosa.

—¿Qué pasa contigo? —pregunta riéndose—. ¿Por qué de repente me hablas en árabe? ¿Quién crees que soy? ¿Qué haces aquí? ¿Qué quieres?

El nómada vuelve a contestar en su idioma. Ahora se percibe en su voz un tono de terror. Con pasos suaves y vacilantes, retrocede como alejándose de un moribundo. La respiración de la joven se acelera, jadea, tiembla. Una única sílaba, salvaje, escapa de la boca del pastor: una señal entre él y sus cabras. Estas obedecen, se agrupan, el roce de sus patas sobre la alfombra de hojas muertas es como el sonido de una tela al rasgarse. Y todos los grillos se han callado. Las cabras se apiñan en la oscuridad, un amasijo erizado y aterrado, y son tragadas por la noche, y el pastor, rodeado por el rebaño, desaparece.

A continuación, sola y temblorosa, ve un avión que pasa por las alturas negras sobre las copas de los árboles produciendo un ruido sordo, sus luces centellean intermitentemente con un ritmo tan preciso como el de los tambores: rojo, verde, rojo, verde, rojo. La noche cubre sus huellas. Olor a hogueras en el aire y olor a ceniza levantada por el viento. Solo hay una ligera brisa entre los frutales. Entonces le entra el pánico y se queda petrificada. Su boca se abre para gritar y, en su lugar, echa a correr; corre descalza hacia su casa, con todas sus fuerzas, y tropieza y se levanta y corre como si alguien la persiguiera, aunque solo la persigue el canto de los grillos.

Regresó a su habitación y preparó café para los miembros de la secretaría, porque recordó que se lo había prometido a Etkin. En la calle ya se notaba frescor, pero dentro de la habitación las paredes estaban ardiendo, y también su cuerpo. Tenía la ropa pegada a la piel debido a la carrera, y las piernas

arañadas y sucias. Las axilas desprendían un olor repugnante. Los granos de la cara le ardían. Hizo el café dejando que hirviera siete veces, un hervor tras otro, tal y como le había enseñado su hermano Ehud antes de marcharse y morir en una acción de represalia en el desierto. Apretó los labios y contó los hervores negros, subida y bajada de la espuma, subida y bajada de la espuma, y una especie de burbujeo contenido a punto de estallar. Y ya es suficiente. Hay que coger ropa limpia. Hay que ir al cuarto de baño.

¿Qué sabrá ese Etkin de los salvajes? Un socialista de pro. ¿Qué sabrá él de los beduinos? Un nómada huele la debilidad a distancia. Ofrécele una palabra amable, o una sonrisa, y se lanza como un animal e intenta violarte. Menos mal que he podido escapar de él.

En el cuarto de baño, el desagüe estaba atascado y el banco grasiento. Geulá dejó la ropa limpia sobre el tabique de piedra de la ducha. No tiemblo por el agua fría. Tiemblo de asco. Qué dedos tan negros y cómo me ha agarrado del cuello. Y sus dientes. Y las cabras. Delgado y pequeño como un niño, pero qué fuerte. Solo con mordiscos y patadas he podido librarme de él. Hay que enjabonar bien el vientre y todo y volver a enjabonar una y otra vez. Sí, que vayan los chicos esta misma noche y ataquen su campamento y les rompan sus huesos negros por lo que me ha hecho. Ahora hay que irse.

## 7

Salió del cuarto de baño y se dirigió a su habitación a coger la jarra de café para llevarla a la secretaría. Pero de camino oyó grillos y risas y recordó cómo estaba agachado a cuatro patas mientras ella, asustada, se quedó parada en la oscuridad. Y de repente vomitó entre los rosales. Y se echó a llorar. Luego le flojearon las rodillas. Se sentó a descansar en la tierra oscura. Dejó de llorar. Solo sus dientes castañeaban de frío o de compasión. De pronto, ya no tenía prisa, tampoco el café le parecía importante, y pensó: Hay tiempo, hay tiempo.

Los aviones que esa noche surcaban el cielo debían de estar realizando prácticas de bombardeo en la oscuridad. Una y otra vez pasaban entre las



estrellas con un constante centelleo de luces, rojo, verde, rojo, verde, rojo. Por el contrario, los cánticos y los tambores de los nómadas eran como los persistentes latidos de un corazón a lo lejos: uno, uno, dos, uno, uno, dos. Y silencio.

## 8

Desde las ocho y media hasta casi las nueve estuvimos esperando a Geulá. A los nueve menos cinco, Etkin dijo que no entendía lo que pasaba, porque no recordaba que Geulá hubiese llegado tarde o hubiese faltado a una reunión jamás, pero que, en cualquier caso, había que comenzar a abordar el orden del día.

Empezó repasando los hechos, detalló los daños que, al parecer, habían causado los beduinos, aunque no se había encontrado ninguna prueba criminal, y enumeró las medidas tomadas por iniciativa de la secretaría: apelar a la buena voluntad. Llamar a la policía. Aumentar la vigilancia alrededor del recinto. Utilizar sabuesos. Conversar con el anciano jefe de la tribu. Tenía que reconocer, dijo Etkin, que habíamos llegado a una especie de callejón sin salida. Pese a todo, él opinaba que había que mantener el sentido de la proporción y no dejarse llevar por radicalismos, porque el odio siempre genera más odio. Había que acabar con ese círculo vicioso de hostilidad. Por tanto, él rechazaba con toda su fuerza moral la actitud —y en concreto las intenciones— de algunos de los jóvenes. Y a buen entendedor pocas palabras bastan. Para terminar, quería recordar que el enfrentamiento entre pastores y labradores era tan antiguo como la civilización humana, como parecía demostrar el relato sobre Caín, que se alzó contra su hermano Abel. Nosotros, con el poder de nuestro mensaje social, debíamos acabar también con esa antigua hostilidad, al igual que acabamos con otros fenómenos horrendos. Y eso estaba en nuestras manos y dependía de nuestra fuerza moral.

En la habitación había un ambiente tenso, incluso incómodo, porque Rami interrumpió dos veces a Etkin y hasta llegó a utilizar una vez esa palabra tan fea, «tonterías». Etkin se sintió herido, acusó a los jóvenes de estar planeando

un acto criminal, y al final dijo: «Aquí no ocurrirá algo así».

Geulá no llegó a la reunión y, por tanto, no hubo nadie que calmara los ánimos. Y tampoco se sirvió café. Después se inició un duro cruce de palabras entre Rami y yo: por edad, yo soy de los jóvenes, es cierto, pero mis puntos de vista son distintos. Al igual que Etkin, yo rechazaba el uso de la violencia, y tenía dos razones para ello. Cuando Etkin me dio la palabra, las expuse. Primero, hasta el momento no había ocurrido nada grave. Tal vez unos cuantos hurtos, y ni siquiera eso estaba confirmado, pues, de cada grifo o de cada alicate que algún tractorista se olvidaba en el campo o perdía en el garaje o se llevaba a casa, inmediatamente se culpaba a los beduinos. Segundo, no había habido ninguna violación ni ningún asesinato. En ese punto, Rami saltó como un resorte y me preguntó si quería esperar a que hubiese alguna pequeña violación sobre la que Geulá pudiese escribir poemas y yo, relatos. Me ruboricé y busqué una respuesta acertada.

Pero Etkin, atónito ante tales groserías, le negó a Rami el uso de la palabra, y también a mí, empezó a explicar de nuevo su postura y preguntó qué cara se nos quedaría si escribiesen en el periódico que un kibutz había enviado a unos matones a saldar cuentas con los vecinos árabes. Cuando Etkin dijo la palabra «matones», Rami les hizo a sus compañeros un gesto usado habitualmente en los partidos de baloncesto. A esa señal, todos se levantaron y abandonaron la habitación indignados, dejando que Etkin sermoneara a gusto a tres ancianas y a un antiguo parlamentario ya retirado.

Tras un instante de duda, también yo me levanté y seguí a los jóvenes: yo no compartía sus ideas, es cierto, pero se me había negado el uso de la palabra de forma arbitraria y ofensiva.

Si Geulá hubiese llegado a la reunión, si hubiese llevado su espléndido café, tal vez se habrían calmado los ánimos. Y es posible que su capacidad de razonar hubiese logrado una especie de compromiso entre las partes en conflicto. Pero el café ya se había enfriado sobre la mesa de la habitación de

Geulá. Y ella seguía tendida entre los rosales, detrás de la Sala del Recuerdo, mirando las luces de los aviones y escuchando los sonidos de la noche. Cuánto deseaba hacer las paces y perdonarle. No odiarle ni desearle la muerte, sino levantarse, ir hacia él, encontrarle entre los barrancos y perdonarle y no regresar nunca. Incluso cantarle una canción. Esos fragmentos afilados que le herían la piel hasta hacerle sangrar eran los pedazos de la botella que ella había roto con una piedra grande unas horas antes. Y esa cosa viva que se arrastraba entre los fragmentos de cristal y los terrones de tierra era una serpiente, tal vez una serpiente venenosa o tal vez una víbora. Sacaba una lengua bífida, y su cabeza triangular y fría estaba erguida. Sus ojos eran de cristal oscuro. Jamás podría cerrarlos, porque no tenía párpados. Una espina en la carne de la joven, o tal vez un fragmento de cristal. Estaba muy cansada. Y el dolor era sordo, casi placentero. Cencerros lejanos en sus oídos. Ahora, dormir. Con mirada cansada, a través de la gruesa capa de lágrimas, observaba al grupo de chicos que, atravesando el césped, se dirigían al campo o al *wadi* para castigar a los nómadas. Llevábamos palos cortos y gruesos en las manos. La emoción dilataba nuestras pupilas. Y la sangre latía con fuerza en las sienes.

A lo lejos, en los oscuros campos de frutales, unos cipreses llenos de polvo se balanceaban de un lado a otro como con un callado fervor religioso. Ella estaba cansada, por eso no venía a nuestro encuentro para desearnos buena suerte. Pero sus dedos acariciaban la tierra y su rostro estaba muy sereno, era casi hermoso.

# La inercia del viento

## 1

El último día de Gideon Shenhav comenzó con un espléndido amanecer.

La salida del sol fue suave, casi otoñal. Pálidos destellos de luz fluían a través del muro de nubes que cerraba el horizonte oriental. Astutamente, el nuevo día ocultaba sus intenciones y no mostraba ningún indicio del asfixiante bochorno que estaba agazapado en él.

Un resplandor violeta ardió en las montañas del este. El viento de la mañana lo avivó. Y después, los rayos de luz atravesaron el muro de nubes. Se hizo de día. Los dedos de luz abrieron grietas oscuras. Al final salió la bola incandescente, chocó con las montañas de nubes y las traspasó. El horizonte oriental se volvió cegador. Y el plácido violeta se rindió ante el brillante y terrible púrpura.

El toque de diana estremeció el campamento unos minutos antes del amanecer. Gideon se levantó, caminó descalzo y adormilado hacia el exterior de su barracón y miró la acumulación de luz. Con una mano delgada y morena, Gideon se hizo sombra en los ojos, unos ojos que querían seguir durmiendo. La otra mano abrochó mecánicamente los botones de su uniforme. Ya se oían voces de personas y sonidos metálicos, y algunos se apresuraron a limpiar sus armas para el pase de revista. Pero Gideon estaba lento. La imagen del amanecer le había provocado una emoción cansada, tal vez una vaga nostalgia. El sol ya había salido, y como el joven continuaba dormido de pie, tuvieron que empujarle por detrás y decirle, vamos, muévete.

Entró en el barracón, arregló el catre, limpió la ametralladora y recogió los utensilios de afeitar. Por el camino, entre los eucaliptos encalados y los

montones de carteles de advertencia sobre la limpieza y la disciplina, Gideon se acordó de pronto de que era el Día de la Independencia. Y ese día de fiesta, la brigada paracaidista realizaría una exhibición en el valle de Yezreel. Entró en el barracón de los lavabos y esperó a que se quedara libre un espejo. Mientras tanto, se cepilló los dientes y pensó en las chicas guapas. Una hora y media más tarde los preparativos estarían concluidos, la brigada subiría a los aviones y ascendería hasta llegar al punto del salto. Miles de ciudadanos esperarían entusiasmados a los paracaidistas, y allí estarían también las chicas. El salto se realizaría junto a Nof Harish, que era el kibutz donde Gideon había nacido y crecido hasta su incorporación a filas. Cuando sus pies tocasen los terrones de tierra del campo, los niños del kibutz le rodearían, saltarían sobre él y gritarían, Gideon, aquí está nuestro Gideon.

Apretujado entre dos soldados bastante mayores que él, Gideon empezó a enjabonarse las mejillas y a afeitarse a duras penas.

—Hoy hace calor —dijo.

—Aún no. Pero lo hará —respondió uno de los soldados.

—Por qué no acabas ya, en vez de hablar sin parar desde por la mañana —farfulló el otro soldado desde atrás.

Gideon no se ofendió. Al contrario, por alguna razón esas palabras le produjeron una gran alegría. Se secó la cara y se dirigió al patio para formar filas. Entre tanto, la luz azul se había vuelto de un gris blanquecino, una luz sucia debido al bochornoso viento del desierto.

## 2

La noche anterior, Shimshon Sheinbaum presintió que estaba llegando la ola de calor. Por tanto, nada más levantarse por la mañana, se dirigió rápidamente hacia la ventana y comprobó con serena satisfacción que también esa vez había acertado. De modo que cerró las contraventanas para proteger la habitación, se lavó la cara, los hombros y el pecho cubierto de un tupido vello canoso, se afeitó y se preparó un café con un panecillo que había cogido la tarde anterior del comedor. Shimshon Sheinbaum odiaba

profundamente perder el tiempo, sobre todo durante las fructíferas horas de la mañana: salir, ir al comedor, charlar, leer el periódico, debatir, y ya se ha ido media mañana. Por eso solía conformarse con un café y un panecillo, y así, a las seis y diez, después del primer boletín de noticias, el padre de Gideon ya estaba sentado junto a su escritorio. Verano e invierno, sin excepciones.

Se sentó a su escritorio y, durante unos minutos, se quedó mirando fijamente hacia el mapa de nuestro país, que estaba en la pared de enfrente, intentando recordar un sueño angustioso que lo había atrapado al amanecer, justo antes de despertarse. Pero el sueño se le había borrado de la memoria. Shimshon decidió concentrarse en su trabajo y no perder ni un minuto más. Es cierto, era un gran día de fiesta, pero la mejor forma de celebrarlo era trabajando. Hasta el momento de salir a contemplar a los paracaidistas y a Gideon, si es que realmente estaba entre ellos y no se había puesto enfermo en el último instante, aún le quedaban a Shimshon varias horas de trabajo. Un hombre de setenta y cinco años no podía desperdiciar su tiempo, y menos cuando eran tantas, tantísimas, las cosas que debía poner por escrito. La tarea era ingente.

Al nombre de Shimshon Sheinbaum no es necesario añadirle calificativos. El movimiento obrero hebreo sabe honrar a sus padres fundadores. El nombre de Shimshon Sheinbaum lleva décadas coronado por un halo de gloria. Lleva décadas luchando con todo su cuerpo y toda su alma por que se cumpla su sueño de juventud. Las frustraciones y los fracasos no han mermado ni destruido su fe, sino que han enriquecido su alma con una vena de sabia tristeza: cuanto mejor comprende las debilidades y las desviaciones ideológicas del prójimo, más implacable es con sus propias debilidades. Las domina con mano de hierro y vive de acuerdo con sus principios, recto como un palo, con una inmisericorde autodisciplina, y también con una oculta, aunque ardiente, alegría.

Ahora, entre las seis y las siete de la mañana del Día de la Independencia, Shimshon Sheinbaum aún no es un padre que ha perdido a su hijo. Pero su semblante es perfecto para llevar ese halo. Una expresión seria, sagaz, de quien lo ve todo pero lo reprime en su interior, cubre su ajado rostro. Y sus

ojos azules muestran una irónica melancolía.

Se sienta a su escritorio, con la espalda erguida y la cabeza inclinada hacia los papeles. Y los codos apoyados. El escritorio está hecho de madera sencilla, como el resto de los muebles de la habitación, todos ellos sobrios y funcionales: la celda de un monje penitente y no la vivienda de un kibutz fundado tiempo atrás.

Esta mañana no será demasiado fructífera. Los pensamientos se dispersan una y otra vez como si persiguiesen al sueño que centelleó y se apagó al final de la noche. Hay que recordar el sueño y, después de recordar, es posible olvidar y concentrarse en el trabajo. Recuerdo una manguera. Y un pez de colores o algo así. Una discusión con alguien. Ninguna relación. Ahora al trabajo. Supuestamente, el movimiento sionista socialista de Poalei Zion estaba basado en origen en una contradicción ideológica insuperable, y solo con acrobacias verbales logró encubrir esa contradicción. Pero esta tan solo es aparente, y quien espere aprovecharla para desestabilizar o atacar al movimiento no sabe de lo que está hablando. Y aquí está la evidencia más sencilla.

Shimshon Sheinbaum es un hombre con gran experiencia. La vida le ha enseñado cuánta arbitrariedad, cuánta necedad mueve la mano caprichosa que dirige nuestro destino, tanto el destino del individuo como el destino de la colectividad. La sobriedad no ha privado a Shimshon Sheinbaum de la franqueza que lo caracteriza desde sus días de juventud. Su más destacada y admirable virtud es su tenaz honestidad: la misma de sus íntegros y piadosos antepasados, cuyo ingenio no mermó su fe. Sheinbaum jamás ha permitido que sus actos disten mucho de sus palabras: incluso cuando algunos de nuestros dirigentes se dedicaron a la política y, de paso, dejaron por completo el trabajo físico, él no abandonó el kibutz. Rechazó todos los puestos y cargos que estaban fuera de la colonia y, solo tras muchas dudas, accedió a ser elegido para el comité general de los trabajadores. Hasta hace pocos años, sus días se repartían por igual entre el trabajo físico y el intelectual: tres días para el jardín, tres días para el análisis político. El hermoso jardín del kibutz Nof Harish es en gran parte obra de Shimshon Sheinbaum. Nosotros recordamos

cómo plantaba, podaba, regaba, cavaba, abonaba, ahuecaba y arrancaba. No dejaba que su posición de intelectual más importante del movimiento le apartara de las obligaciones impuestas a todos los miembros del kibutz, vigilancia, turnos de trabajo y recolección. Ninguna sombra de falsedad ha nublado la senda de Shimshon Sheinbaum hasta este momento, en él los sueños y su materialización forman una unidad indisoluble, no ha conocido la debilidad ni ha caído en el desánimo, eso fue lo que el secretario del movimiento escribió sobre él en el periódico hace algunos años, cuando Shimshon Sheinbaum cumplió setenta.

Evidentemente, ha habido momentos de profunda desesperación. Ha habido momentos de gran hartazgo. Pero Shimshon Sheinbaum ha convertido esos momentos en fuentes secretas de tempestuosa energía. Como dice el himno que tanto le gusta y que le incita a una actividad frenética: *en las montañas, en las montañas brilla nuestra luz, nosotros subiremos a la montaña, el ayer quedó atrás, pero es largo el camino hacia el mañana*<sup>1</sup>. Si ese estúpido sueño se dignara a salir de las tinieblas y a mostrarse ahora por completo, sería posible arrojarlo por las escaleras y concentrarse de una vez en el trabajo. El tiempo pasa. Una manguera, un movimiento estratégico de ajedrez, peces de colores, una fuerte discusión, pero ¿qué relación tiene todo eso?

Durante muchos años, Shimshon Sheinbaum vivió solo. Dedicaba todas sus energías a la creación intelectual. Para lograr realizar el trabajo de su vida tuvo que renunciar a construir un nido familiar. A cambio de ese doloroso sacrificio, Shimshon Sheinbaum ha conseguido mantener hasta la vejez una lucidez juvenil y una cálida cordialidad. Solo después de cumplir cincuenta y seis años, de repente se casó con Raya Greenspan y engendró a Gideon, y luego se separó de ella y volvió a concentrarse en la reflexión intelectual. Sería de santurriones fingir que, antes de casarse con Raya Greenspan, Shimshon Sheinbaum llevaba una vida de monje. Su personalidad atraía a las mujeres del mismo modo que atraía a los discípulos. Ya de joven, su abundante melena se volvió canosa, y su rostro abrasado por el sol se convirtió en un atractivo crucigrama de líneas y surcos. Sus espaldas fornidas, sus hombros fuertes, el timbre de su voz, que era cálido, escéptico y



siempre reflexivo, así como su soledad, todo eso hacía que las mujeres revoloteasen a su alrededor como pajarillos. El chismorreó atribuye a su entropierna al menos uno de los niños del kibutz, y también por otros lugares corren toda clase de leyendas. Nosotros no hablaremos de eso.

A los cincuenta y seis años, Shimshon Sheinbaum decidió que debía tener un heredero que llevase su impronta y su nombre a la siguiente generación. Por tanto, conquistó repentinamente a Raya Greenspan, una joven diminuta y tartamuda que tenía treinta y tres años menos que él. Tres meses después de la boda, que se celebró ante un reducido círculo, nació Gideon. Y antes de que el kibutz pudiese despertar de su estupor, Shimshon Sheinbaum mandó a Raya de vuelta a su anterior habitación y él volvió a dedicarse a la reflexión intelectual. El asunto tuvo repercusiones y también estuvo precedido por dolorosas vacilaciones por parte del propio Shimshon Sheinbaum.

Ahora, pensemos con la cabeza y obliguemos a la memoria a seguir una secuencia ordenada, el sueño está siendo capturado: Ella venía a mi habitación a llamarme para que fuese enseguida a acabar con el escándalo que se estaba produciendo. Yo no preguntaba qué ni quién, solo la seguía rápidamente. Alguien se había permitido construir un estanque en la explanada de césped situada delante del comedor, y yo me ponía hecho una furia porque nadie había autorizado semejante cambio; un estanque delante del comedor, como en el palacio de un terrateniente polaco. Yo gritaba. A quién, eso no estaba claro. En el estanque había peces de colores. Y un niño lo estaba llenando de agua con una manguera negra. Entonces yo decidía acabar con aquello de inmediato, pero el niño no quería escucharme. Yo comenzaba a caminar siguiendo la manguera para encontrar el grifo y cortar el agua antes de que alguien consiguiera convertir el estanque en un hecho consumado. Caminaba y caminaba hasta que descubría que estaba caminando en círculo y que la manguera no estaba conectada a ningún grifo, que simplemente volvía al estanque y chupaba agua de allí. Vanidad y empeño vano. Se acabó. El programa original del movimiento de Poalei Zion hay que entenderlo sin ninguna dialéctica, literalmente, palabra por palabra.

Tras la separación de Raya Greenspan, Shimshon Sheinbaum no abandonó sus obligaciones como padre espiritual ni delegó responsabilidades. Desde que el niño cumplió seis o siete años, iluminó a su hijo con los rayos de su personalidad. Pero el crío resultó bastante decepcionante. Con un niño como Gideon no se fundaba una dinastía. De pequeño, siempre le moqueaba la nariz: un constante resfriado o tal vez pura sensiblería. Un niño lento, atolondrado, que recibía golpes y ofensas y no los devolvía, un niño extraño, siempre con papeles dorados de cajas de bombones, con hojas secas, con gusanos de seda. Y desde los doce años, todo tipo de chicas le rompían el corazón, una tras otra. Siempre tenía un amor no correspondido, y también publicaba poemas tristes y parodias crueles en el boletín infantil. Un muchacho negruzco, flojo, con una belleza casi femenina, que recorría siempre los caminos del kibutz en obstinado silencio. No destacaba en el trabajo. No destacaba en las relaciones sociales. Hablaba despacio, y sin duda también pensaba despacio. Los poemas que escribía le parecían a Shimshon desesperadamente sentimentales, y las parodias, venenosas, sin ninguna creatividad. El apodo de Pinocho le iba como anillo al dedo, no se puede negar. Y, en las constantes e insoportables sonrisas que se dibujaban en sus labios, Shimshon veía una copia exacta y deprimente de las sonrisas de Raya Greenspan.

Y resulta que, hace un año y medio, Gideon le dio a su padre una gran sorpresa: de repente le pidió que firmara un consentimiento por escrito para alistarse en los paracaidistas; los hijos únicos solo podían unirse al ejército con el permiso firmado de los dos progenitores. Solamente cuando Shimshon Sheinbaum se convenció de que no se trataba de una de las extravagantes bromas de su hijo, accedió a darle su consentimiento. Y con mucho gusto: será un cambio alentador en el desarrollo del joven, allí le convertirán en un hombre de verdad. Que vaya. Por qué no.

Pero la pertinaz negativa de Raya Greenspan supuso un obstáculo inesperado en los planes de Gideon. No, ella no firmará ese papel. De

ninguna manera. Y punto.

El propio Shimshon fue una tarde a su habitación, intentó convencerla, razonar con ella, advertirle. Todo en vano. Ella no firma. Por nada en especial. Es así y punto. Shimshon Sheinbaum tuvo que actuar con subterfugios para que el joven pudiera unirse a los paracaidistas. Escribió una carta privada al propio Yolek. Le pedía un favor personal. Que le permitiera a su hijo ofrecerse voluntario. La madre era emocionalmente inestable. El joven sería un excelente paracaidista. Shimshon aceptaba toda la responsabilidad. Por cierto, jamás había pedido ningún favor personal. Ni volvería a hacerlo. Esa sería la primera y única vez en toda su vida. Le rogaba a Yolek que hiciera todo lo que estuviese en su mano.

A finales del mes de septiembre, cuando en los campos de frutales aparecieron las primeras señales del otoño, el joven Gideon Shenhav se alistó en la brigada paracaidista.

Desde que Gideon se alistó, Shimshon Sheinbaum se dedicó con mayor intensidad a la creación intelectual, que es la única huella que un hombre deja en el mundo. Esa huella suya no se borrará nunca de la biografía del movimiento obrero hebreo. Y la vejez aún está lejos. A los setenta y cinco años su cabellera sigue tan tupida como siempre y su cuerpo aún es movido por músculos firmes y fuertes. Sus ojos están abiertos. Su mente, atenta. Su voz fuerte y seca, algo cascada, obra milagros con las mujeres de cualquier edad. Sus modales son comedidos y su conducta, modesta. Se puede decir que está unido por el cordón umbilical a la tierra del kibutz Nof Harish. Las ceremonias y asambleas le resultan odiosas, así como los cargos y nombramientos. Solo con su cálamo escribe Shimshon Sheinbaum su nombre en los muros de nuestro hogar nacional.

El último día de Gideon Shenhav comenzó con un espléndido amanecer. Incluso le pareció ver gotas de rocío evaporándose con el calor y señales

resplandeciendo a lo lejos en las cimas de las montañas del este. Era un día de fiesta, la celebración de la independencia del Estado y también del salto en paracaídas sobre el cielo de su propia casa. Durante toda la noche no se apartó de él una especie de sueño, la imagen de la caída de las hojas en oscuros bosques norteños, el olor de la hojarasca, grandes árboles cuyo nombre desconocía. Durante toda la noche estuvieron cayendo hojas pálidas sobre los barracones del campamento. Incluso cuando se despertó por la mañana, seguían resonando en sus oídos el bosque norteño y todos esos grandes árboles cuyo nombre desconocía.

Gideon adoraba el dulce momento de la caída entre el salto desde el avión y la apertura del paracaídas: el abismo asciende hacia ti a la velocidad del rayo, feroces ráfagas de aire lamen tu cuerpo, y tú te mareas de placer. La velocidad es una borracha, es una libertina, silba y ruge, y todo tu cuerpo tiembla y hay agujas candentes en las terminaciones nerviosas y la sangre palpita con fuerza. De pronto, cuando eres un rayo en el viento, el paracaídas se abre. Las bandas frenan tu caída como si algún brazo masculino, tranquilo y firme, evitara la pérdida de control absoluta. Es como si esos brazos te sujetaran por las axilas. En vez de un placer libertino, ahora sientes un placer refrenado, protegido. Tu cuerpo se ralentiza un poco en las alturas, flota, vacila, es arrastrado ligeramente por el viento suave, jamás podrás adivinar el punto exacto donde se posarán tus pies en la tierra, si sobre la ladera de aquella colina o frente a los huertos, y eres un ave migratoria cansada, descienes lentamente, ves tejados, carreteras, vacas en la pradera, despacio, como si tuvieses elección y como si la decisión estuviese por completo en tus manos.

Y entonces la tierra está a tus pies, y realizas el acto ensayado de rodar con el fin de suavizar el impacto de la caída. En unos segundos debes recuperarte. El riego sanguíneo se ralentiza. Las dimensiones vuelven a la normalidad. Solo un cansado orgullo permanece en tu corazón hasta que te encuentras con tu comandante y tus compañeros y te unes al frenético ritmo de la reagrupación.

En esa ocasión, todo eso ocurriría en el cielo del kibutz Nof Harish.

Los ancianos del lugar echarían hacia atrás su cabeza sudorosa, se quitarían la gorra e intentarían identificar a Gideon entre los puntos grises que rodarían por el aire. Los niños saltarían por el campo y también esperarían ardientemente a que su héroe descendiera del cielo. La madre saldría del comedor y se quedaría parada fuera, parpadeando y hablando consigo misma. Shimshon abandonaría su escritorio por un rato, puede que contemplase el espectáculo desde su pequeño porche con mirada reflexiva y orgullosa.

Después, el kibutz recibiría a la brigada con una cordial bienvenida, prepararían en el comedor jarras de limonada tan fría que rezumarían, y habría cajones llenos de manzanas, o tal vez tartas horneadas por las mujeres veteranas y decoradas con felicitaciones hechas con letras de crema.

A las seis y media de la mañana el sol dejó atrás sus coloridos caprichos y se elevó sin compasión sobre las altas montañas del este. Un espeso y bochornoso viento del desierto golpeó todo el país. Los tejados de cinc de los barracones del campamento arrojaban un fuego cegador. Las paredes empezaron a irradiar hacia el interior un denso y mareante calor. En la carretera principal, que pasaba muy cerca de la alambrada del campamento, ya se notaba un vivo movimiento de autobuses y de camiones: los habitantes de los pueblos y las aldeas empezaban a dirigirse hacia la gran ciudad para contemplar la parada militar. A través de la pantalla de polvo se podía apreciar el lustre de sus camisas blancas, y también oír a lo lejos sus alegres cánticos.

Los paracaidistas terminaron el pase de revista. Las órdenes del día dadas por el Estado Mayor ya se habían leído en voz alta y clavado con chinchetas en los tabloneros de anuncios del campamento. El desayuno fue festivo y consistió en un huevo duro adornado con hojas de lechuga y rodeado de aceitunas.

Gideon, con el flequillo negro cayéndole sobre la frente, empezó a cantar una canción tranquila. Los demás se unieron a él. De vez en cuando alguien cambiaba alguna frase de las canciones por otra burlona y de mal gusto. Rápidamente, las canciones hebreas dejaron paso a unos sonidos árabes guturales, casi desesperados. El comandante de la brigada, un atractivo oficial rubio sobre el que, por las noches, alrededor de las hogueras, se contaban

toda clase de leyendas, se levantó y dijo: Basta. Los paracaidistas dejaron de cantar, se tragaron rápidamente el café grasiento que les quedaba en las tazas de latón y salieron hacia las pistas de despegue. Allí volvieron a formar filas. El comandante les dijo a sus hombres unas palabras afectuosas, incluso los llamó la sal de la tierra, y después ordenó a todos que subiesen a los aviones que los estaban esperando.

Los jefes de división se encontraban en la entrada de los aviones comprobando los arneses y las anillas de las correas. El propio comandante pasó entre los jóvenes dando palmadas en el hombro, bromeando y animando, como si fuesen a la batalla y hubiese un peligro real. Gideon, por su parte, respondió a la palmada en el hombro con una sonrisa que recorrió fugazmente sus finos labios. Estaba flaco, casi demacrado, pero muy bronceado. Un ojo avispado, el del legendario y rubio comandante, pudo apreciar que una vena azul estaba hinchada en el cuello del joven y palpitaba con fuerza.

Entonces, el viento del desierto también irrumpió en los almacenes en penumbra, aniquiló e incendió sin piedad los últimos baluartes del frío, lo quemó todo con un ardor gris. Se dio la señal. Los motores emitieron un sonido ronco. Los pájaros huyeron de la pista. Los aviones vibraron, se movieron, rodaron pesadamente y empezaron a acelerar a máxima potencia para poder despegar.

Hay que salir al campo y recibirle con un apretón de manos.

Sheinbaum tomó esa decisión y cerró el cuaderno. Los meses de servicio militar han fortalecido al joven. Es increíble, pero parece que está empezando a hacerse un hombre. Aún debe aprender cómo manejarse con las mujeres. Tiene que librarse de una vez por todas del aturdimiento y de la sensiblería: eso debe dejárselo a las mujeres, y él, forjarse a sí mismo. Cuánto ha mejorado en el ajedrez: pronto podrá poner en un aprieto a su padre biológico, y tal vez, un día de estos, también consiga ganarme a mí. Aún

queda tiempo para eso. Pero que no se case con la primera que se le presente. Debe romper dos o tres corazones antes de disponer la boda. Y en pocos años deberá darme nietos. Muchos. Los vástagos de Gideon tendrán dos padres: mi hijo los criará y yo les abriré la mente. La segunda generación ha crecido a la sombra de nuestro proyecto, por eso se ha enredado tanto. Dialéctica. Pero la tercera generación será una maravillosa síntesis y una espléndida cosecha: recibirán la espontaneidad de sus padres y el intelecto de sus abuelos. Será una magnífica herencia que estará limpia de la maleza de una genética torcida. Esta frase hay que anotarla en la libreta, tendrá su momento y su lugar en uno de los próximos artículos. Veo ante mis ojos a Gideon y a sus compañeros y siento una gran pena: una superficial desesperación emana de ellos, cierta desolación y cínica ironía. No saben amar de corazón ni son capaces de odiar de corazón. Ni entusiasmo ni aversión. A la desesperación propiamente dicha yo no le pongo ninguna pega. La desesperación es la eterna hermana de la fe. Pero esa es una desesperación viril y colérica, no una tristeza poética y melancólica. Gideon, siéntate en silencio, deja de rascarte, deja de morderte las uñas, te voy a leer una hermosa página de Brenner. Vale, no pongas esa cara, no leeré nada. Sal fuera y crece como un beduino, si eso es lo que quieres. Pero si no conoces a Brenner, no tendrás ni la menor idea de lo que es la desesperación o la fe. En sus páginas no encontrarás poemas lacrimógenos sobre un chacal que cayó en una trampa ni sobre flores deshojándose. En Brenner todo arde. También el amor, también el odio. Tal vez vosotros no conozcáis la luz y la oscuridad cara a cara, pero sí vuestros hijos. Una magnífica herencia que estará limpia de la maleza de una genética torcida. Y a la tercera generación no le permitiremos echarse a perder con mimos y con poesía de damas decadentes. Ya llegan los aviones. Ahora devolvamos a Brenner a su sitio en la estantería y salgamos a enorgullecernos un poco de ti, Gideon Sheinbaum.

A grandes pasos atravesó Sheinbaum la explanada de césped, subió por el

camino de cemento y se dirigió hacia la parcela noroccidental, un campo labrado que había sido elegido para el aterrizaje de los paracaidistas. Por el camino se entretuvo varias veces junto a los arriates para arrancar las malas hierbas que se escondían a la sombra de los arbustos en flor. Los ojos pequeños y azules de Sheinbaum eran expertos en captar la maleza. Debido a su edad, hacía ya unos años que había dejado su trabajo en el sector de jardinería, sin embargo, mientras le quedara algo de aliento, no dejaría de rebuscar por los arriates ni de arrancar sin piedad cualquier hierbajo. En momentos así pensaba en su sucesor, un chico cuarenta años más joven que él al que se le había encomendado el sector de jardinería, el acuarelista local, y en cómo había recibido un jardín en flor que, mes tras mes, iba languideciendo ante nuestros ojos.

Un grupo de niños nerviosos pasó corriendo por delante de Shimshon Sheinbaum. Los niños estaban inmersos en una feroz discusión sobre el tipo de aviones que daban vueltas sobre el cielo del valle. Debido a la carrera, la discusión se desarrollaba con fuertes gritos y jadeos. Shimshon agarró a uno por la punta de la camisa, lo detuvo a la fuerza y acercó su cara a la del niño.

—Tú eres Zaki —le dijo.

—Déjame —respondió el niño.

—¿A qué vienen todos estos gritos? —preguntó Sheinbaum—. Aviones, ¿eso es todo lo que tenéis en la cabeza? ¿Creéis que podéis correr así entre las flores, donde pone que está prohibido pisar? ¿Creéis que podéis hacer lo que os dé la gana? Mírame cuando te hablo. Y responde como las personas o...

Pero Zaki, aprovechando el aluvión de palabras que le estaba cayendo encima, con un gesto brusco y astuto se zafó de la mano que lo agarraba con fuerza, saltó hacia los arbustos, puso cara de mono y sacó la lengua.

Sheinbaum apretó los labios. Pensó al instante en la vejez, pero también al instante apartó ese pensamiento de su mente y se dijo: Está bien. Ya nos ocuparemos también de eso. Zaki, es decir, Azarías. Haciendo una rápida cuenta, debe de tener por lo menos once años o incluso doce. Un rufián. Un asno.

Entre tanto, los jóvenes que estaban de aprendizaje en el kibutz habían



ocupado la parte alta del depósito de agua; era un punto estratégico desde donde abarcaban con la vista todo el valle. Esa escena le recordó a Sheinbaum un paisaje ruso. Por un instante sintió la tentación de trepar también él a lo alto del depósito y observar el salto de los paracaidistas desde la distancia, cómodamente. Pero pensar en el apretón de manos varonil que le esperaba le hizo dar zancadas aún más largas hasta llegar al extremo del campo. Allí se detuvo, con las piernas separadas, con los brazos cruzados sobre el pecho, con el espléndido flequillo canoso cayéndole sobre la frente. Echó la cabeza hacia atrás y empezó a acompañar a los dos aviones de transporte con una mirada gris y constante. Las arrugas del rostro de Shimshon Sheinbaum enriquecían su semblante. El mosaico de su cara expresaba una curiosa mezcla de orgullo, reflexión y cierto toque de ironía bien refrenada. Y las tupidas cejas blancas hacían pensar en iconos de santos eslavos. Mientras tanto, los aviones completaron la primera vuelta y el que iba en cabeza se aproximó a la parcela.

Los labios de Shimshon Sheinbaum se abrieron y dejaron paso a un sonido oculto y profundo: una ancestral melodía rusa empezó a resonar en su pecho. El primer grupo de paracaidistas se lanzó por la puerta abierta en el flanco del avión. Unas figuras diminutas, oscuras, se dispersaron por el espacio como semillas lanzadas por la mano de un campesino en un viejo cuadro sionista.

Entonces, Raya Greenspan sacó la cabeza por la ventana de la cocina y agitó con fuerza el cazo que tenía en la mano, como advirtiendo a las copas de los árboles. Tenía la cara roja y empapada de sudor debido al bochornoso viento del desierto. El sudor le había pegado el basto vestido a las piernas, que eran robustas y también muy peludas. Respiró aceleradamente, se hurgó con las uñas de la mano que tenía libre entre los rizos alborotados y, de repente, giró la cabeza hacia dentro y empezó a gritar a las otras trabajadoras:

—¡Rápido! ¡A la ventana! ¡Es Gidi! ¡Gidi está en el cielo!

Y el pánico la dejó sin habla.

Mientras el primer grupo de paracaidistas flotaba lentamente, como un puñado de plumas, entre el cielo y la tierra, el segundo avión descendió y soltó al grupo de Gideon Shenhav. Los paracaidistas estaban apiñados junto a la puerta abierta, estrujados, pecho contra espalda, sus cuerpos formaban un

bloque sudoroso y compacto. Cuando le llegó el turno a Gideon, el joven apretó los dientes, contrajo las rodillas y, como si naciera hacia la luz sofocante, saltó y cayó. En aquel instante, un salvaje y prolongado grito de alegría estalló de su garganta. Al caer vio los paisajes de su infancia elevándose hacia él y vio los tejados y las copas de los árboles y siguió cayendo y los sonrió con un crispado hola, hola a todos, y siguió cayendo hacia los huertos y hacia los caminos de cemento y hacia los cobertizos y hacia los tubos brillantes y siguió cayendo con el corazón contento. Nunca en su vida había sentido un amor tan intenso y estremecedor. Todos sus músculos se tensaron, y fue como si un manantial de placer fluyera en su vientre y subiera por su espalda hasta la nuca y las raíces del pelo. Como un loco gritó Gideon, gritó y gritó de puro amor, mientras las uñas se clavaban en las palmas de sus manos cerradas casi hasta hacerse sangre. Después, las bandas del paracaídas se tensaron y le golpearon en las axilas. Le apretaron las ingles con fuerza. Al instante sintió como si una mano invisible tirara de él hacia atrás, hacia arriba, hacia el avión, hacia el cielo. La dulce caída se convirtió en un suave y lento vaivén, como si se balancease en una hamaca o en una cuna o como si flotase en una piscina de agua caliente. De repente le entró el pánico: ¿Cómo van a verme desde abajo? ¿Cómo van a distinguirme en medio del bosque de paracaídas blancos? ¿Cómo van a abrazarme a mí y solo a mí con sus miradas inquietas y amorosas? Mi madre, mi padre, las chicas guapas, los niños pequeños, todos. No puedo pasar desapercibido así sin más entre la multitud de paracaidistas. Soy yo y ellos me quieren a mí. Sí.

En ese instante, Gideon tuvo una idea. Se llevó la mano al hombro y, tirando de la anilla, liberó el paracaídas de reserva, el que estaba destinado solo a casos de emergencia. Cuando el segundo paracaídas se abrió encima de él, su movimiento se ralentizó como si la fuerza de la gravedad hubiera dejado de afectarle. Parecía que el joven flotaba él solo en el centro del universo, como una gaviota, como una nube solitaria. Los últimos de sus compañeros ya estaban en tierra y habían comenzado a doblar sus paracaídas. Gideon Shenhav era el único que seguía volando como hechizado con dos enormes paracaídas abiertos encima de su cabeza. Ebrio, feliz, absorbió las cientos de miradas clavadas en él. Solo en él, en él con su brillante

singularidad.

Para dar mayor gloria y esplendor a la escena, llegó desde el oeste una fuerte ráfaga, casi fría, que dividió en dos el bochornoso viento del desierto, jugó con el pelo de los espectadores y movió un poco hacia el este el cuerpo del último paracaidista.

7

Lejos de aquí, en la gran ciudad, los miles de ciudadanos que estaban esperando para ver la parada militar recibieron con un suspiro de alivio la repentina brisa del mar: puede que se hubiese acabado la ola de calor. Un olor frío y salado se apiadó de las calles abrasadoras. El viento arreció, silbó con furia en las copas de los árboles, dobló los finos troncos de los cipreses, alborotó el follaje de los pinos, levantó remolinos de polvo y enturbió el espectáculo del salto en paracaídas. Con la majestad de un rey, como un pájaro gigantesco y solitario, Gideon Shenhav fue arrastrado hacia la carretera principal, hacia el este.

El grito de pánico que salió al unísono de cientos de gargantas no pudo llegar a los oídos del joven. Estaba cantando, exultante, como sonámbulo, y siguió balanceándose lentamente hacia el tendido eléctrico central sujeto por inmensos postes. Los ojos de la multitud se aferraron con terror al paracaidista y al tendido eléctrico que atravesaba el valle de oeste a este con segura rectitud. Cinco cables paralelos que se movían por su propio peso entre los postes y emitían un constante zumbido por la fuerza del viento racheado.

Los dos paracaídas de Gideon se enredaron en el cable de arriba. Tras un instante, sus pies se posaron en el cable de abajo. Su cuerpo quedó en diagonal. Las correas del arnés le sujetaban por las ingles y por los hombros y le impedían caer sobre la tierra labrada. De no ser por las suelas de las botas, que tenían una gruesa capa aislante, el joven habría recibido una descarga nada más apoyarse. Pero el cable se rebeló contra ese peso extraño y empezó a chamuscar las suelas. Saltaron diminutas chispas bajo los pies de Gideon.

Se agarró con las dos manos a las hebillas del paracaídas. Tenía los ojos y la boca abiertos de par en par.

Inmediatamente, uno de los oficiales, un hombre de baja estatura y empapado de sudor, salió de entre la multitud petrificada.

—¡Gidi, no toques los cables! —gritó—. ¡Tensa el cuerpo hacia atrás y aléjate como puedas!

Todo el público, un bloque compacto y conmocionado, empezó a moverse lentamente hacia el este. Hubo gritos. Hubo un lamento. Sheinbaum silenció con su voz metálica a los que chillaban y ordenó calma a todos. Echó a correr, triturando con las suelas de sus zapatos los terrones de tierra y trazando una línea recta y firme, llegó hasta el cable y empujó a los oficiales y a los curiosos para que le dejaran pasar.

—Gideon, libérate de las correas —le ordenó a su hijo—, libérate ya y déjate caer. Aquí hay surcos labrados y no te pasará nada. Libérate y salta.

—No puedo.

—No discutas ahora. Libérate y salta, te digo.

—No puedo, papá, no puedo, no puedo.

—Nada de no puedo. Libérate y salta antes de que te electrocutes.

—Es imposible, las correas están enganchadas, no puedo, que corten la corriente ya, papá, mis botas están quemadas.

Algunos paracaidistas ya habían empezado a poner orden, a alejar a los congregados, a apartar a los que daban consejos y a despejar la zona de debajo de los cables. Y como si se tratase de un juramento o de un conjuro, esos paracaidistas no dejaban de repetir, «que no cunda el pánico, que no cunda el pánico, por favor».

Para aumentar aún más la confusión, los niños del kibutz no dejaban de corretear alrededor. De nada sirvieron los reproches ni las reprimendas. Con gran esfuerzo, dos paracaidistas furiosos lograron atrapar al imbécil de Zaki, que estaba trepando al poste cercano, lanzando gruñidos y silbidos y haciendo muecas para llamar la atención del público.

—¡Tu machete! —gritó de repente el oficial de baja estatura—. ¡Tienes un machete en el cinto! ¡Sácalo y corta las correas!

Pero Gideon no lo oyó o no quiso oírlo. Empezó a gritar entre sollozos.

—Bajadme de aquí, está a punto de llegarme la corriente, papá, bajadme de aquí, yo no puedo bajar solo.

—Deja de lamentarte —le reprendió Shimshon—. Te han dicho que utilices el machete y cortes las correas, pues haz lo que se te dice. Sin lamentos.

El joven obedeció. Seguía gritando entre sollozos, pero rebuscó y encontró el machete y empezó a desgarrar las correas del paracaídas una tras otra. Se hizo el silencio. Solo el llanto de Gideon, extraño y penetrante, se oía intermitentemente. Ya solo quedaba una última correa, pero Gideon estaba agarrado a ella y no se atrevió a cortarla.

—Corta —gritaron los niños—, corta y salta, a ver cómo lo haces.

—¿A qué estás esperando ahora? —añadió Shimshon con voz contenida.

—No puedo —imploró Gideon.

—Sí puedes, claro que puedes —dijo su padre.

—Corriente —gimió el joven—, empiezo a sentir la corriente, bajadme de aquí ya.

Los ojos de su padre se inyectaron de sangre.

—¡Cobarde! —bramó—. ¿No te da vergüenza? ¡Eres un cobarde!

—Pero es que no puedo, me voy a romper todos los huesos, está muy alto.

—Puedes y debes. Pero estás loco, eso es lo que pasa. Eres un loco y un cobarde.

Un grupo de aviones a reacción que se dirigía al espectáculo aéreo sobre el cielo de la ciudad pasó por encima de sus cabezas. Esos aviones volaban en formación hacia el oeste, atronando como una manada de perros salvajes. Cuando los aviones se alejaron, volvió el silencio, que parecía haberse multiplicado. También el joven dejó de llorar. Arrojó el machete al suelo. La hoja se clavó en la tierra a los pies de Shimshon Sheinbaum.

—¿Qué has hecho? —gritó el oficial de baja estatura.

—Ha sido sin querer —se lamentó Gideon—, se me ha resbalado de la mano.

Shimshon Sheinbaum se inclinó, cogió una piedra pequeña, se incorporó y la arrojó con ira hacia la nuca de su hijo.

—¡Pinocho! ¡Guiñapo! ¡Cobarde!

Y entonces también cesó la brisa del mar.

Con todo su peso, el bochornoso viento del desierto volvió a golpear a las personas y a los objetos inanimados. Un paracaidista pelirrojo y pecoso murmuró: «Al muy idiota le da miedo saltar, y si sigue ahí se va a matar». Y una joven, delgada y fea, oyó esa frase, se abrió paso entre la multitud y extendió los brazos.

—Salta hacia mí, Gidi —gritó—, no te pasará nada.

—Sería interesante —comentó un veterano pionero en ropa de trabajo—, sería interesante saber si a alguien se le ha pasado por la cabeza llamar por teléfono a la compañía eléctrica para que corten la corriente. —Dio media vuelta y se fue de allí hacia los edificios del kibutz ubicados en lo alto de la meseta. Iba caminando deprisa, enfadado, cuando de repente lo asustó una ráfaga de disparos que sonó muy cerca. Por un instante, al veterano pionero le pareció que le estaban disparando por la espalda. Pero enseguida vio lo que ocurría: el comandante de la brigada, el guapo y rubio héroe legendario, estaba intentando romper los cables de la luz a base de disparos.

En vano.

Y entre tanto llegó del kibutz una camioneta destartada de la que bajaron varias escaleras y también al anciano médico. Después del médico, bajaron una camilla.

En ese instante, Gideon debió de tomar una repentina decisión. Con un fuerte impulso se separó del cable que soltaba chispas azuladas, se giró en el aire y se quedó colgado de la única correa, como medio metro por debajo del cable, con la cabeza hacia abajo y las suelas quemadas de las botas agitándose en el aire, muy cerca del cable inferior.

Los espectadores no podían afirmarlo con seguridad, pero parecía que aún no estaba malherido. Se balanceaba en el aire, flojo, bocabajo, como un cabrito muerto colgado de un gancho.

Esa imagen provocó en los niños una especie de regocijo histérico. Se echaron a reír como lanzando ladridos. Zaki empezó a darse palmadas en las rodillas, retorciéndose, ahogándose. Luego se puso a dar saltos y a chillar como un mono.

¿Qué vio Gideon Shenhav para que de repente estirara el cuello y se uniera

a las risas de los niños? Tal vez su extraña postura le estaba nublando la mente: la sangre se le había bajado a la cabeza, tenía la lengua fuera, el pelo caía hacia el suelo, y solo sus piernas daban patadas al cielo.

## 8

Un segundo grupo de aviones a reacción surcó el firmamento. Una docena de pájaros de acero, diseñados para ser hermosos y hacer el mal, que reflejaban los rayos del sol con destellos cegadores. Volaban en formación de punta de lanza. Su rugido hizo temblar la tierra. Siguieron adelante, hacia el oeste, y hubo un profundo silencio.

Mientras tanto, el anciano médico se sentó en la camilla, encendió un cigarro, miró absorto a la gente, a los soldados, a los niños que correteaban, y se dijo: Pase lo que pase, será lo que tenga que ser. Qué calor hace hoy.

De cuando en cuando, Gideon seguía contagiándose de una risa estúpida. Sus piernas se agitaban y trazaban débiles círculos en el aire polvoriento. La sangre se retiró de sus órganos y se concentró en su cabeza. Empezó a poner los ojos en blanco. Y el mundo se oscureció. En vez de luces púrpura, centellearon ante sus ojos manchas moradas. Sacó la lengua. Los niños interpretaron eso como un gesto de burla. «¡Pinocho bocabajo!», jaleó Zaki, «Pinocho bocabajo, ¿por qué no dejas de mirarnos con los ojos bizcos? ¿Por qué no empiezas a andar con las manos?».

Sheinbaum alzó la mano para golpear al insolente. Pero le dio al aire, porque el niño se apartó. El anciano hizo una señal al comandante rubio y ambos hablaron en privado durante dos o tres minutos. Por el momento el joven no corría un peligro inminente, porque no estaba en contacto con la corriente. Pero había que liberarlo, esa comedia no podía durar indefinidamente. Una escalera no ayudaría mucho: estaba demasiado alto. Tal vez podían intentar volver a darle el machete y convencerlo para que cortase la última correa y saltase a una lona. Era un ejercicio completamente habitual en los entrenamientos de los paracaidistas. Lo importante era actuar deprisa, porque la situación era humillante. Y esos niños. Así pues, el oficial de baja

estatura se quitó la camisa y envolvió con ella un machete. Gideon estiró los brazos hacia abajo e intentó alcanzar el envío. Pero la camisa y el machete se le resbalaron entre los brazos arqueados y cayeron al suelo. Los niños se rieron. Solo después de otros dos intentos fallidos, Gideon logró coger la camisa y sacar el machete. Lo agarró con los dedos insensibles y entumecidos. De repente, el joven se acercó el machete a su ardiente mejilla. El acero le dio frescor. Tuvo un momento dulce. Abrió los ojos y vio un mundo al revés. Todo le pareció cómico: la furgoneta, el campo, la gente, su padre, el ejército, los niños y también el machete en su mano. Hizo una mueca dirigida al grupo de niños, se rio de corazón y agitó el machete. Estaba intentando decirles algo. Si se viesan a sí mismos desde ahí, al revés, correteando como hormigas asustadas, seguro que se reirían con él. Pero la risa se convirtió en una tos fea. Gideon se estaba ahogando, y sus ojos se llenaron de lágrimas.

## 9

Las payasadas de Gideon bocabajo provocaron en Zaki una diabólica alegría.

—Está llorando —gritó el niño con una risa malvada—, Gideon está llorando, miradle las lágrimas. Está llorando, mirad. El soldado Pinocho parece un niño mimado.

Una vez más, el puñetazo de Shimshon Sheinbaum se perdió en el espacio vacío.

—Zaki —logró gritar Gideon con voz apagada, distorsionada—, Zaki, te voy a matar, te voy a estrangular, pedazo de bastardo. —Y de pronto se rio y se calló.

Aquello no tenía fin. Él no iba a cortar la última correa, y el médico temía que, si continuaba así más tiempo, podía perder la conciencia. Había que buscar otra solución. Aquello no podía prolongarse durante todo el día.

Por tanto, el camión del kibutz atravesó la parcela arada y se detuvo en el lugar que le señaló Shimshon Sheinbaum. En la parte trasera del camión apoyaron dos escaleras que habían unido precipitadamente para llegar a la



altura requerida. Diez brazos fuertes sujetaron la escalera por todos los lados. El legendario comandante rubio empezó a subir. Pero, cuando llegó a la juntura de las dos escaleras, se oyó un crujido amenazador, y la madera se curvó por el peso y la altura. El oficial, que era corpulento y grande, dudó un instante. Luego decidió bajar y reforzar la juntura de las escaleras. Bajó hasta la base del camión, se secó el sudor de la frente y dijo: «Un momento. Hay que pensar». Y en un abrir y cerrar de ojos, antes de que nadie pudiese detenerlo, antes incluso de poder verlo, Zaki ya estaba en lo alto de la escalera, ya había pasado el punto de unión y había saltado, como un mono desesperado, hacia los peldaños de la escalera superior, y llevaba un machete que, quién sabe cómo, había llegado a sus manos. Empezó a luchar con la tensa correa. Los espectadores contuvieron la respiración: parecía que el niño estaba desafiando a la gravedad, no se apoyaba, no tenía precaución, saltaba en lo alto del peldaño superior, ágil, flexible, tremendamente eficaz.

## 10

El bochornoso viento del desierto golpeó al joven con todo su peso. Sus ojos se fueron apagando. Casi no respiraba. Con su última chispa de lucidez vio delante de él a su feo hermano y sintió su aliento en la cara. Sintió su olor. Vio los dientes que sobresalían de la boca de Zaki. Un gran terror se apoderó de él, como si mirase en un espejo y viese un monstruo. La pesadilla despertó las últimas fuerzas de Gideon. Pataleó en el aire, se agitó, logró levantarse, agarró la correa y se impulsó hacia arriba. Con los brazos abiertos cayó sobre el cable y vio una luz. El viento del desierto siguió arrasando todo el valle. Un tercer vuelo de aviones a reacción aturdió a todos con su rugido.

## 11

La condición de padre que ha perdido un hijo envuelve al hombre en un halo de santo sufrimiento. Pero Sheinbaum no pensaba en aquel momento en ese halo. Un cortejo conmocionado y mudo lo acompañaba hacia el comedor. Y

tenía una total certeza: ahora debía estar al lado de Raya.

Por delante de él pasó el niño Zaki, entusiasmado, jadeando, un héroe. Los demás niños lo rodeaban. Casi casi lo había salvado. Shimshon posó una mano temblorosa sobre la cabeza de su hijo e intentó decir algo. La voz lo abandonó y sus labios temblaron en silencio. Le acarició el pelo encrespado y lleno de polvo. Jamás había acariciado a ese niño antes. Unos pasos más allá, todo se oscureció y el anciano se desplomó en uno de los arriates.

Tras la celebración del Día de la Independencia, el viento del desierto se calmó. La brisa del mar alivió las paredes humeantes. Pesadas gotas de rocío cayeron durante toda la noche sobre las parcelas de césped.

¿Qué anuncia el círculo pálido alrededor de la luna? Normalmente anuncia vientos del desierto. Mañana seguro que vuelve el bochorno. Es mayo, y después será junio. Un viento pasa entre los cipreses durante la noche e intenta reconfortarlos entre una ola de calor y la siguiente. Es la inercia del viento, llegar, irse y llegar de nuevo. Nada cambia.

1962

<sup>1</sup> Versos de un poema de Natan Alterman. (*N. de la T.*)

# Antes de tiempo

## 1

El buey era fuerte la noche de la matanza.

Por la noche degollaron al buey Sansón. Por la mañana temprano, antes de la hora de ordeñar, llegó de Nazaret un comerciante de carne y se lo llevó en una furgoneta gris. Colgaron sus piezas en ganchos oxidados en las carnicerías de Nazaret. El sonido de las campanas de las iglesias hizo que regimientos de moscas echasen a volar hacia la carne del buey, que fue víctima de una venganza verde.

Después, a las ocho de la mañana, llegó un anciano efendi con un transistor en la mano. Vino a comprar la piel de Sansón. Y, entre tanto, radio Ramala arrojaba a la palma de su mano una serie de canciones americanas. Para rematar, la emisora puso la más descabellada de las melodías, una pieza de jazz desesperadamente desoladora. Las campanas de las iglesias acompañaban a ese lamento. Y cuando se terminó la canción, se cerró el trato. La piel del buey fue vendida. Efendi Rashid, ¿qué va a hacer con la piel del gran Sansón? Haré objetos decorativos, artísticos, recuerdos para turistas ricas, cuadros de mil colores sobre cuero: la casa de Jesús, la carpintería de José con él dentro, angelotes golpeando una campana para anunciar el nacimiento del Salvador, los reyes yendo a adorar al niño en la cuna y el recién nacido con una luz en la frente, todo en auténtica piel de buey, artesanal y realizado con visión artística.

El efendi Rashid se fue al café Zaim a echar la mañana jugando al *backgammon*. A su derecha, el aparato alegre y cantarín, y a sus pies, dentro de un saco, la piel del buey muerto.

El viento de Nazaret cargado de olores hacía sonar las campanas y las copas de los árboles, soplaban y movía los ganchos de las carnicerías, y la carne del buey lanzaba un grito rojo.

## 2

El buey Sansón estaba en la plenitud de sus fuerzas, era el orgullo de los vaqueros del kibutz, el mejor buey del valle. Si Sansón no hubiese perdido su capacidad reproductora, Yosh no habría ido por la noche con un cuchillo a cortar el cuello.

Sansón dormía de pie, y con la cabeza inclinada. Su aliento se mezclaba con el olor del sudor pegajoso de los bueyes. La luz de la linterna le acarició el pecho y se detuvo sobre su cuello. El buey no se asustó.

Cebos envenenados, pensó Yosh. El aullido de los chacales llegaba desde la oscuridad. Un chacal extraviado irrumpió a finales del otoño en el establo, rabioso o enloquecido por el hambre, y mordió a Sansón en una pata. Sansón lo mató de una coz, pero el veneno del mordisco acabó con la capacidad reproductora del buey. ¡Cómo se apagó el más espléndido buey del valle de Yizreel!

Con mano suave y tranquila sujetó Yosh la quijada del buey y levantó su cabeza oscura. El buey respiró profundamente. Sus ojos se agitaron, casi parpadearon. Yosh acercó la punta del cuchillo a la garganta de Sansón. Las fosas nasales del buey se dilataron súbitamente y una de sus patas delanteras pisoteó por un momento las boñigas del suelo. Sus ojos aún estaban abiertos. Y siguieron abiertos durante un buen rato después de que la hoja desgarrase su piel, su carne y la arteria que une la cabeza con el corazón.

Primero salieron unas pocas gotas, pequeñas, curiosas. El buey soltó un mugido sordo de incomodidad y movió la cabeza de derecha a izquierda, como si estuviese espantando a una mosca pesada o negándose a ratificar la última palabra de su interlocutor. Después brotó un chorro fino, titubeante, como de un rasguño sin importancia.

—¡Venga! —dijo Yosh.

Sansón se sacudió con el rabo los mugrientos cuartos traseros y lanzó un bufido nervioso, caliente.

—¡Venga, vamos! —repitió Yosh, metiéndose la mano en el bolsillo. Un cigarro húmedo y asqueroso se posó en sus labios. ¿Qué vio Yosh para lanzar la cerilla directamente a la frente del buey agonizante? La llama se extinguió y se hizo la oscuridad.

Entonces, el buey bramó de dolor, pero el bramido no fue exagerado ni duradero, luego dio dos torpes pasos hacia atrás y levantó la cabeza para observar al hombre.

Y cuando levantó su magnífica cabeza, salió un torrente de sangre del corte en la garganta. La linterna alumbraba los borbotones negros que manaban a chorros, y Yosh sintió asco e impaciencia.

—¡Pero bueno, venga! —dijo.

La visión de la sangre saliendo a borbotones le estimuló la vejiga. Algo le impidió orinar delante del buey agonizante. Pero estaba a punto de perder la paciencia y fumaba con rabia y nerviosismo. Sansón se fue muriendo despacio, muy despacio. Su sangre era caliente y espesa. El buey cayó de rodillas, primero sobre las patas delanteras, sin prisa, se tumbó. Sus cuernos, que iban apagándose, querían embestir, pero no encontraron nada para hacerlo.

Primero murieron sus ojos, y su piel seguía vibrando. Después se calmó la piel y solo quedó una pata delantera golpeando los excrementos como el bastón de un hombre ciego. Con la muerte de esa pata llegó la calma. El rabo del buey se sacudió levemente una vez, y otra vez, como una mano agitándose en una despedida. Y cuando perdió toda la sangre, Sansón se encogió como si quisiese morir en posición fetal.

—¡Venga, venga! —dijo Yosh.

Después de todo aquello, el vaquero se terminó el cigarro, vació la vejiga y se dirigió hacia la pequeña cocina de la vigilante nocturna.

Zechka, la exmujer de Dov Sirkin, le sirvió a Yosh leche caliente y dulce en una taza de porcelana. Zechka era una anciana arrugada y con los ojos hundidos como los de una lechuza. La taza de porcelana era grande y gruesa.

Había algo afilado, nervioso, en los movimientos de la mujer. Su cuerpo era rechoncho. La taza humeaba y sobre la leche flotaba una capa de nata.

### 3

Todas las noches, hasta las primeras luces del alba, Zechka permanece en la pequeña cocina donde preparan las comidas de los bebés y de los niños enfermos. Se sienta con la cara angulosa sobre las rodillas y los brazos rodeando las piernas, como una navaja cerrada. Cada hora, se cubre con un abrigo largo y basto de hombre y sale a hacer la ronda por las casas de los niños. Coloca una manta por aquí, cierra una ventana por allá, aunque no le gustan esos niños nuevos, y tampoco cree que haya ninguna necesidad de niños ni de padres ni de nadie, tan solo de un absoluto silencio.

Entre una ronda y otra descansa en el taburete, sin hacer nada, sin pensar, como en una tierra de nadie en la frontera del sueño. Y no duerme. Si algún niño llora por la noche o tose a lo lejos, se encamina hacia él siguiendo el rastro del sonido, lo toca y dice: «Shhh. Ya, ya».

O: «Ya está. Se acabó».

Y se dice a sí misma: «Que así sea».

Desde el mismo día en que Dov Sirkin abandonó a su familia y dejó el kibutz, Zechka empezó a agriarse. Habla mal del kibutz y de determinadas personas en particular. Nosotros intentamos ser pacientes. Cuando Ehud, su primogénito, fue asesinado en una brutal acción de represalia, nosotros la arropamos y la salvamos de la locura. Íbamos por turnos a hacerle compañía por las tardes. La enviamos a un curso de manualidades. Y cuando, sin el menor reparo, se le ocurrió pedirnos que le permitiéramos ser vigilante nocturna y liberarse de cualquier otro trabajo, en vez de insistir en nuestros principios, dijimos: Vale, está bien. Eres un caso especial y hemos decidido apoyarte. Pero, por favor, ten en cuenta, etc.

Si Sansón hubiese decidido morir con un grito salvaje y no con un suspiro de resignación, sin duda Zechka habría asentido con la cabeza y habría dicho:

«Sí». O: «Ya está». Pero Sansón decidió morir en silencio, y también Yosh se bebió la leche que le sirvió, dio las gracias y se fue sin hablar con ella ni contarle alguna historia de los días de los sangrientos disturbios. A veces se entretenía un poco allí y hasta la hacía reír. Aquella noche llegó, se tomó la leche y se marchó hacia la oscuridad.

Y después, hasta las primeras luces del alba, los chacales.

Estallidos de llanto, estallidos de risa, a veces parece que al otro lado de la pared están quemando vivo a un niño. Y otras veces es como si unos hombres lujuriosos estuviesen agarrando a una fulana por delante y por detrás, arañándola o haciéndole cosquillas y ella chillase y riese y ellos bramasen, y entonces también Zechka sonríe y se dice: «Sí, eso es».

A las cinco o cinco y cuarto, cuando el cielo palidece y una luz fantasmal surge por las montañas del este, mucho antes de que salga el sol, Zechka se va a su habitación a dormir. De camino, se demora en la zona de los jóvenes, aporrea la puerta de Geulá y grita: «¡Arriba! ¡Ya son más de las cinco! ¡Buenos días! ¡Arriba!».

Geulá Sirkin, la hija que les queda a Zechka y a Dov, se despierta de muy mal humor, se levanta y se lava la cara debajo del grifo del agua fría. Se va corriendo al comedor y, si alguien le dice «Buenos días, Geulá», ella responde en tono cansado o adormilado: «Bien». Al llegar a la cocina, enciende los grandes termos eléctricos y prepara café para los trabajadores. Tiene las uñas agrietadas, la piel de las manos áspera e irritada y dos surcos de amargura en las comisuras de los labios. Tiene las piernas finas y pálidas y los brazos cubiertos de vello negro. Por eso siempre lleva pantalones y nunca falda o vestido. Y, pese a que ya ha cumplido veintitantos años, aún tiene granos en las mejillas. También suele leer poesía moderna.

El café en grandes termos, piensa Geulá, es un brebaje asqueroso. El auténtico café se hace en un *finjan* turco. Ehud no venía a casa de vacaciones con frecuencia, pero cada visita provocaba el entusiasmo de las chicas solteras. Y de alguna mujer casada también. Él preparaba café como un viejo hechicero: con encantamientos y conjuros. Y de pronto se reía como diciendo: Qué sabréis vosotras, qué podéis saber del terror y del fuego de las

bazucas a corta distancia. Pero era parco en palabras. Solo se echaba a reír y se preguntaba por qué todas se pegaban a él, si es que no tenían casa, si es que no tenían nada que hacer. Y mucho antes de morir, sus ojos estaban llenos de muerte. No había abandonado el kibutz, pero tampoco vivía en él: cada año prolongaba su servicio militar, y su leyenda fue creciendo en el ejército y en los pueblos fronterizos, tenía veintitrés años y le pusieron al frente de un batallón, y él iba por ahí con un uniforme destrozado, en sandalias y con una ametralladora robada al cadáver de un soldado sirio. Participaba en todas las acciones de represalia, no se ahorró ni una. Una vez, ardiendo de fiebre, con neumonía, salió a dinamitar la comisaría de Beit Ghajar. Y él solo, en una expedición nocturna al monte Hermón, fue quien capturó a Isa Tubasi, el asesino de la familia Yaniv, del pueblo de Beit Hadas. Cuando regresó de su solitaria expedición al monte Hermón, le dijo a su hermana Geulá: «He matado a ese y a seis más. He tenido que hacerlo».

Mientras el agua de los termos eléctricos empieza a hervir y Geulá se fuma su primer cigarro con el estómago vacío, los chacales del valle se retiran hacia sus guaridas. El olor de la sangre del buey Sansón les ha trastornado la noche. Los chacales del valle son escuálidos, babeantes, de ojos débiles. Tienen pezuñas precavidas y rabos despeluzados. A veces alguno de los chacales enloquece de hambre o de tanto aullar e irrumpe en el recinto y empieza a morder hasta que los vigilantes lo abaten a tiros. Y en el llanto de sus compañeros hay claras muestras de risa maliciosa.

Antes, hace muchos años, Dov Sirkin ponía a esos chacales cebos envenenados y pequeñas trampas que él mismo inventaba y que construía con sus propias manos. El que ríe el último ríe mejor, solía decir Dov Sirkin. Después abandonó el kibutz y a su familia y se fue a recorrer el país. Le dijo a su mujer: «El hombre debe intentar dejar una huella en el mundo que persista después de su muerte, si no, no tiene ningún sentido nacer».

Según las órdenes del Estado Mayor, nuestros soldados tienen prohibido retirarse de los territorios enemigos hasta que hayan sido evacuados todos los heridos, y también los cadáveres. ¿Cómo fue abandonado el cuerpo de Ehud en tierra de nadie? Dos comisiones de investigación analizaron esa infamia y



se extrajeron conclusiones. Durante tres noches yació Ehud en tierra de nadie. Los soldados enemigos intentaron capturar el cadáver para exponerlo en alguna de sus ciudades y así mitigar un poco la humillación de su derrota en esa y en otras batallas. Los compañeros de Ehud, locos de rabia y de vergüenza, hicieron fracasar los planes del enemigo con disparos ininterrumpidos lanzados desde nuestra frontera hacia la tierra de nadie para proteger el cuerpo. También las tropas enemigas defendieron el cadáver con disparos y no permitieron que sus compañeros lo rescatasen. Cada noche, los compañeros de Ehud se arrastraron arriesgando su vida hacia esa maldita parcela de tierra, sembrada de cardos y de minas, pero fueron rechazados una y otra vez. El enemigo lanzó potentes bengalas para disipar la oscuridad. Solo la cuarta noche, y a costa de seis heridos, los compañeros de Ehud lograron rescatarlo, pese a la prohibición de sus comandantes, pese a todos los peligros. Y lo llevaron al campamento y de allí a casa y le dijeron, querido Ehud, tú no nos habrías abandonado ni aun a riesgo de tu vida, y nosotros tampoco te hemos abandonado. Descansa en paz.

Pero los chacales le habían desgarrado el rostro y le habían destrozado su hermoso mentón cuadrado. Dov Sirkin apareció en el entierro de su hijo con aspecto de estar gravemente enfermo. Zechka no le habló y él no le habló a ella. Intentó conversar con Geulá, pero esta no respondió.

Negro y burbujeante sube el café en los ardientes termos. Siete hervores, sentencia Geulá Sirkin, que hierva siete veces. Tiene los labios apretados. Tiene los dientes apretados. Su boca parece un sable de hoja curva.

#### 4

A las seis de la mañana, los motores de los tractores suenan en el cobertizo de la maquinaria. Los miembros del kibutz bajan hacia los campos empapados de rocío. A las ocho, el cielo ya está ardiendo y su color cambia del azul al blanco sucio. Los tractores, los tubos de riego, los aperos de labranza, todo lo que contiene metal abrasa. Alargas la mano para tocar o coger algo y sientes el odio candente. Y de los grifos oxidados y gorgoteantes salen esquivas de

hierro.

Antes, hace muchos años, Dov Sirkin tenía el control absoluto de los campos de frutales. Cantaba con furibunda alegría, con éxtasis, pasaba como un cuchillo entre las hileras de árboles, aparecía por un extremo del campo, gritaba, animaba a todos los recolectores, reprendía, desaparecía, surgía por el otro extremo. Iba con el torso desnudo. Tenía unos hombros monumentales y un pecho y una espalda de oso: oscuro y espeso.

Al atardecer, los días de verano, recorría los campos de frutales con un niño rubio sobre los hombros. El chico tenía unas esbeltas extremidades y era bello como una niña. Dov le enseñó a estar preparado para ser lanzado por los aires, de pronto, sin previo aviso, a la altura de las copas de los árboles y a caer en los fuertes brazos de su padre sin gritar de miedo y sin inmutarse.

«Hay que ser fuertes e inquebrantables», decía, aunque sabía que el pequeño aún no podía comprender esas palabras. «Asesinar a una víctima inocente, ese es el crimen más abominable del mundo. Ser un inocente asesinado, ese es el segundo pecado. Y tú, Ehud, serás un hombre muy fuerte. Tan fuerte que no podrán tocarte, tan fuerte que no tendrás que hacerles ningún mal, porque ellos no se atreverán a meterse contigo. Está oscureciendo y ahora nos vamos a casa. No, juntos no, tú solo por el barranco y yo por otro camino. Para que no tengas miedo de la oscuridad. Sí, en el barranco hay toda clase de criaturas, pero se asustarán de ti si tú no te asustas de ellas. Vete».

Los árboles frutales están plantados en bancales, cada variedad está separada de la otra por un surco perfectamente trazado. Manzanas grand alexander, ásperas y de un sabor basto. Manzanas gala. Las jugosas golden delicious. Y después van los melocotoneros, cuyos frutos rugosos marean como un licor. Y las ciruelas oscuras, granates, y las melancólicas guayabas, y de nuevo un bancal de manzanos de una variedad conocida como «incomparable». Dov Sirkin eligió los terrenos y fue él quien plantó los primeros esquejes. Todo ese campo de frutales existía solo gracias al empeño de Dov Sirkin. Él discutió con los fundadores, los amenazó y los presionó, y se equivocó dos veces, y le dijeron, loco, déjalo, y él lo arrancó dos veces y lo plantó de nuevo. Hace veinte años abandonó su campo de frutales, a su

familia y el kibutz y se fue a recorrer el país. No se molestó ni en dejar una carta.

Generaciones de chacales han pasado desde entonces, pero los jóvenes mantienen el legado de sus antepasados y no cambian nada. Noche tras noche, cada generación llena los grandes espacios oscuros con lamentos, aullidos perversos y engañosos gritos de desesperación.

Tras la marcha de Dov Sirkin, todo el kibutz alzó la voz con indignación: por aquellos días, si alguien se iba, se trataba sin duda de algún pusilánime, y no de uno de los pilares centrales de la comunidad. Y, si uno de los pilares centrales se iba, antes de marcharse daba una explicación, golpeaba la mesa con el puño, llamaba a las cosas por su nombre y ponía al descubierto lo que escondía detrás de esa fachada de orden y perfección, y después se sentaba y escuchaba las respuestas en las que le explicaban de una vez por todas quién era él realmente y lo que le movía a obrar así. Pero Dov escapó sin ninguna discusión, no le acusaron y no se defendió: desapareció una mañana temprano y no volvió por la tarde, y tampoco regresó al día siguiente. Nada.

Con el tiempo, la ira se disipó. La gente estaba perpleja. Se encogía de hombros: Se ha ido, pues que se vaya. Lo conocíamos perfectamente. Siempre lo hemos sabido.

Después surgió una leyenda sobre una turista mexicana, una pintora, y todo se aclaró. El kibutz se responsabilizó de Zechka y de sus hijos. Fue Ehud Sirkin quien, a los catorce años y medio, construyó con sus propias manos la ordeñadora giratoria que transformó completamente el establo. Cuando tenía unos dieciséis años dejó el colegio y empezó a deambular por las montañas, y puede que ya por entonces acostumbrara a cruzar la línea de alto el fuego y a regresar sano y salvo. Se acostaba detrás del granero con chicas cuatro o cinco años mayores que él, del grupo de jóvenes que estaban de aprendizaje en el kibutz. Al alistarse en el ejército encontró la paz. Cuando cumplió veintitrés años, ya era comandante y su nombre era conocido en todo el país. Tan solo Geulá nos preocupaba. Y también Zechka.

Dov se dirigió primero a Haifa, y trabajó en el puerto para ahorrar algo de dinero: cuando se fue del kibutz tenía sesenta y dos céntimos en el bolsillo. Desde Haifa se trasladó a las fábricas de Novomeisky en el mar Muerto. Y

desde allí fue a varios lugares dentro y fuera del país, y perdimos su rastro. De vez en cuando nos llegaban rumores de todo tipo, incluso contradictorios. En los últimos años, eso lo supimos de primera mano, Dov Sirkin se estableció en Jerusalén y se hizo profesor de Geografía en un instituto. Un primer ataque al corazón le obligó a frenar su ritmo de vida. Tras el segundo ataque, dejó la enseñanza y se quedó en casa. Su rostro se demacró y se volvió mucho más gris.

## 5

Dov Sirkin estaba en casa. Era de noche. Estaba sentado en su silla sin moverse, erguido, no pestañeaba, no bostezaba. Trazaba líneas firmes.

Las dos de la madrugada. Una bombilla amarilla lucía en lo alto, desnuda, sin pantalla. Una pizca de yeso se desprendió del techo y cayó sobre una vieja silla de madera. La habitación de Dov estaba ordenada con esmero. Cada objeto estaba justo en el sitio en el que Dov había decidido ponerlo dos años antes de la fundación del Estado. A pesar de ese estricto orden, era como si un estridente y turbulento rebaño de muebles llenase la habitación. Había un revoltijo de objetos: unas cortinas ligeras y transparentes, una cómoda antigua, una mesa elíptica de la época de la aristocracia sefardí de Jerusalén y un armario negro con patas de dinosaurio. Y en medio de toda esa mezcolanza, una colcha chillona de flores, roja y azul, hecha con lencería de seda. Y una pesada lámpara flotaba encima de todo ese caos. En un rincón de la habitación había una gran maceta que enviaba en todas direcciones cactus enroscados como serpientes, y en medio, junto a un escritorio decorado con filamentos en tonos dorados y plateados, estaba Dov Sirkin dibujando.

Dejaba el compás y cogía una regla. Dejaba la regla y empezaba a sacar punta al lápiz. Solo cuando la punta se había roto dos veces de tanto afilarla, Dov decidía ceder un poco. Elegía uno rojo y uno negro dentro de un montón de lápices de colores.

Hace muchos años, Dov trabajó en el puerto de Haifa, después también fue capataz, soldado en la caballería beduina de Su Majestad, traficante de armas

en Latinoamérica para la resistencia judía, oficial en la guerra de la Independencia, consejero de desarrollo en el Néguev y, finalmente, fue profesor de Geografía, que por aquel entonces aún se denominaba Descripción de la Tierra.

Estaba sentado con la cabeza inclinada y el cuello dirigido hacia delante. Su rostro era frío, como hecho con economía de medios, cada línea con un propósito. Su semblante tenía una expresión de tacañería, de tacañería concentrada y pura, sin atisbo de codicia o de disfrute. Solo sus cejas, únicamente ellas eran exageradas, como si se burlasen de la frente cuadrada que tenían encima. Su lápiz rechinaba sobre una hoja arrancada de un cuaderno de cuentas.

Y el silencio, el silencio de un solitario barrio de Jerusalén en un solitario amanecer, recorría la calle arrancando agujas de las copas de los pinos. Las agujas arrancadas producían un ligero susurro que traspasaba las contraventanas cerradas, que traspasaba los huesos. Y los gatos, en la oscuridad, se erizaban de miedo sobre las barandillas de las terrazas. Dov giraba la cabeza hacia la puerta:

Bien. Cerrada. Con la llave echada.

Después, un chacal lejano lanzaba un ladrido corto, como el concertino afinando las cuerdas de su violín. Habían pasado muchos años desde que Ehud visitara ese lugar por primera y única vez en su vida: había alguna asamblea del movimiento juvenil en Jerusalén, o tal vez algún encuentro de amantes de la arqueología, y el joven, por sus propios medios, encontró la dirección y se quedó dos días. Es decir, apareció pasada la medianoche con una joven extranjera, sonrió a su padre con cansancio, dijo que se lo explicaría todo al día siguiente y de inmediato los dos se quedaron dormidos con la ropa puesta, y, cuando Dov se despertó a las seis de la mañana, ya se habían marchado y tan solo había una nota: «Gracias. Adiós. P. D.: Todo bien». La noche siguiente apareció con dos jóvenes extranjeras, y también llevó algunas piezas de cerámica antiguas. Estuvo hasta las tres de la madrugada cambiando las tuberías del agua caliente del cuarto de baño, que estaban podridas y habían mojado dos paredes, luego cogió los sacos de

dormir y se fue con las chicas a la terraza. Y por la mañana no estaba ni quedaba rastro de él, salvo las cañerías que había arreglado. Al cabo de cuatro años, se encontraron durante un instante y por casualidad en Beersheva, y Ehud medio le prometió que algún día iría a visitarlo. «Alguna noche», dijo, «en verano. Me llevo a estos pobres desdichados de entrenamiento en las montañas de Adulam, a intentar convertir a estos gatos callejeros en tigres. Y tú seguro que te asustas si alguna vez, en mitad de la noche, voy a verte y a ducharme en tu casa». Dov no se creyó esa promesa y casi no estuvo aguardando durante el verano siguiente a oír pasos por las noches. A finales de ese verano, Dov Sirkin recibió una carta de condolencia personal del comandante de los paracaidistas en la que, entre multitud de elogios, aparecían las palabras «afortunado el padre». Sacudió la cabeza y decidió concentrarse en el dibujo y dejar de lado otros pensamientos. Estaba cansado, pero rebosante de autodisciplina. Las campanas de las iglesias de la Ciudad Vieja, en la frontera con el Reino de Jordania, empezaron a mandar señales en la lengua de las campanas a las iglesias de Belén, también ellas en el lado desconocido de la línea de alto el fuego. Las campanas de Belén respondieron: sí, sí, sí, nació aquí, y las campanas de Jerusalén oriental repicaron: y ha muerto aquí, y se ha levantado aquí.

## 6

Dov dejó el negro y el rojo. Trazó con el compás media circunferencia perfecta. Luego cogió el lápiz azul y lo utilizó durante un cuarto de hora sin parar.

Sobre la hoja había un gigantesco puerto. Sus aguas azules fluían de los ojos grises hacia los dedos y de los dedos hacia el lápiz que se tragaba las cuadrículas de la hoja y entonces el azul se extendía por casi todo el papel. Los muelles del puerto de Dov eran mucho más anchos de lo normal y los espigones mucho más largos que los contruidos nunca por la mano del hombre, y las grúas mucho más grandes que las mayores del mundo. Y los almacenes eran altos como el silencio que introducía dedos de oscuridad por

las rendijas de las contraventanas de Dov Sirkin. Una maraña de caminos, vías férreas, puentes, túneles, rutas de acceso, se retorció como un nido de serpientes. Y máquinas amarillas a toda potencia que parecían lanzar chispas. Plataformas de acero y cintas transportadoras de caucho pensadas para descargar montañas enteras de mercancías desde colosales barcos. Todo con una perfecta perspectiva, a una escala adecuada, el fuego de la locura aprisionado en un cristal de ámbar matemático. Si el barco más grande del mundo se hubiese visto tentado a atracar entre los muelles de Dov en su puerto nocturno de Jerusalén, sin duda ese barco habría parecido un escarabajo caminando sobre el colmillo de un elefante.

El lápiz pintó de azul toda la bahía y giró y saltó con delicadeza para arrojar agua en la red de túneles excavados. Se oyeron los pasos de un extraño subiendo desde el portal. Alguien parecía apoyarse con fuerza en la barandilla. Hubo un chirrido. Y silencio.

Dov se sobresaltó, fue rápidamente hacia la ventana a inspeccionar los cerrojos. Los cerrojos de la contraventana estaban echados. Y por las ranuras se veía la calle vacía. La solitaria luz de las estrellas tendía una tela de araña atravesando la calle, desde los tejados hasta las barandillas de las terrazas, desde los cubos de basura hasta las copas de los cipreses, desde el tablón de anuncios hasta el poste de teléfono, desde las tapias de piedra hasta las juntas de los adoquines. Había una capa silenciosa sobre la tierra y caía una neblina azulada. O rocío.

Volvió a desprenderse un pedacito de yeso del techo, más grande que el anterior. Pequeñas motas blancas cubrían la colcha, que parecía ropa íntima de mujeres disolutas. Los pasos en el portal cesaron. Tal vez el forastero se había detenido en el primer piso. No se oía nada. Ni el sonido de una llave en alguna puerta, ni el timbre de alguna casa. Estaría parado examinando las puertas desconchadas o puede que estudiando los nombres de los inquilinos del bloque escritos en los buzones. Dov apretó los dientes. También sus mandíbulas se contrajeron y parecían puños. Se levantó, escondió el plano del puerto de Jerusalén en uno de los cajones de la vetusta cómoda, volvió al escritorio, arrancó con ira otra hoja cuadriculada, se sentó y empezó a dibujar un mapa de una tierra montañosa.

Era un hombre gris: sus ojos, su rostro, su cabello. Pero casi siempre decidía vestirse con una camiseta azul, juvenil y deportiva, y con unas sandalias de estilo bíblico. Bajo la camiseta se ocultaba un cuerpo grande, robusto, peludo y fibroso. Aparentemente aún estaba en plena forma. Y en efecto tenía el cuerpo propio de un estibador. Tan solo el corazón se hallaba en estado crítico, pero eso no se apreciaba. En otoño cumpliría sesenta años.

Estaba dibujando un mapa de una tierra montañosa. Al final de la calle, un coche patrulla verdoso corría desgarrando el silencio, y el silencio volvía a coser el desgarró con mano suave, fresca y soñadora. El coche de policía se alejaba hacia el sur, en dirección a las callejuelas que desembocan en la estación de tren. Por tres partes rodeaba la línea de alto el fuego la ciudad de Jerusalén. Al nordeste de esa línea respiraba una Jerusalén distinta. Y al sur estaba la ciudad de Belén y, más allá, los montes de Hebrón de odio perpetuo y, a sus pies, siempre el desierto.

Dov dibujó una tierra de negras montañas de basalto. Esas montañas tenían unos extraños picos nevados que se elevaban para agujerear el velo de seda bordado de estrellas. Dibujó monstruos de piedra, afiladas dagas rocosas, cumbres como espadas desenvainadas. Y barrancos enloquecidos hiriendo las bóvedas de las montañas. Había montículos amenazantes, como si en cualquier momento una primigenia avalancha de piedras fuese a caer a los abismos. Cañones y desfiladeros trazados con embriaguez. Laberintos letales y cuevas que rugían produciendo un gran terror y un silencio diferente.

Al final dejó de dibujar y miró la hoja. Sus mandíbulas estaban grises. Cogió un lápiz rojo y empezó a establecer la altitud de las cimas de las colinas. De haberse comparado, los pies de esas montañas podrían haberse reído descaradamente de las cumbres de los Alpes.



De tanta hambre y tanto frío, tal vez de pura pena, uno de los chacales de Belén empezó a llorar amargamente. Al instante, desde los montes de Beit Safafa, desde Sur Baher, desde la colina del monasterio de San Elías, le respondieron coros de chacales con un estallido de risa perversa y de regocijo. El viento dejó de soplar, como si estuviese escuchando con gran atención.

Las escaleras volvieron a chirriar. Un escalofrío le recorrió la espalda. Los dedos palidecieron. El extraño subió con mucho esfuerzo otro peldaño, y otro más, y un tercero, y se oyó como una tos. Y, de nuevo, un silencio de muerte envolvió la casa, la calle y la ciudad. En esa ocasión, Dov salió corriendo hacia la cocina: cerró la contraventana. Cerró también el ventanuco. Y dejó la luz encendida.

Hace unos años, aún enseñaba Descripción de la Tierra en el instituto nacional. Cientos de alumnos pasaron por sus manos a lo largo de los años. Ellos respetaban su grisura y obedecían su voz gris. Entre ellos corrían muchos rumores, que fueron pasando de generación en generación, sobre ese viejo profesor que fue un hombre importante de la resistencia y uno de los padres del movimiento kibutziano. Sus dedos se veían muy decididos manejando la tiza. Era capaz de dibujar de un solo trazo una línea tan recta y fina que ninguna regla del mundo podía sacarle ni el más mínimo defecto. A veces intentaba divertir a su clase: los chistes eran sosos, grises. Muy de cuando en cuando, de repente dejaba traslucir una especie de vehemencia refrenada, algo brillaba en sus ojos, algo que a sus alumnos casi les parecía ira, pero enseguida se apagaba y desaparecía.

Dos o tres veces al año, se ponía ropa de color caqui, cogía un manojito de mapas y un macuto compacto que despertaba siempre la envidia de sus alumnos, y se los llevaba de excursión. Con esa ropa, su aspecto era extraño y sorprendente: una cazadora desgastada, llena de bolsillos y cremalleras, botas altas, una metralleta negra, algo desfasada, a la que llamaba Tommy Gun. Solía subir con las clases intermedias a lo alto de los montes de Neftalí o atravesar a la cabeza de los alumnos de la clase superior el llamado Cráter

Pequeño y, desde allí, dirigirse a Maale Acrabim, la Ruta de los Escorpiones, y seguir hacia Meishar.

Una vez, durante una de esas excursiones, Dov y sus alumnos se detuvieron en Beersheva. Un representante de las autoridades militares les ordenó que cambiasen de ruta y que no atravesasen el desierto de Parán, por razones de seguridad. En un sentido general. Se negó a entrar en detalles. Era un oficial delgado y alto, con el pelo rizado, taciturno, iba descalzo y con el uniforme escandalosamente descuidado. Dov llevaba cuatro años sin ver la cara de ese joven. Cuatro años antes de aquella excursión, el joven fue a Jerusalén a alguna asamblea y pasó dos noches en casa de Dov. La primera noche llevó a una joven extranjera a la que ni se molestó en presentar a su padre, y la noche siguiente había dos jóvenes extranjeras con él. Dov recordaba la belleza de aquellas chicas, la suavidad de sus voces, sus risas sordas, que llegaban al amanecer desde los sacos de dormir. Ahora no sabía qué palabras utilizar, ni si tan siquiera existían palabras apropiadas. Los alumnos los rodearon, a él y al delgado oficial, y no supo qué decir.

—Vale —dijo Ehud, como si le diese pereza abrir los labios para dejar paso a las palabras—, por mí lo mejor sería que dieseis media vuelta y os fueseis a casa. Ya hay bastantes problemas. No necesitamos niños pequeños ni profesores en este lugar. Pero, ya que estáis aquí, vale. Dirigíos directamente a Eilat, cantad allí unas cuantas canciones y a casa. Sin demorarse por el camino.

El profesor se encogió de hombros. Era más alto, más corpulento y de mayor rango que ese arrogante oficial. Durante la guerra de la Independencia, había servido en el Néguev como teniente coronel. Pero en ese momento no podía decírselo ni a sus alumnos ni al muchacho adormilado que estaba enfrente de él mascando algo, puede que un chicle, puede que su propia lengua.

—Ya lo sé —murmuró—, no hace falta que me lo digas. Ya lo sé. —El sol de Beersheva hacía que sudase por todos los poros de su piel—. Sé mejor que tú lo que es ahora esta zona. Yo luché en el Néguev cuando tú aún eras así de pequeño.

—Vale —dijo el oficial de pelo rizado—, vale, está bien, pero no empieces ahora con tus historias. Si conoces el terreno, al menos no te me perderás por aquí. ¡Qué agobio de turistas! Adiós.

—Un momento —dijo Dov furioso—, un momento. Escucha. En mis tiempos expulsábamos a las bandas del terreno en veinticuatro horas. ¿Qué pasa con vosotros, que se os cuelan y se pasean por el Néguev como si estuviesen por las calles de Bagdad? ¿A qué viene tanta petulancia? Haced algo, en vez de pasaros el día manoseando a las chicas.

Los alumnos se quedaron atónitos. También Ehud se detuvo un instante, giró la cabeza, y la sombra de una sonrisa recorrió fugazmente sus labios.

—¿Cómo?

—Solo... quería decir que podríamos hablar de esto en privado. No ahora. Podrías venir algún día, ¿por qué no?

—Por qué no —dijo Ehud—, alguna noche, en verano. Me llevo a mis pobres desdichados a entrenar un poco en los barrancos de Adulam. A convertir en tigres a estos gatos callejeros. Tú seguro que te asustas si, alguna vez, aparezco en mitad de la noche para ducharme en tu casa y dormir un par de horas.

Después de aquello, pasado el verano, a principios del otoño, permitieron a Dov cumplir su deseo de echar un último vistazo al oficial delgado y de pelo rizado. Algo había cambiado. Algo distinto se reflejaba en su rostro. Había desaparecido la arrogancia de sus labios. Los pequeños carroñeros nocturnos se habían comido la mitad de su cara.

En todas las excursiones, Dov Sirkin levantaba la voz un poco, solo un poco, y daba una charla breve y fluida sobre el sistema de cultivo en terrazas en Galilea o sobre las rutas de minerales y de mercancías hacia África y Asia a través de las puertas del mar Rojo. Tenía una vista tan fina como la aguja de un compás. De repente, algunas veces detenía a la apática y cansada hilera de niños, señalaba unas ruinas silenciosas y contaba una historia. A veces mostraba a los excursionistas un montículo aparentemente inofensivo y decía: Hay un misterio oculto aquí. Y a veces olfateaba en el desierto el esqueleto de un camello, de una hiena, de un chacal. O un manantial que un

excursionista inexperto, aunque se hubiera estando muriendo de sed, no habría sido capaz de percibir apenas a diez pasos de él.

Tras esas excursiones, Dov Sirkin solía pedirle al profesor de Literatura las redacciones de los alumnos, donde se contaba la excursión con mil detalles y de mil maneras diferentes. Hasta la descripción más trivial le resultaba interesante. En ocasiones, incluso se molestaba en copiar en su libreta algunas frases de las redacciones de los alumnos, antes de devolver los cuadernos al profesor de Literatura y la libreta al fondo del último cajón de su armario marrón berlinés.

Geulá iba una vez al año, el Día de la Independencia. Acabada la fiesta, siempre regresaba al kibutz. Se pasaba toda la noche y la mitad del día siguiente sentada en la pequeña terraza de Dov, mirando los fuegos artificiales sobre el cielo de Jerusalén, y sobre las montañas y el desierto, escuchando a lo lejos los alegres altavoces que recorrían las calles principales, viendo a la juventud cantando y celebrando, fumándose un cigarro tras otro. A su padre le llamaba Dov. No hablaba con él de sí misma, ni tampoco de su madre ni de su hermano. A veces hablaba sobre Ben Gurión, sobre la política de contención y moderación frente a la política de venganza y represalias. Alterman le parecía un poeta absolutamente polaco, un enamorado sin remedio de los instrumentos del poder, un enamorado de la muerte. Dov se esforzaba por iniciar un debate, por comprender, por influir, pero Geulá le pedía que la dejase escuchar la música de baile procedente de la zona del edificio Terra Sancta e imaginarse el jaleo de las danzas lejanas. Durante el funeral, Dov le dijo: «Debes creerme, debes creer que no tenía ni la menor idea. ¿Cómo iba a saberlo?».

Ella no le respondió, tan solo se alejó de él. Sus ojos estaban secos. Sus dientes, apretados. Y su boca parecía un sable árabe de hoja curva.

Después cesaron sus visitas y no apareció más por la casa de Dov en Jerusalén.

Dov terminó el dibujo de la tierra montañosa y empezó a trazar un río turbulento que no se parecía a ningún río del globo terráqueo. Excavó un canal inmenso que se dividía en un sistema de canales menores, trazó una intrincada y calculada red de pendientes, inclinaciones, diques, embalses y lagos. También hizo complejos cálculos de los ángulos de inclinación, de la resistencia del hormigón armado, de la fuerza del agua frente a la fuerza del dique, la dureza de la piedra, la estabilidad de la tierra bajo el agua de los lagos, la presión de las corrientes y de los vientos, la acumulación de arena. Una hora antes había cesado el sonido de pasos en el portal. En ese momento volvía a oírse. Alguien subía por las escaleras, despacio, con gran dificultad, sin duda apoyándose en la vieja y chirriante barandilla. El ataque al corazón se produjo casi al final del curso escolar. Entre el primer ataque y el segundo hubo meses de frecuentes vómitos y de pesadillas por las noches, estaba solo en el desierto, solo en una balsa en medio del océano, solo en un aeroplano en el que no sabía qué hacer con los mandos ni cómo aterrizar o evitar que se estrellase contra las montañas que se iban acercando por momentos. Dov decidió rendirse. Dejó la enseñanza y se encerró en su casa. Mantenía cuidadosamente la rutina diaria: comidas ligeras, un paseo tranquilo, el periódico vespertino, música, trabajo nocturno hasta las primeras luces del alba junto a su escritorio, sueño matinal y, al mediodía, yogur, pan y un vaso de té con limón.

Vivía de su pensión. Además, de vez en cuando hacía fotografías de paisajes originales e incluso artísticas y las enviaba a alguna revista. Pero esas fotos casi siempre se publicaban en papel malo, en la parte inferior de la página dieciséis, entre recetas de cocina y pasatiempos. Y de su belleza quedaba solo una mancha borrosa y un pie de foto como «Monasterio de Ein Karem al atardecer. Fotografía: Sirkin».

Todas esas fotografías acababan al final en el pesado álbum de Zechka. Semana tras semana, una tras otra, ella recortaba esas manchas borrosas de la revista. Las pegaba con engrudo casero en las páginas negras de su álbum. Mientras lo hacía, sus ojos brillaban como de gozo. Y arrugas de frío regodeo se marcaban alrededor de sus ojos hundidos. A sus espaldas, nosotros la llamábamos Lechuza, un apodo muy feo.

Cada mañana, al terminar el trabajo nocturno y antes de irse a dormir, Dov Sirkin solía mirar por la ventana hacia el este y ver con sus propios ojos cómo salía el sol por detrás de las montañas de Moab, cómo lanzaba llamaradas blancas sobre el mar Muerto, clavaba sus rayos como lanzas sobre las rocas de las montañas peladas y golpeaba sin piedad los muros de los monasterios sombríos repletos de campanas. Y ya era de día.

Al mediodía, después de levantarse, después del té, el pan, el yogur y las aceitunas, se sentaba en la pequeña terraza entre latas de cactus y macetas muertas y miraba la calle. Esta era curva, con muros de piedra, patios, rejas oxidadas en todas las ventanas. Y una larga caravana de cubos de basura a lo largo de la acera. Al atardecer, salía a dar un paseo y, durante esos paseos, en ocasiones fotografiaba alguna escena inesperada. El encanto de la caída de la noche, gritos de niños a lo lejos, una radio encendida en alguna casa, todo ese cúmulo de cosas proporcionaba casi una sensación de paz. Cenaba en uno de los restaurantes de la cadena Tnuvá: ensalada de berenjena, pan, un huevo frito con pepino encurtido, yogur y un café con leche.

Por las noches dibujaba. Todos los cajones del armario estaban llenos de dibujos y fotografías, planos, precisos cálculos aritméticos sobre materias primas, costes, infraestructuras, financiación, equipamiento, mano de obra, horarios sincronizados de construcción y de transporte, fases del proyecto, criterios geométricos y arquitectónicos formulados con cifras y con diagramas. Asimismo, horarios de los trenes más rápidos del planeta, vías tortuosas que transcurrían por túneles gigantes excavados en las entrañas rocosas de tierras inimaginables. Avenidas con miles de fuentes bañadas por haces de luz, cruces de caminos en irreales ciudades de ensueño. Ciudades altas con delgadas torres que se elevaban más allá de la cima de las montañas y que miraban hacia bahías azules en el umbral del silencio.

A las cuatro de la madrugada, el viento empezó a recorrer las calles. Arrancó la tapa de un cubo de basura oxidado y la arrojó contra el asfalto de la

carretera y contra las piedras de las tapias.

Unos pasos ligeros, ágiles, llegaron hasta el umbral de la casa. Dos horas había permanecido el desconocido entre la planta baja y el apartamento de Dov. En ese momento, de pronto, le entraron las prisas. Corría como saltando por las escaleras de dos en dos. No tenía tiempo que perder. ¿Qué pasa?, ¿qué es tan urgente?, farfulló Dov.

Se levantó y renqueó con los hombros caídos hacia la puerta.

Hace muchos años, Dov Sirkin cerraba las contraventanas de la pequeña habitación en un extremo del kibutz, cerraba la ventana y la cortina, encerraba la calma dentro de la habitación y dejaba la noche y las tinieblas fuera. Se sentaba en la alfombra y les construía a sus hijos una torre de cubos: la hacía más y más alta, se reía, les hacía reír, ponía un cubo encima de otro hasta la altura de sus caderas, de sus hombros, los niños miraban incrédulos y expectantes y empezaban a reírse y a resoplar, y al final siempre se derrumbaba. Desde el sofá se oía el sonido de las agujas de tejer de Zechka, que se movían con serena rapidez. Y había olor a café y olor a niños lavados con mucho jabón. Fuera, al otro lado de los muros, de las contraventanas y de la cortina, los chacales gemían. Geulá se reía y EHUD se reía y también Dov sonreía ligeramente como diciendo: Está bien.

Los chacales son unas criaturas escuálidas y babeantes, y tienen los ojos enloquecidos. Los pasos de los chacales son ligeros y tienen la cola despeluzada. Sus ojos lanzan chispas de astucia o desesperación, tienen las orejas aguzadas y la boca casi siempre abierta, y sus dientes blancos brillan. Saliva y espuma fluye entre sus colmillos.

De puntillas dan vueltas los chacales. Sus hocicos son suaves y húmedos. A las luces de la verja no se atreven a acercarse. Solo deambulan por los alrededores, agrupados como si realizasen un extraño ritual. Un anillo de chacales da vueltas noche tras noche alrededor del círculo de sombras que encierra la isla de luz. Hasta el amanecer llenan la oscuridad con sus gemidos, mientras olas y olas de hambre rompen en la playa de la isla iluminada y en las verjas. Pero, a veces, en uno de ellos prende la locura, irrumpe en el fortín del enemigo con dientes brillantes, devora aves, muerde a un caballo o a un buey hasta que los vigilantes lo matan con una ráfaga

precisa a media distancia. Entonces, sus hermanos emiten un lamento, un aullido de terror, impotencia y rabia, y de esperanza en que algún día será.

Algún día. O alguna noche.

Despacio, como sacerdotes negros en una ceremonia de duelo, se acercarán al cuerpo del joven arrojado sobre la tierra de nadie. Con pasos suaves, como acariciando el suelo, no como pisándolo. Con el hocico húmido. Primero formarán en círculo a cierta distancia y olfatearán en silencio. Después se acercará uno de ellos al cuerpo del muerto e inclinará la cabeza para tocar con la punta de la nariz. Un lametón o un último olfateo. Se acercará también el segundo y, con dientes afilados, desgarrará el uniforme. Llegarán un tercero, un cuarto y un quinto a lamer su sangre. Entonces, el primero lanzará una risa sorda. Toda la manada se erizará. El viejo chacal le desgarrará la carne con sus dientes curvos y brillantes. Y todos se echarán a reír.

Existe una eterna maldición entre los que habitan en casas y los que moran en montañas y barrancos. A veces, en mitad de la noche, un perro doméstico bien alimentado puede oír la voz de su hermano maldito. Esa voz no llega de los campos oscuros, sino que en las entrañas del propio perro mora su mortal enemigo. «Ehud», dijo Dov, agarrando el picaporte también sujeto desde fuera.

Primero una tosecilla. Luego un temblor. Un gran cansancio. Un escalofrío. Flojera de piernas. Sentarse. Tumbarse. Caer. El dolor era sordo y penetrante, parecido a un monje católico repitiendo y repitiendo mil veces el mismo versículo incomprensible.

El coro de chacales de las montañas de Belén lanzó una risotada. Esa risa corrió por las desiertas calles nocturnas, Ramat Rahel, Talpiot, Baka, la Colonia Alemana y la Colonia Griega, Talbia, y como un mono trepó la risa por los canalones de la casa y entró hecha mil pedazos afilados. Cuando se fundó el kibutz, creíamos que podríamos empezar de nuevo, hasta que las cosas gritaron que no había esperanza para ellas y que debíamos dejarlas tal y como estaban desde el principio de los tiempos. Yo dije, hay cosas que uno puede hacer si lo desea con todas sus fuerzas. Y no sabía que no tiene ningún sentido dejar una huella sobre la superficie del mar. Vanidad y necedad. Soy



el último, hijo mío, y no me río.

11

Las primeras grietas aparecieron por el este, sobre el monte de los Olivos y entre las dos torres. Un pájaro que odiaba la luz lanzó un grito de odio. Como a escondidas llegó una fuerza rojiza y se filtró por las ranuras de la contraventana oriental. Coros de pájaros enloquecidos empezaron a desgarrar el silencio.

Y después se hizo de día. Los carros del queroseno empezaron a cantar. Se veía a niños dirigiéndose al colegio con carteras en la mano. Los mostradores de las fruterías gritaban olores amarillos. Los vendedores de periódicos anunciaban grandes y sensacionales noticias. También se vio por la calle el coche de un ministro con los neumáticos besando el asfalto. Se abrió una tienda tras otra, levantando los postigos de hierro como ojos al despertar.

Alrededor de una bandeja llena de antigüedades se arremolinaba un grupo de turistas de mejillas sonrosadas. Había un gran entusiasmo. En la bandeja se veían objetos decorativos y también escenas sagradas sobre cuero, todo de magnífica manufactura, auténtica piel de buey, fuerte y antigua, proclamaba el efendi Rashid.

Y qué agradable era el sonido de las campanas de los monasterios en la lejanía. Qué despreciables, qué irreverentes eran aquellos chacales que respondían al mensaje de las campanas con sus risas retorcidas. La malicia los movía, una malicia incorregible, la malicia y el sacrilegio.

# El monasterio trapense

## 1

En otoño aumentaron las provocaciones. Ya no había ninguna razón para contenerse. Nuestro batallón recibió la orden de cruzar la frontera por la noche y atacar Deir al-Nashaf.

«Un nido de asesinos será borrado del mapa esta noche, y la llanura costera respirará con alivio», dijo nuestro comandante con su voz profunda y templada. El batallón le respondió con gran alborozo. El bramido de Itche superó a todos los demás.

Los barracones de la base, bien encalados, rebosaban limpieza y alegría. Y los eficaces encargados de la intendencia ya habían empezado a ocuparse de las puertas metálicas de los arsenales. Morteros y ametralladoras fueron sacados de la oscuridad a la luz y dispuestos en rectángulos perfectos en un extremo del patio para formar filas.

Los últimos rayos de sol se perdieron por el oeste. Rápidamente desapareció la línea divisoria entre las cimas de las montañas del este y las nubes que se tendían sobre ellas. Un pequeño grupo de oficiales envueltos en anoraks cuchicheaba alrededor de un mapa que, debido al viento, estaba sujeto con cuatro piedras. Alumbraban el mapa con una linterna y no se les oía. De pronto, uno se separó del grupo y se dirigió hacia la sala de operaciones: era Rosenthal, un oficial delgado y siempre impecable, del que muchos decían que era hijo de un conocido fabricante de golosinas. Después se oyó una voz gritando en la oscuridad: «Itamar, vamos, empieza a hacerse tarde». Y otra voz contestándole: «Déjame en paz».

El batallón estaba preparándose para salir. En un extremo del patio, frente a los soldados de combate que se movían como sonámbulos y se iban colocando lentamente en desordenadas filas de a tres, se congregó un susurrante grupo de reclutas. Ellos no parecían adormilados, al contrario, estaban muy inquietos, murmuraban, señalaban con el dedo, se reían de puro desconcierto o debido a malos pensamientos. Entre ellos había uno llamado Nahum Hirsch, un sanitario de retaguardia que no dejaba de rascarse la cara porque tenía la piel irritada por culpa del rápido afeitado y del acné. Se quitó las gafas, miró atónito a los combatientes y soltó un chiste que a ninguno de sus compañeros de intendencia le hizo la menor gracia. Nahum Hirsch probó a cambiar un poco el chiste. Tampoco entonces les pareció nada gracioso, o tal vez es que era demasiado sutil para que ellos pudiesen comprenderlo. Le dijeron: «Eh, tú, cállate de una vez». Y él se calló. Pero la noche no enmudeció, sino que empezó a emitir diferentes sonidos. La bomba de agua de los huertos lejanos nos envió sus golpes rítmicos, como si estuviese dividiendo el propio tiempo en cuadrículas idénticas. Enseguida empezó el generador a producir un zumbido grave, insistente, y a lo largo de las alambradas del cuartel se encendieron los focos de vigilancia. También el patio se inundó de repente de la luz amarilla de los faroles, de modo que los combatientes y sus armas se quedaron de pronto blancos.

Muy lejos, a los pies de las montañas del este, el haz de luz del foco enemigo se elevó y, con nerviosismo y sin orden ni concierto, empezó a vagar por el firmamento. Una o dos veces, estelas de estrellas fugaces fueron atrapadas por el foco y el haz de luz se tragó la luz de las estrellas. Los combatientes se agruparon para los últimos cigarrillos. Algunos de ellos dieron una larga calada, llegaron al filtro y lo aplastaron con los tacones de goma de sus pesadas botas. Otros se afanaron por fumar despacio. Un convoy de camiones se acercó con las luces de corto alcance al extremo de la explanada y allí se detuvo sin apagar los motores. El comandante dijo: «Esta noche Deir al-Nashaf será borrado del mapa para que haya algo de paz en toda la llanura costera. Realizaremos una maniobra de tenaza. Intentaremos que haya el mínimo número de civiles heridos, pero no dejaremos piedra sobre piedra en ese nido de asesinos. Que cada uno haga exactamente lo que le han

explicado. Si alguien se encuentra en una situación inesperada, o si alguien se queda aislado, que utilice el cerebro que Dios le ha dado y que yo he conseguido agudizar. Eso es todo. Tened cuidado. Que nadie beba agua fría si está sudando, porque así se lo he prometido a vuestras madres. Ahora, en marcha».

El batallón respondió a esas palabras con un cierre de hebillas: hombros cargados de pertrechos. Sin ninguna otra señal, todos empezaron a dar pequeños saltos en el sitio, atentos a los sonidos de los objetos metálicos o del agua en las cantimploras que no habían llenado bien. Entonces, algunos reclutas empezaron a correr entre las filas con cacerolas llenas de hollín. Cada combatiente fue metiendo los dedos en el hollín y tiznándose las mejillas, la frente y la barbilla. Cuando estuviesen arrastrándose hacia el objetivo, si la luz del foco enemigo les daba en la cara, el hollín los protegería, pues el brillo de la piel sudorosa no los delataría. Al sanitario de retaguardia Nahum Hirsch aquello le pareció un ancestral ritual de iniciación, y los soldados que llevaban el hollín, los sacerdotes.

El batallón comenzó a renquear hacia los camiones, mientras las chicas revoloteaban alrededor: secretarias, mecanógrafas, enfermeras, todas repartieron caramelos y otras golosinas para el camino. Había algunos combatientes que eran incapaces de ir a la batalla sin mascar chicle. Con sus manos de oso, Itche agarró por la cintura a Bruria, la oficial adjunta, la balanceó por los aires, trazó un círculo completo y proclamó: «Y, si queréis que os traigamos kefiyas de colores, tenednos preparado el coñac».

Se rio. Y, de nuevo, silencio.

Nahum Hirsch deseaba explotar de rabia o de asco, pero no pudo contener la risa y se rio como todos los demás, y continuó riéndose para sus adentros cuando los combatientes ya habían empezado a subir a los camiones que los aguardaban con las luces de corto alcance encendidas.

Y después el enemigo lanzó hacia el cielo tres nerviosas bengalas de color rojo, verde y violeta. Deir al-Nashaf estaba agazapada a los pies de las montañas del este comiéndose las uñas de miedo. Todas las luces estaban apagadas. Una oscuridad de culpa o de terror se tendía sobre sus cabañas. Solo el haz de luz del foco salía del pueblo, explorando el firmamento como si la desgracia fuese a surgir de allí. Al mismo tiempo, nuestra patrulla de reconocimiento se abrió paso por los frondosos huertos hacia los cruces de caminos, donde se les había ordenado taponar el flujo de las tropas de refuerzo enemigas.

Los reclutas, esos que jamás participaban en ninguna incursión y a los que, por tanto, Nahum llamaba los Miserables, empezaron a congregarse alrededor de los camiones. Miraban a los combatientes desde abajo, con modestia. Intentaban alegrarles haciendo payasadas. Nahum Hirsch rodeó los hombros del pequeño Yonich, luego le dio un par de palmadas y murmuró: «Un cordero con piel de lobo, ¿eh?». Quiso decirlo en tono burlón, pero la voz le traicionó y lanzó veneno.

Yonich era un recluta, no un soldado de combate. Era un refugiado de Yugoslavia, un pequeño y triste superviviente que servía a nuestro batallón desde detrás de la barra de la cantina y al que algunos se dirigían llamándole General Galleta. En su rostro había una mueca constante, un defecto: la mitad derecha de su boca siempre sonreía, como si absolutamente todo le divirtiese, mientras que la mitad izquierda estaba muy seria. Algunos decían que los alemanes le deformaron la cara para siempre en algún campo de trabajo o durante una selección. O tal vez fueron los partisanos yugoslavos quienes le rompieron el mentón o la mandíbula de un puñetazo, para que dejase de amargarles la vida con sus miserias judías.

¿Por qué en esa ocasión decidieron que precisamente el pequeño Yonich se uniera a la misión y le permitieron participar en la incursión a Deir al-Nashaf? Tal vez lo consideraban un talismán contra el mal de ojo. Ridículo, casi estúpido o desesperado, se veía su pequeño cuerpo atrapado entre las correas de los pesados pertrechos. Seguro que algún oficial encontró divertida la incorporación de Yonich a la misión. Le ordenaron ser el corredor personal

del comandante de la unidad, mantenerse pegado a él en los avatares de la batalla y, en caso necesario, salir volando hacia los comandantes de las fuerzas de apoyo para mantener la comunicación. Y le dijeron: «Amigo, tú corre como un demonio. Imagínate que las galletas están allí y que el cliente está aquí, y que uno pide un refresco y al mismo tiempo otro quiere cigarros y cerillas».

Nahum Hirsch dijo: «Yonich, tú vas a la guerra como el hijo pequeño de Trumpeldor, y no comprendes que se están riendo de ti. Menos mal que los árabes no pueden ver quién va a atacarlos».

Yonich giró la cabeza y Nahum vio la media sonrisa torcida y luego los dos incisivos que sobresalían entre los labios partidos. Y se alejó.

En ese instante se encendieron los motores de los tanques junto al pinar, y la tierra tembló. Esos tanques no iban a participar en la ofensiva contra Deir al-Nashaf, sino a desplegarse por los pasos entre las colinas para hacer frente a cualquier posible eventualidad, por muy ilógica que esta pudiese parecer. El ruido de los potentes motores hizo que los corazones vibrasen. Se dio la señal y el contingente salió hacia el final del barranco. Los combatientes debían bajarse allí de los vehículos, cruzar a pie los huertos y avanzar hasta el otro lado de la línea fronteriza y hasta las proximidades de Deir al-Nashaf, desde el noroeste y desde el suroeste. Todas las chicas los despidieron agitando las manos y deseándoles buena suerte.

Nahum se alejó del patio y se sentó a los pies de un eucalipto encalado. Pequeñas motas de cal caían del tronco del árbol y algunas se clavaban en su frente sudorosa. Como siempre, sus pensamientos giraban en torno a los hombres y a las mujeres, y no a las demás criaturas que llenan la noche. Los sonidos nocturnos dispersaron sus pensamientos.

Nuestro batallón podía presumir de tener un comandante ilustre y muchos oficiales aguerridos, pero Itche era nuestro orgullo. Él era un rey. Y Bruria no era la única que le quería y que lo soportaba todo en silencio. Todos nos

comportábamos como ella. A él le gustaba pellizcar a todos, a los soldados, a las chicas, a la propia Bruria. Ella decía: «Eres asqueroso, basta ya», pero esas palabras salían siempre de su boca calientes y húmedas, como diciéndole: más, más. Y a él le gustaba humillarla y dejarla en evidencia delante de todo el batallón, empezando por el comandante y terminando por el último de los reclutas, ya fuera Yonich o Nahum Hirsch o cualquier otro por el estilo. Le gritaba a Bruria que lo dejase en paz, que no estuviera todo el día corriendo detrás de él, que fuera solo por la noche, que dejase de estar pegada a él como si fuese su madre o como si él fuese su padre: ya estaba harto.

Cuando las ofensas le resultaban insoportables, Bruria iba a una de las salas del cuartel a consolarse con Rosenthal, el oficial de operaciones; y le daba igual que se lo contasen a Itche, que se pusiese celoso, se lo merecía. Rosenthal no se portaba con ella como Itche. Él no era capaz de levantarle bruscamente la falda por encima de las caderas ni de meterle mano por la camisa en presencia de conductores y encargados de logística. Sus modos de cortejar eran como sacados de las películas, y también usaba mucho el inglés con un ligero acento americano para encandilarla. Era un oficial esbelto, elegante, deportista, y tan rápido en los cumplidos como en el tenis. Con frecuencia, cuando estaba con Bruria en la sala de operaciones, le traducía al hebreo las revistas porno que su hermano le traía del extranjero. Pero no se atrevía a tocarla, o tal vez no quería, y nunca había ido más allá de alguna educada caricia. Después, ella siempre regresaba con Itche, arrastrándose, casi implorando un castigo, y, tras ser castigada y reprendida, todo volvía a su sitio. El batallón al completo aguardaba el día en que Itche estallara de celos y el relamido oficial de operaciones recibiera su merecido. Pero Itche nos sorprendió al no dar ni la menor muestra de celos; solo se reía y le decía a Bruria que se largase, que lo dejase en paz, que estaba harto de ella, que estaba harto de todos, que qué pintaba todo el día pegada a él.

Después de cada acción de represalia, el nombre de Itche resonaba en las altas esferas. Dos veces apareció en el diario *Geva* y una vez salió su fotografía en la portada del periódico militar *Bamajané*. Él fue quien

descubrió el camino de la serpiente que conduce desde el sur de Jerusalén, a través del desierto de Judea y del territorio enemigo, hasta Ein Gedi, junto al mar Muerto, en una sola noche. Él fue quien saldó la larga cuenta pendiente con los beduinos de la tribu Arab al-Atata. El propio general de división lo llamó una vez el hermano espiritual de los guerreros del rey David en Adulam o de los gideonitas y los jeftitas. Y en una de las incursiones, irrumpió él solo en una cueva donde se atrincheraban decenas de enemigos armados, les heló la sangre con gritos salvajes, les produjo tal terror que se rindieron ante él y pasó como un rayo entre los recovecos oscuros arrojando dentro granadas de mano. Los soldados enemigos, petrificados por el estupor o el espanto, se entregaron como hechizados a las ráfagas que salían de su ametralladora. Entró solo en aquella cueva y solo también salió de ella, jadeando, desgñado, berreando y enarbolando su arma sobre la cabeza.

Itche se dejó crecer una barba de salvaje. Su cabello espeso y encrespado parecía siempre polvoriento. La barba se desbordó, casi se entremezclaba con sus tupidas cejas, le bajaba por las mejillas y por el cuello y se entrelazaba sin interrupción alguna con la piel de oso que cubría su pecho, sus brazos y tal vez todo su cuerpo.

A veces Itche sorprendía a Nahum Hirsch en el cuarto de duchas construido con latón. El sanitario de retaguardia se apresuraba a secarse y a quitarse como podía la espuma de las axilas, ya que era bien sabido que Itche humillaba constantemente a los encargados de la logística, a los conductores y a los sanitarios, sus grandes admiradores, aquellos a quienes llamaba los Miserables. Es cierto que a veces realizaba con alguno de ellos un acto de generosidad tan sorprendente como regalarle una pistola que le había quitado al cadáver de un oficial sirio, o incluso charlar un rato con alguno de los encargados de la logística como de igual a igual y preguntarle qué opinaba de la situación y de las chicas, que al pobre diablo no le salían las palabras.

El cuarto de duchas de los hombres y el de las mujeres solo estaba separado por una fina plancha de latón parcheada. Los reclutas hicieron varios agujeros diminutos para mirar y allí se pasaban las horas muertas, sobre todo los viernes y los sábados. A Itche le gustaba apoyar su espalda desnuda y fuerte en esa plancha hasta que el latón empezaba a chirriar y a crujir. Al otro lado



de la plancha, las chicas le respondían con gritos de pánico o de esperanza. Entonces Itche soltaba una fuerte risotada y todos los que estaban a ambos lados de la plancha de latón se unían a sus risas. Una vez Itche se torció el tobillo en la cancha de baloncesto del cuartel. Fue cojeando a la enfermería y sorprendió a Nahum Hirsch recortando fotografías de desnudos de una revista extranjera. Nahum palpó el tobillo dislocado para asegurarse de que se trataba de una torcedura y no de una rotura. Como de costumbre, Itche se burló. También cuando el joven le palpó la pierna y un escalofrío le recorrió la espalda, Itche continuó burlándose sin percatarse de nada. Entonces, Nahum le puso una venda elástica en el tobillo y la apretó sin compasión. Itche dejó escapar un ligero gemido de dolor, pero seguía sin notar ni sospechar nada. Finalmente, Itche sonrió, agradeció al sanitario sus cuidados y le pareció oportuno estrecharle la mano. Nahum posó sus dedos en la ancha mano. Itche empezó a estrangular esos dedos con un apretón tremendo. Ondas de dolor, orgullo y placer recorrieron las lumbares del joven sanitario. Itche apretó aún más. Nahum se entregó por completo a las dulces ondas de dolor, pero en su rostro solo se dibujó una amable sonrisa, como diciendo: Te he vendado el tobillo únicamente porque es mi obligación. Entonces Itche aflojó la mano, la retiró y dijo: «A lo mejor decidimos llevarte a la próxima incursión. Ha llegado el momento de que hagamos de ti un sanitario de combate, ¿no?».

Un olor dulzón a chicle llegó al rostro de Nahum y no encontró palabras.

Por supuesto Itche olvidó esa promesa, y también es posible que acostumbrara a repartir promesas de ese tipo entre los reclutas. Eligieron al pequeño Yonich. En ese preciso momento estaría corriendo agachado en medio de la densa oscuridad o tal vez arrastrándose por el suelo, con una estúpida sonrisa en media cara y la otra media como una estatua de piedra. Todo estaba aún en completo silencio, no se oía nada. Tan solo grillos y chacales, y a alguna cantante en las radios de las cabañas. Aún había tiempo.

El viento denso de la noche movió las copas de los árboles. La lluvia de

motas de cal arreció. A Nahum le entró un cansancio como de decepción. De pronto se percató de que sus manos no paraban de romper pequeñas ramas.

El foco del enemigo aún estaba arañando el cielo. Tampoco de la tierra conquistada dejaban de emanar olas de calor espeso, cargado de olores.

Unos pasos ligeros iban acercándose. Nahum reconoció esos pasos. Se levantó y se quedó pegado al tronco del eucalipto, acechando en la oscuridad, como permitiendo que una loca fantasía lo dominase por un instante. Cuando ella pasó por delante, salió de su escondite y le cerró el paso. Ella lanzó un grito de miedo. Pero enseguida lo reconoció.

—Hola —dijo el sanitario con voz grave.

—Ya basta, apártate —dijo ella—, no seas niño.

—Lo van a herir —dijo Nahum con pena y con calma.

—Idiota —dijo Bruria.

—Esta noche lo van a herir. Y puede que de gravedad.

—Déjame pasar. No quiero verte ni oírte. Estás loco.

—Lo van a herir de gravedad, pero no morirá. Te aseguro que no morirá.

—Largo, déjame en paz.

—¿Estás enfadada? No deberías enfadarte conmigo cuando soy yo quien va a salvarlo, esta misma noche le salvaré la vida.

—Eres ridículo. Deja de perseguirme. Deja de decirme esas cosas. No te he dicho que me acompañes. Vete de aquí. No te he dado permiso para entrar en esta habitación. Largo, márchate o llamo al sargento. Vete de aquí o te meterás en un buen lío.

Nahum acompañó los movimientos de Bruria con una mirada de deseo. Ella encendió la luz, nerviosa, distraída, empezó a ordenar unos papeles que estaban dispersos sobre la silla y la mesa, metió algo debajo del armario y se sentó en el catre revuelto, de cara a la pared y dándole la espalda.

—¿Aún estás ahí? Dime, ¿qué quieres de mí? ¿Qué os he hecho yo para que estéis todo el rato fastidiándome? Vete de aquí. Déjame en paz. Estoy harta de vosotros.

—Me has ofendido dos veces en menos de diez minutos —dijo Nahum Hirsch—, pero no te lo voy a tener en cuenta, esta noche no. Voy a salvarle la vida.

—Jacqueline va a volver de un momento a otro —dijo Bruria—. Si llega y te encuentra aquí, no me gustaría estar en tu lugar. Lo mejor es que te marches de inmediato. Ni siquiera sé quién eres. Eres Nahum, el sanitario. Está bien, Nahum el sanitario, ahora lárgate de aquí.

De pronto, con un tirón salvaje, histérico, Nahum se arrancó todos los botones de su camisa caqui. La joven se pegó a la pared y se llevó la mano a la boca. En sus ojos, abiertos de par en par, había una mirada de terror. Era incapaz de pronunciar ni una palabra. Nahum señaló su pecho descubierto, delgado.

—Ahora, observa bien —murmuró enloquecido—, observa. La bala entra por aquí. Él recibe su bala directamente en la garganta. Penetra por aquí y sale por aquí. En la trayectoria, le desgarró la tráquea. Y también las venas. Y la sangre empieza a manar por aquí, hacia abajo, hacia dentro, directamente hacia sus pulmones.

Los pálidos dedos trazaban sobre su propio pecho el curso de la herida y la febril conferencia no cesaba ni por un instante:

—... y desde la tráquea, por aquí, toda la sangre entra en los pulmones. Una hemorragia así casi siempre termina en asfixia y muerte.

—Basta. Cállate. Por favor, basta.

—La asfixia se produce sencillamente porque, si los pulmones se llenan de sangre, no queda sitio para el aire. Y así me lo traen a la enfermería, directamente desde el campo de batalla. Ya está completamente amoratado, vomita sangre, escupe sangre, tiene la ropa llena de sangre, la barba llena de sangre y los ojos en blanco. Pero yo no me altero. Cojo un cuchillo, un tubo de goma y una linterna y le corto la tráquea. Como si lo degollase, solo que lo hago para salvarle la vida en el último instante. No pretendo que me den medallas ni premios. Le salvo la vida porque todos somos hermanos de armas. Le corto la tráquea muy abajo, mira, aquí, un poco más abajo, aquí. Y le meto el tubo por la tráquea cortada directamente en el pulmón. Así.

Bruria se sentó muy erguida, con el cuello tenso, como hipnotizada, como hechizada, miró los finos y ágiles dedos que recorrían el delgado pecho de Nahum como desgarrando, como cosiendo, como buscando una entrada invisible. Guardaba silencio. Él no paraba de hablar, y lo hacía con una voz

ahogada y febril:

—Ahora me pongo el otro extremo del tubo en la boca. Empiezo a succionar la sangre de sus pulmones para dejar algo de espacio al aire, para que no muera de asfixia. Mira: absorbo y absorbo, absorbo y absorbo, sin parar ni un instante, con entrega, y ahora le insufló aire en los pulmones. Así: inhalar-exhalar-inhalar-exhalar, como se hace para salvar a alguien que se ha hundido en el agua.

Lentamente, sin darse cuenta, la respiración de Bruria también cambió. Empezó a seguir el ritmo de la respiración del sanitario. Hubo un breve silencio.

—Ahora vuelve en sí —gritó Nahum de repente—, veo que sus ojos se agitan. Y sus rodillas. Ahora muestra signos de vida.

Bruria abrió la boca como llorando o gritando, pero no lloraba ni gritaba, tan solo seguía respirando aceleradamente.

—Ahora ya respira por sí solo, no por la nariz ni por la boca, sino por el tubo que le he metido en los pulmones. Mira. Escupe sangre. Eso es bueno para él. Emite sonidos roncós. También eso es buena señal. Ya no se nos morirá. Vivirá. Mira, ha abierto por un instante un ojo turbio. Ese. El izquierdo. Lo ha cerrado. Se ha puesto pálido. Ahora puedes arrodillarte junto a la camilla, cogerle la mano e intentar hablarle. Él no puede responderte, pero tal vez oiga algo. Ahora yo me marchó. Sí. No intentes detenerme: no necesito ningún agradecimiento. He cumplido con mi obligación. Me marchó, mira, la sirena de la ambulancia ya suena fuera, y también ha llegado el médico. Un sanitario anónimo ha realizado una complicada operación con los medios más precarios y ha salvado la vida a un héroe nacional. Itche y yo salimos abrazados en la fotografía del periódico. Tú no me debes nada. Al contrario. Casaos. Sed felices. Yo solo he cumplido con mi obligación. Y seguiré queriéndooos a los dos en la distancia. Adiós, adiós, mira, ya me estoy alejando, adiós.

Nahum dijo adiós, pero, en vez de alejarse, cayó exhausto sobre el catre a los pies de Bruria y empezó a llorar en silencio. Ella posó una mano reconciliadora en su nuca. Sobre la habitación se derramaba una especie de

luz enfermiza procedente de una bombilla amarilla sin pantalla. En un rincón de la habitación, sobre una caja metálica, descansaba un montón de formularios sin rellenar. Había ropa de mujer desparramada por ahí, puede que incluso ropa interior, Nahum no se atrevió a mirarla, solo ocultó la cabeza entre las rodillas de Bruria y frotó sus ardientes mejillas. Ella le acarició el pelo y, algo aturdida, le dijo una y otra vez: Basta, basta, basta.

Los primeros sonidos llegaron por sorpresa, como antes de tiempo. Bruria esperaba un estruendo sobrecogedor, pero la batalla comenzó con unos balbucientes, moderados y ligeros disparos de tanteo.

—La orquesta está afinando los instrumentos. Pronto empezará —dijo Nahum.

—Cálmate —imploró Bruria—, cálmate, niño. Puedes poner la cabeza sobre mis piernas con la condición de que estés tranquilo y de que no hables ni llores más. Eres un niño. No comprendes nada, pero nada de nada. Y encima dices tonterías. No van a traer a Itche a este cuartel desde el campo de batalla. Lo llevarán directamente al hospital y tú no tendrás ninguna oportunidad. Esta noche, los mejores cirujanos están de guardia en el hospital. Allí nadie succiona la sangre de los pulmones con un tubo de goma metido en la boca. Tienen quirófanos y también instrumental, y ellos salvarán a Itche mil veces más rápido y mejor que tú. Tú solo eres un niño pequeño. No tendrás ninguna oportunidad. No me hagas reír. Te he dicho que solo la cabeza, no te muevas, que me haces cosquillas. Silencio. Así. Buen chico. Silencio. Shhh. Y no me toques. Mira qué manos tienes. Pequeño polluelo. Puede que algún día Itche te lleve a alguna acción, y allí podréis salvaros el uno al otro todo lo que queráis, porque yo ya estoy harta, estoy harta de vosotros y me da igual lo que ocurra, solo quiero que pase el tiempo. Deja las gafas sobre la mesa. Así. Ahora se te puede tocar. Tranquilo. Te voy a cantar una nana. Yo puedo convencer a Itche para que la próxima vez te lleve con él. Incluso para que haga de ti un sanitario de combate. Cuando Itche se recupere de la herida en la garganta, le contaré que fuiste bueno, que no querías que muriese y que hasta querías salvarlo. Le diré que no dijiste nada y que solo te tumbaste en silencio. Sí. Así.

En el techo de la habitación había grandes manchas de humedad, como monstruos oscuros. A veces, un pequeño ratón cruzaba la habitación, desaparecía por las ranuras de las baldosas y volvía a salir por cualquier rincón inesperado. Bruria le arrojó una sandalia blanca, intentó darle y falló. Al mismo tiempo, se reanudaron los sonidos amenazantes a lo lejos. Largas ráfagas de disparos crucificaron el silencio. Rápidamente, un mortero lanzó una tos gruesa e irritada, y fuera, en la oscuridad, resonaron como unos truenos.

—Yo puedo insuflar aire a sus pulmones con fuerza y rapidez —dijo Nahum—, inflarlo, hacerle estallar. También puedo sacar el tubo de goma, y entonces volverá a ponerse morado enseguida y se asfixiará. Pero no haré nada de eso. Yo lo salvaré a pesar de que tú no paras de ofenderme. Y deja de cantarme nanas, no puedo dormirme ahora, tengo que estar listo para salir corriendo en cualquier momento hacia la enfermería y realizar la operación en precarias condiciones para salvártelo. Y no me empujes, que soy mucho más fuerte que tú. Eso será un regalo, y yo habré recibido mi premio por salvarle y devolvértelo con vida.

Entonces se oyó también la artillería de largo alcance: por las laderas de las montañas, las baterías del enemigo empezaron a bombardear los pueblos cercanos a la frontera y a iluminar el cielo nocturno con bengalas. Los comandos arrasaron Deir al-Nashaf, casa por casa, mientras las unidades de punta de lanza quemaban los persistentes nidos de resistencia. El estruendo de los cañones desgarraba las súplicas del sanitario. «Serás mi perdición», dijo Bruria. Suspiró y cedió. El joven estaba chorreando de sudor y tenía los ojos en blanco. Ella abrió los brazos como si estuviese crucificada y le dijo: «Al menos que sea rápido». Esa frase resultó completamente innecesaria.

El sonido aterrador de una ametralladora se propagó por todas partes. Disparos lejanos, sordos, resonaban de fondo. Una violenta explosión acalló las ráfagas de la ametralladora. Los sonidos de la batalla se iban acompasando progresivamente, como si obedeciesen a algún ritmo oculto: oleadas de preguntas confusas, sutiles y vacilantes eran respondidas con estruendos graves y roncós. El estridente lamento de los instrumentos de cuerda se mezclaba con los enloquecidos golpes de los tambores. Al final

también ese ritmo se perdió: una colorida cascada de sonidos abrasadores fue aumentando y creciendo hasta llenar los espacios oscuros. Después sonaron las últimas ráfagas espasmódicas, hasta que también cesaron. El silencio cosió sus jirones con piadosa y suave paciencia. El sanitario se fue sin añadir nada más y se dirigió rápidamente hacia la enfermería a preparar el instrumental quirúrgico que estaba esterilizado en un paquete hermético para un caso de emergencia. El silencio de la noche cayó sobre toda la llanura costera. Enseguida, los grillos y los coros de chacales retomaron sus malos hábitos.

5

Nuestro comandante dijo:

—Ha sido coser y cantar. De manual. Ningún problema. Ningún incidente. Limpio como una fuga de Bach. Y ahora, chicas, abrid una botella de *arak* para el maestro.

Con la garganta seca, sucio, rebosante de ronco entusiasmo, Itche empezó a disparar al cielo salvas de júbilo.

—¡Sí! —bramó—. ¡Hay cordero, hay patatas, hay *arak*, hay de todo! ¡Y ya no existe ningún Deir al-Nashaf! ¡Ni las ruinas! ¡No queda allí ni un gato! ¡Gato!, ¡qué digo gato!, ¡no hemos dejado allí ni un perro! ¡Ni uno queda de esos bastardos! ¿Dónde está Bruria? ¿Dónde está esa puta? ¿Y dónde están todos esos bellezooones? ¿Dónde?

De repente se calló, porque los sanitarios estaban sacando el cuerpo de Yonich del camión y llevándolo a la enfermería iluminada. Su cuerpo estaba completamente cubierto por una manta sucia, pero Nahum la levantó un instante y vio que los ojos abiertos del cadáver mostraban indignación y sorpresa, como si de nuevo se hubiesen burlado de él. Hasta su extraña sonrisa parecía relajada. La comisura sonriente de sus labios seguía igual, pero la otra se había igualado. Nahum se dirigió a Itche.

—¿Qué le habéis hecho a Yonich? —preguntó.

—¿Por qué me miras a mí? —se justificó Itche—, su nombre estaba escrito

en la primera bala. Murió antes de que la cosa empezase en serio. A unos dos metros de mí pasó una ráfaga y él se puso en medio. —Tras decir eso, Itche empezó a desprenderse del cinto, del arma y de los pertrechos, y se quitó la camisa sucia.

—¿Dónde está? ¿Dónde se ha metido? —preguntó en voz baja.

—¿Cómo lo voy a saber yo? —dijo Nahum.

—Pues encuéntramela y tráemela aquí. Tienes cinco minutos —ordenó Itche con la voz ronca de cansancio—, pero antes dame un poco de agua fría.

Nahum obedeció.

Llenó un vaso de agua y se lo ofreció, esperó, volvió a llenar el vaso vacío, volvió a esperar, fregó el vaso y corrió a buscar a Bruria.

Sin apenas dudarle, se encaminó al lugar más sombrío, hacia detrás de los almacenes. Y, en efecto, allí estaba Bruria, apoyada en la pared, con los botones de la camisa desabrochados, con un pecho fuera del sujetador, y también vio a Rosenthal, el oficial de operaciones, con el pezón entre los dedos y bromeando en voz baja, pero ella no se reía ni se movía, estaba parada como si se hubiese quedado dormida de pie o como si todo estuviese perdido y ya nada tuviese sentido. Una pena muda, sobrecogedora, inundó a Nahum al ver aquello. No supo qué hacer, solo supo que todo era un error. Todo, de principio a fin. Dio media vuelta y fue a presentarse ante Itche.

—No está aquí —mintió—, se ha marchado. Los vieron irse a los dos en un *jeep* antes de que vosotros regresaseis. No está aquí.

—Vale —dijo Itche con un gran cansancio—, vale. Se la ha llevado a Jerusalén. Al menos podría haber esperado a ver si yo estaba muerto o no.

Nahum se estremeció y no dijo nada.

—Ven, amigo —añadió Itche—, ven. También nosotros podemos encontrar algún *jeep*. ¿No tendrás un cigarro para mí? No. No pasa nada. Iremos tras ellos. ¿Cuánto hace que los vieron irse? ¿Una hora? ¿Media? En la curva de Hartuv los alcanzaremos. Esta noche, una masacre tras otra. Venga, corramos. No perdamos tiempo. Rosenthal puede empezar a izar en su *jeep* una bandera blanca. ¿Qué has dicho? Creí que habías dicho algo. Venga, corramos tras ellos. Sin café ni nada. Qué pena lo de ese chaval. Qué muerte tan absurda. No volveré a llevar a nadie que no sea imprescindible. Quien



hace chistes de la muerte es un cabrón. Y más cabrón aún quien no los hace. Bueno, di algo. ¿No tienes nada que decir? Habla. Di al menos cómo te llamas. He olvidado cómo te llamas. Recuerdo perfectamente que trabajas en la logística, pero he olvidado cómo te llamas. Estoy cansado. Mira a qué velocidad vamos. A ciento veinte, a ciento treinta por lo menos. Y aún nada.

La carretera nocturna estaba desierta y triste. A lo lejos, a los pies de las montañas del este, las últimas llamas del pueblo enemigo arrasado se reflejaban en el cielo. Y por las acequias, entre los huertos, corría en silencio agua negra que era tragada por la tierra de la llanura costera.

## 6

Nahum se acomodó en el ajado asiento del *jeep* y giró la cabeza para mirar a Itche. Solo vio una melena y una barba tupida. Por un instante se acordó del profeta Elías de las clases de Biblia, salvaje, celoso y exterminando a todos los profetas de Baal en las laderas del monte Carmelo, y también él se imaginó como un gigante sin rostro, todo barba y melena. Itche controlaba el vehículo con una violencia adormilada, con una mano sobre el volante y la otra descansando sobre la pierna. Su pesado cuerpo estaba inclinado hacia delante como un jinete agarrado con fuerza al cuello de su caballo. ¿Realmente era posible que tuviese problemas de vista y lo ocultase? El *jeep* desgarraba la carretera y en las curvas chirriaba. Las tempestuosas ráfagas de aire les lanzaban a la cara bofetadas de un embriagador olor a huerto.

Una tras otra iban pasando y desapareciendo las luces de los pueblos a lo largo de la llanura, escapando precipitadamente hacia la espalda de los viajeros. Se veía a algunos paisanos que habían salido de la cama y se habían congregado bajo una farola de la calle principal del pueblo adormilado, estaban intercambiando especulaciones, aguardando las luces del alba y el primer boletín de noticias para conocer el significado de los ruidos nocturnos y del fuego que se reflejaba en el cielo sobre las colinas del este. Itche y Nahum no se detuvieron a dar explicaciones, tampoco ralentizaron la marcha. Solo una vez, en un cruce oscuro, Itche dio un frenazo porque había una

figura sospechosa parada junto a la carretera, cubierta con un capa o una manta, y como espiando. Itche cogió la ametralladora que estaba a los pies de Nahum, apuntó a esa figura y preguntó, ¿qué pasa? La luz de los faros del *jeep* capturaron a un hombre joven, un estudiante de Talmud, completamente de negro. Solo su cara y sus calcetines eran muy blancos. El estudiante llevaba gafas y parecía desesperado. Empezó a soltar un montón de palabras en yidis, y Nahum se sorprendió mucho al oír que Itche también le respondía en yidis, con paciencia, en tono calmado. A continuación, el joven los bendijo y ellos continuaron su camino. El *jeep* arrancó, salió disparado hacia la curva y prosiguió hacia la pendiente, hacia las montañas de Jerusalén.

No vieron a nadie más por el camino hasta que se hizo de día.

Itche no hablaba y Nahum no preguntaba. Una secreta alegría y un orgullo interior llenaban su corazón. Itche no sabía la verdad y él sí la conocía. Itche conducía el *jeep* como enloquecido, y él conducía a Itche. El camino empezó a serpentear. El obediente *jeep* cortaba las curvas con furia y con chirridos de odio abrasador.

—Itche, ¿qué pasa contigo? —preguntó Nahum con voz queda—, ¿de qué pasta estás hecho?

El punzante viento se tragó las palabras. Seguramente Itche oyó otra cosa, porque respondió a una pregunta completamente distinta.

—De Rumanía —dijo—. Nací en un lugar muy cerca de Bucarest. Se podría decir incluso que es un suburbio de Bucarest. Durante la guerra escapamos a Rusia y allí nos dispersamos, uno murió, otra desapareció y algunos regresaron después a Rumanía, mientras que mi hermana pequeña y yo fuimos a través de Polonia y Austria al norte de Italia y, desde allí, los de la emigración juvenil nos trajeron aquí, a una colonia agrícola religiosa para jóvenes. Allí crecimos. Y hay uno o dos más que viven en algún lugar de Rusia, pero no tengo ni idea de dónde. Y ahora tampoco me importa.

—Tú serás soldado profesional —dijo Nahum—, dentro de diez años serás coronel por lo menos. Y luego serás un gran general.

Itche lanzó al sanitario una mirada de sorpresa.

—¡Venga ya! —dijo—. Dentro de un año o algo así, me licenciaré del ejército. Estoy ahorrando dinero para comprar acciones de la empresa de

autobuses Eged, y tengo muchas posibilidades de ser delantero centro del Hapoel Petah Tikva. No ahora. En algún momento. Aún tengo mucho que aprender. Puede que algún día haya aquí fútbol profesional, y entonces yo estaré en el ajo, casaré a mi hermana y por fin viviré como una persona.

—¿Y hasta ahora no has vivido como una persona?

—Como un perro —dijo Itche con cansado enojo.

—Dime, ¿de qué has hablado en yidis con el tipo ese?

—Le he preguntado qué le pasaba y ha dicho que oyó disparos y se asustó. Le he dicho que son los árabes los que deberían asustarse, que se acabaron los días en que los judíos tenían que amedrentarse de los disparos por la noche. Y le he cogido medio paquete de tabaco por mi discurso. ¿Quieres uno? ¿No? Vale. Antes de llegar a Castel los alcanzaremos y le daremos a Rosenthal su merecido. A Bruria nos la llevaremos a Jerusalén. ¿Conoces Jerusalén? ¿Habrá algún restaurante abierto hasta el amanecer?

—Es una ciudad muerta —dijo Nahum—, por la noche todo está muerto en Jerusalén. Y también de día, la verdad. Además, no los alcanzaremos en Castel ni en ningún otro sitio si no vas más deprisa. Mucho más deprisa. Rosenthal la llevará a su casa y directamente a su cama, y nosotros nos quedaremos como imbéciles en medio de Jerusalén, en la oscuridad y sin saber adónde ir, como Laurel y Hardy en una película del Gordo y el Flaco. ¡Vamos, pisa, pisa a fondo! ¡Corre, Itche, corre todo lo que puedas!

Itche pisó el acelerador con rabia. Exprimió al máximo la potencia del motor. A toda velocidad, el coche gimió, rugió. Nahum sintió miedo y placer. Él sabía dónde estaba Bruria en aquel momento y dónde estaba el bastardo de Rosenthal, pero Itche no lo sabía. Él estaba haciendo que el gran Itche recorriera en vano las carreteras por la noche, pero Itche no lo sabía. Él mantenía aún el olor de la piel de Bruria, un olor fuerte a jabón, y el sabor de sus dedos en la nuca, pero Itche no lo sabía. Metió la mano en el bolsillo de su camisa y tocó el instrumental, el bisturí esterilizado, las vendas, el vial de morfina, la sonda, todo lo necesario para una operación de urgencia cuando el *jeep* cayera por alguno de los precipicios que bordeaban la carretera de montaña. Pero Itche tampoco lo sabía, no podía saberlo. Ahí, a su derecha, estaba sentado el hombre que en breve le salvaría la vida. Era una macabra

misión que exigía gran responsabilidad, y Nahum la cumpliría a la perfección. Un sanitario anónimo ha realizado una operación por la noche bajo la luz de una linterna y ha salvado la vida de un héroe nacional. Ingenio. Entrega. Sangre fría. Camaradería. Pericia. Y también, eso moviendo los labios y sin pronunciar palabra, amor.

Después se apagó de pronto uno de los faros: parpadeó varias veces, vaciló, se rindió y se oscureció. El vehículo siguió corriendo hacia el este con la luz de un único ojo de cíclope, iluminando y aturdiendo a todas las sombras de las montañas. Como un fantasma galopaba el *jeep*, cada vez más espoleado por Itche, que estaba inclinado sobre el volante, mordiéndose los labios y pisando a fondo el acelerador.

Quedará gravemente herido, Bruria, pero yo no dejaré que se nos muera. Yo le operaré y le vendaré con devoción, olvidándome de mis propias heridas. Tú quedarás en deuda conmigo por salvarle la vida y yo me marcharé humildemente. Itche no es más que un oso enorme e ignorante: no sabe nada, no comprende nada. Mira, ahora de pronto se ha puesto a canturrear sin imaginar siquiera lo que está a punto de ocurrirle.

Tal vez Itche se acordó del estudiante pálido con el que se habían topado a la salida de la llanura costera y de sus ruegos en yidis. Tal vez se acordó de otros lugares y de otros tiempos. Se puso a entonar una oración lacrimógena:

*Padre nuestro, Rey nuestro, apiádate y respóndenos,  
pues no hemos hecho naaadaaa.  
Otórganos tu graaacia y compasión,  
y sááálvaaaanoos...*

—Amén —murmuró Nahum Hirsch con fervor. Y sus ojos se llenaron de lágrimas.

Cerca de la curva de Shaar Hagay, donde se junta la carretera de Jerusalén con las posiciones enemigas en el enclave de Latrún, golpeó a los viajeros una intensa ráfaga de frío: el gélido aire de Jerusalén lleno de aroma a pinos.

El motor empezó a gemir, a lanzar como unas toses feas, carraspeó un poco y se quedó en silencio junto con todas las cosas inanimadas de las que está llena la noche.

7

Itche salió del coche, con esfuerzo, cansado, y abrió el capó. Nahum sacó de su bolsillo la linterna que estaba destinada a iluminar la operación de urgencia y alumbró las entrañas del motor. Vio cómo Itche giraba bujías, tiraba de esto y apretaba aquello como a ciegas, daba puñetazos acalorados a las superficies metálicas. Con sus fuertes uñas enroscó un tornillo. Tiró de unos cables sin piedad y puede que también sin pensar. Eso no hizo más que acrecentar la malicia del motor: de pronto, sin previo aviso, se apagó también el otro faro. El coche quedó a oscuras. Entonces, Itche le quitó a Nahum la linterna y la arrojó contra las rocas del borde del camino.

—Al infierno todo —dijo.

Nahum asintió como diciendo: Sí. Así es. Por supuesto. Pero Itche no pudo ver ese gesto, porque una completa oscuridad los envolvía. Nahum gastó una tras otra las temblorosas cerillas. Con la última, encendieron un par de cigarros de los que Itche le había cogido al estudiante que se encontraron por el camino.

Itche maldijo primero al coche, a Nahum, a Bruria, a las mujeres en general, al cielo y a la tierra. Casi todos esos insultos eran rusos y despiadados, aunque algunos eran árabes. También maldijo a los árabes. Al final se maldijo a sí mismo. Y se calló. Ya estaba ronco de tanto que había gritado antes de la incursión, durante la batalla y al regresar al cuartel. Ahora había perdido la voz y solo le quedaba un gorjeo entrecortado, ridículo y desesperado. Se instaló en el capó del *jeep* muerto. Y, como un monte peludo, se quedó tumbado en silencio e inmóvil.

Después, cuando los ojos de ambos empezaron a habituarse un poco a la densa oscuridad, Itche descubrió un bloque oscuro y lúgubre que destacaba al

otro lado de la frontera de Latrún: la silueta borrosa y desorbitada del monasterio trapense tras la línea de alto el fuego, en territorio enemigo.

—Menudo edificio —dijo Itche con un hilo de voz.

—Es un monasterio —añadió Nahum animadamente. Un fervor pedagógico le embargó de pronto. No se sentía nada cansado, estaba bien despierto, emocionado—: Es el monasterio trapense. Sus monjes se han comprometido a guardar silencio para siempre. Hasta el día de su muerte.

—¿Y por qué? —preguntó Itche en voz baja.

—Porque las palabras son una fuente de pecado. Si no hay palabras, no hay mentiras. Es muy simple. Llevan años y años viviendo allí sin intercambiar ni una palabra entre ellos. Imagínate qué silencio tan divino habrá allí. El que quiere unirse a ellos debe hacer un juramento. Como en el ejército. Hacer voto de silencio.

—No puedo comprenderlo —gorjeó Itche.

—Claro que tú no puedes comprenderlo. Tú eres capaz hasta de arrasar un pueblo sin saber nada de sus habitantes ni de su historia, y sin querer saberlo. Así sin más. Como un toro desbocado. Claro que tú no lo comprendes. ¿Qué es lo que tú sí comprendes? Golpear y matar, eso es lo que tú comprendes. Y el fútbol. Y acciones de Eged. Eres una mala bestia, no una persona. Una mala bestia idiota. Te están engañando todo el rato, Rosenthal se tira a Bruria, y los oficiales, y los de la policía militar, e incluso alguien como yo. ¿Crees que ahora ella está en el *jeep* de Rosenthal de camino a Jerusalén? ¿Eso crees? Porque eres una bestia y no una persona, por eso crees que todo el mundo es como tú. No todo el mundo es como tú. No todo el mundo arrasa y mata todo lo que se mueve. Al contrario. Todo el mundo se ríe de ti. Rosenthal se folla a Bruria y te jode también a ti. Yo me la he follado y ahora también te he jodido a ti. Dime, ¿por qué has salido corriendo como un loco? ¿Por qué has cogido un *jeep*, una ametralladora y a mí y has echado a correr como un toro desbocado, eh? Yo te diré por qué. Porque no eres una persona, por eso. Porque eres una mala bestia idiota. Por eso.

—Cuéntame algo más sobre el monasterio —dijo Itche con la poca voz que le quedaba.

Nahum Hirsch, un sanitario de retaguardia delgado y con gafas, dobló la

rodilla y apoyó la suela de la bota sobre una rueda del *jeep*. Fumó y sintió cómo la energía y la virilidad latían en sus venas como si fuesen vino.

—El polvo de palabras muertas se ha pegado a ti. Purifica tu alma con el silencio. Eso escribió Rabindranath Tagore, poeta y filósofo indio. Ahora habrá que empezar a explicarte qué es un poeta, qué es un filósofo y qué es un indio. Pero ¿quién tiene tiempo y fuerzas para hacer de ti una persona? Para qué malgastar palabras. Además, no te serviría de nada. Está bien. Latrún debe su nombre a una fortaleza que había aquí a mediados de la Edad Media. Los cruzados levantaron en este lugar una fortaleza para cerrar el acceso más cómodo desde la llanura costera a Jerusalén, es decir, el camino de Bet Horon. El nombre Latrún es una distorsión del nombre de aquella fortaleza: Le Toron des Chevaliers, es decir, «la torre de los caballeros». *Toron* significa torre. Como *tour*. La Tour Eiffel. La torre, en el ajedrez. ¿Ya te has dormido? ¿Es demasiada información de una vez? ¿No? Hay investigadores que apuntan a otro origen, más antiguo aún, del nombre Latrún: Castellum Boni Latronis, es decir, el castillo del buen ladrón que fue crucificado junto a Jesús de Nazaret. ¿Has oído hablar alguna vez de la Crucifixión, de Jesús, del buen ladrón? ¿Has leído algún libro en tu vida? Responde. ¿Qué te pasa? ¿No te encuentras bien? ¡Respóndeme!

Itche guardó silencio.

Las luces de pueblos lejanos centelleaban a lo lejos en la oscuridad de la noche. Las posiciones enemigas de Latrún, a las que sin duda ya habría llegado la noticia de la destrucción de Deir al-Nashaf, apuntaban de cuando en cuando, con el brusco destello de un foco, hacia los espesos bosques que crecían en las laderas de los montes de Judea. Un disparo solitario, casi irrisorio, rodó por las montañas y resonó largamente hasta que se desvaneció.

—Dime una cosa, ¿no es un poco peligroso permanecer aquí toda la noche? —preguntó Nahum con repentino temor.

Itche guardó silencio.

—Dime, ¿no es demasiado peligroso? ¿No deberíamos avanzar a pie? A lo mejor hay por los alrededores alguna granja o algún kibutz.

Itche giró un instante la cabeza, miró con su cara peluda a Nahum Hirsch y

apartó la vista. No dijo nada. Nahum se fue a orinar detrás del *jeep*. De pronto se asustó y le dio miedo alejarse de Itche en la oscuridad.

—Soy un mierda. Un miserable —dijo con voz clara y apretando los dientes.

Itche guardó silencio.

Y entonces aparecieron las primeras señales del nuevo día, suavizaron los bloques oscuros, perfilaron las líneas. La luminosidad por el este era como un halo, como un sueño compasivo. Si existe la clemencia o la gracia, pensó Nahum, este es su color. Bruria irá a ducharse, a desprenderse del sudor y de las lágrimas, y a dormir. A Yonich lo llevarán a enterrar, o como les gusta decir, a que descanse en paz. Si hubiese algo de descanso también para alguien como yo. Si hubiese descanso para Itche, que ahora está mortalmente cansado. Debería haber descanso para todos. Al menos un poco. Ya no se puede aguantar más. Hay que guardar silencio.

De repente, las voces de los chacales surgieron desde todas partes. Llegaron desde el territorio enemigo, penetraron en los escarpados barrancos y se extendieron por las llanuras de la tierra sitiada. Los focos del enemigo iban y venían, sin dirección precisa, arbitrariamente. Tan pronto daba la luz en la carretera junto al *jeep* muerto y a los dos soldados perdidos, como se detenía y volvía sobre sus pasos para rebuscar entre las zarzas y los arbustos. Entonces un pequeño depredador nocturno fue atrapado por el haz de luz. El haz se congeló sobre él y el animal se erizó, completamente aturdido. Su pelo sarnoso tembló con un miedo mortal. Un instante después saltó y desapareció en la oscuridad.

Pero enseguida la oscuridad traicionó a los que se refugiaban en ella. Se fue desvaneciendo por las cimas de las montañas del este, las tierras del enemigo.



# Fuego extraño

La noche desplegó sus alas sobre los habitantes de la tierra. La naturaleza hilaba y respiraba a cada vuelta de rueca. La creación tenía oídos, pero en ella el sentido del oído y lo que se oye eran una misma cosa y no dos. Los animales del bosque se movían y buscaban presas y alimento, y los animales de la casa se quedaban junto a sus pesebres. El hombre volvía de su faena. Pero en cuanto dejaba su labor, el amor y el pecado cavaban su fosa. Dios juró crear un mundo y llenar el mundo. Y un cuerpo se acercó a otro cuerpo...

Berdichevsky, *Oculto en el trueno*

## 1

Al principio, los dos ancianos caminaron sin intercambiar ni una palabra.

Al salir de la cálida y luminosa sala, se ayudaron uno a otro a ponerse los abrigos. Yosef Yarden persistía en su silencio, mientras que el profesor Kleinberger soltó una larga serie de toses que terminaron con un estornudo. Las palabras del orador les habían causado un gran desasosiego: todo aquello no llevaba a ninguna parte. De aquel discurso no se desprendía nada, nada práctico.

Un ambiente de cansancio y abatimiento reinaba en las espaciadas asambleas del modesto partido de centro al que ambos pertenecían desde hacía décadas. Nada productivo saldría de aquellas asambleas. Los actos descontrolados estaban arrastrando a todo el país a un festín de opulenta arrogancia. La voz de la razón, la voz de la moderación, la voz del sentido común no se oía ni podía oírse en medio de todo aquel jolgorio. ¿Qué podían

hacer varias decenas de personas cultas, entradas en años, partidarias de una política moderada y sobria, que ya habían visto las consecuencias del éxtasis político en todas sus versiones? Varias decenas de intelectuales no podían contener la embriaguez de las masas ni de sus exaltados y frívolos dirigentes, que con gritos de júbilo conducían a todos hacia el abismo.

Después de dar treinta pasos, donde se junta el callejón con una de las elegantes y tranquilas calles del barrio de Rehavia, Yosef Yarden se detuvo sin dar explicación alguna, por lo que el profesor Kleinberger también tuvo que pararse. Yosef Yarden rebuscó y, tras muchos esfuerzos, encontró un cigarro. El profesor Kleinberger se apresuró a dar fuego a su amigo. Y aún no habían intercambiado ni una sola palabra. Con delicados dedos protegieron del viento la pequeña llama. Los vientos otoñales en Jerusalén soplan con violencia, casi con ferocidad. Yosef Yarden se lo agradeció moviendo la cabeza y dio una calada. Pero apenas habían avanzado tres pasos cuando el cigarro, que no estaba bien encendido, se apagó. Lo arrojó a la acera con rabia y lo aplastó con el tacón del zapato. Luego se arrepintió, recogió el cigarro apagado y espachurrado y lo tiró a un cubo de basura que la alcaldía de Jerusalén había colocado en un poste de hierro de la estación de autobuses.

—Corrupción —dijo.

—Venga ya, por favor —respondió el profesor Kleinberger—, esa es una definición simplista y casi vulgar de la situación, que siempre es compleja por definición.

—Corrupción y también arrogancia —insistió Yosef Yarden.

—Querido Yosef, nadie sabe mejor que tú que en cierto modo cualquier definición simplista es una rendición.

—Estoy harto —dijo Yosef Yarden, colocándose la bufanda bajo el cuello del abrigo debido a las gélidas punzadas del viento—, estoy harto. De ahora en adelante voy a llamar a las cosas por su nombre. A la enfermedad, enfermedad, y a la corrupción, corrupción.

El profesor Kleinberger se pasó la lengua por los labios, que tenía cortados, como todos los inviernos, y entornó los ojos como las rendijas de un tanque.

—Yosef, la corrupción es un fenómeno complejo —afirmó—. Si no hay corrupción, no tiene ningún sentido la palabra pureza. También en eso hay

algo cíclico, un círculo infinito, y es algo que comprendieron bien nuestros rabinos al hablar de los bajos instintos, y también, salvando las distancias, los padres de la Iglesia cristiana: aparentemente la corrupción y la pureza son completamente opuestas, pero en realidad una arrastra a la otra, y una posibilita y nutre a la otra, y eso es lo que nosotros debemos esperar y creer ahora, en esta época de decadencia.

Un viento frío, arrogante, punzante, soplaba por las afueras de Rehavia. Las farolas daban una amarillenta luz intermitente. Algunas habían sido destrozadas por grupos de vándalos y se balanceaban ciegas y oscuras encima de sus postes. Aves nocturnas habían elegido anidar en esas farolas hechas añicos.

Los fundadores de Rehavia plantaron muchos árboles, jardines y bulevares, porque anhelaban levantar entre las candentes rocas de Jerusalén un barrio agradable y lleno de sombra donde sonara el piano durante todo el día y el violín o el violonchelo al caer la noche. El barrio entero estaba completamente sumergido en una espesura de árboles. Durante el día las pequeñas casas permanecían como adormiladas en el fondo de un lago de sombra. Pero por las noches anidaban en la espesura criaturas oscuras que plegaban las alas en la oscuridad y lanzaban gritos desesperados. No se las podía alcanzar como a las farolas, porque las piedras erraban el blanco y se perdían en la penumbra, y las copas de los árboles susurraban con velada sorna.

Tampoco esos opuestos son sencillos, sino complejos. De hecho, uno arrastra al otro y el uno no existe sin el otro, etcétera, etcétera. El profesor Elhanan Kleinberger es un egiptólogo soltero de modesta reputación, sobre todo en el país europeo del que escapó con lo puesto hace unos treinta años. Su vida y sus puntos de vista están claramente marcados por el estoicismo. Yosef Yarden, experto en descifrar manuscritos hebreos antiguos, es un viudo que está a punto de casar a su primogénito, Yair, con una joven llamada Dina Danenberg, la hija de una vieja amiga. En cuanto a las aves nocturnas, estas anidan en el centro de la ciudad, pero los primeros rayos de luz vuelven a ahuyentarlas cada mañana hacia sus escondrijos en las rocas y

en los bosques.

Los dos ancianos prosiguieron su paseo sin saber qué más añadir a las duras palabras que se habían oído y dicho antes. Pasaron por delante de la oficina del primer ministro, en la esquina de Ibn Gabirol con Keren Kayemet, pasaron por delante del Instituto Hebreo y se detuvieron en la esquina de la calle Ussishkin. Ese cruce está abierto hacia el oeste y expuesto a las frías ráfagas de viento que soplan desde los campos rocosos. Yosef Yarden sacó allí otro cigarro, y el profesor Kleinberger volvió a darle fuego y a proteger la llama con las dos manos como un marinero: en esa ocasión no se apagaría.

—Bueno, entonces el mes que viene todos bailaremos en la boda —dijo el profesor en tono divertido.

—Ahora voy a ver a Lily Danenberg. Tenemos que preparar la lista de invitados —dijo Yosef Yarden—, una lista reducida. Su madre, que en paz descansa, siempre quiso que nuestros hijos tuviesen una boda modesta, sin pompa ni boato, y así será. Únicamente una modesta ceremonia familiar. Tú, por supuesto, pues claro, tú eres como de la familia. Qué pregunta.

El profesor Kleinberger se quitó las gafas, les echó el aliento, las limpió con un pañuelo y lentamente volvió a colocárselas.

—Sí, por supuesto. Pero Danenberg no accederá. Es mejor que no te hagas ilusiones. Sin duda ella querrá que la boda de su hija sea una total manifestación de poder, y toda Jerusalén estará invitada a postrarse y a mostrar su admiración. Tú, por supuesto, cederás y te rendirás a sus deseos.

—No tan rápido —respondió Yosef Yarden—, no es tan fácil que alguien me imponga su voluntad. Y menos en un caso como este, en el que estamos hablando del deseo de mi difunta esposa. La señora Danenberg es una persona sensible, y seguro que ningún asunto humano y afectivo le resulta ajeno.

Cuando Yosef Yarden dijo que no sería fácil que alguien le impusiese su voluntad, empezó a apretar sin darse cuenta el cigarro que tenía entre los dedos. El cigarro se torció, se aplastó y se estrujó, pero no se apagó.

—Te equivocas, amigo mío —sentenció el profesor Kleinberger—. Danenberg no renunciará a un gran espectáculo. Seguro que es una mujer

sensible, tal y como tú has expresado maravillosamente, pero también es una mujer dura. No son dos cosas contradictorias. Y tú deberías prepararte para una discusión durísima. Para una discusión vulgar.

Un conocido común, o puede que un desconocido cuya silueta les recordó a un conocido común, pasó por la esquina de la calle. Ambos se llevaron la mano al sombrero, y el desconocido hizo lo propio, pero continuó sin detenerse, caminando con furia, contra el viento, con el cuello inclinado hacia delante. Y desapareció en la oscuridad. Luego pasó un gamberro en una motocicleta atronando toda Rehavia.

—Qué escándalo —dijo Yosef Yarden enfurecido—, ese maldito gánster le ha quitado el silenciador a la moto para perturbar el descanso de decenas de miles de ciudadanos. ¿Y por qué? Únicamente porque no está seguro de existir, de ser real, y esa gamberrada le hace sentirse importante: todos le oyen. Los profesores. El presidente y el primer ministro. Los artistas. Las chicas. Hay que detener esta locura antes de que sea demasiado tarde. Y hay que hacerlo por la fuerza.

El profesor Kleinberger no se apresuró a responder. Reflexionó sobre esas palabras y las sopesó durante un buen rato en silencio.

—Primero, ya es demasiado tarde —afirmó finalmente.

—No acepto que hables con esa resignación. ¿Y segundo?

—Segundo. Sí. También hay segundo, y perdóname por ser tan franco: segundo, exageras. Como siempre.

—No exagero —dijo Yosef Yarden, atenazado por el odio contenido—, no exagero. Simplemente llamo a las cosas por su nombre. Eso es todo. Yo tengo los cigarros y tú las cerillas, así estamos atados el uno al otro. Fuego, por favor. Sí. Gracias. Siempre hay que llamar a las cosas por su nombre.

—Por favor, queridísimo Yosef, por favor —el profesor Kleinberger se sirvió de una forzada paciencia pedagógica—, alguien como tú sabe perfectamente que por lo general todo tiene más de un nombre. Ahora será mejor que nos despedamos, tú debes ir a ver a tu consuegra, no vayas a llegar tarde y a recibir una reprimenda. Es una mujer sensible, eso es indudable, pero también es una mujer dura. Llámame mañana al atardecer. Podríamos

terminar la partida de ajedrez que dejamos a medias. Adiós. Llévate mis cigarros. Sí. Te los regalo. No hay de qué.

Cuando los dos ancianos comenzaron a caminar en direcciones distintas, se oyó un griterío de jóvenes que llegaba desde el valle de la Cruz. Seguro que los chicos del movimiento juvenil se habían reunido allí para jugar a sus juegos nocturnos. Los viejos olivos son buenos escondites. Sonidos y olores suben desde el valle y penetran en el elegante barrio. De los olivos sale una corriente invisible que fluye hacia los árboles ornamentales plantados para embellecer Rehavia. Las aves nocturnas son las responsables de esa corriente. Es como si el peso de la responsabilidad las impregnase de una extrema seriedad, y reservasen sus gritos para un momento de peligro o para el momento de la verdad. Por el contrario, los olivos están condenados a crecer en perpetuo silencio.

## 2

La casa de la señora Lily Danenberg está en una de las tranquilas callejuelas ubicadas entre el barrio de Rehavia y su hermano pequeño, y más alto que él, el barrio de Kiryat Shmuel. El gamberro que atronó a toda la ciudad con su motocicleta no perturbó el descanso de la señora Danenberg, porque ella no tenía descanso. Ella daba vueltas por la casa, ordenaba, cambiaba las cosas de sitio y volvía a ponerlo todo como estaba antes. Era como si realmente tuviese intención de quedarse en casa a esperar tranquilamente a su invitado. Yosef tenía previsto llegar a las nueve y media para organizar con ella la lista de invitados a la boda. Todo este asunto no corre ninguna prisa: la visita, la boda, ni tampoco la lista de invitados. Por cierto, él llegará a las nueve y media en punto, se puede asegurar que no se retrasará ni un solo segundo, pero la puerta estará cerrada y la casa, desierta y a oscuras. La vida está llena de sorpresas. Puedo imaginar la cara que pondrá, de sorpresa, de agravio, casi de conmoción. Puedo adivinar lo que escribirá en la nota que sin duda dejará en mi puerta. Hay personas, y entre ellas está Yosef, que cuando se ven

sorprendidas, agraviadas y casi conmocionadas, también se vuelven casi adorables. Es una especie de alquimia del alma. Es un hombre honesto, y siempre espera lo bueno y le teme a lo malo.

Todos esos pensamientos se produjeron en alemán. Lily Danenberg, con el rostro frío y tranquilo, encendió la luz de la lámpara de lectura. Se sentó en un sillón y se limó las uñas. Dos minutos antes de las nueve sus uñas estaban perfectas. Puso la radio sin tener que levantarse. Ya había terminado la lectura diaria de versículos de la Biblia y aún no había empezado el boletín informativo. Una melodía sensiblera y conocida hasta el hastío se repitió cuatro o cinco veces sin variación alguna. Lily movió la aguja por el dial, pasó volando por las voces guturales de Oriente Próximo, pasó sin detenerse por Atenas y llegó a la emisora de Viena justo cuando estaban dando el sumario de las noticias de la tarde en alemán. Después empezó a sonar la *Heroica* de Beethoven. Apagó la radio y se fue a la cocina a prepararse un café.

Qué me importa a mí si se siente herido o sorprendido. Qué me importa a mí lo que les pase a ese hombre y a su hijo. La lengua hebrea aún no ha evolucionado lo suficiente como para poder expresar determinados sentimientos. Si le dijese eso a Yosef o a su querido Kleinberger, se me echarían encima y comenzaría una gran discusión sobre las excelencias de la lengua hebrea, y habría también desagradables digresiones de todo tipo. Lo cierto es que la palabra «digresión» ni siquiera existe en hebreo. Tengo que tomarme el café sin un solo grano de azúcar. Amargo, claro que está amargo, pero despierta. ¿Se me permite tomar una galleta? No, no se me permite comer galletas, y no hay excepciones que valgan. Ya son las nueve y cuarto. Me voy antes de que él llegue. El gas. La luz. Las llaves. Me voy.

Lily Danenberg es una divorciada de cuarenta y seis años. Podría fácilmente aparentar siete u ocho años menos, pero eso va en contra de sus principios morales y, por tanto, no oculta su verdadera edad. Su cuerpo es esbelto, su cabello es rubio natural y, aunque no lo tiene brillante, se mantiene denso y fuerte. Su nariz es recta y firme. En sus labios hay una constante y atractiva inquietud, y sus ojos son de un azul intenso. Un único y discreto anillo parece

acentuar las líneas de soledad y reflexión de sus largos dedos.

Dina no regresará de Tel Aviv antes de las doce. Le he dejado un poco de café para mañana en el termo. En el frigorífico hay hortalizas, y pan tierno en la cesta. Si la niña decide darse un baño a las doce de la noche, aún habrá agua muy caliente. Por tanto, todo está en orden. Y, si todo está en orden, ¿por qué no estoy tranquila, como si algo se hubiese quedado encendido o abierto? Pero no hay nada encendido ni nada abierto, y ya me he alejado dos calles hacia el oeste, para que ese tal Yosef Yarden no pueda encontrarse conmigo por casualidad de camino hacia mi casa y estropearlo todo. Casi todos los jóvenes levantinos son guapos a primera vista. Pero solo unos pocos resisten un segundo vistazo. Un gran espíritu se debate siempre en tormentos, y así deforma el cuerpo desde dentro y corroe el semblante igual que un aguacero se come la piedra caliza. Por eso, las personas que tienen grandeza de espíritu llevan algo escrito en la cara, a veces con letras que parecen cicatrices, y normalmente su cuerpo es una ruina andante. Por el contrario, los guapos levantinos no conocen el sabor del sufrimiento y por eso su rostro es simétrico y su cuerpo fuerte y perfecto. Como elegantes maniqués en escaparates de tiendas de moda masculina. Las nueve y veintidós. Un ave nocturna ha dicho una frase compleja, disonante. Ese pájaro se llama *eule* en alemán, y en hebreo creo que *yanshuf*, búho, pero qué más da. Dentro de siete minutos exactamente, Yosef llamará al timbre de mi casa. Su puntualidad está fuera de toda duda. Justo al mismo tiempo yo estaré llamando al timbre de la suya, en la calle Alfasi. Calla, *eule*, ya he oído muchas veces todos esos argumentos. Y Yair me abrirá la puerta.

Quien procede de una familia deshecha va deshaciendo a su paso familias estructuradas. No existen las casualidades, aunque tampoco hay forma de establecer una norma. Yosef Yarden es viudo. Lily Danenberg es una divorciada cuyo exmarido falleció de una depresión o de una enfermedad hepática menos de tres meses después del divorcio. Hasta el doctor



Kleinberger, egiptólogo y estoico, un personaje secundario, es un solterón. Huelga decir que es un hombre solitario y sin hijos. Quedan Yair Yarden y Dina Danenberg. Dina se ha ido a Tel Aviv a comunicar a sus tías la feliz noticia, y también a hacer algunas compras y algunas gestiones, y no regresará hasta medianoche. En cuanto a Yair, él está con su hermano Uri, estudiante de secundaria, en el agradable salón de la casa de los Yarden en la calle Alfasi. Ha decidido dedicar la tarde a luchar con todo el trabajo de la universidad que tiene acumulado: tres ejercicios, una tediosa exposición de un tema, una montaña entera de referencias bibliográficas. La carrera de Economía Política le parece importante y muy útil, pero agotadora. Si hubiese podido elegir libremente, tal vez habría elegido especializarse en estudios del Lejano Oriente, China, Japón, el misterioso Tíbet, o tal vez América Latina: Río. Los incas. O el África negra. ¿Pero qué puede hacer un joven con esas carreras? ¿Construirse un iglú y casarse con una *geisha*? La pena es que la economía política está repleta de funciones y cálculos. Las palabras y las cifras, todo se desintegra ante los ojos. Dina está en Tel Aviv. Cuando regrese, tal vez se haya calmado y olvidado la riña sin sentido que tuvimos ayer. Todo lo que le dije a la cara. Por otra parte, fue ella quien empezó. Mi padre está en casa de mi suegra y no volverá antes de las once. Si hubiese alguna posibilidad, alguna forma de convencer a Uri de que deje de estar ahí sentado hurgándose la nariz. Es asqueroso. A las nueve y cuarto emiten en la radio un programa de intriga en directo llamado *En busca del tesoro*. Es la solución para una tarde tan desesperante como esta. Escucharemos el programa, después terminaremos el tercer ejercicio y se acabó.

Los hermanos encendieron la radio.

Las aventuras de las aves nocturnas no se prolongan hasta las nueve y cuarto. Antes de que desaparezcan las luces del ocaso, los búhos y el resto de los pájaros de la oscuridad empiezan a moverse desde los suburbios hacia el centro de la ciudad. Sus ojos vítreos, muertos, miran fijamente a los pájaros de la luz, que con tranquilos trinos celebran los últimos destellos del día. A las aves nocturnas eso les suena como un delirio total, como una fiesta de idiotas. En el extremo del barrio de Rehavia, donde las últimas casas tocan

las rocas de la ladera occidental, las aves que suben se encuentran con las aves que bajan. Con una luz que no es diurna ni nocturna, los dos bandos se cruzan al pasar en direcciones contrarias. Todas están nerviosas a causa de la extraña luz. Los días en Jerusalén no se alargan por nada del mundo, y la luz crepuscular también se debilita y se extingue rápidamente. Llega la oscuridad. El sol ha huido y hasta las fuerzas de retaguardia están ya en lontananza.

A las nueve y media tenía previsto Lily llamar al timbre de la casa de los Yarden. Pero en la esquina de la calle Radak vio un gato encima de una tapia de piedra, estaba moviendo el rabo y maullando febrilmente. A Lily no le pareció mal perder unos minutos observando al gato en celo. Y, entre tanto, los hermanos oyeron el comienzo del programa del tesoro. La primera pista la dio un divertido locutor que ofreció a los oyentes un hilo del que tirar en forma de poema de Bialik:

*Ni de día ni de noche,  
con sigilo saldré a pasear;  
ni en la montaña ni en el valle,  
allí hay una vieja acacia...*

Y Yair y Uri ya estaban ardiendo de pasión detectivesca: la vieja acacia es el punto de partida. Ni en la montaña ni en el valle, aquí el asunto comienza a complicarse un poco. Yair tuvo enseguida una gran idea: si encontramos el resto del poema en el gran volumen de la poesía de Bialik, sabremos por dónde seguir. Salió volando hacia la estantería, buscó, se equivocó, al final encontró el volumen y, en menos de tres minutos, también encontró el poema. Pero los siguientes versos no resolvieron el misterio, sino que estimularon aún más su pasión por la caza:

*Y la acacia resuelve enigmas  
y predice el futuro...*

Pero bueno, si la propia acacia es el enigma, ¿cómo va a resolver enigmas y encima a predecir el futuro? Sigamos. El siguiente verso no es relevante. Nada en el poema es relevante. Ni siquiera Bialik. Hay que buscar en otra dirección. Pensemos un poco. Ya está: la palabra hebrea *shitá* no es solamente el nombre de un árbol. También significa «método». *Shitá* es un sistema. Todas estas pesquisas no avergonzarían ni al payaso de Kleinberger. Así pues, sigamos pensando. Calla, Uri, no me molestes ahora. Así pues, querido Watson, dime qué es lo que entiendes de las primeras palabras, es decir, «ni de día ni de noche». ¿No entiendes nada? Claro que no entiendes nada. Piensa un poco. Por cierto, yo tampoco entiendo nada aún. Pero dame un minuto más y verás.

Sonó el timbre.

Una visita inesperada estaba en la entrada. Tenía el rostro serio y las comisuras de los labios temblorosas. Era una mujer peculiar y guapa.

Un gato callejero es una criatura voluble capaz de renunciar a todo por una caricia. Ni siquiera en época de celo renunciaría a una caricia. Cuando Lily le tocó, empezó a temblar. Le acarició el lomo con la mano izquierda, con fuerza, y le pasó los dedos de la mano derecha por el cuello, con delicadeza. La mezcla de delicadeza y fuerza colmaron al animal de gozo. El gato se dio la vuelta, entregó su vientre a los bondadosos dedos y empezó a ronronear de placer. Lily le hacía cosquillas al tiempo que le hablaba.

—Te gusta. Reconoce que te gusta —dijo en alemán.

El gato entornó los ojos hasta que solo quedaron dos ranuras estrechas, y siguió ronroneando.

—Tranquilo —dijo—, no tienes que hacer nada. Solo disfrutar.

Tenía el pelo suave y caliente. Ligeras y fugaces vibraciones lo recorrían. Lily frotó su anillo junto a la oreja del gato.

—Y además, también eres idiota.

De pronto, el gato se estremeció y se revolvió intranquilo. Tal vez adivinó o presintió lo que iba a ocurrir. Una ranura amarilla se abrió en su cara, un parpadeo, un chispazo. Entonces Lily alzó el puño, trazó un amplio arco en el aire y golpeó salvajemente el vientre del gato. El animal salió disparado en la

oscuridad, se estrelló contra el tronco de un pino y clavó en él las uñas. Desde lo alto le lanzó un bufido semejante al silbido de una serpiente. Tenía todo el pelo erizado. Lily dio media vuelta y se dirigió a casa de los Yarden.

—Buenas tardes, Yair. No estás ocupado, ¿verdad? Estás solo, ¿verdad?

—Uri está aquí y estábamos... Además, en estos momentos mi padre va de camino hacia tu casa.

—Uri está aquí. Me había olvidado completamente de Uri. Buenas tardes, Uri. Cuánto has crecido. Seguro que todas las chicas te persiguen como locas. No, no tenéis por qué invitarme a pasar. Solo he venido a aclarar una cosa contigo, Yair, no pretendía molestar, de ninguna manera.

—Pero, seño... pero, Lily, qué cosas tienes, tú nunca molestas. Pasa. Estaba convencido de que ahora estarías tomando un café con mi padre en vuestra casa y resulta...

—Y resulta que tu padre se encuentra una puerta cerrada y las ventanas a oscuras, y no comprende qué me ha podido pasar, y está decepcionado y preocupado, lo que le hace parecer casi encantador. Lástima no estar allí, oculta entre los árboles del jardín, para deleitarme con esa expresión en su rostro. No importa. También te explicaré eso. Yair, salgamos a dar un pequeño paseo, hay algo que debo aclarar contigo. Sí. Precisamente esta tarde. Paciencia.

—¿Qué...? ¿Ha ocurrido algo? ¿Dina no ha ido a Tel Aviv? ¿O...?

—Ha ido como una buena chica y regresará como una buena chica. Pero eso será más tarde. Vamos, Yair. No cojas el abrigo. No hace frío en la calle. Se está muy bien. Uri, tendrás que disculparnos. ¡Qué alto estás ya! Adiós.

—No te asustes. No ha ocurrido nada grave —continuó diciéndole a Yair, en el patio, junto a un pimentero.

Pero Yair ya estaba convencido de su error: tendría que haber cogido el abrigo a pesar de lo que le había dicho Lily. La tarde estaba fría. Y luego haría más frío aún. Estaba a tiempo de disculparse y de volver a por el abrigo. Además, Lily sí llevaba abrigo, uno de última moda y algo atrevido. Pero volver a casa a coger la chaqueta le pareció un acto vergonzoso e incluso cobarde.

—Sí, realmente hace una tarde agradable —dijo.

Y, como ella no respondió enseguida, Yair Yarden tuvo tiempo de preguntarse si había acacias en Jerusalén y, en tal caso, dónde, y si no había, es que tal vez la palabra *shitá* aludía al verbo *leshatot*, que significa «burlarse». Quién sabe, a lo mejor el tesoro se encontraba en uno de los barrancos que delimitan el barrio por el oeste y por el sur. Lástima no haber oído el final del programa. Ahora ya no podría saberlo.

#### 4

Tras la sorpresa, el estupor y unos momentos de reflexión que no llevaron a ninguna conclusión definitiva, Yosef Yarden decidió ir a ver al profesor Kleinberger. Y si Elhanan estaba en su casa, pasaría, se disculparía por presentarse tan tarde sin avisar y le contaría a su amigo el extraño incidente. ¿Quién lo hubiera imaginado? Y ¿cómo me habría mirado ella si me hubiese retrasado un poco? Y ahí estoy yo plantado, esperando, y ya son las diez, y las diez y dos minutos y medio. Si le hubiese ocurrido algo, habría telefoneado. Esto es incomprensible e inexplicable.

—Pero te has ahorrado una discusión vulgar y puede que hasta dolorosa —sonrió Elhanan Kleinberger—. Ella no habría cedido en el asunto de la lista de invitados. Envió invitaciones a toda la ciudad. A toda la universidad. Al presidente de la nación y al alcalde. Y de hecho, Yosef, ¿por qué crees que ella debe anteponer tus deseos a los suyos? ¿Por qué no puede invitar al papa si quiere a la boda de su única hija? ¿Qué pasa, Yosef?

Yarden empezó a explicar con paciencia: los tiempos no son fáciles. En general, quiero decir. Y nosotros no llevamos ni un día ni dos predicando de palabra y por escrito la necesidad de «conducirse modestamente». Además, la madre de Yair quería una boda íntima en el círculo familiar, y eso es imperativo, como las últimas voluntades, al menos desde el punto de vista ético. Y también... los medios. Quiero decir, quién se va a endeudar para sufragar una boda espléndida y pomposa.

El profesor Kleinberger parecía haber perdido el hilo. Sirvió café y ofreció

azúcar y leche. Y en ese punto le pareció acertado añadir algo sobre la convergencia de los extremos opuestos. Enseguida la conversación fue derivando hacia otros temas. Hablaron de egiptología, hablaron de literatura hebrea, hicieron una crítica tan amarga como el ajeno al Ayuntamiento de Jerusalén. Elhanan Kleinberger puso todo su empeño en relacionar la egiptología, que era su terreno profesional, con la literatura hebrea, que, según sus propias palabras, era su amada y él, su amante apasionado. Normalmente, en las discusiones, Yosef Yarden solía anteponer las opiniones de su amigo a las suyas, aunque casi siempre acostumbraba a rechazar la forma que Elhanan Kleinberger tenía de expresarlas. Por tanto, quien decía la última palabra era Yosef Yarden y no su viejo amigo.

De no ser por el frío, los amigos habrían salido a la terraza a observar las colinas bajo la luz de las estrellas, como suelen hacer en verano. El valle de la Cruz se ve enfrente. Allí crecen viejos olivos con una amarga tranquilidad.

Con un apetito voraz, casi violento, los olivos envían sus pelos radiculares hacia la oscuridad de la tierra. Allí las raíces perforan el subsuelo de piedra, resquebrajan o esquivan las rocas invisibles y absorben la humedad y la oscuridad. Como uñas clavadas. Pero arriba, las copas de tono verdoso y plateado son acariciadas por el viento: para ellas son el descanso y la gloria.

Tampoco hay forma de matar a un olivo. De los olivos quemados vuelven a brotar ramas fuertes. Un crecimiento vulgar, desvergonzado, diría Elhanan Kleinberger. Los olivos alcanzados por un rayo vuelven a retoñar con el tiempo. En los montes de Jerusalén, en las colinas cercanas a la llanura costera y en los patios ocultos de los monasterios rodeados por muros de piedra, los olivos llevan generaciones y generaciones ensanchando sus nudosos troncos y entrelazando sus gruesas ramas casi con lascivia. Tienen una gran fuerza vital, como las aves de rapiña.

Al norte de Rehavia se extiende Nahlaot, lo forman una serie de barrios pobres con calles entrañables. En una de esas callejuelas tortuosas hay un viejo olivo. Hace ciento siete años pusieron allí un portón de hierro con el dintel casi pegado al olivo. Con los años, el árbol se apoyó en el hierro y el hierro penetró en el tronco como una brocheta.

Con benevolencia, el olivo empezó a abrazar al intruso. Con los años

también se fue cerrando a su alrededor y apretándolo. El hierro se fue torciendo por el abrazo del tronco. El árbol cicatrizó. Y no perdió ni un ápice del noble verdor de su copa.

## 5

Yair Yarden es un chico joven y guapo. No es muy alto, pero tiene los hombros fuertes, la cintura flexible y las espaldas fornidas. Su barbilla es ancha y firme, con un profundo hoyuelo. Las chicas suspiran en secreto por tocar con las yemas de los dedos el hoyuelo de su barbilla, y algunas hasta se ponen rojas o pálidas cuando sienten ese deseo. Dicen: «Anda que no se lo tiene creído. No es más que un bobo».

Tiene los brazos fuertes y cubiertos de vello negro. No se puede decir que Yair Yarden sea torpe, pero en sus andares se aprecia cierta pesadez, cierta rigidez y lentitud. Lily Danenberg llamaría a eso «masividad», y entonces volvería a aludir a la debilidad de la lengua hebrea, que no tiene variedad de *nuances*. Lo cierto es que Elhanan Kleinberger podría rechazar esas mordaces insinuaciones y sugerir en un abrir y cerrar de ojos un adjetivo apropiado en hebreo, o incluso dos, y al mismo tiempo proponer también un sustantivo en hebreo que se ajuste a la palabra *nuance*.

Es posible que, en unos cuantos años, esa atractiva masividad de Yair Yarden se convierta en un embarrigamiento pequeñoburgués como el que se aprecia en su padre. Un ojo perspicaz puede descubrir los primeros indicios. Pero por el momento, Lily no quiere destapar la verdad, por el momento Yair Yarden es un chico guapo y conmovedor. El bigote le da un cierto empaque. Amarillo, espeso, con algunas briznas de tabaco. Yair estudia Economía y también Dirección de Empresas en la universidad, y tiene todo el futuro por delante. Las locuras románticas, los kibutz y la vida de frontera no le atraen. Sus ideas políticas son moderadas, tal y como aprendió de su padre. Aunque Yosef Yarden ve en la situación política un páramo de corrupción y de arrogancia, mientras que Yair ve ante él una vasta pradera, un amplio horizonte.

—Por favor, ¿me ofrecerías un cigarro? —dijo Lily.

—Claro. Lily, ¿quieres un cigarro?

—Sí. Gracias. Como he salido tan deprisa, me los he dejado en casa.

—Lily, ¿quieres fuego?

—Gracias. Dina Yarden, es un nombre casi tan musical como Dina Danenberg. Tal vez algo más sencillo. Cuando tengáis un hijo, podríais llamarle Dan. Como una exótica canción de cencerros y camellos: Dan Yarden. ¿Cuánto tiempo me daréis?, ¿qué tregua me daréis antes de convertirme en abuela? ¿Un año? ¿Algo menos? No tienes que responder. Es una pregunta retórica. ¿Y en hebreo?, Yair, ¿cómo se dice «retórico» en hebreo?

—No lo sé —dijo Yair.

—No te lo he preguntado. Lo he preguntado de forma retórica.

Estaba tan incómodo que empezó a tirarse del lóbulo de la oreja: ¿Qué le pasa? ¿Qué quiere de mí? Le ocurre algo, y no me gusta nada. No es sincera. Es difícil saberlo.

—Ahora no se te ocurre nada que decir. No importa. Tus modales son perfectos y afortunadamente ahora no estás examinándote delante de un tribunal.

—Yo nunca te he considerado un tribunal, Lily. Al contrario. Es decir, yo...

—Eres un chico muy espontáneo. Y no me interesan las respuestas rápidas e ingeniosas, sino, cómo podría decírtelo, tu *esprit*. —Sonrió en la oscuridad.

Los pasos les llevaron hacia arriba. Llegaron al centro de Rehavia y giraron hacia el norte. Un transeúnte delgado y con gafas, sin duda un estudiante de ideas extremistas y con un amor no correspondido, se cruzó con ellos con un transistor en la mano. Yair se detuvo un instante, giró la cabeza, escuchó con atención e intentó captar aunque solo fuera un fragmento del fascinante programa que Lily le había hecho perderse. Ni en la montaña ni en el valle, allí hay una vieja acacia. Por su culpa había salido de casa sin ponerse el abrigo y ahora tenía frío. Y tampoco estaba a gusto. Y se había perdido lo mejor del programa. Había que ir al grano ya.

—Vale —dijo Yair—, está bien. Lily, ¿puedes decirme cuál es el problema?



—¿El problema? —se sorprendió—. No hay ningún problema. Tú y yo estamos dando un paseo en esta tarde tan agradable porque Dina está de viaje y tu padre no se encuentra en casa. Estamos charlando, intercambiando opiniones, conociéndonos. Hay tantas cosas de las que hablar, tantas cosas que no sé de ti, y puede que también haya algo que te interese saber respecto a mí.

—Antes has dicho —Yair se tocó el lóbulo de la oreja—, has dicho que tenías algo...

—Sí. Es algo formal y, en el fondo, sin ninguna importancia. Pero te pediría que lo solucionases lo antes posible. Digamos, mañana o pasado, como muy tarde a principios de la próxima semana.

Apagó el cigarro y no quiso aceptar otro.

Hace muchos años, un famoso arquitecto diseñó el proyecto de Rehavia. Quiso darle el aspecto de un tranquilo barrio ajardinado. Callejuelas estrechas y cubiertas de sombra como la calle Alharizi, un bulevar elegante llamado avenida Ben Maimon, plazas como Kikar Magnes, en la que resuena un susurro de pinos hasta en los abrasadores días de verano. Un enclave seguro, una especie de lugar de reposo para los refugiados que habían sufrido las penalidades del destino. A las calles les pusieron nombres de grandes personalidades judías de la Edad Media, para enriquecerlas con una dimensión temporal y con una atmósfera de sabiduría y erudición.

Pero con el paso de los años, la nueva Jerusalén se fue extendiendo y encerrando Rehavia en un anillo de edificaciones horrendas. Las callejuelas empezaron a saturarse de una sobrecarga de tráfico y, cuando se abrió la arteria occidental de comunicación y las colinas de Sheikh Bader y Nave Shaanan se convirtieron en el centro de la ciudad y del país, Rehavia dejó de ser un barrio ajardinado. Una urbanización delirante fue ocupando todas las zonas rocosas. Pequeñas villas fueron demolidas y, en su lugar, se construyeron bloques de viviendas. Las intenciones originarias fueron arrasadas por el avance imparable de la nueva actividad.

Las noches son las que devuelven al barrio de Rehavia algunos de sus sueños robados. Los árboles que han sobrevivido extraen de la noche una nueva dignidad y a veces actúan como si fuesen un bosque. Vecinos lentos,

cansados, salen de su casa a dar un paseo al atardecer. Del valle de la Cruz llega un aire distinto que trae un amargo olor a pino y aves nocturnas. Es como si los olivares subieran y se metieran por las callejuelas y por los patios de las casas. Al otro lado de las ventanas iluminadas se ven estanterías repletas de libros. Y hay mujeres tocando el piano, puede que con el corazón roto de nostalgia y añoranza.

—El hombre que está en la acera de enfrente, ese que golpea la acera con la punta de su bastón —dijo Lily—, es el profesor Shatzky. Se está haciendo viejo. Seguro que no sabías que el profesor Shatzky seguía vivo. Seguro que pensabas que era del siglo diecinueve. Y puede que tengas razón. Era un hombre virulento y elegante que creía en la piedad y que en sus escritos exigía sin piedad que todos se apiadasen de todos. Decía incluso que la víctima debía apiadarse de su verdugo. Ahora se ha quedado ciego.

—Nunca he oído hablar de él —dijo Yair—, no es exactamente de mi ámbito, como se suele decir.

—Y ahora, si me permites pedirte otro cigarro, pasaremos a hablar de tu ámbito, como se suele decir.

—Claro. Toma. Estoy impaciente: ¿qué es todo ese asunto formal del que has empezado a hablar y que has dejado a medias?

Lily entornó los ojos. Intentó concentrarse. Recordó los momentos de dolor que pasó antes de que ese torpe caballero naciese. Sintió náuseas y estuvo a punto de echarse atrás.

—Se trata de una revisión —dijo al cabo de un rato—. Quiero que pases una revisión médica lo antes posible, por supuesto antes de que anunciemos oficialmente la boda.

—No comprendo —dijo Yair, y su mano se detuvo a medio camino hacia el lóbulo de la oreja—, no comprendo. Estoy sano al cien por cien. ¿A qué viene eso de una revisión?

—Solo es una revisión rutinaria. La enfermedad de la que falleció tu madre es hereditaria. Y por cierto, si ella se hubiese hecho una revisión a tiempo, tal vez habría seguido unos años más con nosotros.

—Ya me hicieron pruebas hace dos años, al entrar en la universidad. Me dijeron que estoy sano como un toro. Yo apenas sé nada de mi madre. Era

muy pequeño.

—Yair, no vas a armar un escándalo por una pequeña revisión, ¿verdad? Buen chico. Es solo para quedarnos tranquilos, como se suele decir. Si supieses algo de alemán, al menos leer, te regalaría todos los libros de economía que me dejó Erich Danenberg. Seguro que tampoco te acuerdas de él. Hay que pasar página, como se suele decir. Y yo tendré que pensar en otro regalo para ti.

Yair guardó silencio.

Por la calle Ibn Ezra los abordó una mujer anciana, vestida casi de gala.

—Existe una relación íntima entre todas las cosas —dijo—. Dios se enfada y el hombre no lo entiende. Todos los actos tienen un motivo, los actos buenos y los actos malos. Los que caminan en la oscuridad verán una gran luz. No mañana, ayer. La garganta está caliente y el cuchillo está afilado. Todo tiene un motivo.

Yair se alejó de aquella loca y aceleró el paso. Lily se quedó atrás, sin decir nada, y poco después lo alcanzó. Una expresión venenosa, retorcida, se había extendido por su cara como una enfermedad. En Jerusalén solían llamar a la elegante anciana Un Motivo. Tenía una voz grave y acento alemán. Desde la distancia, la loca de Rehavia bendijo a los dos caminantes:

—La bendición del cielo desde arriba y la bendición de las aguas desde abajo, desde Düsseldorf hasta Jerusalén, todos los actos tienen un motivo, tanto si se construye como si se destruye. Paz y buena suerte, y también una total redención, a vosotros y a todos los perseguidos y atormentados. Paz, paz al cercano y al lejano.

—Paz —respondió Lily en voz baja. Hasta que llegaron al colegio Rothschild no se volvió a decir ni una palabra. Por un instante, Yair canturreó o tarareó para sus adentros: «Ni de día ni de noche...».

—Aunque te parezca que lo que digo es un capricho —dijo Lily—, no discutas conmigo por lo de la revisión. Tu madre murió únicamente por negligencia, tu padre se quedó solo de nuevo y tú te quedaste huérfano.

—Está bien, está bien —dijo Yair—, no lo repitas más. —Luego, con gran esfuerzo, fue comprendiendo algo de lo dicho anteriormente. Entonces se pasó la punta de la lengua por el bigote, atrapó una brizna de tabaco y dijo—:

¿De nuevo? ¿Has dicho que mi padre se quedó solo de nuevo?

La voz de Lily Danenberg sonó fría y didáctica, como una funcionaria tras las rejas de una ventanilla de información.

—Sí —respondió—. La segunda esposa de tu padre falleció de cáncer cuando tú tenías seis años. La primera esposa de tu padre no falleció de cáncer, sino que lo abandonó. Se divorció. Pronto tú mismo serás un hombre casado, y ha llegado el momento de que tu padre deje de ocultarte hechos fundamentales como si aún fueses un niño pequeño.

—No lo comprendo —dijo Yair ofendido—, no lo comprendo: ¿mi padre estuvo casado anteriormente?

Lo dijo en un volumen impropio para las horas que eran y para el lugar en el que se encontraban. Lily procuró que las cosas recuperasen el tono de voz adecuado.

—Tu padre estuvo casado durante cuatro meses —dijo— con la misma mujer que después se casó con Erich Danenberg.

—Eso —dijo Yair— es imposible.

Se detuvo. Sacó un cigarro y se lo puso entre los labios, pero olvidó encenderlo. Después, ignorando por un instante la presencia de su acompañante y sin acordarse de ofrecerle otro cigarro, se quedó mirando fijamente hacia la oscuridad, sumido en sus pensamientos.

—¿Y qué? —dijo finalmente—. ¿Qué tiene eso que ver con nosotros?

—Sé generoso —sonrió Lily— y ofréceme un cigarro. Me he dejado los míos en casa. Tienes razón. También a mí me cuesta imaginar que tal matrimonio fuese posible. Apenas puedo creer lo que te he contado. Pero debes saberlo, y debes aprender lo que haya que aprender de esta historia. Ahora, por favor, enciende los dos cigarros, el mío y el tuyo. O dame las cerillas y los enciendo yo. No te alteres. Pasó hace mucho tiempo. Y duró menos de cuatro absurdos meses. Fue un episodio. Ahora sigamos paseando un poco. Jerusalén está maravillosa a estas horas. Vamos.

Yair empezó a caminar con ella hacia el norte, perdido en sus pensamientos. Y ella sintió una creciente alegría desbocada. Un coche pitó y ella ni se movió. Una de las aves nocturnas le habló y ella no respondió. Vio sus zapatos y los de él sobre la acera. También le quitó el mechero de entre

los dedos distraídos y encendió los dos cigarros.

—Y nunca me han contado nada —dijo Yair.

—Bueno, ahora ya te lo han contado. Basta. Cálmate. No pienses cosas raras —dijo Lily con cariño, como mimándolo con esas palabras.

—Pero es... es extraño. Y, en cierto modo, desagradable.

Ella le tocó la nuca. Acarició las raíces de sus cabellos. Su mano estaba caliente y reconfortó al joven. Siguieron adelante, salieron de Rehavia y entraron por Nahlaot. Las calles serpenteantes fueron sustituidas por callejuelas angulosas. Y ante ellos estaba el olivo que abrazó y retorció el dintel de hierro.

## 6

Elhanan Kleinberger y Yosef Yarden estaban inmersos en su partida de ajedrez. Encima de la mesa había una lámpara con forma de antigua farola bávara que daba una luz tenue. Sobre las tapas de los libros centelleaban títulos dorados que devolvían una luz más tenue aún que la que recibían de la lámpara. Las estanterías de libros del profesor Kleinberger cubrían por completo todas las paredes de la habitación, desde el suelo hasta el techo. Había un estante especial dedicado a los álbumes de sellos del egiptólogo. Una estantería entera estaba reservada a la literatura hebrea, el amor secreto de Elhanan Kleinberger. Y, en los escasos espacios que quedaban entre los volúmenes, había miniaturas africanas, jarrones, estatuillas primitivas de carácter erótico. Pero esas estatuillas servían también de floreros, y dentro había flores de papel coloreadas que jamás se marchitaban.

—No, Yosef, eso no —dijo el profesor Kleinberger—, ahora la torre que te has comido te va a costar el caballo.

—Un momento, Elhanan, déjame pensar con tranquilidad, aún tengo cierta ventaja en esta partida.

—Una ventaja pasajera, amigo, una ventaja pasajera —respondió el profesor Kleinberger con júbilo—, pero piensa con tranquilidad. Piensa todo lo que quieras. Cuanto más pienses, mejor entenderás hasta qué punto tu

ventaja es temporal. Temporal y aparente —dijo, apoyándose cómodamente en el respaldo del sillón.

Yosef Yair pensó: Ahora tengo que concentrarme. Lo que me está diciendo sobre la debilidad de mi situación forma parte de una guerra de nervios. Tengo que concentrarme. El próximo movimiento decidirá el resultado final.

—El próximo movimiento sentenciará la partida —dijo el profesor Kleinberger—, así que, si quieres, podemos hacer ahora una pausa de diez minutos y tomarnos juntos un té.

—Es una propuesta maquiavélica, Elhanan, yo no dudo en llamar a las cosas por su nombre. Es una propuesta diabólica con la que solo pretendes distraerme y, de hecho, ya lo has conseguido. De todos modos, la respuesta es: no, gracias.

—Yosef, ¿acaso no hemos hablado ya de que todas las cosas tienen más de un nombre? Hablamos de eso hace dos o tres horas. Y resulta que ya lo has olvidado por completo. Es una lástima.

—Ya se me ha olvidado lo que iba a hacer. Me refiero a la torre. Has conseguido confundirme. Elhanan, por favor, déjame concentrarme. Vale: así. Sí. Yo estoy aquí y tú allí. ¿Qué dices ahora, querido profesor?

—Por el momento no voy a decir ni una palabra. Como mucho diré que dejemos un rato la partida y escuchemos las noticias. Pero después de las noticias te diré jaque, Yosef, y a continuación te diré jaque mate.

Cerca de la medianoche los dos hombres se despidieron. Yosef Yair asumió su derrota con dignidad y se consoló con una copa de coñac que le ofreció su anfitrión.

—El fin de semana nos reuniremos en mi casa —dijo—. Y en mi territorio serás derrotado. Te doy mi palabra.

—Y este —se rio el profesor Kleinberger—, este es el hombre que escribió el espléndido artículo «Contra una política de revanchismo» en la revista sociopolítica. Buenas noches, Yosef.

Fuera era de noche y hacía viento. Un búho impertinente obligó a Yosef Yarden a acelerar el paso. He olvidado llamar por teléfono para preguntarle qué ha pasado. Pero será mejor esperar hasta mañana: ella llamará y se

disculpará, pero yo no aceptaré sus disculpas. En cualquier caso, no de inmediato.

*Y la acacia resuelve enigmas / y predice el futuro. / A la acacia yo preguntaré: / ¿Con quién me casaré?*

La melodía machacona no consideraba las circunstancias y no dejaba en paz a Yair. Ya la había silbado, tarareado y canturreado, y la canción no se le iba de la cabeza. Lily interrogó a Yair sobre sus profesores, sobre sus estudios, sobre las jóvenes estudiantes, que estarían rabiosas pensando en su próxima boda.

Yair pensó: Basta. A casa. Lo que me ha contado no tiene por qué ser cierto. Y aunque lo fuese, qué más da. ¿Qué pretende? ¿Qué le ocurre? Hay que acabar con esto y volver a casa ahora mismo. Y además tengo frío.

—A lo mejor —dijo dubitativo— deberíamos pensar en volver a casa. Ya es tarde y el aire es húmedo. Y también frío. No me gustaría ser también el culpable de que cojas un resfriado.

La agarró por el brazo, por encima del codo, y empezó a tirar de ella con delicadeza hacia una esquina iluminada por una farola.

—Mi adorable niño —dijo—, ¿sabes cuánta paciencia necesitan un hombre y una mujer para que su matrimonio no acabe en tragedia al cabo de unos meses?

—Pero yo creo que... Podíamos hablar de eso de camino a casa. O en otra ocasión.

—Durante los primeros meses hay sexo y no se necesita nada más. Sexo por la mañana, al mediodía y por la noche, antes y después de comer, en vez de comer. Pero al cabo de unos meses, de pronto, empieza a haber muchísimo tiempo vacío, y el tiempo vacío hace pensar en un sinfín de cosas. Entonces empiezan a aparecer manías exasperantes, por ambas partes. Y ese es el momento en que se necesita sutileza.

—Todo irá bien. No te preocupes. Dina y yo...

—¿Pero quién está hablando ahora de Dina y de ti? Estoy hablando en general. Pero también puedo decirte algo sobre este caso en particular. Rodéame los hombros con el brazo. Tengo frío. Sí. No seas tímido. Sé un buen chico. Así. Te diré algo sobre Dina y también algo sobre ti.

—Pero si ya lo sé.

—No, hijo, no lo sabes todo. Creo que tienes que saber, por ejemplo, que a Dina le gusta tu aspecto externo, pero no te quiere. No piensa en ti. Aún es una niña. Y tú también. Creo que nunca has estado deprimido. No me contestes ahora. No, yo no he dicho que seas un chico bruto. Al contrario. Lo que quería decir es que eres fuerte. Eres sencillo y fuerte, como deben ser nuestros jóvenes. Dame la mano. Sí. No hagas tantas preguntas. Te he pedido la mano. Sí. Así. Ahora aprieta, por favor. Porque yo te lo pido. ¿No es razón suficiente? Aprieta. Así no. Con fuerza. Más fuerte. Más. No tengas miedo. No tengas miedo de mí. Así. Ahora sí. Eres muy fuerte. ¿Te has dado cuenta de que tus manos están frías y la mía está caliente? Enseguida entenderás por qué. Pero deja ya de rogarme y suplicarme que volvamos a casa, a casa, porque si no voy a empezar a pensar que me he equivocado al salir a pasear por la noche con un niño mimado que no quiere nada, solo irse a casa y dormir. Mira, niño: la luna está despuntando entre las nubes, ¿lo ves? Sí. Quédate un momento completamente callado. No digas nada. Shhh.

Débil y lejano se oye el llanto de los chacales. Las palabras se asustan. Algo que no son palabras intenta ahora mostrarse, pero no tiene modo de hacerlo. Un viento fuerte, punzante, procedente del páramo que limita con los suburbios de la ciudad, tortura las callejuelas adoquinadas. Las ventanas y contraventanas están cerradas. Las bocas de las alcantarillas, enrejadas. Por las bóvedas de piedra de Jerusalén revolotean gatos nocturnos. Una larga caravana de cubos de basura se congela al borde de las aceras. Lily Danenberg llama a las cosas que le había dicho a Yair «palabras didácticas». Intenta mantener el ritmo de los acontecimientos, para no perderlo todo. Pero la sangre le golpea las sienes y un escalofrío interior la obliga a seguir y seguir sin parar. Ahí, en Nahlaot, no hay ninguna acacia que resuelva enigmas. Salen de las callejuelas por el mercado Mahané Yehuda hacia la calle Yafo. Lily conduce al joven hacia un restaurante barato que atiende a



los taxistas por la noche.

Debajo de la bombilla revolotean las mariposas nocturnas para expresar su amor por la luz amarilla. La señora Danenberg pide café solo, sin azúcar y sin sacarina. Yair pide un bocadillo de queso. Tras dudarle un poco, pide también una copita de coñac. Ella posa la mano sobre la mano bronceada y ancha de Yair y cuenta sus dedos. Con cierto vértigo, él le responde con una sonrisa. Ella le coge la mano y acerca las yemas de los dedos a sus labios.

## 8

Y allí, en el restaurante de los taxistas del barrio de Mahané Yehuda, había un taxista gigantesco llamado Abbu. Se pasaba todo el día durmiendo. Cerca de la medianoche, como los osos, se despertaba y se convertía en el rey de la calle Yafo. Todos los taxistas estaban subordinados a él por voluntad propia, porque era un hombre fuerte y bueno, pero también un hombre duro. Estaba sentado en una de las mesas en compañía de tres o cuatro jóvenes de su cuadrilla, enseñándoles cómo había que persuadir a los dados para que cayesen correctamente y así ganar la partida de *backgammon*.

—Mirad, la reina de Saba y el rey Salomón —dijo Abbu a sus chicos cuando Yair y Lily entraron en el restaurante.

Yair no dijo nada y Lily sonrió.

—No pasa nada. Lo importante es la salud —añadió—. Señora, ¿cómo deja que el niño beba coñac?

Los jóvenes taxistas giraron la cabeza. También el dueño, un hombre tuberculoso y melancólico, se giró para observar la escena que estaba a punto de ocurrir.

—Y tú, niño, te juro que no te entiendo, ¿es que hoy es el día de las abuelas? ¿Qué?, ¿dando un capricho a tu abuelita? ¿Cómo vas por ahí de noche con un modelo tan antiguo?

Yair se levantó, tenía las orejas rojas, estaba dispuesto a luchar por su honor. Pero, con un gesto de la mano, ella le hizo volver.

—Hay modelos por los que una persona con buen gusto y experiencia

vendería su alma —dijo Lily con voz cálida y alegre—, y, además del alma, vendería también esos juguetes modernos de ahora, que están hechos de latón y cristal.

—Bravo —se rio Abbu—, entonces ¿por qué no viene aquí a que le ponga una buena mano en el volante, una mano con talento en los dedos y experiencia en las uñas?, ¿eh? ¿Por qué va por ahí con pipiolos como ese?

Yair saltó del asiento con el bigote erizado. Pero también en esa ocasión se le adelantó la voz de Lily e impidió que se enzarzasen en una pelea. Una nueva luz resplandecía en sus ojos.

—Pero Yair, ¿qué pasa contigo? Este señor no pretende ofenderme, sino complacerme. Él y yo pensamos exactamente lo mismo. Así que no te enfades, siéntate y aprende cómo hay que complacerme. Ahora estoy contenta.

La divorciada estaba tan encantada que acercó hacia ella la barbilla de Yair y le besó en el hoyuelo del mentón.

—Dios mío, señora —dijo Abbu, despacio, como a punto de desmayarse ante tanta dulzura—, ¿dónde ha estado todo este tiempo? ¿Y dónde he estado yo?

—Hoy es el día de los nietos —dijo Lily—, pero puede que mañana o pasado la abuela tenga que coger un taxi especial, y puede que, casualmente, el abuelo esté por la zona, o que descubra dónde se encuentra la reina de Saba y le lleve monos y también loros, tal y como debe ser. Vamos, Yair, nos marchamos. Adiós, señor. Ha sido un placer.

Cuando, al salir, los dos pasaron junto a la mesa de los taxistas, Abbu la miró con veneración.

—Vete, chico —murmuró—, vete a casa a dormir, por Dios que no eres digno de tocarle ni la uña del meñique.

Lily sonrió.

—Son todos unos navajeros —dijo Yair muy enfadado—. Y unos primitivos.

Sus pequeñas uñas se clavaron en la carne del brazo de Yair.

—Ahora también yo tengo frío —dijo—, y quiero que me agarres. Si es que ya sabes cómo hay que hacerlo.

Yair la rodeó por los hombros, estaba furioso y ofendido, y esos sentimientos impregnaron sus movimientos de una violencia contenida.

—Sí. Así —dijo Lily.

—Pero... de todos modos propongo que ahora demos media vuelta y nos vayamos a casa. Ya es tarde —dijo, tirándose sin darse cuenta del lóbulo de la oreja con el índice y el pulgar: ¿qué quiere de mí? ¿Qué le ocurre?

—Ya es tarde para ir a casa —murmuró Lily—, y la casa está vacía. ¿Qué hay en casa? No hay nada. Sillones. Sillones repugnantes. De Erich Danenberg. Del profesor Kleinberger. De tu padre. De todos los hombres desdichados. No tenemos nada allí, en casa. Y aquí fuera podemos encontrarnos de todo y sentirlo todo. Búhos que hechizan a la luna. ¿No irás a abandonarme ahora, por la noche? ¿No irás a dejarme sola en la calle con los taxistas y los maleantes y con todos los búhos? Te quedarás para protegerme. No, no estoy confusa. Estoy lúcida y casi congelada de frío, no me abandones ni digas una palabra, el hebreo es un idioma tan patético, todo Biblia con comentarios, no me digas ni una palabra más en hebreo, ni una palabra más en general. Solo agárrame. Hacia ti. Cerca. Así. No educadamente, por favor, no cortésmente, por favor, agárrame como si intentase librarme de ti con uñas y dientes y tú no me dejases escapar. Calla. Y que se calle también ese maldito *eule*, porque ya no oigo nada ni veo nada porque me has tapado la cabeza y los oídos y la boca y me has atado las manos detrás de la espalda porque eres mucho más fuerte que yo porque yo soy una mujer y tú un hombre.

Entre tanto, atravesando el barrio de Mekor Baruch, llegaron más allá de los muros del cuartel militar Schneller, hasta el último camino de tierra y hasta el zoológico situado al norte de Jerusalén, en la línea fronteriza entre la ciudad y

el territorio enemigo. Ahí se detuvieron.

El programa del tesoro terminó sin resultado. Nadie descifró correctamente el enigma de la vieja acacia. Y el tesoro no fue encontrado. Uri estaba dormido, acurrucado en un sillón del salón, cuando Yosef Yair regresó de casa del profesor Kleinberger. La casa estaba revuelta. En medio de la mesa había un volumen abierto de la poesía de Bialik. Todas las luces estaban encendidas. Yair no se encontraba en casa. Yosef Yarden despertó a su hijo pequeño y lo mandó a la cama con una reprimenda. Seguro que Yair habrá ido a la estación de autobuses a recoger a su prometida. Mañana dejaré que Lily se disculpe por su ausencia de esta tarde. Tendrá que emplearse a fondo para que yo acepte sus disculpas y la perdone. Lo peor de todo sin duda ha sido la discusión con Kleinberger. Evidentemente he sido yo quien ha dicho la última palabra, pero a pesar de todo he perdido, exactamente igual que en la partida de ajedrez, debo llamar a las cosas por su nombre. Yo no creo que nuestro pobre partido consiga salir de la decadencia y la apatía. La falta de entereza y la falta de voluntad lo han devorado todo. En cualquier caso, todo está perdido. Ahora hay que dormir, para no estar mañana como un sonámbulo igual que toda esa gente. Pero, si consigo dormirme ahora, cuando llegue Yair haciendo ruido me despertará. Después será imposible conciliar el sueño hasta el amanecer, y volveré a tener una de esas noches terribles. ¿Quién ha gritado? No han gritado. Habrá sido un pájaro.

También el profesor Elhanan Kleinberger apagó la luz de su habitación. Se detuvo en un extremo de la estancia, de cara a la pared oscura y de espaldas a la puerta. En la radio sonaba música tardía. Los labios del erudito se movían en silencio. Estaba probando en voz baja palabras precisas para un poema lírico. Sin que nadie lo supiese, escribía poemas. Y en alemán. Él, el apasionado amante de la literatura hebrea y el defensor del honor de la lengua, murmuraba sus poemas en alemán. Tal vez por esa razón solía ocultar el hecho incluso a su amigo más íntimo. El erudito sentía que estaba cometiendo un pecado y que incluso era culpable de hipocresía.

Sus labios intentaban acercar las cosas a las palabras. Una luz perdida vagaba entre las estanterías oscuras. Por un instante, esa luz dio en los

cristales de las gafas y produjo un destello de locura o de total desesperación. Fuera, un pájaro chilló con malicioso regodeo. Lentamente, con terribles dolores, las cosas empezaron a purificarse. Pero aún eran cosas que no conllevaban palabras. Los débiles hombros empezaron a temblar de deseo ahogado. Las palabras precisas no llegaban, solo pasaban y escapaban como velos diáfanos, como aromas, como añoranzas que no pueden agarrarse con los dedos. Sintió que no tenía esperanza.

Después volvió a encender la luz. De pronto odió con toda su alma los adornos africanos y los jarrones eróticos. Y las palabras.

Alargó la mano y sacó perezosamente un libro de una de las estanterías. Un título alemán en oro sobre cuero: *Demonios y espíritus en el antiguo rito caldeo*. Putas palabras, siempre traicionan y escapan hacia la oscuridad cuando tu alma las anhela.

## 11

El último monte, ese en el que pusieron el Zoológico Bíblico y cuya ladera norte limita con la línea que separa Jerusalén de los pueblos enemigos. Menos de cuatro meses estuvo casada Lily con Yosef Yarden cuando él era un muchacho agradable, lleno de sueños y de ideales. Eso fue hace décadas, y aún no hay descanso. La inercia del hombre es guardar rencor y la inercia de la luna es flotar en el cielo nocturno con lenta y fría malicia.

En el zoológico, un silencio inquieto.

Todos los depredadores duermen, pero su sueño no es profundo. Nunca se aíslan del todo de los olores y los sonidos que porta el viento. La noche penetra sin cesar en su sueño y a veces arranca de sus pulmones un leve rugido. Un viento gélido les pone el pelo de punta. Un tenso estremecimiento, un momentáneo temblor producto del pánico o las pesadillas. Un hocico húmedo, sospechoso, toca el aire de la noche y absorbe olores extraños. Hay gotas de rocío sobre la tierra. El susurro de los pinos lanza ráfagas de pena oculta. Las agujas de los pinos palpan la oscuridad para tragar rocío negro.

En la jaula de los zorros se oye un ruido. Un zorro persigue a una zorra, se

necesitan en la oscuridad. La hembra muerde a su pareja, pero la ferocidad del macho se redobla. En pleno furor oyen gritos de pájaros y el violento bufido de un gato callejero.

Una neblina azulada sube desde los valles. Al otro lado de la frontera centellean luces extrañas. La luna lo ilumina todo y se concentra como hechizada en la blancura de las rocas: bultos de brillante veneno irradiando una enfermiza luz fantasmal.

Chacales sonámbulos deambulan por los valles. Desde las profundidades de la niebla llaman a sus hermanos atrapados entre barrotes. Estas son las tierras del terror y más allá tal vez se extiendan esos campos de frutales que ningún ojo ha visto y por los que el corazón palpita como implorando: a casa.

Desde el miedo aterrador, alza la vista. Mira las copas de los pinos. Un halo de luz violeta, de luz pálida, rodea las copas como apiadándose de ellas. Solo las rocas están mortalmente secas. Hazles una señal.

# Todos los ríos

## 1

Tova: un nombre sencillo, un nombre corriente que no le pega a una joven poetisa. Y tampoco su cuerpo: demasiado grande. Solo un poco demasiado grande, es cierto. Una joven con cuerpo de madre. En sus caderas y en sus hombros hay cierto exceso, una contundencia que no carece de delicadeza. Tiene los brazos demasiado rellenos. No es una joven etérea.

No recuerdo el color de sus ojos. Qué extraño me resulta: recuerdo perfectamente el tono de sus pantalones, eran unos pantalones de tela basta, y hasta algo harapientos, y de un color entre azul oscuro y gris oscuro. Desconozco el nombre de ese color, incluso puede que ni tenga nombre. Pero lo sigo viendo como si lo tuviese delante, sin ningún esfuerzo. Lo veo sin tener que cerrar los ojos ni concentrarme. Lo veo claramente. Además, mis dedos son capaces de sentir la cálida aspereza de la tela, el tacto de la suave dureza, aunque ni siquiera la toqué.

Tenía un cabello apagado, oscuro, algo seco. Unos ojos de un color que soy incapaz de recordar, pero no olvido lo cansados que estaban. Tenían unas diminutas arrugas en el contorno. Y algo parecido a la burla se dibujaba en las comisuras de sus ojos y de sus labios. Para seguir un orden, tras haber descrito sus ojos debo describir su nariz: algo grande, mientras que su boca delataba soledad y ternura. Y sus labios no descansaban. Incluso cuando se callaba, sus labios estaban fruncidos. Yo no toqué sus labios.

Su barbilla contradecía la ternura de sus labios: era una barbilla puntiaguda, arrogante, que cortaba bruscamente la línea del óvalo facial. Y debajo, un cuello un poco corto. Eso no es cierto, el cuello de Tova no era corto ni

grueso. Su único fallo era no ser largo como un tallo, pero es un fallo ridículo.

Me ocurre lo mismo con frecuencia: he intentado describir el rostro de Tova de forma sistemática, siguiendo un orden, y con echar un simple vistazo queda claro que, al pasar a toda prisa de su cabello a sus ojos, me he saltado la frente. Basta. Y también las mejillas. Basta. El relato me traiciona y presenta las cosas una tras otra, sin embargo, cuando uno mira a Tova, ve su rostro, a toda ella, de una vez. Además, su rostro está vivo y las palabras, muertas. Estoy cansado de las palabras. Uno se esfuerza por ser preciso y ellas lo falsean todo. Al menos este intento demostrará que no estoy enamorado ni febril. Lo que ocurrió, ocurrió realmente. Me he mantenido lúcido, me he comportado con lógica y, por tanto, ahora puedo ponerme a escribirlo todo siguiendo un orden. Sin prisas. Sin rodeos. Desde el principio.

## 2

Me llamo Eliezer Dror. Tengo veintiocho años, soy oriundo del kibutz Tel Tomer. Mis padres estaban entre los fundadores de la comuna y participaron en la colocación de los cimientos y en el arado del primer surco, por utilizar las palabras que usa mi madre. Ella es la responsable de las actividades culturales: fiestas, reuniones, actuaciones, decorados, vestuarios, conferencias y debates. Su desbordante energía no tiene fin. Tova es una joven lenta y despistada. Tiene treinta y tres años, es decir, es exactamente cinco años mayor que yo. No le he preguntado su edad. Me lo ha dicho porque ha querido. Ya estoy otra vez sin seguir un orden. Mi padre es un retaco, es más bajo que mi madre y mucho más callado que ella. Lleva años trabajando en el establo, tiene una posición política clara y cristalina y no tiene quejas, salvo las más habituales: el calor del verano y el frío del invierno. Yo no soy un retaco. Al contrario. Por cierto, hasta mis hermanas son mucho más altas que mi padre.

Me licencié del ejército con rango de teniente. Soy paracaidista en la reserva. Rubio. Algo de lo que hice durante la guerra lo mencionaré más



adelante, cuando cuente lo que le conté a Tova en la cafetería. (Bueno, ya he vuelto a liarme con el orden cronológico: realmente, lo que hice en el ejército es anterior, claro está, a lo que le conté a Tova. Y lo que le conté a Tova también pertenece ya al pasado. Y acabo de asegurar que contaría en futuro lo que ya he contado en pasado. Resulta extraño, es casi imposible escribir o decir ni tres frases seguidas sin dar un rodeo o, digámoslo abiertamente, sin mentir).

Mi trabajo en el kibutz, aunque no es un trabajo agrícola, es muy provechoso. Tenemos un pequeño taller al que nos gusta llamar «fábrica industrial». Esa fábrica produce pantallas decorativas para lámparas. Dos ancianos del kibutz y tres trabajadores asalariados son mis subordinados. Yo soy el director de la fábrica. Me dieron el puesto porque me consideran un chico práctico, enérgico, con iniciativa e imaginación. Es decir, eso es lo que dijeron de mí en la asamblea en la que me eligieron para el cargo. Tal vez también tuvieron en cuenta mi pasado en el ejército, durante la guerra del Sinaí y en tres acciones de represalia. Más tarde volveré a eso.

Chicas. A veces vienen a mi habitación en grupo, traen bizcochos y yo preparo algo de beber. Yo fui quien introdujo en Tel Tomer la costumbre de tomar una copa en las noches de invierno. Eso provocó algunas habladurías, pero también me dio más prestigio. Les hablo a esas chicas de cómo eran las cosas en el ejército. A veces una de ellas se queda después de que sus amigas se hayan marchado y, al amanecer, recibo agradables cumplidos. Todos esos flirteos son superficiales y fugaces, porque en el fondo no tengo ninguna prisa. Si alguna aparece llorando, eso significa siempre y sin excepción el principio del fin: no puedo soportar las lágrimas. Todo se puede explicar tranquilamente e intentar convencer de forma razonable. Y si no logras convencerme, exponer tus razones, de qué te servirá tanto llanto: nadie te ha obligado a venir, nadie ha derramado lágrimas para que te quedes y nadie te está echando tampoco. Piensa lo que quieras.

Durante los meses de verano me paso horas y horas en la piscina, porque me gusta el agua y me gusta estar moreno. Tengo algunas marcas extraordinarias en natación. El fútbol me gusta mucho menos. Y cada tarde, antes de que las chicas vengan a tomar algo y a hablar, dedico una hora u

hora y media a mi colección de sellos. Es una de las mejores colecciones privadas del país. Mi padre la empezó en Lodz hace cincuenta y dos años. Yo la recibí cuando regresé del ejército, y he logrado duplicarla en menos de seis años. Debo decir algo más sobre la colección, porque esa colección fue lo que hizo que Tova y yo nos encontrásemos. Indirectamente, es cierto. No hallé su nombre en una lista de coleccionistas, ni nos intercambiábamos sellos por carta, ni nos encontramos finalmente por la curiosidad que produce una continuada correspondencia. La vida no es tan sencilla. No me gusta hablar de «mera casualidad», sobre todo después de lo que me ocurrió en el ejército, pero el tema del encuentro con Tova es complicado. He decidido escribir la historia siguiendo un orden y voy a hacerlo.

### 3

Los sellos son una pasión que solo puede comprender quien la ha experimentado: vuelvo del comedor tras la cena, me siento en el sillón, enciendo un cigarro, me concentro, fumo despacio y dando caladas cortas. (Es uno de los tres cigarros que me fumo al día: al mediodía, por la tarde, y otro antes de dormir). Tras el cigarro busco en la radio algún concierto. Algo tranquilo y agradable, para que suene de fondo. Cierro la contraventana y enciendo la luz de la lámpara de mesa (la lámpara y la pantalla hechas con mis propias manos). Y entonces me pongo a clasificar según el catálogo, a comprobar, a anotar y a examinar. Y después, a pegar. También tengo una costumbre fija: una carta cada tarde. Quiero decir que estoy en contacto con más de veinte coleccionistas de sellos de todo el mundo, y mantengo con ellos una relación epistolar. Tengo a Pedro Antonio Madera González en Lima, la capital de Perú. Tengo a un sacerdote polaco llamado Jan, que me escribe misivas en hebreo bíblico y que está interesado en saber cómo avanza la construcción del país y si determinadas señales que él considera signos del advenimiento del Redentor se han visto ya en los montes de Jerusalén. Y está Tokama, un hombre de Nagasaki, pacifista y socialista combatiente. Nunca ahorra adjetivos para expresar su admiración por la idea del kibutz.

Alexander, un joven judío de la ciudad de Kishinev, me envía sellos de las repúblicas bálticas que hace tiempo dejaron de existir y me pide que le mande más y más sellos de Israel «porque las chicas hacen ornamentos con los sellos de Israel». Un especial agradecimiento a Nikos, el griego de Marsella, que me envía sellos árabes modernos y también antiguos. Esos son muy difíciles de conseguir aquí. Y hay otro, Fuad, un comerciante de origen libanés que vive en Monrovia, capital de Liberia. Su primera carta llevaba mi nombre y el de mi kibutz, situado en el Reino Hachemita Israelí. Tal vez quiso burlarse de mí. Le escribí educadamente diciéndole lo que pensaba yo de ese tipo de bromas, y desde entonces sus cartas son breves y correctas, y los sellos que envía son muy buenos. No he mencionado a Joachim, de Linz, que me envía sellos y se niega a aceptar otros a cambio: él considera los sellos enviados «una especie de reparaciones simbólicas por un pecado que no tiene perdón». Y están también Janusz, Peter Svanberg y otros. ¿Por qué he mencionado a todos estos coleccionistas de sellos? ¿Para explicar el gran interés que despierta la filatelia? ¿O porque intento dilatar el tiempo y posponer la historia sobre Tova? En cualquier caso, con la filatelia tienes relación con decenas de personas interesantes, sin que esa relación se convierta en una molestia y sin que todos tus amigos se te asienten en el alma. Enseguida volveré a la historia de Tova. Después de la correspondencia, hojeo un poco los álbumes: hojeo despacio, a pequeños sorbos, como un buen vino. Este es el reino del orden supremo. Aquí los sellos están dispuestos por lugares, fechas, valor, color, pertenencia. Aquí jamás entrará ningún sello defectuoso: todos deben pasar una inspección feroz bajo una lupa. Ni siquiera un sello raro o uno magnífico entrará en la colección si tiene una ligera abrasión o le falta un diente. Por cierto, los sellos raros y de gran valor nunca destacan por ser suntuosos ni espléndidos. Por lo general son sellos grises. Todos los que poseen un colorido espectacular, plata y oro, triángulos y hexágonos, todos esos son mercancía para niños. Países nuevos y vulgares imprimen infinitas series de ostentosos papelajos con dibujos chabacanos. Hace un tiempo me llegó uno de esos sellos basura, de África, con orangutanes apareándose.

Sí. Enseguida dejo los sellos y vuelvo al tema de Tova. Solo una frase más

sobre el orden. Me temo que lo que he dicho antes no se entenderá sin una breve explicación: a un ojo inexperto tal vez las páginas del álbum le parezcan a primera vista una mezcolanza de manchas de colores sin orden ni concierto. Pero en realidad forman una perfecta armonía de miles de teselas que, aunque parecen indiferentes a la presencia de las otras, se enriquecen de pronto si se rellena uno de los espacios con el sello que falta y si una serie interrumpida llega a completarse. Todo ese revoltijo de colores que aparece sobre las hojas del álbum no es más que la cara visible de un orden oculto y estricto. Basta.

Por cierto, cuando le hablé a Tova de la colección de sellos —fue de camino a la playa—, comprendió al instante la pasión por el orden que ello conllevaba, e incluso dijo una frase poética: «También Dios nos colecciona así, y nos ordena, nos mueve y nos pega, y tal vez también disfrute de la armonía que se oculta tras el sufrimiento visible». Eso dijo, más o menos. He vuelvo a mezclar el orden cronológico.

Una tarde encontré en la revista *El mundo del sello* un pequeño anuncio muy importante: coleccionista de Tel Aviv llamado D. Eliezer M. Berlin necesita un sello austriaco raro, un sello austrohúngaro, de hecho, del año mil ochocientos noventa y nueve. Las características del sello son tal y tal. A cambio de ese sello, el señor Berlin dará una colección entera de sellos de Bosnia y Herzegovina. Los interesados pueden llamar al número de teléfono tal y tal o visitarle en su casa de Tel Aviv, calle tal y tal esquina con tal y tal, al mediodía (¡exactamente!).

Al leer ese anuncio di un salto en el sillón, porque el sello requerido lo tenía yo entre los repetidos (entre los que reunió mi padre en Varsovia antes del desastre). Y para quien está familiarizado con la filatelia, las palabras «sellos de Bosnia y Herzegovina» no necesitan más explicación. Decidí tomarme el día siguiente libre en el trabajo y salir corriendo hacia Tel Aviv para adelantarme a cualquier posible competidor. A las seis de la mañana me puse en camino, poco antes de las siete llegué a la estación central de Haifa, y a las ocho y media, entusiasmado y de una pieza, me planté en Tel Aviv, con el sello austrohúngaro en el bolsillo.

Es desesperante describir una imagen con palabras, porque las palabras deben llegar una tras otra y la imagen, por naturaleza, aparece ante nuestros ojos de una vez. Sin embargo, a pesar de todo, voy a intentar describir el sello raro por el que el señor Berlin estaba dispuesto a pagar de forma tan generosa: se ve a una mujer sumergiéndose en un río. En las riberas del río hay ciervas.

No. Tova no es la vecina, la subarrendataria ni la asistente del señor Eliezer M. Berlin, ni tampoco su hija. Enseguida lo escribiré todo. E intentaré hacerlo con prudencia.

#### 4

Tenía toda la mañana por delante. Empecé a dar vueltas por las calles y, de paso, visité algunas tiendas que vendían los productos de mi fábrica. También inspeccioné pantallas de fábricas de la competencia. No me gusta presumir y, por tanto, no diré nada. Entré en varios negocios de sellos de la calle Herzl y de la calle Allenby. Rebusqué mucho y compré muy poco. No tenían gran cosa que venderme.

Después miré el reloj y vi que aún tenía tiempo: el señor Berlin había pedido que telefonaran o fueran a su casa únicamente al mediodía. Me compré un periódico. Entré en un restaurante, para ser precisos en uno de la cadena Tnuvá. Pedí dos panecillos recién hechos, ensalada, tortilla, yogur y café. Y entre tanto maté a una mosca de un golpe seco. Y abrí el periódico.

La camarera, una mujer pequeña, pintada y fea, me preguntó cómo quería el café. En ese momento vi otra mosca y también la aplasté contra la mesa de un manotazo. Pedí café con leche. De repente se levantó una mujer que estaba junto a otra mesa y reprendió a la camarera porque «tampoco aquí se puede estar en silencio». La camarera se disculpó con acento húngaro. Entendí que la regañina iba por mí y dije que igual que a ella le molestaba el ruido, también las moscas me molestaban a mí. Tova se encogió en su rincón y no dijo nada. Bebí, comí y me leí el periódico entero. La mayoría de las cosas que dice el periódico me parecen inaceptables, y con frecuencia descubro sin

ningún esfuerzo alguna contradicción evidente, o alguna mentira que clama al cielo.

El restaurante estaba casi vacío: Tova. Yo. La camarera. Fuera, los ruidos de Tel Aviv. Música, gritos, coches, mar, risas.

Odio Tel Aviv. Puede que no la odie, pero no puedo soportarla. Y es por dos razones: primero, he sido educado en un kibutz y, por eso, soy capaz de percibir a primera vista toda la fealdad de esta vida. Segundo, ¿qué se puede hacer en una ciudad así?

La camarera estaba fumando y leyendo el periódico húngaro *Új Kelet*. Tova estaba fumando y anotando algo en una hoja arrancada de un bloc de papel de cartas. Me pregunté si debía fumarme ya mi cigarro del mediodía. Por puro aburrimiento. Pero miré el reloj y decidí: no.

—Empieza a hacer calor en la calle —dijo de repente la camarera.

Me apresuré a darle la razón, porque era cierto lo que decía.

—Sí. Hace calor —dije.

A continuación hubo un prolongado silencio.

—El calor vale —dijo entonces Tova, desde su rincón—. Pero esta humedad nos matará a todos.

Me harté del periódico. Aparté la taza vacía y pensé en levantarme, pagar y marcharme. La cuestión era adónde podía ir en ese momento. La camarera se fue a la cocina y allí insultó a alguien. Pude oírlo, pero no pude ver a quién había insultado. Entre tanto observé a Tova. Estaba tranquilo y lúcido. También en estos momentos, mientras escribo estas cosas en una hoja, estoy lúcido y tranquilo. Ya cuando empecé el servicio militar decían de mí, es Eliezer, el que no pierde la cabeza fácilmente. Vi anillos de humo y su mesa y el temblor de las comisuras de sus labios. Vi que las moscas se arremolinaban alrededor de su taza de café, y que ella no veía ni sentía nada. Pero ahora, al recordar todos esos detalles, creo que había otro más, tal vez incluso un detalle fundamental, del que no me di cuenta. En estos momentos hay algo que parece diferente.

—¿Estás esperando a alguien? —dije.

Empezó a responderme, pero de pronto se puso a toser. Al principio fue una tos ligera, como para aclararse la garganta. Después empezó a ahogarse y a

carraspear, y de sus pulmones salieron toses convulsas y muy feas que parecían ladridos. Se levantó mareada y tuvo que apoyarse en la mesa. Su boca se parecía a la de los peces fuera del agua.

No lo dudé ni un instante. Me acerqué a ella y le di unas palmadas en la espalda. Ella se apartó. Tenía los ojos empañados. Ya he dicho que soy incapaz de recordar de qué color eran sus ojos. Retiré la mano. Se alejó hasta el otro extremo de la mesa. Intentó decir algo. Sus labios temblaban. Y, cuando la tos cesó y logró decir lo que quería, sus palabras ya eran inútiles y llegaban tarde.

—No me toques —dijo.

Pedí perdón. Me ofrecí a ir a por un vaso de agua. No pretendía hacer nada malo, solo quería ayudarla.

—No necesito ninguna ayuda —dijo.

—Eso es imposible —sonreí—. No conozco a ninguna chica que no necesite ayuda.

—No soy una chica —dijo Tova, cogiendo el vaso de agua de las manos de la camarera húngara—, soy toda una mujer de treinta y tres años.

Dijo eso tan extraño con una especie de sonrisa en los labios. Y solo en los labios: era como si el rostro se negara a participar de esa sonrisa. Algo parecido a la burla se insinuó en la comisura de sus ojos. Decidí devolver sinceridad por sinceridad.

—Y yo tengo veintiocho —dije—. Me llamo Eliezer. Estoy libre.

Tal vez esas palabras le gustaron. En esa ocasión también sonrieron sus ojos tras el velo de lágrimas por el ataque de tos. Se apresuró a dar la vuelta a la hoja que estaba sobre la mesa para que yo no pudiese ver lo que había escrito.

—Siéntate. Si quieres —dijo.

Pero pude echar un vistazo a la hoja y vi líneas cortas. Me acerqué a la mesa.

—Bendito sea el lugar que reúne a un poeta y una poetisa —dije—. ¿Puedo leerlo?

Dudó un instante, una sombra de desconfianza pasó por sus ojos, al final decidió encenderse otro cigarro.

—¿Qué es lo que quieres de mí?

—Nada en especial —me asusté—, solo que nos conozcamos. Soy Eliezer Dror. Soy del kibutz Tel Tomer. A veces también escribo poemas. Sobre todo para las celebraciones del kibutz. Poemas divertidos, pero normalmente tienen moralejas serias.

—Casi todos los tipos de los kibutz son unos brutos —dijo Tova—. Tú pareces una buena persona, he visto cómo te apresurabas a ayudarme cuando me ha dado el ataque de tos. Me llamo Tova. Fumo demasiado. Muchas gracias, y ahora puedes irte. Estás libre, como tú mismo has dicho. Ya me encuentro bien.

—Un momento —dije. Ahora estaba realmente enfadado con ella y no tenía intención de pasar por alto dos ofensas que no me merecía—. Solo un momento, antes de que me echés de tu mesa. Primero, aún no te encuentras bien. Segundo, ¿qué significa eso de que «los tipos de los kibutz son unos brutos»? ¿Qué es eso? También yo puedo generalizar y decir, por ejemplo, que los poetas son unos seres desquiciados.

—Es cierto. Sobre todo cuando los desquician. ¿Se puede saber de una vez por todas qué es lo que quieres de mí?

Respiraba con dificultad. Se acercó el cenicero. Cogió el cigarro que había apagado durante el ataque de tos y lo encendió de nuevo. Encendió el cigarro entornando los ojos, con unos dedos fuertes y apretados, y sus labios se redondearon de tal modo que no pude apartar la vista de ellos. Al mismo tiempo, observé por primera vez que le faltaba el pulgar de la mano izquierda. Inmediatamente, aquello provocó en mí una breve e intensa excitación.

—Si molesto a las musas, será mejor que me vaya ya —dije—. Solo me gustaría que supieses que eso de que me gusta la poesía no ha sido un decir. Realmente me gusta la poesía. Ahora te pido disculpas y me voy. Adiós.

—Espera —dijo Tova—, si no tienes prisa, espera. Siéntate un rato.

—No tengo prisa —dije, sorprendiéndome a mí mismo. Y en ese momento decidí fumarme mi cigarro del mediodía.



Su brazo me pareció un poco —solo un poco— más grueso de lo que me hubiese gustado ver en una poetisa joven. Ese brazo descansaba sobre los pantalones de tela basta de un color entre azul oscuro y gris oscuro. Incluso en estos momentos puedo sentir esa tela en la yema de mis dedos. Y no la toqué.

—Te he ofendido —dijo.

Lo negué. Le dije que yo era uno de esos tipos que no se ofenden por nada. Me respondió con una sonrisa suspicaz o tal vez solo muy cansada. No pude dejar de mirar hacia debajo de la mesa para ver la mano sin el pulgar. Tova captó esa mirada y me dijo que el poema que tenía delante ya estaba terminado y que tal vez solo necesitase un toque final. ¿De verdad me gustaba la poesía?

Se lo prometí. Y le conté que una vez había escrito un poema que no era gracioso. Fue durante el servicio militar, tras un hecho lamentable.

No, a ella no le gustaban las rimas perfectas de los poetas de los kibutz.

Entonces se pasó el cigarro a la mano mutilada. La excitación fue tan fuerte que apenas pude reprimir el deseo de tocar el muñón.

Aun así, si le hablaba del poema que escribí, estaba dispuesta a escuchar. Mientras tanto, podíamos tomarnos juntos otro café.

—Era un poema sobre un compañero mío —dije—, un chico de Netanya. Llegamos juntos a hacer el servicio militar y estuvimos juntos en varias acciones de represalia. Murió a medio metro de mí, yo aquí y él ahí, en una incursión a Hirbet Yaater. Sus padres decidieron publicar un libro en su memoria. O tal vez solo un cuadernillo. Me pidieron que escribiese algo y me salió un poema.

Tova quiso saber qué decía el poema. Lo recité entero de memoria: en la primera estrofa se hablaba de un ciprés joven que creció en la arena. En la segunda estrofa se desataba un incendio en los árboles. En la tercera estrofa el ciprés se quemaba, y el pino goteaba resina porque no podía olvidar al ciprés que había crecido a su lado y no comprendía por qué él seguía ahí y el ciprés no. Puede que no fuese una obra de arte, puede que no fuese exactamente

Bialik, pero fue escrito con el corazón. Basta. Ahora te toca a ti. Enséñame lo que has escrito.

—Espera un momento —dijo Tova, y supe que tendría que rogarle bastante más antes de que accediera a enseñarme el poema que tantas ganas tenía de enseñarme—. Espera un momento. Antes háblame del ejército. De la incursión al pueblo ese que has dicho.

—Hirbet Yaater —dije—, maldito pueblo. —Y me callé: no podía hablar de aquella incursión sin mencionar mi pequeña heroicidad, por la que recibí una medalla. Y no me gusta presumir.

Tova no me insistió. Tal vez pensó que mis recuerdos de la incursión sobre Hirbet Yaater eran demasiado dolorosos y que, por tanto, me costaba verbalizarlos. Dejó el cigarro en el borde del cenicero, sin apagarlo. Echó la cabeza hacia atrás y el cabello le cayó por la espalda. Sus labios temblaban. Así pues, accedí a contarle cómo me ofrecí voluntario para arrastrarme en la oscuridad desde nuestra posición hasta aquel nido de ametralladoras que nos estaba aniquilando. Y qué sentí mientras iba arrastrándome. Y cómo llegué sin ser descubierto a menos de cuarenta metros del nido. Y cómo lo limpié y lo inutilicé arrojando certeramente una granada de mano directamente dentro. Y encima a oscuras. Y cómo todos me dijeron después: Eliezer, no hay palabras.

Tova intentó decirme algo, tal vez quería expresar sus sentimientos, pero le dio otro ataque de tos. Empezó a temblar, cayó saliva sobre la mesa, y esas terribles toses volvían a parecer ladridos, y yo le di palmadas en la espalda hasta que se calmó un poco.

—Ya te lo he dicho antes, no me toques —consiguió decir.

Llamé a la camarera húngara. Esta se apresuró a traer otro vaso de agua. Y esa excitación producida por el pulgar amputado, o tal vez por su tos enfermiza, empezó a desbocarse dentro de mí. Qué locura que una sonrisa así se dibuje en un rostro desencajado y martirizado mientras todo el cuerpo se retuerce. Y cómo vuelve a fumar: con devoción. Con entrega. Como si hubiese decidido castigarse. Como si le gustase sufrir. Y por qué todo eso me seduce tanto que tengo que reprimirme con todas mis fuerzas para no hacer algo de lo que pueda arrepentirme. Qué locura.

La memoria lo distorsiona todo.

De hecho, no ocurrió nada: ella y su tos, yo y la repulsión y la excitación. Todos los demás detalles se han adherido a mi memoria y no me dan descanso, pese a que no hay ninguna diferencia entre si ocurrieron o no: los sonidos de la ciudad. El olor a mar con el viento. Olor a sudor. Un hombre delgado y sin afeitar que entró a comprar un paquete de tabaco y, al salir, nos dijo con una sonrisa de idiota que nos apresurásemos, que nos apresurásemos, pues el tiempo pasa y no hay vuelta atrás. Y también una niña que llegó y empezó a tirar de la manga de la camarera húngara sin parar de decirle: «Debes venir enseguida porque Halina dice que se va a escapar definitivamente». Y también las moscas que maté y que seguían desparramadas, muertas e inútiles, sobre el hule, y las moscas que no logré atrapar, porque Tova me dijo como haciendo un conjuro: «No, no, no lo lograrás, tú no. ¿Lo ves?».

Todos esos detalles no ponen ni quitan nada. El relato debe continuar hacia delante y dejar a un lado todo aquello que lo ralentice. Pero la memoria no va hacia delante. La memoria va hacia atrás, desde el final hacia el principio, como los cangrejos, como cuando nos despertamos por la mañana tras un sueño aterrador e intentamos recordar lo que ha pasado y, para entender cómo empezó el sueño y por qué llegó a ese punto en el que debemos despertarnos de puro terror, nos trasladamos desde ese punto hacia los detalles sin importancia que lo precedieron.

Las baldosas estaban sucias y resquebrajadas. Y qué. Las moscas vivas revoloteaban por los cadáveres de esas hermanas tuyas que yo había matado sobre el hule de la mesa. Ya lo he dicho. Y el reloj situado encima de la puerta, ese reloj grande y viejo que a las diez y media de la mañana marcaba las diez y media y que a las once y a las once y veinte seguía marcando estúpidamente las diez y media, las diez y media.

Y a las once y veinte entró en el restaurante un mendigo tuerto con un traje

raído y una corbata sucia y empezó a tocar el violín para nosotros: un vals o un *csárdás*, qué más me da. Tova le dio unos céntimos. Yo eché un vistazo para ver cuánto le daba, y le di justo el doble: que lo sepa. Él se fue y la camarera vino a preguntarnos si queríamos tomar algo más.

Volví a pedirle a Tova que me dejara leer el poema que había escrito. Bromeé: quería saber a qué musa había espantado al acercarme a ella. Tova me enseñó cosas que no sabía hasta entonces: según dijo, sus poemas se escribían sin musas. Incluso sin inspiración. Al contrario. Ella escribía en un estado de ánimo frío como el hielo. Como una científica en un laboratorio. Como una científica que manipula sustancias venenosas: cautelosa, lúcida, muy concentrada. Un poema es una combinación de elementos. Es química. Como una disolución. Como veneno cristalizado.

Mientras ella hablaba yo tomé una decisión: de repente tiré de la hoja que tenía debajo de la mano, le di la vuelta y empecé a leer.

Se calló a mitad de la frase. Tal vez se puso pálida. Lo leí una vez y, cuando empecé a leerlo por segunda vez, ella ya tenía en la mano otro cigarro y estaba fumando y temblando: como si todo dependiese de mí, de lo que dijese o de lo que hiciese. Después me percaté de que estaba intentando acompañar con la mirada mi lectura de los versos. Y, como estábamos sentados el uno frente al otro, ella tenía que leer su poema al revés, como un niño yemení estudiando la Biblia en la escuela.

—No digas nada —rogó, poniendo su mano sobre la mía—. Aún no. Espera. A lo mejor no quieres decir nada. No te sientas obligado. También puedes no decir nada.

Su mano sobre la mía.

Y el poema:

*Todos los ríos van al mar*

*y el mar no se llena.*

*Todos los poemas hacen sangrar*

*y la sangre bulle en la arena.*

*Todo lo de aquí, allí va a parar,*

*y allí solo hay un mar con gangrena.*

*En casa los sabios pueden reposar  
y solo el río en su vagar pena.  
Todos los ríos van al mar  
y el mar solo en el mundo se revuelve*

*[y no duerme y no se apaga.*

—Si de verdad de verdad quieres decir algo, dímelo ahora.

—El último verso te destroza todo el poema —dije.

—Aún no estás casado —dijo Tova de repente—. Y tampoco te casarás muy pronto.

No comprendí la relación entre sus palabras y lo que yo había dicho. Decidí no ceder.

—Si pulieses el último verso, o tal vez solo lo acortases, el poema sería mucho más razonable. Y también se puede encontrar una rima para el final. A lo mejor te ha salido así, no del todo ajustado al final, porque he venido a molestarte justo cuando estabas trabajando el último verso.

—Eres muy amable. Si fuese invierno, hasta estaría dispuesta a enamorarme de ti de repente.

Me sorprendí.

—Si estás libre, como has dicho antes, tal vez quieras acompañarme a la playa.

—Vale —dije—. Aún tengo casi dos horas.

Creo que este es el momento de explicarme. En cualquier caso, de intentar explicarme. Soy un chico corpulento y alto. Se nota que tengo fuerza física incluso cuando estoy inactivo. Lo que le conté a Tova sobre Hirbet Yaater, sobre el nido de ametralladoras y sobre la medalla, sin duda la fascinó un poco. Y además, ya me ocurrió una vez, hace dos años, algo parecido. Una mujer de mediana edad, divorciada, se enamoró de mí únicamente por mi físico.

—Vámonos —dijo Tova, como si ahí, en ese restaurante, estuviese a disgusto y en otro lugar fuese a estar bien.

Fui tajante y no cedí en el tema de la cuenta: le pagué a la húngara los cafés de los dos.

—No hay nada que discutir —dije—. No es nada. Olvídalo.

—No me toques —dijo Tova—, ya me está entrando otra vez.

Y empezó con sus terribles toses. En esa ocasión vi que su pañuelo estaba arrugado y sucio. Qué raro, incluso ese detalle despertó en mí el deseo.

## 7

Tosió como si se le fuesen a salir los pulmones por la boca. Tenía la cara desencajada. Empezaron a llorarle los ojos y, al rato, la saliva se mezcló con las lágrimas. Intentó secarse la cara, pero no acertó a hacerlo. Por un instante pensé que debía sacar mi pañuelo y limpiarle el rostro, pero enseguida recordé su petición explícita de que no la tocara. La excitación, salvaje y voraz, me hizo temblar. Vi cómo la mano mutilada buscaba algo en el aire, y no lo encontraba, y no desistía. Me controlé. Tova se detuvo frente a la brillante máquina de café y la usó de espejo para intentar arreglarse un poco la cara. El cabello. Los ojos.

Sonreí y utilicé las mismas palabras que solía emplear con los soldados que se quedaban rezagados en una marcha larga y dura.

—No pasa nada —dije—. Estas cosas ocurren.

Tova me pidió que la esperase un momento. Desapareció en el servicio. Pasó un minuto, y pasaron varios minutos más. Me inquieté un poco. Y, entre tanto, saqué de mi cartera el sello austriaco raro que estaba envuelto en celofán. Observé a la mujer que se sumergía en el río. Habían pasado más de sesenta años desde que se estampara ese sello. La mujer estaba muerta, las ciervas del fondo estaban muertas, el Imperio austrohúngaro se había disgregado, y tal vez solo quedaba el río cuyo nombre nadie conocía. Y el sello. El valor nominal del sello era irrisorio, insignificante, en comparación con su valor real: eso es lo que el tiempo puede hacerles a las cosas. Lo realmente importante, en mi opinión, es tener mucha paciencia. Tova salió guapa, peinada, con la cara lavada. Se apoyó en mí. Salimos del restaurante hacia la calle casi abrazados. Ahora su piel tenía un olor agradable. Y como no estaba fumando, también me pareció que, al sonreír, sus labios eran

bonitos y estaban desamparados.

Empecé a hablarle un poco de la filatelia y del asunto por el que ese día había ido a Tel Aviv, y por el que tendría que separarme de ella en una hora y cuarenta minutos más o menos. Por el camino nos encontramos con el violinista tuerto, que nos sonrió como si fuéramos viejos conocidos, y también nos saludó con la cabeza. En su mentón y en sus mejillas vi algunos pelos canosos. El traje estaba tan raído y sucio que sentí vergüenza ajena. Nos entretuvimos unos instantes frente al escaparate de una tienda de aparatos eléctricos: yo quería ver las pantallas. Ella me cogió el brazo y lo colocó alrededor de sus caderas. Eran unas caderas redondas y calientes al tacto. Estábamos al norte de Tel Aviv, de camino a la playa. En alguna parte vivía el señor Eliezer M. Berlin. Yo había ido a la ciudad a hacer negocios con él.

## 8

De camino hacia el mar, le pedí a Tova que me contase algo sobre ella: yo ya le había contado casi toda la historia de mi vida, servicio militar, pantallas, chicas, sellos, poesía, y ella aún no me había contado casi nada, salvo lo que estaba escrito en el poema, del que en esos momentos solo recordaba el verso «en casa los sabios pueden reposar». Y, como no lograba comprender qué gran sabiduría era esa de reposar en casa, se lo pregunté a Tova. Para gastarme una broma, empezó a declamar poniendo voz de locutora del programa para buscar parientes desaparecidos de la emisora Kol Israel: «Gitta, hija de Lise y de Robert-Reuven Levi, nació en Bratislava, Eslovaquia, en 1926, llegó a Israel a través de Viena y el Tirol en 1946, primero vivió en un orfanato de la Agencia Judía y luego en un kibutz en Samaria. Últimamente se la ha visto en compañía de un chico fornido que está libre. Se ruega a todo aquel que tenga alguna noticia que llame. ¿Qué más quieres saber de mí?».

Me reí un poco, por educación, para no herirla. Lo cierto es que esa broma no me resultó graciosa ni especialmente ingeniosa. Le pregunté qué le había

pasado a su familia y qué hacía ella en esos momentos. Es decir, además de escribir poemas.

Tova me contó algunos detalles más sobre su vida, pero de una forma tan desordenada que me resultó difícil comprender qué iba primero y qué iba después. Voy a escribir todo lo que recuerdo siguiendo el orden más lógico que pueda. Su padre era dentista. Su madre, profesora de piano. Al oír ciertas obras, todavía tenía que huir fuera del alcance de los sonidos, porque si no, según dijo, empezaba a sentir que la única elección era la muerte o la muerte. Durante la guerra, los encerraron en un campo de concentración. Le mataron a su padre, le quitaron a su hermana pequeña y se llevaron a su madre a otros campos, y ninguno de ellos existía ya. A ella la torturaron. No, el pulgar se lo amputaron en el kibutz. No donde los alemanes. Esa era otra historia. Después de la guerra trabajó de monitora en un orfanato de la Agencia Judía. Luego tuvo un novio, un chico muy conocido, uno de los dirigentes del movimiento juvenil, y después se separaron y ella acabó en la ciudad. Sus poemas se publicaban en revistas. Ya había aparecido su primer libro, y con una buena aceptación. Estaba preparando un segundo libro. Se ganaba la vida con el diseño gráfico. Es decir, dibujando anuncios publicitarios. Una vez también participó en un concurso de diseño de un sello, pero su propuesta no fue aceptada. Le gustaba escribir en cafés apartados y a horas insospechadas. También le gustaba yo, casi. Según dijo.

Tal vez tendría que haber escrito todo esto al principio, antes que nada. No estoy seguro de cuál es el orden adecuado. Con tantos detalles, se me enreda todo.

Llegamos al mar dando rodeos. Podríamos haber ido por los bulevares hasta el final y haber llegado a la playa en unos pocos minutos. Pero Tova quiso que nos desviásemos a la derecha, caminásemos por la calle Eliezer Ben Yehuda y avanzásemos en paralelo a la línea de la playa. De cuando en cuando le entraba el ataque de tos con flemas, tuberculosa. Yo me abochornaba un poco ante los transeúntes y, al percatarse de ello, Tova me pedía perdón antes de que empezaran aquellas terribles toses y también después, mientras se apresuraba a encenderse otro cigarro. Vimos a madres



gordas con carritos de bebés. Oímos varias veces una sirena. Vimos coches, algunos de un modelo nuevo que yo no había visto antes. Una vez nos detuvimos para observar a un forzudo carnicero levantar el hacha y hundirla en la carne hasta que se oía cómo se quebraban los huesos.

—Cuéntame más cosas sobre los sellos —dijo Tova—. O sobre Hirbet como se llame. ¿Cómo fue eso de arrastrarse bajo el fuego en la oscuridad?

Se lo conté.

En la esquina de la calle Jabotinsky nos encontramos con un conocido de Tova. Era un joven pequeñajo, abominable, una especie de artista retaco y sin edad con unos pantalones ajustados y una camisa chillona. Estaba casi completamente calvo, pero lo que le quedaba del flequillo sobresalía hacia delante como un rizo rebelde o como un cuerno embistiendo. Como una broma de mal gusto resaltaba su delgado trasero con esos ajustados pantalones. También tenía una especie de bigote, fino y ralo. Se lanzó al cuello de Tova, la abrazó y la besó, fingió morir de placer, como un perro en celo, y al instante empezó a bromear con ella sobre un poeta y crítico literario cuyo nombre yo no había oído jamás. Solo cuando hubo terminado de decir todas las cosas horribles que quiso sobre ese asqueroso don nadie, se volvió hacia mí y me escudriñó de arriba abajo, despacio y con total desfachatez. Y le preguntó a Tova si ese era su nuevo novio. Tova dijo que sí. El chico quiso saber si yo trabajaba en el teatro. Ella volvió a decir que sí.

Me sorprendí dos veces, pero no dije ni una palabra, porque yo me consideraba, por principios, uno de esos que nunca se ofenden.

Cuando nos alejamos de aquel payaso, Tova me contó que se llamaba Günter y que todos le llamaban Gustav y que se consideraba a sí mismo el fundador de la corriente del absurdo en la pintura israelí, pero que para ganarse la vida trabajaba en la policía, en el departamento de criminalística, analizando ceniza de cigarros o manchas de fluidos y cosas por el estilo. Hace tiempo le quiso mucho, porque su agresividad le resultaba desoladora y casi trágica, pero ya no le amaba y ni siquiera le gustaba encontrárselo. Le pasaba lo mismo con otros amores. Se culpaba a sí misma. Y, entre tanto, la vida iba pasando.

Me pareció conveniente decirle un cumplido sobre su belleza, sobre su

sonrisa, sobre su cuerpo, para que no sintiera que su vida pasaba y que todo estaba perdido. Aceptó de muy buen grado mis cumplidos, y tuve que repetir alguno, porque ella no dejaba de preguntar si lo decía de verdad.

Ya que la conversación giraba en torno a los amores, le conté a Tova cómo se enamoró de mí una mujer casada, de mediana edad, cuando yo todavía estaba haciendo el servicio militar. Fue a nuestro kibutz a visitar a unos familiares, me vio en la cancha de baloncesto y volvió a verme esa misma tarde en la piscina y, al día siguiente, empezó a perseguirme. Era fea como una lagartija, pero como los chicos y las chicas de mi quinta estaban observando lo que ocurría, decidí hacer con ella un pequeño numerito. Hasta el día de hoy, en el kibutz cuentan chistes e historias sobre aquello.

—Yo no soy tu madre y no te digo lo que tienes que hacer —dijo Tova.

Aquella frase no me pareció conveniente ni apropiada, pero lo dejé pasar.

A continuación, Tova dijo que los anuncios publicitarios que dibujaba para ganarse la vida también le parecían una forma de prostitución.

Yo le hablé de la ceremonia de entrega de la medalla en el despacho del general de división, de la lectura detallada de cómo me ofrecí voluntario, de la descripción que hizo mi comandante de cómo me arrastré hacia el nido de metralletas, y de que yo no podía dejar de pensar en mi compañero de Netanya, el que murió allí, en Hirbet Yaater, a medio metro de mí.

También Tova me habló de la condecoración que recibió una vez: una condecoración internacional de diseñadores gráficos por el dibujo de un cartel publicitario para la ONU, con el tema: la libertad y la felicidad. Dibujó ese cartel con una sensación de repugnancia, la libertad y la felicidad le parecían dos pájaros imaginarios de un cuento infantil tan empalagoso que resultaba insoportable, y precisamente por esa basura de póster había recibido una condecoración internacional.

Cuando cruzamos la calle Hayarkon, decidí enseñarle a Tova el sello austriaco y explicarle lo importante que era para mí la transacción que iba a realizar una hora más tarde. Y también le hablé de lo apasionante que era coleccionar sellos, del mosaico, de ese orden que, a mis ojos, era la auténtica belleza.

Tova se detuvo a contemplar el mar cada vez más próximo y me regaló una

frase poética de su cosecha.

—También Dios nos colecciona uno a uno, nos ordena, nos pega en su álbum y disfruta de la armonía que se oculta tras nuestro sufrimiento.

Me mantuve en silencio.

—Te quiero —dijo Tova, y bajamos por las ruinosas escaleras hacia la playa.

Hacía calor. El sudor me pegó la camisa a la espalda. Estaba sediento. Volvieron a empezar sus toses. Cuando se calmó, le mostré el sello austriaco: una mujer bañándose en un río. Ciervas en las riberas del río.

Empezó a temblar. Y yo le pregunté qué iba a pasar ahora.

## 9

En la orilla del mar había un grupo de gamberros de pelo engominado. Nos lanzaron un silbido grosero. Yo no tenía intención de soportar tal desfachatez sin hacer nada. Me levanté y me quedé de pie con los brazos cruzados. Ya antes me había quitado la camisa. Los gamberros dijeron algo entre risas y se marcharon. Le aseguré a Tova que no estaba presumiendo, pero ella pudo verlo con sus propios ojos. Se rio. Cogí un puñado de arena y empecé a soltarla encima de sus pantalones, que eran de un color gris azulado desvaído. Tova me pidió que volviera a sentarme a su lado, pues los gamberros ya se habían largado. Me senté.

—Una vez —dijo— participé en un concurso de diseñadores gráficos para el dibujo de un sello en conmemoración del 50 Aniversario del Asentamiento. Dibujé a un anciano y a una anciana, una pareja, sentados en medio del campo vacío, entre cardos e insectos, y descansando al sol. Por supuesto eligieron otro dibujo y yo perdí. Imagínate que hubiese ganado, tú habrías pegado mi sello en tu álbum sin saber nada. ¿Querrías casarte conmigo?

—¿Cómo? —dije.

—El mar, las dunas, el cielo, el fuego, el viento, todo está lleno de evidencias sencillas —dijo Tova—. Por qué nos negamos con tal empeño a

dejarnos convencer, incluso a escuchar, y solo corremos sin aliento de una noche a otra noche como si nuestra muerte fuese una fiesta a la que no podemos llegar tarde. Ahora también tú tienes prisa. Si quieres, vete. No te retengo. Vete. Intercambia sellos. Algún día, casualmente, tú mismo serás el hombre que esté en el nido de ametralladoras. Y un desconocido se arrastrará hacia ti sin que lo percibas y te liquidará antes de que te dé tiempo a girar la cabeza. Vete. Vete ya. Adiós.

—Tova —le rogué—, estás enferma. ¿Cómo puedes querer tomar ahora decisiones tan importantes como casarte? Tienes que guardar cama. Tienes que dejar de fumar. Escucha qué tos tienes. Escucha.

No dijo nada. Puede que realmente escuchara. Pero en esos momentos no había tos ni pasión, tan solo mar y viento y sol y arena y ella estaba hermosa y lejos de mí.

Dibujamos formas en la arena. En medio de aquel silencio, me fui acordando de algunos retazos de lo que Tova me había contado de camino a la playa sobre sus años de juventud. En el campo de concentración había un oficial alemán. Tova tenía quince años. Era un oficial delgado, de piel oscura y ojos tristes. En su habitación había un piano polaco robado. Él le permitía tocarlo. Y escuchaba y lloraba de nostalgia. Se quitaba su negro cinturón de piel y ordenaba que lo azotase, no había que tener compasión de bastardos como él, ella debía azotarlo con todas sus fuerzas después de tocar y, si no lo hacía a conciencia, la quemaba con su cigarro: mira, aquí. En el brazo. En la nuca. En otros sitios que tú no puedes ver. Era un hombre desdichado. Tenía un gran perro lobo llamado Heine, y ese perro odiaba a los judíos y los mordía, porque sabía identificarlos por el olor.

En el kibutz tuvo un novio muy guapo, uno de esos príncipes aletargados del valle, un hombre llamado Arnon. Sabía caminar sobre las manos mientras agitaba las piernas en el aire.

—No solo caminar sobre las manos —se me ocurrió decir—, yo puedo incluso subir escaleras andando con las manos.

—Mentiroso —dijo Tova—, si eres capaz, demuéstremelo. Sí, aquí. Ahora.

Dudé. De pronto me tocó en la nuca con el muñón del pulgar, y ya estaba completamente en sus manos. Me levanté, me quité los zapatos, di un salto

hacia atrás en el aire, caí sobre las manos y empecé a caminar. Llegué hasta la orilla del mar y regresé hasta donde estaba Tova dando un pequeño rodeo. Mis músculos me obedecieron con una precisa y redondeada agilidad, sin ningún temblor por el esfuerzo. Todas las mujeres mayores que estaban en las hamacas estiraron su cuello de tortuga y me miraron en yidis. Hubo silbidos y también aplausos. Una turista joven y escultural me dijo «¡oh là là!» con un soniquete francés. Yo no hice caso de esos halagos y regresé con Tova. Estaba fumando.

—Eres un encanto —dijo.

—Ahora me he ganado un beso, ¿no? —dije.

Pero Tova sonrió y besó su cigarro.

—Aguarda. Niño —me dijo.

Yo debía pensar en el tiempo y, cuando desvió un instante la mirada, me apresuré a echar un vistazo al reloj. Me quedaba un cuarto de hora.

—Supongamos que has aceptado casarte conmigo —dijo riéndose—, imagínate que has aceptado. ¿Sabes lo que haremos a continuación?

—Iremos a registrarnos, a comprar los anillos, a anunciárselo a los parientes.

—No. Continuaremos a lo largo de la playa hasta un lugar donde no haya nadie, solo nosotros, el agua y la luz del atardecer, porque cuando lleguemos ya estará atardeciendo. Allí nos quitaremos la ropa y caminaremos hacia el agua. Yo compondré un poema sobre ti. Tú me llevarás a Hirbet Yaater y me mostrarás lo valiente que fuiste, todo un héroe. Y por la noche regresaremos al mar y tú pegarás durante toda la noche sellos y más sellos sobre el mar y yo miraré y reiré.

—Tova —dije—, no estás hablando en serio. Tengo que despedirme y marcharme enseguida. Hablemos en serio un momento. Si tienes un número de teléfono, podrías dármelo ahora y, si alguna vez tengo ocasión de venir a la ciudad por lo de la fábrica de pantallas, te llamaré y saldremos juntos.

No se le ocurrió nada que responder a esas palabras. Le dio un ataque de tos. El cigarro salió volando de su mano y aterrizó en la arena. Su cara se puso roja. Cayó saliva de su boca y fue a parar justo en mi rodilla. La mano sin pulgar rebuscó desesperada en el aire. Volcó su pequeño bolso de paja y

el contenido se desparramó en la arena. Yo no sabía si debía inclinarme y recoger las cosas o si antes debía darle palmadas en la espalda. Decidí no golpearle en la espalda, porque ya antes me había pedido varias veces que no la tocara. Esperé. Pero en esa ocasión el ataque de tos no remitía, sino que iba a más, hasta el punto de darme asco. Cuanto más asco me daba, más aumentaba también el deseo, tanto que no sabía qué iba a ser de mí.

Por fin se calmó. Pero yo no pude calmarme. Me pidió que la perdonara. La perdoné al instante.

## 10

Luego nos despedimos y no volví a verla.

Debo escribir siguiendo un orden. No saltarme los últimos momentos. Anotarlos también. Cómo sufrí aquella repentina locura: tocar el muñón, someterme a ella, ir tras ella, casarme con ella.

Y cómo le dije, está bien, puedo retrasarme un poco, tal vez el coleccionista me espere, vayamos ahora al lugar ese que has dicho. O a tu habitación. Y cómo, en vez de alegrarse, Tova decidió seguir fumando un cigarro tras otro hasta que sus pulmones se colapsaron. Estaba frente a mí, y frente a ojos extraños, tambaleándose, agarrándose la garganta con nueve dedos, intentando recitar su poema con saliva mezclada con sangre, como si las palabras del poema fuesen la dirección de un médico o el nombre de un medicamento que podía evitar que se asfixiase: todos los ríos cof van cof todo cofcof allí va a parar, y allí solo hay cofcofcof un mar...

No pude aguantar más.

La agarré del brazo, y después también por los hombros, la zarandé y le grité que parara, que no se comportase como una loca, que estaba enferma, que esos ruidos eran insoportables, que se marchara a casa, que también yo debía irme, que no tenía ningún derecho a lanzarse así sobre un desconocido y cargarle con toda la responsabilidad, estaba apoyada en mí, no podía abandonarla, qué pensaba que tenía que hacer yo.

Se libró brutalmente de mis brazos. Se detuvo. Jadeó. Y ya estaba introduciendo en sus pulmones humo de un nuevo cigarro.

—Espera —dijo en voz baja—, espera. Esto también te llegará a ti. Sí, eres muy fuerte. Eres fuerte y ágil. Caminas sobre las manos. Explosionas nidos de ametralladoras. Es cierto. Pero de nada te servirá, porque algún día ese cuerpo tuyo te traicionará. Es un traidor. Y entonces te acordarás de que yo te previne. Ya lo verás. Siempre estás preocupado por él y por sus deseos, que coma, que descansa, que disfrute, tú mimas a ese fantástico cuerpo tuyo y vigilas que no le ocurra nada malo, ni un rasguño. Pero es un traidor. Una noche te despertarás y de pronto te clavará un cuchillo de dolor. Y más y más cuchillos por todas partes. Recuerda lo que te estoy diciendo. Empezarás a retorcerte de dolor y a gritar y a implorar, pero él te clavará un cuchillo tras otro. Olvidará todo lo que has hecho por él durante toda vuestra vida. Te despertará en mitad de la noche, abrirás los ojos aterrado en la oscuridad y te matará. Por la noche. Estará oscuro y no habrá nadie contigo. Nadie. Ni madre, ni padre, ni kibutz, ni mujer. Solo tú y tu asesino en mitad de la noche, y no habrá fuerza en el mundo capaz de detenerlo. Morirás. Como un enorme perro se lanzará sobre tu grande y espléndido cuerpo en medio de la noche y te matará sin compasión. Empieza a odiarlo desde ahora, porque es un traidor y no sabes qué noche elegirá para matarte. Ahora intenta huir, imbécil, ahora huye, si puedes, corre, imbécil, corre sobre las manos, corre sobre la cabeza, corre con todas tus fuerzas, imbécil. Y que yo no vuelva a verte más. Corre.

Lloró. No se oyó su voz ni se crispó su cara. Solo sus ojos se llenaron de lágrimas y yo no supe qué hacer. Había mar. Hacía calor. Era tarde. Le dije que debía irme ya y que era mejor que nos despidiésemos como buenos amigos. Ella me sonrió, se inclinó un poco y empezó a vomitarme encima, con ímpetu, casi con devoción, con grandes arcadas.

Escapé de ella sin añadir nada más.

Me limpié junto a los grifos lo mejor que pude.

Encontré al señor Eliezer M. Berlin a punto de salir de su casa: el mediodía ha pasado ya. Y otro coleccionista se le ha adelantado. Otra vez será, tal vez. Lástima. Adiós. De nada.

A las cinco salí de Tel Aviv. A las seis y media llegué a Haifa. Antes de las ocho de la tarde ya estaba en el cuarto de baño cercano a mi habitación, enjabonándome y volviendo a enjabonarme después de haber metido toda la ropa en el cesto de la ropa sucia. Decidí lavarme también la cabeza. Después comí ensalada y pan, pero sin verdadero apetito. Escuché un concierto de flauta y me tomé una copa de vermut. Pegué una nota en la puerta de mi habitación: No molestar, esta tarde no estoy libre. Las chicas no fueron, o tal vez fueron, vieron la nota y se marcharon. Devolví el sello austriaco a su sitio sano y salvo: una mujer sumergiéndose en un río. Ciervas en la ribera.

Luego hojeé mis álbumes, y llegué a la conclusión de que debía escribir por orden todo lo que me había pasado ese día. Lo que he escrito no está en orden, ni tampoco he conseguido escribirlo todo.

En estos momentos hay un círculo de luz sobre mi mesa. El pesado álbum con tapas de piel de ciervo procedente de Varsovia está abierto por la hoja de Bosnia y Herzegovina. Ya no existe Bosnia y Herzegovina y el último sello de la hoja es el último de todos. Para siempre. Vuelvo a escuchar música, y también esta vez he elegido un concierto para flauta. Fuera el silencio es total, si no tenemos en cuenta los grillos y las ranas. No tengo ninguna queja, ni de ella, ni de mí, ni de los coleccionistas de sellos. Pienso en silencio en los ríos: los manantiales crean arroyos, de los arroyos salen afluentes, los afluentes se unen y forman ríos y los ríos desembocan en el mar. El mar permanece. La cuestión es de dónde surge el repentino e intenso deseo de morir en este mismo instante.



# Arreglar el mundo

## 1

Durante toda su vida vivió con odio.

Era un hombre solitario y acumulaba ansiedad. Por las noches, un fuerte olor llenaba su habitación de soltero en un extremo del kibutz. Sus ojos hundidos, cansados, veían formas en la oscuridad. El que odia y el odio se alimentan el uno al otro. No es nada nuevo: un hombre solitario, encorvado, si no vierte lágrimas ni toca el violín, ni les clava las uñas a los demás, con el paso de los años se va saturando y saturando hasta que no le queda más alternativa que la locura o el suicidio. Y los que viven a su alrededor respiran aliviados.

Las buenas personas tienen miedo del odio y también tienden a no creer en él. Si aparece ante sus ojos, suelen llamarlo fervor o incluso devoción.

Por eso aquí, en nuestro kibutz, a él se le consideraba un hombre que vivía con fe, y esa fe era la que le hacía ser severo con el mundo y con todos nosotros. No era considerado como una de las personalidades del kibutz. Esa devoción suya jamás le llevó a puestos de honor y de autoridad en comités o asambleas. Así fue como, con el paso de los años, le coronamos con una especie de halo místico: es íntegro y modesto.

Ese halo se lo encasquetó el chismorreó. No hay nada que decir, no es como los demás, habla poco y hace mucho. Efectivamente, es un hombre solitario. Qué se le va a hacer. Pero gracias a personas así se mantiene en pie el kibutz. Y, si algunas veces dice cosas fuertes y desagradables de nosotros, debemos reconocer que nuestra vida cotidiana no siempre va acorde con nuestros ideales y nuestros sueños, y por eso merecemos una reprimenda y hasta una

reprobación.

Se encargaba de la maquinaria.

Se levantaba a las seis de la mañana, con el toque de campana, llenaba con su cuerpo la grasienta ropa de trabajo y bajaba al comedor. Se comía una gruesa rebanada de pan negro con montículos de mermelada y se tomaba un café. Después, desde las seis y cuarto hasta las nueve, se embadurnaba las manos de grasa en el cobertizo de cinc, que en verano abrasa como si estuviese al rojo vivo y donde en invierno los puñetazos de la lluvia crean una música melancólica de una sola nota. A las nueve regresaba al comedor y se lavaba sus toscas manos con gasolina, con jabón fuerte y con jabón normal, para eliminar la grasa negra. Pero el negro se volvía gris y no se borraba nunca.

Durante el desayuno echaba un vistazo a las páginas exteriores del periódico en busca de noticias con las que poder alimentar su odio, como injusticias, corrupción, degeneración y traición a los ideales por los que fue fundado el Estado.

Tras el desayuno regresaba al cobertizo. Ese era su campo de batalla, donde luchaba con engranajes, con correas, con carburadores y radiadores, con bujías y baterías. Lo considerábamos un excelente profesional y, a nuestra manera, reservadamente, admirábamos su trabajo. Luchaba con las máquinas y con las piezas como si tuviesen alma, y como si esa alma fuese una traidora y una rebelde y él tuviese que dominarla y llevarla por el buen camino. Solo en casos excepcionales arrojaba una pieza al suelo y farfullaba: «Se acabó. No hay nada que hacer. Hay que comprar una pieza nueva». Y en esos momentos parecía un comandante vencido que ha decidido sobrellevar la derrota con dignidad, apretando los dientes.

Pero la mayoría de las veces conseguía arreglar, reparar y dejar como nueva cualquier máquina. Sus ojos hundidos se clavaban en la rebelde bomba de aceite, y en su mirada había como una mezcla de ira contenida y paciencia infinita. Una paciencia pedagógica, nos decíamos nosotros.

Las dos expresiones que más utilizaba eran «ya veremos» y «hasta tal punto». Y a veces mascullaba las palabras: «Venga ya».

Su cuerpo era pesado. Por eso a veces daba la impresión de que las líneas de su cuerpo y los rasgos de su cara tendían lentamente hacia abajo, como si la ley de la gravedad le afectase más que al resto de las personas. Los surcos de su cara eran verticales, las arrugas de desilusión en las comisuras de sus labios también eran verticales, sus anchos hombros estaban caídos, sus manos al caminar se dirigían hacia el suelo, hasta su cabello gris caía siempre sobre la frente.

A las doce y media salía del cobertizo y subía al comedor. Siempre se ponía un plato hasta arriba de carne, patatas, montones de verduras cocinadas que no sabía diferenciar. Masticaba la comida con fuerza, la devoraba mientras sus ojos volvían a recorrer los titulares del periódico y a encontrar decadencia y corrupción en todo.

A la una y cuarto regresaba al cobertizo de la maquinaria y trabajaba hasta casi las cuatro. Esas son las peores horas. En verano el cobertizo echa fuego y en invierno las garras heladoras del viento penetran por las ventanas rotas. Su respiración era pesada, casi sonora, pero él se empeñaba en seguir con su tarea. Tenía un saco negro que extendía en el suelo de cemento debajo de la máquina antes de tumbarse para mirar desde abajo las entrañas del motor. Durante veintisiete años, ni un solo día faltó al trabajo por enfermedad.

Tras la jornada laboral regresaba al comedor. En esa ocasión se llenaba la boca de pan negro untado con mermelada, igual que a las seis de la mañana. Y se tomaba un vaso de leche caliente. Luego se dirigía a su habitación. Se lavaba, se afeitaba, se tumbaba en su cama de soltero y daba vueltas al periódico hasta que se quedaba dormido. A las páginas interiores no había llegado aún.

Las sombras del ocaso lo despertaban, era como si le mordiesen. Al atardecer le entraba terror, ansiedad, una especie de mal presentimiento: como si ese ocaso fuese definitivo, para siempre. Se apresuraba a ponerse los pantalones, se preparaba un café, se sentaba en una silla destartada y se acercaba a las páginas interiores del periódico. Al leer el editorial, las columnas de análisis, los artículos de opinión, los extractos de los discursos de los dirigentes del movimiento y del partido, le entraba un dolor casi físico. En su rostro se dibujaba una severidad monacal, mortificada, inclemente e

inmisericorde: ¡Malditos sean! ¿Qué nos están haciendo? ¿Por qué lo están devorando todo? En sus ojos se traslucía una capacidad de razonamiento gris. Y sus labios temblaban. A veces atravesaba sus pupilas una fugaz chispa de odio, de ese odio que los demás interpretaban como fervor o devoción. Acompañaba la lectura de los artículos con un lápiz. Hacía anotaciones. No con palabras, sino únicamente con signos: interrogación. Interrogación y exclamación. Subrayado. Dos exclamaciones. Y, algunas veces, también una furiosa tachadura en el cuerpo del artículo.

Las sombras del ocaso se extinguían y llegaba la oscuridad. Tenía que encender la luz. La luz eléctrica le fatigaba los ojos y le mermaba la atención, sin la cual no podía haber un pensamiento lúcido. Temía esa luz amarilla, como si su pretensión fuese sobornarle y distorsionar sus juicios de valor. Las consideraciones claras se emborronaban y, al cabo de media hora o poco más, llegaban las visiones. Ya no era capaz de responder a los requerimientos de un fino pensamiento analógico. Ya no podía elevar los acontecimientos de actualidad de los que hablaba el periódico a una instancia superior: la doctrina de los grandes visionarios, los padres del movimiento. Y estaba cansado de juzgar. La luz eléctrica le dañaba los ojos. Su mirada se quedaba fija. Llegaban las visiones. Y, con las visiones, el dolor. Así su semblante perdía la expresión de razonamiento gris, una expresión que difícilmente se podía decir que fuera atractiva ni espiritual, pero sin la cual era un hombre muy feo, tan insoportablemente feo que los niños del kibutz lo llamaban a sus espaldas el Malvado Amán, y también lo señalaban con el dedo.

Pero la mejor hora del día era desde el comienzo del ocaso a la caída de la noche. Hasta que se veía obligado a encender la luz y rendirse al cansancio y al emborronamiento, tenía bastante tiempo para poner las cosas en su contexto adecuado. Con odio lúcido y fresco estudiaba lo que decía el periódico. Con punzante acritud redactaba el auto de procesamiento, delito tras delito: el Estado ha traicionado el sueño de los visionarios padres del movimiento y se ha prostituido y corrompido. Un pueblo entero tragón y borracho ha acabado con aquel sueño. El Estado de los judíos iba a ser un nuevo capítulo de la Historia de los judíos, y resulta que está empezando a

parecer una fiesta de fin de curso, una orgía por el feliz final de la terrible historia de los judíos. Pero la terrible historia aún está en su apogeo. Los cuchillos se están afilando.

Durante generaciones y generaciones los judíos han sido un pueblo profundo y aterrador. Ahora se han convertido en un populacho levantino bullicioso, corrupto, ávido de matar el hambre con estímulos y más estímulos. Hasta que llegue el enemigo y coja su botín como quien coge huevos abandonados, y nosotros abramos los ojos cuando ya sea demasiado tarde. Las naciones no desaparecen por un fracaso militar ni por dificultades económicas. Eso es algo que ellos no entienden. Ni siquiera lo entienden los que fingen ser líderes y herederos de los padres del movimiento. Las naciones caen en un estado de corrupción y, solo entonces, el enemigo cruza las puertas en pleno banquete, cuando los defensores están borrachos y revolcándose por el suelo, y se apodera de todo. La destrucción caerá sobre nosotros como un trueno en un día despejado. En pleno festín. El país será destruido por la corrupción, no por la guerra. El hedor ya satura el aire, y ya está atardeciendo y ya se está emborronando todo y perdiéndose con esta luz amarilla. Quizá tendría que escribir al periódico, mandar una carta al director. Pero ¿quién soy yo?

Un buen par de gafas tal vez habrían aliviado su sufrimiento, pero no se le ocurrió una solución tan sencilla como esa. Con cansancio y dolor parpadeaba mirando la bombilla amarilla y tenía visiones. Ante sus ojos aparecían multitud de mujeres voluptuosas, enjoyadas, paseando por las calles de diferentes ciudades como si hubiesen nacido únicamente para ser felices y complacer. Y los hombres jóvenes iban vestidos como en las películas americanas, con discretas corbatas sujetas con prendedores de plata. Llevaban gafas de sol apropiadas y tenían una clara misión personal. Y los chicos y las chicas, los hijos de los hijos de los macabeos, los herederos de los guardianes, de los defensores y de los soñadores, destrozaban las cabinas telefónicas o alborotaban las calles por la noche con canciones incendiarias. Como destellos de cuchillos en el corazón de la ciudad. Y el indecoroso escote del vestido de su hermana pequeña, Ester, y el contorno de su figura al subir al avión italiano: el momento de la despedida en el aeropuerto de Lod.

Ella y su marido Gideon solo se iban para unos pocos años, hasta que Gideon fuese ascendido a un puesto ministerial que le permitiera permanecer de forma fija en su ciudad y dejar de andar recorriéndose las capitales extranjeras como un joven delegado. El cuerpo de su hermana durante el abrazo de despedida. La imagen del avión. El murmullo de la gente entrando y saliendo, y los acompañantes y los familiares y los camareros que querían a todos por igual, y yo en medio de esa fealdad como un fantasma: ¿por qué todos se van?, ¿por qué todos alborotan?, ¿qué pasa?, ¿acaso en estos tiempos no deberíamos ser todos combatientes?

Y después, el chirrido de los neumáticos sobre el asfalto oscuro como murmullos lascivos en mitad de la noche, a las dos de la madrugada, en medio de una riada de coches de colores, silenciosos y fuertes, donde se sientan de dos en dos, macho y hembra, judíos nuevos y libres. ¿Adónde se dirige toda esa multitud a las dos de la madrugada? ¿Quién madrugará mañana para ir al trabajo? ¿Y quién necesita esos edificios nuevos, de hormigón y cristal, diseñados como caderas de mujer? Toda esa avalancha de contaminación americana sobre esta tierra de sueños. Hasta un policía hebreo me lanza por la noche una especie de sonrisa estilosa, amable, como si también él participase de la simpatía imperante. De la lucidez. De la pasión susurrante. De ese humor frío que es la lascivia y que es la guasa susurrante y que es la propia contaminación. Vinimos para materializar un sueño y resulta que todo es cine y todo es Hollywood. Eretz Israel es una prostituta. El que odia a su país es llamado traidor. Pero el que odia a la puta traidora es quien es leal al sueño traicionado. Si duelen los ojos hasta la locura, aún es posible salir a la oscuridad y pasear un rato por el kibutz y tomar una buena cena consistente en una gigantesca ensalada, yogur, arenque, tres rebanadas de pan con queso curado y dos vasos de té. Si uno es invitado a sentarse junto a la persona apropiada, se puede conversar, no para organizar el partido, echar cuentas de las ganancias y las pérdidas políticas, sino para arreglar el mundo.

Tras la cena, él no se marchaba del comedor, sino que ocupaba un asiento junto a la mesa del periódico vespertino. Era el ejemplar que el tesorero traía de la ciudad. Un círculo de veteranos rodeaba el periódico. Los que estaban

de pie leían de pie, por encima de la cabeza de los que estaban sentados. Y algunos de los que estaban sentados leían al revés. Poco a poco se iba entablando una conversación, iba surgiendo una discusión. Primero llegaban los comentarios, las interpretaciones, las comparaciones entre lo que ocurría en esos momentos y lo que pasaba antes. Después se encendían los ánimos, porque la discusión giraba en torno a lo que debería ser y a lo que tendríamos que hacer nosotros. Había moderados y había extremistas, y había quienes siempre encontraban el dorado término medio.

Muchos de ellos eran incapaces de ver adónde estaban llegando las cosas. O tal vez preferían engañarse a sí mismos. Él tenía la obligación de abrirles los ojos, al menos a ellos, pues eran los últimos leales. Empezaba a explicarles que la corrupción ya había arraigado, que esta enloquecida tierra estaba devorando su propia carne y no se daba cuenta. Efectivamente, la expansión urbanística continuaba. A la vista estaba que se seguían levantando pueblos, asfaltando nuevas carreteras. Pero los que sabían de biología podrían constatar que también a un cuerpo muerto le siguen creciendo el pelo y las uñas hasta que se descompone por completo. Toda la expansión urbanística estaba condenada ya a la destrucción total. Ese tumor maligno devoraría a la puta hasta matarla. Los ebrios cánticos triunfalistas, la arrogancia provinciana y las palabras vacías no encubrirían la traición. El pueblo había traicionado a sus dirigentes y los dirigentes habían traicionado a su pueblo, y unos y otros habían traicionado el sueño. El kibutz podría haber sido la fortaleza del tercer Templo, y resulta que también había sido traicionado, pues sus líderes y sus gentes habían ido juntos en busca de la puta.

Todos los congregados consideraban que esas palabras eran una gran exageración, pero los más veteranos sabían que había en ellas un fondo de ira pura y quizá también de verdad y, por tanto, era bueno que algunos jóvenes las oyesen para que se asustasen un poco.

Pero los jóvenes, tres o cuatro contados, sonreían: les resultaba extraño que alguien pudiera ser un mecánico excelente y al mismo tiempo un completo idiota.

Como la discusión se producía entre trabajadores y no entre ociosos, cerca de las diez de la noche solían decir: «Ya seguiremos hablando de todo esto. Ya seguiremos analizándolo y discutiéndolo».

Entonces cada uno se marchaba hacia su habitación y solo los vigilantes nocturnos permanecían despiertos, aunque tampoco ellos salían de noche a hacer la ronda a lo largo de la alambrada del kibutz, sino que continuaban en el comedor, bebiendo té a pequeños sorbos para matar el tiempo y flirteando en vano con la vigilante, que debería estar junto a la casa de los recién nacidos y no ahí. Nada era como debería ser.

El hombre se iba a su habitación. Atravesaba la explanada de césped y se topaba con un aspersor abandonado y una manguera goteando. Debía dominar su odio. Olvidarse. Entrar en la habitación y encender la luz. La bombilla volvía a ser un tormento para sus ojos. Pese al cansancio, sacaba un viejo volumen de la estantería de madera sin pulir y se ponía a leer las palabras de los padres del movimiento. Otros se nutren de lo que leyeron en su juventud y no perciben cómo el olvido va carcomiendo su fe. Mientras que él se empeñaba en repasar cada noche lo que le enseñaron muchos años antes en Lituania, en el movimiento pionero juvenil. Se entregaba con todo su corazón y toda su alma a la feroz belleza de las palabras que describían aquel sueño: los padres del movimiento en su mayoría no escribían en un hebreo refinado, pero su pensamiento sí lo era, y no ha perdido nada de su riqueza analítica. Hay páginas que solo ahora, en estos tiempos tan feos, adquieren de pronto todo su profundo significado.

Tras unas pocas páginas, le vencía el cansancio: era un hombre mayor que cada día, durante muchas horas, realizaba un duro trabajo físico y que, cada tarde, se enzarzaba con todas sus fuerzas en análisis y reflexiones. Si no conseguía leer más era solo porque su cuerpo estaba cansado.

Por la noche, el denso olor empezaba a llenar siempre la habitación. Tampoco en verano, cuando todas las ventanas estaban abiertas de par en par, había forma de escapar a ese olor. Los sonidos de la noche revoloteaban por encima de él cuando apagaba la luz e intentaba conciliar el sueño. Incluso alguien con las ideas claras está perdido ante esos perturbadores sonidos.

Deseaba oír en esos sonidos un eco de sus pensamientos, ya fuese jugando



con los sentidos de la palabra espíritu, ya fuese traduciendo el llanto de los chacales a la lengua del lamento de los zorros, que es una alegoría de la destrucción de los reinos antiguos, y también de la locura y de la muerte. Pero los sonidos de la noche aquí, en nuestro kibutz situado entre montañas y valles tortuosos, son más fuertes que todas las alegorías y lo arrasan todo, y revolotean por encima de ti y las palabras se pierden.

Era un hombre solitario y acumulaba ansiedad. El que odia y el odio se alimentan el uno al otro. No es nada nuevo. Hace muchos años tuvo una esposa: una refugiada, extraña, muy delgada, de mal corazón, superviviente de la rebelión de uno de los campos. Vino aquí para informarle de que sus dos hermanos habían muerto de forma heroica, de que habían disparado a los alemanes hasta quedarse sin municiones. Cuando terminó de contárselo, empezó a contar cómo lo había localizado y cómo había llegado al kibutz. Habló largo y tendido. Cuando se calló, ya era de noche. Por tanto, se quedó a dormir. Y también la noche siguiente. Era unos años mayor que él.

Tras la boda, quiso llevárselo del kibutz. Su plan era, contando con parientes y con el dinero de las reparaciones, establecerse y llevar una buena vida: el kibutz era un buen lugar, pero no era para ella. Ya había sufrido bastante por el pueblo judío, ahora que sufriesen otros y ella por fin viviría un poco.

Era delgada y de mal corazón. Su apetito era insaciable. Tras unos meses se separaron. Ella se fue y él se quedó. Con algo de ayuda de sus parientes y el dinero de las reparaciones abrió un salón de moda femenina que no tenía nada que envidiar al salón que poseía en Varsovia antes de que todo empezase.

Como ella no se volvió a casar, él seguía visitándola en las contadas ocasiones en que iba a la ciudad. Llegaba implorando su cuerpo. A veces ella se lo ofrecía, con suspiros, con protestas, pidiendo que todo fuese rápido y sin florituras, reprochándose a sí misma las molestias que le causaba su buen corazón. Después le ofrecía un café. Él empezaba a discutir con ella. La odiaba con toda su alma, es cierto, pero era un odio diurno, completamente distinto a ese odio nocturno al que respondían los sonidos de la noche desde

fuera.

La noche está viva y respira. Sus ojos hundidos, cansados, veían formas en la oscuridad. Una habitación sucia. Polvo. Un par de calcetines tirados debajo de la cama. Sonido de grillos llegando en oleadas. Resuello de animales a lo lejos, un mugido. Un grito. Un tractor zumbando en un campo lejano. Perros ladrando como si hubiesen perdido la razón. Risas de parejas jóvenes atravesando el césped y zambulléndose en la oscuridad del barranco. Malditos sean. Y los chacales en el huerto. Un cálido viento del este procedente del desierto golpeando las copas de los árboles ornamentales y previniéndoles del fuego y del hacha para los que crecen los árboles. Nada nuevo.

Quería encender la radio para acallar esos sonidos enloquecedores. ¿Y qué había en la radio? Una canción indecente, obscena, una voz tan caliente, húmeda y pasional que el alma se dislocaba. El hombre apagaba la radio y maldecía a la cantante y, entre tanto, volvían los sonidos de la noche. El sueño le llegaría de repente, como un golpe de gracia en la cabeza de un caballo agonizante.

En el sueño, mujeres lozanas, y con caderas, y con risas y con cabello.

Y entonces, a veces se oía un grito en mitad de la noche. Y los vigilantes decían: «Pobre hombre. ¿Qué podemos hacer?».

Unos días antes del Año Nuevo, el hombre fue a Tel Aviv por motivos laborales, para examinar, y tal vez encargar, un moderno pistón americano.

Como de costumbre, fue a ver a su exmujer. Y ella sirvió café. Discutieron un poco sobre las noticias. Él pidió su cuerpo. Ella se lo negó y él imploró un poco. Todo en vano. Resulta que estaba a punto de casarse. No, no por amor. Qué idea tan descabellada. ¿Quién se casa por amor a su edad y con su experiencia? No. El novio también procedía de Varsovia y también había perdido a su anterior familia, también se había salvado de milagro y también era comerciante de ropa de mujer. Juntos podrían llegar lejos.

El hombre se despidió de ella sin darle sus bendiciones.

Se dirigió hacia la ciudad con paso dubitativo. Poco a poco sus pasos se volvieron seguros y hasta furibundos. Primero fue a casa de su hermana y su

marido, como si hubiese olvidado que se encontraban en Europa y permanecerían allí al menos un año o dos más, hasta que Gideon fuese ascendido.

Los inquilinos le trataron con educación: pensaron que había ido a comprobar el estado de los muebles. Le aseguraron que todo estaba bien cuidado. Le invitaron a pasar, a tomar algo, a comprobar con sus propios ojos que todo estaba en buenas manos. Pero él se quedó en la puerta, los insultó y se marchó. Hasta bien entrada la tarde anduvo por las calles de Tel Aviv y vio que todo estaba perdido. Al anoecer se encendieron las luces fluorescentes de las farolas y le hicieron daño en los ojos. Por tanto, se dirigió hacia las callejuelas oscuras. Casi a medianoche, sus pies le llevaron al comercio de equipamiento de maquinaria agrícola donde pretendía examinar, y tal vez encargar, el moderno pistón sobre el que había leído en el catálogo. La callejuela estaba oscura y el comercio cerrado a cal y canto. Le subió por el pecho tal oleada de odio que empezó a oír su propia respiración: esos corruptos han cerrado, lo han dejado todo y se han ido de juerga con mujeres. Los padres del movimiento obrero eran maravillosos, ellos lo vieron todo de antemano e incluso nos advirtieron. Nosotros despreciamos sus escritos. También a un cuerpo muerto le siguen creciendo el pelo y las uñas hasta que se descompone por completo.

En el extremo de aquella callejuela, agarró a una prostituta, se fue con ella a un hotel barato y le dio el dinero que pensaba gastarse en el comercio de equipamiento agrícola. Se quedó con ella hasta el amanecer y la odió a ella y a sí mismo hasta el final. Al día siguiente regresó al kibutz, se ocupó de las máquinas, leyó el ejemplar vespertino por fuera y por dentro y aguardó a que llegara la oscuridad. De noche cerrada salió hacia el campo de frutales y se ahorcó en un árbol. Lo encontramos tras la fiesta y, en su entierro, hablamos de su humilde entrega a nuestros ideales.

La tumba del hombre que dedicó su vida a arreglar el mundo no es distinta a otras, y no tenemos más que añadir. Era un hombre solitario. Quede su alma unida al vínculo de la vida eterna.

# Una piedra hueca

## 1

Al día siguiente salimos a evaluar los daños.

La tormenta había destrozado nuestras cosechas. Los tallos tiernos, los primeros brotes de los cultivos de invierno, fueron borrados de la faz de la tierra como si por nuestras parcelas hubiese pasado una bayeta gigantesca. Las plantas fueron arrancadas. Los viejos árboles se agitaron convulsivamente cuando el terrible viento del este los besó. Y también quebró los finos troncos de los cipreses. Teníamos un bulevar de palmeras al norte del kibutz, palmeras de treinta años, los fundadores las plantaron cuando llegaron a las colinas peladas que había aquí. Las copas de esas palmeras fueron decapitadas durante la tormenta. La sumisión de los objetos inanimados no les salvó de la ira. Los tejados de cinc de los graneros y de los cobertizos volaron por los aires. Viejos barracones fueron arrancados de sus pilares. Durante toda la noche las contraventanas estuvieron golpeando los muros por fuera como pidiendo socorro. Los vientos también las arrancaron. Hasta el amanecer se oyeron los gritos, chillidos y lamentos de los objetos inanimados. Y al amanecer se callaron. Salimos a evaluar los daños y nuestros pies tropezaron con sus cadáveres.

—Es antinatural —dijo Felix—, si ya es primavera.

—Un tifón. Aquí. Un auténtico tornado —añadió Zeiger con una mezcla de espanto y orgullo.

—Los daños alcanzan las seis cifras —concluyó Weissman.

Allí mismo decidimos dirigirnos a las instituciones del Gobierno y del

movimiento para pedir ayuda. Decidimos llamar a profesionales voluntarios para que pasasen unos días con nosotros. Y decidimos ponernos manos a la obra de inmediato, pero sin perder la calma. Superaríamos esa dura prueba igual que lo habíamos hecho anteriormente, y no nos daríamos por vencidos. Eso, más o menos, iba a escribir Felix la tarde del viernes en el boletín del kibutz. Y mantendríamos la mente clara.

Para claridad, solo había que alzar la vista al cielo de la mañana: una claridad brillante, resplandeciente. Durante muchos días no habíamos visto un cielo tan claro como la mañana en que salimos a evaluar los daños y nuestros pies tropezaron con los cadáveres de los objetos inanimados.

## 2

Una calma cristalina, celeste y rara cubría las colinas. Un sol de primavera sobre las montañas del este, una luz pura y diáfana, y un agitado coro de pájaros. No soplaba viento ni había polvo en suspensión. Recorrimos cada lugar a lo largo y ancho del kibutz, íbamos valorando, anotando en una libreta, tomando decisiones, poniéndolas en práctica al instante. Nos cuidamos muy mucho de pronunciar una palabra superflua. Hablamos en voz baja, casi con solemnidad.

Heridos: el viejo Nevidomsky, el vigilante nocturno, una leve lesión. Una pesada viga le había caído encima. Según el médico del hospital regional, tenía el hombro dislocado, pero no roto. Electricidad: la red se había cortado en muchos puntos. Lo primero que había que hacer, antes de permitir que los niños saliesen a corretear y a ver la devastación, era restablecer la corriente. Agua: había inundaciones en gran parte del kibutz y carestía en las casas de los niños. Alimentación: ese día solo se darían bocadillos de fiambre y limonada. Transporte: un *jeep* destrozado y varios tractores sepultados bajo el tejado de cinc. En esos momentos era imposible saber en qué estado estaban. Comunicaciones: los dos teléfonos estaban sin línea. Había que ir en furgoneta al pueblo cercano para informarnos de lo que había ocurrido en otros lugares y de lo que el mundo exterior sabía sobre nuestra situación.

Felix envió la furgoneta y se dirigió a las casas de los recién nacidos. Desde allí fue a los establos y a los gallineros. Y desde allí al colegio, donde dio instrucciones de retomar las clases no más tarde de las diez de la mañana «a cualquier precio, pase lo que pase».

Una actividad frenética se apoderó del pequeño y recio cuerpo de Felix. Se guardó las gafas en el bolsillo de la camisa. Así su rostro adquirió una expresión nueva, de comandante y no de filósofo.

Por todo el kibutz deambulaban las gallinas que se habían escapado de los gallineros. Esas humildes aves empezaron a picotear por el suelo, con total despreocupación, como si no hubiesen nacido ni se hubiesen criado en jaulas con comederos, como si fuesen gallinas de pueblo al viejo estilo.

Los animales daban muestras de una ligera conmoción: las vacas levantaban una y otra vez su necia cabeza buscando el tejado que había sido arrastrado por el viento. De cuando en cuando emitían un mugido amargo, prolongado, como si quisiesen advertir de que lo peor aún estaba por llegar. El gran poste de la luz cayó sobre el tejado de la casa de Batya Pinski y destrozó las tejas. A las ocho y cinco, los electricistas ya habían pisoteado su arriate de crisantemos para tender una línea provisional. La principal prioridad era restablecer la corriente eléctrica en las casas de los recién nacidos, en las incubadoras de los polluelos, que podían morir de frío la noche siguiente, y en las calderas de la cocina, sin las cuales no habría comida caliente. Felix ordenó que buscasen un radio transistor para poder seguir lo que estaba ocurriendo en otros lugares. Tal vez debería ir a visitar a Batya Pinski, y también a algunos enfermos, ancianos y desvalidos, para tranquilizarlos y comprobar cómo habían pasado aquella terrorífica noche. Pero las obligaciones sociales podían esperar unas cuantas horas, hasta que se restableciese lo más urgente y esencial. Desde la cocina informaban de una fuga de gas y, por el momento, no sabían dónde estaba. Además, a casa de Batya Pinski y de otras personas como ella no se podía ir un momento a hacer una visita de cortesía: empezaban a hablar, tenían demandas, quejas y recuerdos, y una mañana tan dura como esa era la menos indicada para entrar en asuntos psicológicos del tipo que fueran.

Por las noticias de la radio nos enteramos de que no había sido un tifón ni un tornado, sino un fenómeno local. Ni siquiera los pueblos más cercanos se habían visto apenas afectados. Dos vientos cruzados habían chocado aquí, sobre nuestras colinas, y se había producido una especie de remolino, de torbellino, que había causado una devastación local. Entre tanto, aparecieron los primeros voluntarios y, tras ellos, una creciente riada de curiosos, locutores, periodistas, y una mezcla de todo tipo de gente. Felix seleccionó a tres chicos y también a un maestro, un veterano orador, para que detuviesen esa avalancha en la puerta y no permitiesen bajo ningún concepto el paso de ninguna clase de intrusos que pudieran andar incordiándonos. Solo se permitiría la entrada a las personas autorizadas. El poste principal de la luz ya estaba sujeto de forma provisional con cables de acero. Pronto se restablecería la corriente eléctrica en los puntos más esenciales. Felix se convirtió en una combinación de hombre de palabras y hombre de acción. Felix no lo hizo todo él solo, claro está. Todos y cada uno hicimos lo que pudimos. Y seguimos haciéndolo hasta que todo quedó arreglado.

### 3

Vaho en las ventanas y susurro del infiernillo.

Batya Pinski atrapa moscas. Se mueve con bastante agilidad para su edad. Si Abrasha hubiese logrado vivir y envejecer a su lado, seguro que el sarcasmo de aquel hombre se habría transformado en asombro e incluso en amabilidad: con el paso de los años habría aprendido a conocer y a valorar. Pero Abrasha cayó hace muchos años en la Guerra Civil española, tras ir voluntariamente a apoyar al bando minoritario que luchaba por la justicia. Aún recordamos el elogioso obituario que escribió Felix en recuerdo de su amigo de juventud: era un texto sobrio e impactante, libre de retórica, que irradiaba fe y dolor, lleno de amor y sueños. Las moscas atrapadas en las manos de la viuda son aplastadas entre el índice y el pulgar. Pero sus actos no son definitivos, y hay algunas moscas que continúan agitándose después de haber sido metidas en la taza de latón. Hay un absoluto silencio en la

habitación. Se puede oír cómo se rompen los cartílagos de las moscas entre sus dedos.

Los viejos artículos de Abrasha Pinski son el asunto que nos ocupa ahora: gracias a los incansables esfuerzos de Felix, la editorial del movimiento ha accedido a recopilar y publicar los escritos de Abrasha de los años treinta. Esos escritos no han perdido vigor. Todo lo contrario: cuanto más nos vamos alejando de los valores que predominaban aquí por aquellos años, mayor es la necesidad de luchar contra el olvido. Y, en estos momentos, hay entre la gente cierta añoranza del ambiente que se respiraba en los años treinta, por lo que el libro puede llegar a tener una difusión muy razonable. Y también hay una ola de nostalgia hacia la Guerra Civil española y hacia su memoria. Felix escribirá una introducción. Y se incluirán además nueve cartas escritas por Abrasha desde el Madrid sitiado y dirigidas a la clase obrera comprometida de Eretz Israel.

Con la punta de una navaja, Batya Pinski parte en dos las moscas aplastadas en el fondo de la taza de latón. La punta raya el latón y produce unos chirridos escalofriantes.

Al final, la anciana retira el cristal que cubre el acuario y arroja dentro la masa de moscas trituradas. Los peces de colores se apresuran a apiñarse junto a la pared delantera, con la cola agitándose ligeramente y la boca ávida. Sus cuerpos son estilizados y ligeros. Al ver su agilidad en el agua, al ver sus fantásticos colores, el rostro de la viuda se inflama y arde su imaginación.

Hay algo mágico en los peces: están fríos y vivos. Esa paradoja es fascinante. ¿Acaso no es el mayor deseo, la paz perfecta?: estar frío y vivo.

Con el paso de los días y de los años, Batya Pinski ha desarrollado una maravillosa habilidad, es capaz de contar los peces del acuario, hasta cuarenta o cincuenta peces, pese a su constante movimiento de un lado a otro. Y a veces también consigue adivinar qué ruta tomará un pez suelto o un grupo. Anillos, lazos, zigzags, bruscos giros completamente caprichosos, hacia un lado y hacia arriba, líneas fluidas que forman en el agua finos e intrincados arabescos.

El agua del acuario es transparente. El cuerpo de los peces es más



transparente aún. Algo translúcido dentro de algo translúcido. Los movimientos de las aletas son los más ligeros del mundo, movimientos que no son movimientos. La vibración de las branquias es increíblemente sutil. Hay peces negros y hay peces rayados, negro-plata-negro-plata, hay peces de color rojo sangre, hay de color morado como una enfermedad, hay de color verdoso pálido como agua estancada dentro de agua fresca. Todos son libres. La ley de la gravedad no afecta a ninguno de ellos. Ellos tienen otras leyes, que Batya desconoce. Con los años, Abrasha habría conseguido descifrar también esas leyes, pero eligió sacrificar su vida en una guerra lejana.

#### 4

Las plantas y los minerales son los que crean una ilusión de profundidad. El silencioso verdor de los bosques submarinos. Los fragmentos de rocas en el fondo. Las columnas de corales por las que trepan las plantas. Y sobre una colina de arena, en el fondo del acuario, hay una piedra hueca.

A diferencia de los peces, las plantas y los minerales del acuario están sometidos a la ley de la gravedad. Los peces, por su parte, vuelan sobre las piedras y los matorrales. De cuando en cuando se restriegan o se picotean. Según Batya Pinski, es malicioso regodeo, es malévolamente arrogancia, es escarnio.

En cuanto una procesión de peces de color rojo sangre se va acercando a la piedra hueca, Batya Pinski pega la frente ardiente al frescor del cristal. Cuando los peces vivos pasan flotando a través del túnel de piedra, también a ella la recorre una fuerza vaga y profunda que la hace estremecerse de arriba abajo. Entonces tiene que contener las lágrimas. Saca la carta del bolsillo de la vieja bata. La carta está arrugada y casi amarillenta, pero las palabras están llenas de compasión y piedad:

«Estoy convencido de que más que traicionar la querida memoria de Abrasha», escribe Abramek Bart, uno de los jefes de la editorial del movimiento, «hemos traicionado a nuestros hijos. La joven generación debe conocer las olvidadas perlas ocultas en los escritos y en las cartas de nuestro

Abrasha. Uno de estos días iré a verte para rebuscar un poco en los cajones, rebuscar entre comillas, por supuesto, y estoy seguro de que nos serás de gran ayuda en la localización del legado y en su preparación para la imprenta. Afectuosamente», y está firmada por una tal Rut Bardor en nombre de Abramek Bart.

La anciana se acerca el sobre a la nariz. Lo huele un rato con los ojos cerrados. Su boca entreabierta deja al descubierto algún que otro diente. Tiene una pequeña gota colgando entre la nariz y el labio superior, en el lugar donde, durante estos terribles años, le ha empezado a salir una especie de bigotillo oscuro. Después, vuelve a meter la carta en el sobre y el sobre en el bolsillo de la bata. Ahora está exhausta y tiene que descansar en el sillón. No necesita un largo descanso. Le basta con una cabezada durante dos o tres minutos. Alguna mosca superviviente vuelve a zumbar, y entonces se levanta y sale de cacería.

Hace muchos años, Abrasha llegaba y mordía. Amaba igual que odiaba. Y de repente irrumpía y se desplomaba sobre ella y ya tenía la mente en otra parte, no estaba allí ni estaba con ella.

Muchos meses antes de su marcha, la melodía flotaba sobre sus labios sin cesar, con timbre de bajo ruso y descarado falsete. Ella recuerda esa melodía, una canción de los partisanos españoles que estaba llena de nostalgia, furia y rebeldía. Esa melodía inundaba la humilde habitación con una corriente de fuerzas entrecruzadas. Abrasha empezaba a enumerar una a una las ciudades españolas que se desangraban, doblaba un dedo por cada ciudad que había caído en manos de los enemigos de la humanidad. Todas esas ciudades tenían nombres descabellados, y a Batya le parecía percibir en ellos un soniquete de lascivia y depravación. No le gustaba España y no le deseaba ningún bien: de allí habían sido expulsados nuestros antepasados y allí fueron quemados vivos. Pero prefería callar. Para que tuviese una perspectiva más amplia, Abrasha le explicaba el sentido dialéctico de la contienda, el lugar que ocupaba la guerra de España en la batalla final que se estaba librando en toda Europa. Todas las guerras le parecían un engaño y una falsedad, una trampa para ingenuos, salvo las guerras civiles, en las que sí merecía la pena morir.

A ella le gustaba oír esas cosas, aunque ni podía ni quería comprenderlas. Solo cuando, hacia el final de su discurso, Abrasha traía a colación el asunto de las leyes de hierro de la historia y le aseguraba que la derrota de los reaccionarios llegaría como un rayo en un día despejado, solo entonces comprendía de lo que estaba hablando, porque con sus propios ojos podía ver el rayo en la mirada de su esposo.

Y entonces sentía que estaba harto de ella. Quizá había visto la crispación de su cara desencajada, quizá se había dado cuenta de lo que pretendía. Así que se sentaba a la mesa, apoyaba su cabeza grande y cuadrada sobre las manos, se sumergía en el periódico y, mientras tanto, iba comiendo aceitunas y construyendo inconscientemente un montón de huesos perfecto.

## 5

El agua está hirviendo y la tetera pitando con furia. Batya Pinski se levanta a prepararse un té. Desde que la tormenta cesó, hacia las cuatro de la madrugada, no ha dejado de beber té. Un vaso tras otro. Aún no ha salido a ver la devastación. Ni siquiera ha probado a abrir la contraventana. Permanece tras las cortinas echadas adivinando al detalle todos los daños. ¿Qué hay que ver? Todo está ante sus ojos: tejados destrozados, jardines arrasados, árboles arrancados, vacas muertas, Felix, fontaneros, electricistas, expertos y charlatanes. Todo está asolado. Dedicará ese día al acuario hasta que su presentimiento se haga realidad y llegue Abramek Bart. Tiene una confianza ciega en los presentimientos. Es posible saberlo todo de antemano, siempre, solo hay que querer saberlo realmente y no tener miedo de lo que se pueda descubrir. Abramek vendrá hoy a ver la destrucción. Vendrá, porque la curiosidad será más fuerte que él. Pero sin duda le dará vergüenza venir así sin más, como uno de esos ociosos que se aglomeran en un lugar donde ha ocurrido una tragedia. Tendrá que buscarse alguna excusa. Y entonces se acordará de la promesa que le hizo a Batya de rebuscar, entre comillas, en los cajones de Abrasha para clasificar los papeles de su legado. Son las ocho y media de la mañana. Estará aquí a las dos o las tres de la tarde. Hay tiempo.

Aún hay tiempo de vestirse, peinarse y ordenar bien la habitación. Y también de preparar todo lo que he pensado prepararle. Ahora puedo volver al sillón y tomarme un té tranquilamente.

Se ha sentado en el sillón enfrente de la cómoda y debajo de la magnífica lámpara de araña. A sus pies hay una discreta alfombra persa y, a su derecha, una mesa baja de madera negra. Todos esos hermosos objetos habrían impactado fuertemente a Abrasha si hubiese regresado. En efecto, si hubiese regresado hace veinte años, habría llegado muy alto en el partido y en el movimiento, mucho más que todos esos Felixes y Abramekes juntos, y hoy podría haber sido embajador o ministro y haberla rodeado de muebles como esos o incluso más bonitos aún. Pero decidió ir a morir por los españoles, y los muebles se los compró su yerno, Martin Zlotkin. Después de casarse con Ditzza, trajo todos esos regalos y se llevó a su joven esposa a Zúrich. Desde allí dirigía las sucursales del banco de su padre, que estaban diseminadas por tres continentes. Ditzza presidía allí un grupo de budismo zen y, una vez al mes, enviaba una carta en la que incluía algún panfleto en alemán que predicaba la paz de espíritu y la humildad. De nietos nada, ni hablar, porque Martin Zlotkin odiaba a los niños y la propia Ditzza lo llamaba «nuestro niño grande». Cada año venían de visita y contribuían a las organizaciones de caridad y de asistencia del país. Aquí, en el kibutz, se creó con su dinero una sección de literatura socialista en memoria de Abrasha Pinski. Martin se refería a las ideas del socialismo como a coches de caballos: es bonito y emotivo, pero está fuera de lugar en estos nuevos tiempos.

## 6

La víspera de la marcha de Abrasha, Ditzza tuvo una neumonía. Tenía unos dos años, era rubia, caprichosa y enfermiza. Esa enfermedad empañó la despedida de Abrasha. Batya estuvo todo el día discutiendo con las cuidadoras y con los educadores hasta que finalmente, al atardecer, cedieron y permitieron que la niña enferma fuese trasladada en su cuna desde la casa

de los niños hasta la habitación familiar, situada en la destartalada zona de barracones. El médico llegó en un carro tirado por una mula desde un pueblo cercano, le recetó unas medicinas y ordenó vigilar que la temperatura de la habitación no bajase. Entre tanto, Abrasha preparó camisas de color caqui, zapatos, ropa interior y dos o tres libros en hebreo y en ruso. Lo metió todo en una mochila y añadió también unas latas de conservas de pescado. Por la tarde, se sintió inspirado y cantó junto a la cama de su hija dos canciones, con la voz temblorosa de pura emoción. Y, en el mapa de España que estaba colgado enfrente de la puerta, le señaló a Batya la ubicación del frente donde, en esos momentos, luchaban los obreros contra los opresores. Y empezó a enumerar las ciudades: Barcelona. Madrid. Málaga. Granada. Valencia. Valladolid. Sevilla. Batya oía sin prestar atención y quería gritarle qué te pasa, loco, no te vayas, quédate, vive, y también quería gritarle ojalá te mueras. Pero se calló y frunció los labios como una vieja malvada y fea, como una bruja mala. Desde entonces, esa expresión no ha desaparecido de su cara. Recuerda aquella última tarde como si durante veintitrés años se repitiese cada noche. A veces los peces aparecen en la escena, pero no la enturbian: nadan sorteando las imágenes y le confieren a todo un aire de extraño y desolado encantamiento, como si ante los ojos de la viuda no hubiese cosas que acontecieron hace mucho tiempo, sino cosas que pueden ocurrir en un futuro, pero que aún pueden evitarse. Debe concentrarse bien y no cometer ningún error. Hoy mismo aparecerá Abramek Bart, entrará inocentemente y entonces estará en mis manos.

A las tres de la madrugada sonó el horrible despertador. Se levantó de la cama y encendió la lámpara de queroseno. Ella también se levantó, descalza y delgada, y le dijo que aún no había amanecido. Abrasha se llevó el índice a la boca y susurró: silencio. La niña. En lo más profundo de su corazón, ella imploró para que la niña se despertase y chillase con todas sus fuerzas. Él descubrió telarañas en un rincón, se puso de puntillas y las quitó. La araña pudo escapar y ocultarse entre las tablas del techo bajo. Abrasha le susurró: Dentro de dos o tres meses, cuando venzamos, regresaré y te traeré algún adorno español, y también a Ditzza le traeré algo. Ahora no me entretengas,

que la camioneta sale a las tres y media hacia Haifa.

Fue a lavarse con el agua helada que salía del grifo situado colina abajo, a unos veinte metros del barracón. Un inquieto vigilante nocturno se apresuró a ver qué estaba ocurriendo en la oscuridad. No te preocupes, Felix, le dijo Abrasha, la revolución se va y la revolución regresará sana y salva. A continuación intercambiaron algunas bromas en tono grave y también dijeron algunas cosas serias en tono de guasa. A las tres y cuarto, Abrasha volvió al barracón acompañado de Batya, que había salido tras él en albornoz. Se quedó parada, temblando, y a la luz de la lámpara de queroseno vio que con la oscuridad y las prisas no se había afeitado bien: por algunos sitios se había cortado y por otros se había dejado pelos negros. Le pasó la mano por las mejillas intentando borrar la sangre y el rocío. Era un joven alto, fuerte y apasionado y, cuando empezó a tararear desde lo más profundo de su pecho la orgullosa y triste canción de los partisanos españoles, Batya se dio cuenta de que era un hombre encantador y de que no debía interponerse en su camino, porque él sabía adónde iba y ella no sabía nada. Felix dijo, adiós, adiós, y añadió en yidis, cuídate, Abrasha. Y se marchó. Ella le besó en el pecho y en el cuello, y él la estrechó entre sus brazos y le dijo, basta, basta. Entonces, la niña se despertó y empezó a llorar de forma casi imperceptible debido a la enfermedad. Batya cogió a la niña en brazos y Abrasha tocó a las dos con sus anchas manos y dijo, ya, ya, qué pasa, ya está.

Entonces la camioneta pitó y Abrasha dijo muy animado: Se acabó. Nos vamos.

Y desde la puerta añadió: No os preocupéis por mí. Adiós.

Batya calmó a la niña y la dejó de nuevo en la cuna. Después apagó la lámpara de queroseno y se quedó sola, a oscuras, frente a la ventana, viendo cómo se aclaraba la noche y cómo se iban perfilando las cimas de las montañas del este. De repente se alegró mucho de que Abrasha hubiese quitado las telarañas del rincón, pero sin conseguir matar a la araña. Volvió a la cama y se acostó temblando, porque sabía que Abrasha no regresaría y que los reaccionarios ganarían la guerra.

Los peces del acuario han devorado todas las moscas aplastadas y continúan flotando en el espacio translúcido. A lo mejor están al acecho de nuevos manjares. Rebuscan en la espesura de algas y picotean en las bóvedas de piedra, se atacan con suspicacia para ver si uno le ha arrebatado un bocado al otro y si aún es posible salvar ese bocado.

Solo cuando se acaban las últimas migajas, los peces empiezan a bajar hacia el fondo del acuario. Despacio, como con maliciosa desgana, restriegan su vientre plateado en la arena. Diminutas setas de polvo ascienden desde esos puntos de fricción. El principio de contradicción no afecta a los peces: están fríos y vivos. Sus movimientos son soñadores, como con ferocidad adormilada.

Ayer, poco antes de la medianoche, cuando la tormenta empezó a azotarnos, la viuda se despertó y, con sus viejas zapatillas de andar por casa, se dirigió al servicio. Luego se preparó un té y dijo en voz alta y resquebrajada: Te he dicho que no seas loco. Con el vaso de té en la mano, fue a buscarse un sitio. Y decidió sentarse en el sillón situado frente al acuario, no sin antes encender la luz que había dentro del agua. Entonces, cuando la tormenta empezó a arreciar y a batir las contraventanas y las copas de los árboles, Batya observó el despertar de los peces.

Como siempre, los peces plateados fueron los primeros en reaccionar a la luz: se agitaron, salieron de su escondite en la espesa vegetación y comenzaron a ascender hacia la superficie con pequeños y fuertes aleteos. Una mollinesia negra empezó a revolotear en medio de sus hermanas como para despertar a todo el banco de peces. La escuadrilla se puso enseguida en formación y despegó.

A la una de la madrugada se desplomó un viejo barracón junto al taller de zapatería. La tormenta arrojó el tejado de cinc contra las paredes y el aire silbó y aulló. En ese mismo instante se despertaron los cola de espada rojos y formaron detrás de su líder, un pez gigantesco con una afilada cola negra. No fue la caída del barracón lo que despertó al banco de peces. Sus hermanos,

los cola de espada verdes, levaron el ancla y zarparon suavemente hacia la espesura, como determinados a ocupar el claro del bosque que habían dejado libre los peces plateados. Solamente el único pez luchador, el rey del acuario, continuó durmiendo entre los corales. El rey reaccionó a la repentina luz con una sacudida de disgusto. Los peces cebra iniciaron una estúpida danza alrededor del rey dormido.

Los últimos en arrancar fueron los guppy, el populacho del acuario, una multitud exaltada vagando de un sitio a otro en busca de restos de comida. Sobre las plantas, sobre las paredes de cristal, se movían lentamente los caracoles que cuidaban de la limpieza del agua. Y en la arena bullían otros pequeños moluscos. La viuda estuvo toda la noche frente al acuario, con el vaso vacío en la mano, cebando a los peces para que se movieran de acá para allá y llamándolos con los nombres de las ciudades españolas: Málaga, Valencia, Barcelona, Madrid, Córdoba. Y fuera arreciaban los vientos, decapitaban las copas de las hermosas palmeras y quebraban los finos troncos de los cipreses.

Ella puso los pies sobre la mesa baja de madera negra que le habían comprado Martin y Ditzza Zlotkin. Pensó en el budismo zen, en la humildad, en las guerras civiles, en la batalla final en la que no hay nada que perder y en el rayo que caería en un día despejado. Se sobrepuso con gran esfuerzo al cansancio y a la desesperación, y repitió una y otra vez los irrefutables argumentos que utilizaría llegado el momento y que él no podría rechazar. Durante todas esas horas sus ojos vagaron por otros mundos y sus labios susurraron, basta, basta, silencio.

Al amanecer, cuando se calmó el viento y nosotros salimos a evaluar los daños, la anciana cayó en una especie de duermevela llena de maldiciones y dolor de articulaciones. Después se levantó, se preparó otro té y empezó a cazar moscas a lo largo y ancho de la habitación con una agilidad impropia de su edad. Le decía el corazón que Abramek Bart llegaría justo ese día, y que su promesa le serviría de excusa. Vio que se estaba desprendiendo el yeso del techo a consecuencia del poste caído, que había roto varias tejas. Las verdaderas imágenes carecen de sonido, del más leve sonido. En completo mutismo se eleva el rey y empieza a dirigirse hacia la piedra hueca. Al llegar



al interior del túnel abovedado se queda inmóvil. Se mimetiza con el silencio absoluto: el silencio del agua. La gelidez de la luz. La quietud de la piedra hueca.

## 8

De no ser por Ditzza, Batya Pinski se habría casado con Felix ya a comienzos de los años cuarenta.

Aquello ocurrió unos dos años después de que las terribles noticias llegaran de Madrid. En Europa volvió a desencadenarse una guerra definitiva y en el comedor colgaron un mapa con flechas, y también eslóganes motivadores y recortes de prensa. Ditzza tenía cuatro años, tal vez cinco. Batya ya se había tragado la pena y había experimentado un florecimiento, nuevo y oscuro, que arrebatava no pocos corazones. Siempre iba vestida de negro, como una viuda española, como una azucena negra. Y, cuando hablaba a los hombres, sus fosas nasales se dilataban como si le llegasen efluvios de vino. Cada mañana, delgada y erguida, pasaba por delante de los trabajadores de camino al taller de costura. A veces, alguna de aquellas melodías aflucía a sus labios y cantaba con una voz tan oscura y amarga que las demás trabajadoras se miraban y murmuraban, bueno, bueno.

Felix se tomó su tiempo, no quería estropearlo todo. Ayudaba a Batya siempre que tenía el más mínimo problema, y también se ofreció a ocuparse de formar la personalidad de Ditzza. Pasado algún tiempo, cuando la secretaria general del movimiento le ordenó dejar su trabajo en el establo y aceptar un cargo político público, tomó por costumbre traerle a Ditzza pequeñas sorpresas de la gran ciudad. También con la viuda se comportaba con extrema deferencia, como si tuviese una enfermedad incurable y su obligación fuese endulzar un poco sus últimos días. Se colaba en su habitación por la mañana, fregaba los suelos y dejaba una chocolatina escondida en algún rincón, para que descubriera el regalo en los momentos más inesperados. O sustituía las perchas abombadas de madera por otras de metal y corría él con los gastos. Y, con mucha precaución, la proveía de lecturas: libros agradables, nada que

contuviese ni la menor insinuación de desamparo y de soledad, libros rusos sobre el desarrollo de Siberia, sobre el Plan Quinquenal, sobre el cambio de mentalidad mediante la educación.

—Deja de malcriar a la niña —le decía Batya algunas veces.

—En determinadas circunstancias, debemos mimar a los niños —respondía Felix con prudencia y tacto—. Para no perjudicarlos.

—Eres un buen hombre, Felix —decía Batya, y a veces añadía—: Siempre, siempre estás pensado en el prójimo. También deberías pensar un poco en ti mismo.

Felix percibía en esas palabras un tono de afecto o de interés por su situación personal, pero reprimía sus sentimientos.

—No importa. No pasa nada —respondía—. En tiempos como estos ninguno de nosotros puede pensar solo en sí mismo. Y no soy yo quien hace los mayores sacrificios.

—Felix, tienes mucha paciencia —decía Batya con los labios fruncidos.

—Tengo mucha paciencia —concluía Felix, con astucia o tal vez con ingenuidad.

Y efectivamente, al cabo de unos meses, o puede que de un año o dos, la viuda empezó a ablandarse. Permitted que Felix la acompañase desde el comedor hasta la puerta de su casa, desde el centro cívico hasta la puerta de su casa, desde el taller de costura hasta la casa de los niños, y a veces se detenía frente a algún banco y le escuchaba durante una media hora. Él sabía que aún no le convenía intentar tocarla, pero también sabía que el tiempo actuaba a su favor. Ella no se quitó el luto, no se desprendió de su arrogancia, pero su corazón también sabía que el tiempo estaba de parte de Felix y que él la estaba rodeando de tal forma que pronto no tendría escapatoria.

La pequeña Ditzza fue quien lo cambió todo.

Mojaba las sábanas cada noche, escapaba de la casa de los niños hacia la oscuridad, huía por la mañana al taller de costura y se agarraba a su madre, golpeaba y pinchaba a los niños y también a los animales, y a Felix lo llamaba Comecocos. De nada servían sus regalos ni sus muestras de cariño, ni las chucherías ni las reprimendas. Una vez, cuando Felix y Batya

empezaron a sentarse juntos en público en el comedor, la pequeña entró y se sentó de un salto en sus rodillas. Felix se emocionó, pensó que había llegado el momento de la reconciliación entre la huérfana y él, y empezó a acariciarle la cabeza y a llamarla «mi niña». De pronto, ella le mojó los pantalones y escapó de allí. Felix salió tras ella, con un ataque de ira y de pedagogía, tirando mesas e intentando atrapar a la niña. Batya se quedó sentada, erguida y sombría, y no hizo ni amago de intervenir. Al final, Felix cogió una taza de latón de una mesa, intentó darle a la escurridiza niña que estaba volviéndole loco, erró, tropezó, se levantó y se puso a limpiarse los pantalones de color caqui, que estaban perdidos de orines y de yogur. Las sonrisas se extendieron de un extremo a otro del comedor. Felix era ya por aquellos días secretario general en funciones del Partido de los Trabajadores, y resulta que estaba ahí, delante de todos nosotros, rojo, rabioso y con un rayo asesino detrás de las gafas. Zeiger se golpeó la tripa con las dos manos y dijo, ahogándose de la risa: «Miradle, miradle». También Weissman bramó. La propia Batya no pudo contener la risa, porque la astuta niña había escapado por debajo de las mesas y se había sentado a sus pies con una expresión de ángel perseguido en la cara. Las cuidadoras exclamaron indignadas: Pero cómo es posible que un hombre adulto, una personalidad pública, les arroje tazas a los niños en mitad del comedor, esto sobrepasa todos los límites.

Al cabo de tres semanas salió a la luz la relación entre Felix y Zetka, la mujer de Zeiger. Este se separó de Zetka y ella se casó con Felix a comienzos de la primavera. En mayo, Felix y Zetka fueron enviados a Suiza para, desde allí, ocuparse de organizar las rutas de escape de los supervivientes de los campos de exterminio. En el partido consideraban a Felix el pilar central de la joven directiva que había salido de entre sus filas. Y Batya Pinski empezó a caer en picado.

Cuando venga Abramek, habrá que ofrecerle té, mostrarle todo lo que hay en

los cajones y en los sobres, hablar de la cubierta y de la encuadernación, y al final no quedará más remedio que hablar de la dedicatoria, para que no haya malentendidos entre nosotros.

Cogió de la cómoda la última fotografía de Abrasha, que fue tomada en Madrid por un combatiente comunista alemán. En la foto se veía a un Abrasha delgado, sin afeitarse, con la ropa desastrada y una paloma sobre el hombro. Su boca se veía cansada y abierta de par en par, y sus ojos, apagados. Parecía un hombre exhausto tras una noche de juerga, no un partisano. Por detrás ponía: Para Batya y Ditzka, de papá sin una ducha. Y debajo, con una letra distinta y con una tinta distinta: Saludos a todos.

Con el paso de los años, Batya Pinski se acostumbró a hablar consigo misma. Al principio lo hacía en voz baja. Después de que Ditzka se casase con Martin Zlotkin y se marchase lejos con él, Batya se acostumbró a hablar consigo misma en voz alta y chillona, y por ese timbre de voz, los niños del kibutz la llamaban Baba Yaga, como la bruja mala de los cuentos que contaban las cuidadoras veteranas.

Mira, Abramek, hay otro asunto. Algo delicado, algo complejo, pero con cabeza tú y yo podemos resolverlo. Se trata de lo siguiente. Si Abrasha estuviese vivo, él mismo se ocuparía de la publicación de su libro, ¿no es cierto? Sí, así es. Por supuesto. Pero Abrasha ya no está vivo y no puede supervisar todo lo relacionado con el libro. Me refiero al color, a la encuadernación, a la introducción, a todas esas cosas, y también a la dedicatoria. Es decir, él dedicaría el libro a su mujer. Como todo el mundo. Ahora bien, Abrasha ya no está, y vosotros estáis recopilando sus escritos y sus cartas y dándoles forma de libro, pero sin dedicatoria. ¿Qué dirá la gente? Piensa un poco, Abramek, piensa qué va a decir la gente de eso. Es una invitación al más sucio chismorreo: el pobre hombre se fue a España para escapar de su mujer. O se fue y allí encontró a una tal Carmen Miranda, y se enamoró y ya está. Espera un poco. Déjame hablar. Aún no he terminado. Hay que evitar a cualquier precio habladurías de ese estilo. A cualquier precio. No, no por mí, a mí ya me da igual lo que diga la gente. Por mí pueden decir que me fui a la cama con el gran muftí y con vuestro Plejánov, con los dos a la vez. Me da igual. No es por mí, es por él: a Abrasha Pinski

no le agradaría que dijese esas cosas de él. No es bueno para vosotros, pues vosotros debéis presentar ante vuestra juventud a alguien ejemplar, sin ninguna Carmen Miranda ni cosas por el estilo. En resumen, debe haber dedicatoria. Sí. No importa quién la escriba. Tú mismo. Felix. Yo. Digamos, por ejemplo, algo así: Primera página, *Cuestiones de esta generación y la cuestión generacional*, colección de ensayos de Abraham, y entre paréntesis Abrasha Pinski, combatiente y héroe de la Guerra Civil española. Sí. En la segunda página, esta fotografía. Así. Tal y como está. Y arriba, en la tercera página: Este libro está dedicado a Batya, mi noble esposa, con amor y con dolor. Después, en la siguiente página, se puede poner que el libro está publicado por el Partido de los Trabajadores y también mencionar la inestimable colaboración de Felix. No será perjudicial. Pero no discutas conmigo, Abramek, a mí no debéis enojarme, porque ya no estoy bien de salud y porque además sé muchas cosas sobre ti y sobre Felix y también sobre cómo convencisteis a Abrasha para que se marchase a aquella estúpida guerra. Pues entonces no hables. Haz lo que se te dice. Toma, bebe, si se te sirve otro té, tú bebes, y no lo discutas todo.

Y después suspiró, se sobrepuso y volvió a sentarse en el sillón a esperarlo. Entre tanto, miró los peces. Al oír el zumbido, saltó del asiento y aplastó la mosca contra el cristal de la ventana. Cómo entran si todo está cerrado. De dónde salen. Ojalá se mueran. Y, después de una tormenta así, cómo pueden seguir vivos unos seres tan despreciables como las moscas.

Estrujó la mosca, la arrojó al acuario para alimento de los peces y se volvió a acurrucar en el sillón. Pero no hallaba descanso. El agua empezó a hervir en la tetera. Pronto llegará Abramek. Hay que ordenar un poco la habitación. Pero si todo está perfectamente ordenado, siempre, lleva años y años ordenado. Tal vez cerrar los ojos y pensar. En qué.

Con determinación y entrega nos pusimos a retirar los escombros. Algunas edificaciones que amenazaban con desplomarse aún estaban acordonadas con gruesas sogas, y estaba prohibida la entrada. Los carpinteros empezaron a poner puntales y a tapar grietas con tablas de contrachapado. En varios sitios pusimos cubiertas de lona. Los tractores trajeron barras y planchas metálicas. Donde había fugas de agua y se habían formado grandes charcos, improvisamos caminos de paso con ayuda de carretillas llenas de cascotes y ladrillos. Hasta que se acabó de reparar la red eléctrica general, tendimos varias líneas de emergencia provisionales hacia los puntos más esenciales. Se sacaron de los almacenes viejos hornillos de queroseno, los hornillos Primus. Las veteranas limpiaron y quitaron el óxido a aquellas antiguallas y, por un momento, parecía que habíamos regresado décadas atrás. La actividad nos infundió algo bastante parecido al júbilo. Algunos evocaron recuerdos e incluso contaron chistes. Y, entre tanto, Felix dio instrucciones de avisar a todos los elementos implicados, a los operarios de la compañía telefónica, a la oficina de evaluación de daños, al comité regional, al departamento de agricultura, a la secretaría general del movimiento, etcétera, etcétera. Todos esos mensajes fueron transmitidos por emisarios montados en *jeeps*, ya que la conexión telefónica estaba interrumpida. Tampoco nuestros niños se quedaron de brazos cruzados. Para que dejaran de andar correteando y molestando, Felix les encargó que recogiesen las gallinas, que se habían dispersado por todo el kibutz tras el derrumbe de los gallineros. Por tanto, el jolgorio de los cazadores llegaba desde todas las zonas ajardinadas. Grupos entusiasmados, con la cara roja, jadeando, salían corriendo de los rincones más insospechados para cortar cualquier ruta de escape a las escandalosas aves. A través de las contraventanas y ventanas cerradas y de las cortinas echadas, algunos de esos sonidos lograron entrar en la habitación de Batya Pinski. Y la viuda habló consigo misma con voz chillona y dijo, qué pasa, a qué viene tanta alegría.

Al mediodía ya estaban en funcionamiento todos los servicios esenciales para la vida del kibutz. Se sirvió una comida fría, pero nutritiva. En las casas de los recién nacidos había luz y calor. De todos los grifos salía agua, aunque

con poca presión y a intervalos. Tras la comida, se consiguió poner por escrito las primeras estimaciones no oficiales de los daños. Resultó que el área realmente afectada había sido la zona de barracones situada a los pies de la colina. Esos barracones fueron levantados por los fundadores del lugar hace decenas de años, y entonces, cuando doblaron las tiendas de campaña que habían plantado sobre la pelada colina y entraron a vivir en ellos, supieron que aquí transcurriría su vida y que lo hecho no tenía vuelta atrás.

Muchos años después, cuando se construyeron los barrios de viviendas, el viejo y después el nuevo, la zona de barracones fue cedida a la juventud. Los primeros en habitar esos barracones fueron algunos jóvenes supervivientes que llegaron a través de la Rusia asiática y de Teherán y fueron recibidos aquí con los brazos abiertos. Después hubo allí un pelotón del Palmaj del que salieron dos grandes comandantes. Desde nuestra zona de barracones partió aquel pelotón por la noche para atacar las instalaciones de radar del ejército británico, y allí regresó al amanecer. Y más tarde, cuando se fundó el Estado y el Palmaj concluyó su misión, el ejército regular se estableció en los destartados barracones. Allí se alojó la legendaria Brigada de la Montaña y allí se organizaron las grandes operaciones nocturnas. Durante los años cincuenta hubo allí inmigrantes, jóvenes soldados, estudiantes de hebreo, voluntarios, excéntricos solitarios que empezaron a llegar desde países lejanos para ver si aquí había una nueva forma de vida, y últimamente habíamos hospedado en los barracones a algunos jornaleros. Cuando se decidió levantar el tercer barrio de viviendas, se decretó la demolición de los barracones. De todos modos, ya estaban completamente destrozados, tenían las tablas arrancadas, las vigas del techo abombadas y los suelos hundidos. Las malas hierbas habían entrado y arruinado lo poco que quedaba de ellos. En todas las paredes había frases obscenas escritas en seis idiomas y dibujos lascivos que resultaban intolerables. Los niños iban cada noche a jugar a policías y ladrones entre las ruinas. Y después de los niños se colaban allí parejas al amparo de la oscuridad. Antes de que pudiésemos acercarnos a retirar los esqueletos para cavar los cimientos del tercer barrio, llegó la tormenta y, como si se hubiese cansado de esperar, hizo nuestro trabajo. Los carpinteros pasaron entre los restos recogiendo tablas, puertas y dinteles que

tal vez en algún momento pudieran ser de utilidad.

Por todas partes se podía ver la pequeña y robusta figura de Felix. Parecía que estaba en varios sitios a la vez. Sus indicaciones medidas y calculadas evitaban tumultos, evitaban duplicidades, evitaban esfuerzos inútiles. Ni por un instante perdió la lucidez, la capacidad de distinguir lo esencial de lo superfluo.

Durante diecisiete años, Felix fue secretario general, presidente, delegado y, tiempo después, miembro del Parlamento y miembro del comité ejecutivo del partido. Hace como un año, cuando Zetka, su mujer, contrajo una grave enfermedad y le quedaba poco tiempo de vida, Felix dejó todos sus cargos públicos y regresó a casa, y aquí, en el kibutz, fue nombrado secretario. Los problemas sociales y económicos que llevaban años y años aguardando una solución se arreglaron con su llegada como por arte de magia. Los viejos planes se materializaron. Las secciones poco productivas recibieron un nuevo impulso. Y había otro estado de ánimo. Hace unas semanas, diez meses después de la muerte de Zetka, Felix se casó con la exmujer de Weissman. Dos días antes de la tormenta, recibimos la visita de una delegación pequeña y con semblante serio que vino para preparar el terreno ante la inminente marcha de Felix, para que nos mentalizásemos de que nos lo iban a arrebatarse por segunda vez: con las elecciones tan cerca, debíamos enviar a alguien fuerte que nos representase en el consejo de Ministros.

A la una de la tarde se reanudó la comunicación telefónica. Telegramas de hermandad y solidaridad empezaron a llegarnos de lugares cercanos y lejanos. Otros kibutz, instituciones y organizaciones ofrecían su ayuda y mostraban su afecto.

Y en el kibutz había una nueva calma. Se veía a un oficial de policía cuchicheando con funcionarios regionales, o a uno de los asesores murmurando con un periodista curioso. A nosotros, Felix nos prohibió hablar con los reporteros y con los locutores, porque, llegado el momento de discutir la indemnización del seguro, sería mejor que todos diésemos la misma versión.



A la una y cuarto trajeron al viejo Nevidomsky de vuelta del hospital, llegó con el hombro dislocado bien vendado, el brazo en un fabuloso cabestrillo de tela blanca y la mano sana agitándose para saludar. A la una y media hablaron de nosotros en la radio, volvieron a puntualizar que no había sido un tifón ni un tornado, sino un fenómeno local: dos vientos cruzados llegaron del mar y del desierto y formaron un remolino. Fenómenos así ocurren casi cada día en los desiertos, pero en lugares habitados son muy poco frecuentes, y las probabilidades de que se repitan son escasas. No hay que preocuparse, pero sí conviene estar alertas.

Batya Pinski apagó la radio y se acercó a la ventana para mirar a través de las rendijas de la contraventana. Maldijo a las trabajadoras de la cocina, que con tanto jaleo habían olvidado sus obligaciones y no le habían enviado la comida a su habitación. Ellas mejor que nadie sabían lo enferma que estaba y cuánto la perjudicaban los esfuerzos y el mal humor. No tenía hambre, es cierto, pero eso no hacía que se sintiese menos ofendida e indignada: se han olvidado. Como si ya no existiera. Como si no hubiese sido por ellas y por sus sonrosados hijos por los que Abrasha había sacrificado su joven vida en una tierra extraña y maldita. Se han olvidado de todo. Y también Abramek se ha olvidado ya de lo que me prometió y hoy no vendrá. Ven, Abramek, ven, te daré todo el material y las cartas, te daré ideas para la encuadernación y para la dedicatoria, te invitaré a ver el desastre que ha causado aquí la tormenta, te mueres de ganas y de curiosidad por venir a verlo con tus propios ojos, pero no tienes ninguna excusa, cómo va el director de la editorial del movimiento a echar a correr como un niño pequeño para ver el espectáculo en mitad del trabajo. Entonces ven, yo te daré la excusa para venir y también te daré té, y hablaremos como es debido.

Atravesó la habitación enfurecida, porque descubrió polvo en un rincón del estante. Con rabia lo quitó con la palma de la mano. Y se inclinó y recogió de la alfombra una hoja que se había caído de la maceta. Después sacó del bolsillo de su bata la carta de Abramek Bart, la desdobló, observó un instante la firma de la secretaria, una tal Rut Bardor, seguro que irá pintada, seguro que llevará los muslos al aire, seguro que se habrá depilado las piernas y las cejas y se habrá aclarado el pelo con agua oxigenada, seguro que llevará

lencería transparente e irá rociada de arriba abajo con desodorante. Ojalá se muera. Ya he atiborrado bastante a los peces. No les daré más comida. Y otra vez una mosca. Cómo habrá logrado entrar o dónde se habrá ocultado hasta ahora. A lo mejor nacen aquí. El agua vuelve a hervir. Otro té.

## 11

Tras el embarazoso espectáculo en el comedor a principios de los años cuarenta, algunos de nosotros se alegraron de que la relación entre Batya y Felix se acabase a tiempo. Pero todos lamentamos el cambio que experimentó Batya. Pegaba a la niña incluso delante de otros niños. De nada sirvieron las explicaciones ni las conversaciones. La pellizcaba hasta que la piel se le ponía morada, y la llamaba cosas muy feas, entre otras, quién sabe por qué, Carmen Miranda. La niña dejó de mojar la cama, es cierto, pero empezó a torturar gatos. En Batya se apreciaron las primeras señales de mortificación. Su madura y embriagadora belleza fue desvaneciéndose. Aún había quienes no podían apartar los ojos de ella cuando pasaba, esbelta, sombría y voluptuosa, desde el taller de costura al cuarto de la plancha. Pero su rostro era malvado, y en sus labios había una mueca de desprecio y rencor.

Y siguió educando a la niña con mano de hierro.

Algunos eran inmisericordes con ella y la llamaban loca o decían, pero quién se cree que es, una viuda siciliana, la estrella de un melodrama barato, la Virgen María, una actriz de tres al cuarto.

Cuando los fundadores se fueron a vivir al primer barrio de veteranos, también Batya se trasladó allí. En la nueva habitación, Zeiger colocó un acuario por iniciativa propia. Lo hizo como muestra de agradecimiento. Zeiger era un retaco barrigudo y peludo. Se pasaba el día bromeando, como si la vida en general y la suya en particular estuviese hecha para divertir a los demás y divertirse él mismo. Su humor tenía fórmulas fijadas. Incluso cuando salió a la luz la relación entre Zetka, su mujer, y Felix, incluso cuando Zetka decidió abandonarlo y trasladarse con sus pertenencias a la habitación de Felix, el buen humor no abandonó a Zeiger. Decía a todo el que quisiese

escucharlo: Yo soy un proletario, pero, cuando la revolución llegue aquí, Felix será un comisario político. Por tanto, también yo habría accedido a irme a vivir con él si hubiese querido llevarme.

Era un hombre pequeño y recio, y siempre olía a ajo y tabaco. Sus movimientos eran torpes y pesados como los de un oso, y rebosaba alegría, una especie de entrañable desenfado que no le abandonó ni siquiera cuando una bala le alcanzó en el vientre durante unas prácticas de tiro clandestinas. Le queríamos. Sobre todo en las fiestas de disfraces, en las bodas y en los bailes, a los que Zeiger contribuía con momentos memorables.

Desde que Zetka lo abandonó, tenía una relación epistolar con una pariente, una divorciada que vivía en Filadelfia y a la que jamás había visto. Iba a casa de Batya Pinski al atardecer para que le tradujese las cartas de su pariente del inglés al yidis y sus humorísticas respuestas del yidis al inglés. Ella había aprendido la lengua inglesa de forma autodidacta, con las novelas que leía en la cama por las noches. Zeiger siempre se disculpaba antes de marcharse, como si le hubiese robado un tiempo muy valioso. Pero fue él quien ahuecó con una horca la tierra del arriate de la nueva casa de Batya, y fue él quien la abonó y la rastrilló y llevó bulbos y esquejes del vivero. Su fuerte e intenso olor permanecía en la habitación al marcharse. A la pequeña Ditzta le gustaba plantearle adivinanzas: él nunca sabía la solución, o fingía que no la sabía y, cuando ella se la desvelaba, se sorprendía y se asombraba tanto que la niña no podía parar de reír.

Un día llegó con unos marcos de aluminio, unas planchas de cristal, un metro enrollable, un destornillador y una sustancia pegajosa, que olía fatal, a la que él llamaba *kit*, y a la que Batya le enseñó a llamar masilla.

—Un acuario —dijo Zeiger—, y dentro nadarán peces. Es algo estético. Es algo relajante. Y no hace ruido ni ensucia.

Y se puso manos a la obra.

Batya Pinski se habituó a llamarle Alí Babá, y él aceptó ese apodo con agrado y también le puso uno a ella: princesa-condesa de Odesa.

Tal vez debido a ese apodo, la pequeña Ditzta empezó a dirigirse a Zeiger con el nombre de Pesaj. Y aunque su nombre propio era Fischel, el apodo

Pesaj se hizo tan habitual que hasta en el boletín del kibutz lo llamaban Pesaj Zeiger.

Con dedos peludos y fuertes sujetó las paredes de cristal del acuario con una fina capa de masilla. De vez en cuando utilizaba una herramienta que dejó fascinadas a Batya y a Ditzá: una especie de diamante para cortar cristal.

—¿Cómo podemos agradecerte este precioso regalo? —preguntó Batya cuando el acuario estuvo terminado.

Zeiger se quedó pensativo durante dos o tres minutos, soltó un efluvio a ajo y tabaco, se hizo un guiño a sí mismo y se encogió de hombros.

—*Chort znayet* —dijo, que significa «solo el diablo lo sabe».

Los peces fueron llevados en un frasco e introducidos en el acuario con gran pompa. Ditzá llevó a todos sus amigos y a todas sus amigas para hacer «una fiesta de peces» que no fue del agrado de Batya. Por la tarde, Zeiger llegó con la carta de su pariente de Filadelfia y además con una botellita de coñac.

—Hazme los honores —dijo—, por favor.

Batya le sirvió una copa y le tradujo la carta y la respuesta.

Esa misma tarde celebramos el día de la victoria. La Segunda Guerra Mundial había terminado y el monstruo había sido completamente aniquilado. Izamos en lo alto del depósito de agua las banderas de Israel y de la clase obrera. En el cuartel de al lado, los soldados británicos lanzaron bengalas y, al amanecer, llegaron en camionetas para compartir con nosotros la alegría y los bailes. A las chicas del kibutz les pareció bien acceder a bailar con los soldados ingleses, pese al olor a cerveza que desprendían. En el comedor se colgaron consignas y también un gran retrato de Josef Stalin de uniforme. Felix pronunció un apasionado discurso sobre el mundo puro que surgiría ahora de las ruinas de las fuerzas de las tinieblas vencidas. Nos aseguró a todos que jamás olvidaríamos a los que dieron su vida en esa lucha, aquí y en los frentes lejanos. Después prendió en la solapa del vestido de Batya la insignia de la victoria, estampada por el Partido de los Trabajadores, le estrechó la mano y la besó. Nosotros nos pusimos en pie, cantamos el himno nacional y el himno de los trabajadores y empezamos a bailar hasta que se hizo de día. A las tres y diez, Zeiger agarró a Batya Pinski del brazo y

la sacó casi a la fuerza del rincón del comedor donde llevaba toda la noche sentada sin hablar, la condujo hasta la calle y la llevó a su habitación. Estaba ronco y tenía la camisa blanca de fiesta pegada a la espalda por el sudor, porque entre baile y baile había asumido el papel de chistoso, como en las viejas bodas judías, para hacernos reír.

—Basta —dijo Zeiger cuando llegaron a la puerta de la habitación de Batya en el nuevo barrio—. Esto ya ha sido demasiado para mí. Ahora, buenas noches. —Y se dispuso a marcharse.

Pero ella le ordenó entrar en la habitación y él la obedeció. Le quitó la camisa sudada y él pidió permiso para lavarse la cara. Pero en vez de decirle que sí o que no, Batya encendió la luz marina del acuario y apagó la del techo. Él empezó a disculparse o a implorar y, en medio de sus balbuceos, Batya lo atrajo hacia ella, sudado, ardiente, sucio, perplejo, y lo sometió en silencio.

## 12

En un pueblo pequeño que se regía por unos principios no había secretos, no podía haberlos.

Antes de las seis de la mañana, los vecinos vieron a Zeiger salir de la habitación de Batya Pinski, deprimido y decaído. A las siete, la noticia estaba ya sobre la mesa de las costureras. Hubo algunos, entre otros Felix y su esposa Zetka, que antes fue la mujer de Zeiger, que vieron la parte positiva de aquel asunto: hasta ahora la situación ha sido completamente antinatural y ha estado llena de tensiones innecesarias. En estos momentos todo es mucho más sencillo. Martirios, tragedias mediterráneas, florituras sentimentales, todas esas cosas no encajan con los principios que defendemos.

Pero ni siquiera los que opinaban de ese modo pudieron mostrarse indiferentes ante lo que ocurrió a continuación: Zeiger fue el primero, pero no el último. Pocas semanas más tarde se propagó la noticia de que toda clase de tipos marginales iban a la habitación de Batya Pinski por las noches. No hacía ascos ni a refugiados, ni a hombres tan peculiares como Matitiah

Damkov. Su nobleza silenciosa y melancólica se convirtió en algo que es preferible no calificar. Y su rostro se afeó mucho.

Un año o dos más tarde, también la pequeña Ditzza empezó a ir por ahí con soldados y trotamundos. Nosotros no podíamos dedicarle toda nuestra atención a ese penoso asunto, porque la lucha para expulsar a los ingleses estaba llegando a su punto culminante, y a continuación los ejércitos árabes invadieron el país y llegaron hasta la alambrada del kibutz, y nosotros los repelimos casi con las manos vacías. Al final, el país se calmó. Montones de refugiados empezaron a llegar de todas partes. Entre ellos estaba también la pariente de Zeiger, una mujer de mediana edad que llegó como turista y lo arrastró con ella a Filadelfia. Todos lo lamentamos, y algunos todavía no se lo han perdonado a Zeiger. Felix tuvo que aceptar un puesto de responsabilidad en el partido, y solo le veíamos los fines de semana. Por lo que respecta a la viuda, también sus últimos rescoldos se apagaron. La niña huía una y otra vez hacia el desierto del Néguev o hacia los campos de tránsito, y una y otra vez la traían de vuelta. Batya Pinski se encerró en su habitación. Informó al kibutz de que, debido a su enfermedad, no podría trabajar más. No sabíamos qué enfermedad era esa, pero decidimos no indagar. La dejamos en paz. Cuando Ditzza se casó con Martin Zlotkin, el hijo del famoso banquero, todos nos sentimos aliviados. La propia Batya aceptó con gran serenidad ese matrimonio, y también los fantásticos muebles que le regaló la joven pareja. En esos momentos, eran los peces los que ocupaban el centro de la escena. La tetera eléctrica estaba todo el día funcionando a pleno rendimiento. Cuando parecía que se había dado carpetazo a todos los asuntos del pasado, resulta que salió el tema del legado de Abrasha y la decisión de recopilar y publicar sus viejos escritos y las cartas que nos envió desde Madrid. Todo tal y como había asegurado Felix el día de la victoria sobre las fuerzas de las tinieblas: no olvidaremos a nuestros compañeros que han dado su vida en esta lucha. Y efectivamente, pese a todas sus ocupaciones, Felix no olvidó dar instrucciones a la editorial del movimiento para que, de una vez por todas, se pusiese manos a la obra. Y la viuda esperó día tras día. Los peces atravesaban la escena, pero no la enturbiaban. Están fríos y vivos, y no están sometidos a la ley de la gravedad, porque son capaces de flotar en el

agua sin ningún esfuerzo. La tormenta de esta noche traerá a Abramek Bart, pero ya son las dos de la tarde y aún no ha llegado. Alguien como él entenderá mis argumentos respecto a la dedicatoria y no pondrá ninguna pega.

### 13

Pero no puedo recibirle en bata. Tengo que vestirme. Tengo que ordenar la habitación, si es que hay algo más que ordenar. Y tengo que bajar del estante las tazas de cristal para servir el té como es debido. Y también abrir las contraventanas. Ventilarlo todo. También ventilar un poco las pastas. Pero, lo primero, vestirme.

Se acercó al grifo, se lavó la cara con agua fría y volvió a lavársela como si hubiese decidido torturarse. Después, frente al espejo, empezó a acariciarse la cara y el pelo con sus huesudos dedos y dijo en voz alta: Shhh, shhh, ya está, eres buena y te quieren, shhh, todo va bien.

Empezó a maquillarse ligeramente y a cepillarse el cabello canoso. Por un instante, apareció en el espejo la anciana malvada a la que los niños llamaban la bruja Baba Yaga, pero acto seguido apareció en el espejo una mujer solitaria, orgullosa y de noble corazón a la que el sufrimiento no había conseguido quebrar. Eligió a la segunda mujer del espejo y le dijo: Tal vez nadie te entienda, pero yo te respeto muchísimo. Y el libro está dedicado a Batya, la noble esposa, con amor y dolor.

Al decir esas palabras, oyó el chirrido de los frenos en la explanada situada delante del comedor. Fue corriendo hacia la ventana, aún despeinada, porque no le había dado tiempo a ponerse las horquillas, abrió de golpe las contraventanas y asomó la cabeza. Abramek Bart, el presidente de la editorial, salió del coche y sujetó la puerta para ayudar a salir al secretario general del movimiento.

Como salido de la nada, también apareció Felix, y los recibió con un apretón de manos cálido y formal y con expresión seria. Intercambiaron algunas frases y se fueron a inspeccionar el kibutz, para ver con sus propios

ojos los daños y los trabajos de reconstrucción que se llevaban realizando sin descanso desde primeras horas de la mañana.

14

Ella concluyó todos los preparativos. Se puso su vestido color burdeos, un collar, unos pendientes discretos y unas gotas de perfume, y también puso agua a calentar para que hirviese en el momento oportuno. Mientras tanto, la habitación se llenó de la luz azul que entraba por las ventanas abiertas. Niños y pájaros gritaban de alegría. El agua del acuario parecía descolorida y pálida con ese torrente de luz. Entonces, la vieja melodía española empezó a aflorar a sus labios y, de lo más profundo de su pecho, salió una voz cálida y grave. La canción era pegadiza y estaba llena de nostalgia. Por aquellos días, en los lejanos años treinta, los partisanos españoles y sus simpatizantes de todo el mundo la cantaban hasta la extenuación. Abrasha no paró de repetirla la noche de su partida. Y unos diez años después, durante la guerra de Independencia, la melodía se revistió con palabras hebreas. Los refugiados de caras pálidas que repentinamente se habían convertido en soldados la cantaban alrededor de una hoguera en la vieja zona de barracones. La canción fluía noche tras noche entre las casas del kibutz y llegaba también hasta Batya Pinski:

*El primer plato que dan  
son granadas rompedoras,  
y el segundo de metralla  
para recordar memoria.*

Y de pronto decidió salir.

Entre los árboles tronchados y los cristales hechos añicos, vio que el cielo diáfano descansaba sobre las colinas como si no hubiese pasado nada. Vio a Matitiahú Damkov, furioso y taciturno, con la espalda empapada de sudor, soldando tuberías. Y vio a lo lejos el lugar donde se levantaban los viejos



barracones, el origen del kibutz, ahora arrasado y vacío. Algunos trabajadores andaban por allí rebuscando entre los escombros. Dos o tres cabras estaban pastando con absoluta tranquilidad.

La viuda llegó a la explanada del comedor justo en el momento preciso: Felix ya había acompañado a sus invitados al coche. Estaban junto al automóvil intercambiando algunas palabras más, seguramente resumiendo los puntos fundamentales. Durante todo el día, las gafas de Felix habían estado ocultas en el bolsillo de su camisa. En ese momento se las volvió a poner para anotar algo en una libreta. Así desapareció de su rostro la expresión de comandante y reapareció la de filósofo.

Finalmente volvieron a estrecharse las manos. Los visitantes entraron en el coche y Abracek arrancó. Cuando empezó a maniobrar entre las tablas y las planchas metálicas abolladas para abrirse paso y salir, Batya Pinski salió disparada de entre los arbustos y empezó a golpear con el puño el cristal de la ventanilla. El secretario del movimiento se asustó y se cubrió la cara con las manos, pero acto seguido apartó las manos y clavó la vista en el horrible personaje que tenía delante. Abracek frenó y abrió una rendija en la ventanilla.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Quiere que la llevemos? Pero ahora no vamos a Tel Aviv. Vamos en sentido contrario. Continuamos hacia el norte.

—Abracek, no se te ocurra publicarlo sin dedicatoria, porque entonces os sacaré los ojos y armaré tal escándalo que el país entero empezará a gritar —dijo Batya de un tirón y con voz chillona.

—¿De qué está hablando? —preguntó el secretario general en tono contenido.

—No lo sé —se justificó Abracek—, no tengo ni idea, no la conozco.

En un abrir y cerrar de ojos, Felix tomó el control de la situación.

—Un momento, Batya —dijo—, deja que yo lo explique, cálmate. Sí. Esta es nuestra camarada Batya Pinski. Así es. La Batya de Abrasha. Y seguramente lo que quiere es que saldemos una deuda moral que todos tenemos con ella. Abracek, tú recuerdas de lo que se trata, ¿verdad?

—Claro —dijo Abracek Bart. Y como si en ese instante le hubiesen asaltado las dudas, repitió dos veces—: Claro, claro.

Felix se volvió hacia Batya y la cogió del brazo con ternura.

—Pero hoy no, Batya —le dijo, también con voz tierna y afectuosa—, ya ves en qué situación estamos, realmente has elegido un mal momento.

Mientras tanto, el coche se dirigió suavemente hacia la curva. Felix se tomó un momento libre para acompañar a Batya de vuelta a su habitación.

—No tienes ningún motivo para recelar —le dijo por el camino—. Cumpliremos lo prometido. Además, no lo hacemos por ti, esto no es una obra de caridad ni un favor personal, los escritos de Abrasha son ahora tan necesarios para la juventud como el aire para respirar. Por favor, danos algo de tiempo. Todo llegará, no te preocupes. Me imagino que hoy no te han traído la comida y que por eso, con toda la razón, estás enojada. Ahora mismo iré a la cocina y pediré que te envíen comida caliente: las calderas ya funcionan. Y, por favor, no te enfades con nosotros, hoy no está siendo un día fácil. Adiós.

## 15

Queda el acuario.

Ahora es posible concentrarse y cuidar de los peces como se merecen. Primero la anciana inspecciona los dispositivos eléctricos: un montón de enchufes y clavijas ocultos detrás del acuario, una maraña de claves de colores enredados, interruptores y conductores eléctricos que activan todos los sistemas esenciales.

Debajo del acuario se esconde una diminuta bomba eléctrica de la que salen dos tubos de plástico transparentes que llegan hasta el agua. Un tubo activa el filtro y el otro suministra aire para que los peces respiren.

El filtro es un recipiente de cristal con fibras dentro. Con el motor eléctrico se bombea el agua desde el fondo del acuario hacia el filtro, pasa por las fibras, se desprende de las impurezas, de los restos de comida y de las partículas de vegetación y vuelve al acuario limpia y transparente. La bomba de aire es un tubo fino por el que fluye el aire hasta el fondo del acuario, después de pasar a través de una piedra porosa, situada en el extremo del

tubo, que libera miles de diminutas burbujas para enriquecer el agua con oxígeno y eliminar las algas que tienden a acumularse en el agua estancada. Todos esos aparatos hacen posible que el agua del acuario se mantenga pura y transparente para que los peces puedan desarrollar sus espléndidos colores y moverse de un sitio a otro con fascinante ligereza.

Otro aparato eléctrico imprescindible para el acuario es el calentador. Se trata de un tubo de cristal hermético con una resistencia dentro formada por un hilo metálico enrollado. La corriente eléctrica calienta la resistencia, y el agua, incluso en días de lluvia y tormenta, alcanza temperaturas tropicales. La luz y el calor hacen maravillas en la vegetación marina, un bosque perenne de color verde oscuro en cuyas profundidades habitan los peces. Un banco de peces tras otro sale de la espesura y traza una ruta mágica imposible de predecir, porque está sujeta a leyes misteriosas. Las colas se agitan como si esos peces fuesen un corazón consumido por la nostalgia y no unas criaturas de agua dulce. El cuerpo de los peces es casi transparente. A través de la piel fría se distingue claramente el esqueleto. También tienen sistema circulatorio, y también pueden enfermar y morir. Pero los peces no se parecen a nosotros. Ellos tienen la sangre fría. Están fríos y vivos, y ese frío no es muerte, sino una flexibilidad y una vitalidad que les permite ascender y sumergirse, avanzar y girar con impetuosa energía. La ley de la gravedad no les afecta.

Las plantas y los minerales realzan todo eso por contraste: la imagen de un banco de peces cola de espada pasando suavemente por el túnel de la piedra hueca provoca en la viuda una duda importante, ¿la muerte es posible? y, si es posible, ¿a qué hay que esperar?, ¿por qué no sumergirse en ese mismo instante?

Pega su frente ardiente al cristal del acuario. Es como si los peces nadasen hacia su frente y se metiesen dentro. Y, entonces, el descanso y la paz.

La anchura hace que la mente se olvide de la profundidad. La profundidad existe. Envía hacia la superficie ondas y ondas de oscura quietud. Y el agua refleja ahora las palmeras decapitadas.

El día declina y las ventanas se oscurecen.

Ahora ella cerrará las contraventanas y correrá las cortinas. El agua volverá a hervir. Otro té, esta vez en una de las dos tazas de cristal que ha bajado del

estante. También los peces se van agrupando alrededor de la bombilla submarina como si presintiesen la llegada de la noche.

Un silencio cristalino y azulado cae sobre nuestras colinas. El aire es diáfano. Las tareas del día ya se han concluido. Que su descanso sea dulce. Que los peces naden en paz dentro de sus sueños. Que no la visiten esta noche las palmeras decapitadas. Por la piedra hueca pasa la última caravana. La oscuridad está cerca.

# En esta mala tierra

## 1

Jefté nació en los límites del desierto. En los límites del desierto también fue cavada su tumba.

Durante muchos años, Jefté estuvo vagando por el desierto en compañía de gentes nómadas por las proximidades del país de Amón. Jefté no abandonó el desierto ni siquiera cuando los ancianos de Israel fueron al desierto en su busca para que se convirtiera en juez de Israel. Era un salvaje. Fue por su salvajismo por lo que los ancianos de la comunidad lo eligieron como su adalid. Todas esas cosas ocurrieron en tiempos convulsos.

Jefté el galaadita fue juez durante seis años. Venció en todas las guerras. Pero tenía una expresión desolada en el rostro. No amaba a Israel ni odiaba a sus enemigos, se pertenecía a sí mismo y era un extraño para sí mismo. Durante toda su vida, incluso cuando estaba bajo la sombra de su casa, sus ojos se mantuvieron entornados como para protegerse del polvo del desierto o de la luz candente. O estaban en blanco, mirando hacia dentro porque alrededor no encontraban nada.

De hecho, el día de su victoria sobre Amón, cuando regresó a la heredad de su padre y el pueblo lo vitoreó y las muchachas de Israel cantaron *a Jefté ensalzaré, a Jefté ensalzaré*, el hombre estaba como adormecido. Y uno de los ancianos de la tribu allí presentes pensó: Este hombre es un impostor, su corazón no está con nosotros, sino lejos de aquí.

El nombre de su padre era Galaad el galaadita. Su madre era una prostituta amonita llamada Pitdá hija de Eitam. Jefté también puso a su hija el nombre

de Pitdá. Al final de sus días, cuando estaba cerca de la muerte, Jefté veía a esas dos mujeres como si fuesen una sola.

Pitdá, su madre, murió cuando Jefté era joven. Sus hermanos, los hijos de su padre, lo expulsaron al desierto porque era hijo de otra mujer.

En el desierto, nómadas desdichados se unieron a él y se convirtió en su líder, porque tenía capacidad de mando. Sabía hablarles con voz cálida o, si quería, con fría maldad. Y también al disparar una flecha, domar un caballo o plantar una tienda parecía moverse despacio, casi con retardo o con cansancio, pero qué ilusorio era aquello, como un cuchillo reposando entre pliegues de seda. Él podía decirle a una persona: Levanta. Ven. Vete. Y esa persona se levantaba, venía y se iba sin que Jefté el galaadita emitiera ningún sonido, solo moviendo los labios. Hablaba poco, porque no le gustaban las palabras ni confiaba en ellas.

Durante muchos años vivió Jefté en las montañas del desierto, y siempre estaba solo, incluso cuando se encontraba rodeado de personas bulliciosas. Un día, los ancianos de Israel fueron a pedirle que luchase por ellos contra los amonitas. Se recogieron las túnicas debido al polvo del desierto y se arrodillaron a los pies del salvaje. Jefté permaneció frente a ellos escuchando en silencio, y contempló su orgullo quebrado como quien mira una herida. De pronto lo embargó la pena, no la pena por aquellos ancianos, tal vez ni siquiera fuese pena, sino algo parecido a la ternura, y dijo con ternura: «El hijo de una prostituta será vuestro jefe».

Y los ancianos dijeron con voz extraña: «Será nuestro jefe».

Todo eso ocurrió en el desierto, fuera de la tierra de los amonitas, fuera de la tierra de Israel, en las profundidades del silencio y entre volubles objetos inanimados: arena, neblina, arbustos bajos, montañas blancas y piedras negras.

Jefté derrotó a Amón, regresó a la heredad de su padre y también cumplió el voto que había hecho. Sabía que se le estaba poniendo a prueba y que podía superar aquella prueba: cuando fuese a sacrificar a su hija se le diría, no

alargues tu mano contra la muchacha.

Y después regresó al desierto.

Él amaba a Pitdá y creía en los sonidos nocturnos que recorren el desierto. Jefté el galaadita murió en las montañas, en un lugar llamado el país de Tob. Algunas personas han nacido y venido al mundo para ver con sus propios ojos la luz del día y la luz de la noche y para llamar a la luz, luz. Pero a veces una persona pasa tristemente por la vida y, al morir, deja tras ella un rastro de ira y de furia. Al morir Jefté, su padre cavó una tumba y, ante la tumba, dijo: «Durante seis años juzgó mi hijo a Israel por la gracia de Dios».

Y Galaad el galaadita añadió: «La gracia de Dios es el caos».

Durante cuatro días al año, las muchachas van a las montañas a llorar a Pitdá, la hija de Jefté. Un anciano ciego camina tras ellas en la distancia. Los vientos secos del desierto arrancan sus lágrimas de las arrugas. Todos esos vientos no pueden llevarse la sal, y la sal se reseca, quema sobre las mejillas del anciano. A las montañas van las muchachas a gritarle al desierto, tierras de lobos, de víboras y de hienas, espacios devorados por una luz blanca. Personas desdichadas, nómadas del país de Tob, oyen por la noche el llanto de las muchachas y desde la lejanía responden con una triste canción.

## 2

El lugar donde nació Jefté estaba en un extremo del país. La heredad de Galaad el galaadita era la última en los límites del territorio de la tribu. En ese lugar, el desierto lamía la tierra sembrada y a veces penetraba en los campos de frutales y tocaba a las personas y al ganado. Por la mañana, el sol despuntaba por las montañas del este y en un instante empezaba a abrasar todo el país. A mitad del día caía una especie de granizo ardiente que lo asolaba todo con furia derramada. Al final del día, el sol bajaba hacia el oeste para incendiar las cimas de los montes. Las rocas cambiaban de color y parecían moverse desesperadamente en la distancia, como si estuviesen quemándose vivas.

Pero por las noches la tierra se calmaba. Vientos frescos la envolvían lentamente, como con una caricia. El rocío cubría las rocas. El viento nocturno era clemente. Efímera y fugaz era esa compasión, pero se repetía y se repetía como un ciclo de nacimientos y muertes, como el viento y el agua, alternancia de odio y nostalgia, una sombra que llega y una sombra que pasa.

Galaad el galaadita, el señor de la heredad, era un hombre alto y corpulento. El sol le había curtido la tez. Intentaba dominarse con todas sus fuerzas, pero era un tirano. Las palabras salían de su boca como un reproche o un murmullo venenoso, como si estuviese obligado a silenciar siempre la voz de los demás. Si posaba su horrenda y fuerte mano sobre la cabeza de uno de sus hijos, sobre el cuello de un caballo o sobre las caderas de una mujer, sabían sin girar la cabeza que Galaad los estaba tocando. A veces palpaba con esa mano suya algún objeto inanimado, no porque quisiera decir o hacer algo, sino porque le entraban dudas: la tangibilidad de las cosas le producía una repentina sorpresa. Y a veces quería alcanzar con las manos cosas que no se podían coger, sonidos, anhelos, olores. Cuando llegaba la noche, Galaad decía en algunas ocasiones: Llega la noche. Unas palabras completamente superfluas. Por la tarde, llamaba al sacerdote de su casa para que le leyera algún capítulo de un libro sagrado mientras él se encogía y escuchaba con atención. También con las cosas más triviales se dirigía a Dios para pedirle que naciera un ternero macho o que se reparasen dos vasijas de barro rajadas. A veces se reía por nada.

Todas esas cosas asustaban mucho a sus siervos. Si de repente en el campo, en pleno día y en pleno verano, una carcajada ronca salía de su boca, los siervos se reían con él de puro miedo. O a veces, por la noche, a Galaad le entraba de pronto un odio frío hacia la luz fría de las estrellas y gritaba y convocaba a todos los hombres y mujeres. Ante ellos, se inclinaba y alzaba una piedra grande con los ojos en blanco en medio de la oscuridad, como si fuese a lanzar la piedra y a matar a alguien. Y lentamente, pero atormentado como si se estuviese ahogando, se inclinaba y volvía a dejar la piedra en el suelo con suavidad, como posando un cristal en otro cristal, con mucho cuidado de no hacer daño a la piedra ni al suelo ni al silencio nocturno,



porque las noches en aquel lugar eran silenciosas y, si las recorrían algunos sonidos, estos eran como una sombra oscura fluyendo bajo la superficie de las aguas.

La mujer de Galaad era hija de sacerdotes y comerciantes y se llamaba Nejustá hija de Zebulón. Era una mujer muy blanca y asustadiza. De joven, en casa de su padre, conoció los sueños y las tinieblas. Le gustaban mucho los objetos pequeños, las criaturas pequeñas, imperdibles y mariposas, pendientes, el rocío de la mañana, la flor de los manzanos, las patas de los gatos, la suavidad de la piel de los corderos, un punto de luz en una gota de agua.

Galaad tomó a Nejustá por esposa porque le pareció ver en ella signos de una sed interior que nada en el mundo podría saciar o calmar. Cuando Nejustá dijo, mira, una piedra, mira, un valle, las palabras salieron de su boca como si dijese ven, ven. Él ansió tocar esa sed como quien de pronto se atormenta por sentir una idea o un anhelo con sus propios dedos. Y ella siguió a Galaad porque vio melancolía y fuerza.

Nejustá deseó deshacer la fuerza y traspasar la melancolía y también sucumbir ante ellas. Pero Galaad y Nejustá no pudieron hacerse todas esas cosas, porque el cuerpo y el alma no son más que cuerpo y alma, y las personas vivas no pueden sondear sus profundidades. Unos meses después de llegar a Mispé de Galaad, ya se había habituado a asomarse sola a la ventana y a pedir con los ojos que, al otro lado de los desiertos y de las montañas, apareciesen las llanuras de tierra negra de las que había sido sacada para traerla al desierto.

—¿Cuándo me llevarás? —le decía por la tarde.

—¿Acaso no te he llevado ya? —respondía Galaad.

—¿Cuándo nos marcharemos de aquí?

—Todos los lugares son iguales.

—Pero no puedo más.

—¿Y quién puede? Déjame aquí el vino y las manzanas y ve a tu habitación, o asómate a la ventana, como prefieras, pero no mires la oscuridad con esos ojos.

Con el paso de los años, tras dar a luz a Yamín, Yemuel y Azur, Nejustá enfermó y parecía atrapada en las garras de una placentera decadencia. Era una mujer muy blanca y su piel se volvió cada vez más fina. Odiaba el desierto que soplaba en la ventana de su habitación durante todo el día y que cada noche le susurraba se acabó, se acabó, y también odiaba las canciones salvajes de los pastores y el rebuzno de las bestias en el corral y en sus sueños. A veces llamaba a su marido ese hombre muerto, y a sus hijos los llamaba huérfanos. Y a veces decía de sí misma también yo hace tiempo que estoy muerta, y se pasaba tres días asomada a la ventana sin comer ni beber. Era un lugar muy remoto y desde la ventana, durante el día, solo se veían arena y montañas y, por la noche, estrellas y oscuridad.

Nejustá hija de Zebulón le dio tres hijos a Galaad el galaadita, Yamín, Yemuel y Azur. Era una mujer blanca y su piel se volvió cada vez más fina. No podía soportar a ese hombre tan voluble. Si se quejaba y lloraba, Galaad alzaba la voz, gritaba, tiraba la jarra de vino y la rompía en mil pedazos. Si permanecía en silencio asomada a la ventana, acariciaba al gato o jugaba con pendientes y con imperdibles sobre las piernas, Galaad se quedaba mirándola, emanando un olor peludo, y lanzaba una carcajada ronca. A veces se apiadaba de ella.

—A lo mejor el rey escucha tus penas —le decía—. A lo mejor envía carros y caballos a buscarte. A lo mejor hoy o mañana aparecen las antorchas a lo lejos y llegan los corredores que van delante del carro del rey.

—No hay rey. No hay corredores —decía Nejustá—. Por qué iba alguien a correr. No hay nada.

Al oír esas palabras, Galaad se llenaba de compasión por ella y de terrible ira por lo que él le había hecho, y se golpeaba el pecho con los puños y se maldecía a sí mismo y a su memoria. Mientras se compadecía, de repente la detestaba a ella, o a él y su compasión por ella, y se encerraba y ocultaba su rostro. Nejustá no le veía durante días y luego una noche, antes del amanecer, cuando ella había perdido toda esperanza, aparecía, se arrojaba sobre ella y la amaba. Al amarla fruncía los labios, como quien realiza un gran esfuerzo para abrir una cadena de hierro con las manos.

Era un hombre voluble y desdichado. Si la luz de una antorcha caía por la noche sobre su rostro, su rostro era como una de esas máscaras con las que los sacerdotes paganos se cubrían. A veces un hombre pasa por la vida como un desterrado en una tierra extraña a la que no quería ir y de la que no sabe cómo salir.

En invierno, a Galaad le embargó la melancolía y permaneció un día, o una semana, tendido en la cama, con los ojos fijos en el techo abovedado sin mirar ni ver nada. De cuando en cuando, ella decidía ir a su cuarto y amarle con sus pálidos dedos como si fuese uno de los pequeños animales domésticos. Los labios de Nejustá estaban blancos como la enfermedad y él les entregaba su cuerpo. Él era un nómada cansado y ella una mujer de la calle en una posada. Y ambos estaban envueltos en silencio.

Pero cuando un creciente vigor agitó su cuerpo, Nejustá se escondió de él y Galaad irrumpió en la cabaña de las siervas para volcar en ellas la marea de veneno ardiente. La cabaña estuvo bullendo toda la noche, hubo sonidos húmedos, bramidos trémulos y gritos de siervas hasta el amanecer. Por la mañana, Galaad salió impetuosamente y despertó al sacerdote de su casa para postrarse a sus pies y llorar: Impuro, impuro. Aún tenía lágrimas en la cara cuando, con su horrenda mano, empujó al sacerdote y lo tiró al suelo y salió enfurecido a ensillar el caballo y galopar hasta los confines de las colinas del este.

En la cabaña de las siervas había una pequeña concubina amonita llamada Pitdá hija de Eitam, a la que habían raptado los galaaditas cuando atacaron las aldeas amonitas más allá del desierto. Pitdá era una mujer delgada y fuerte y tenía los ojos sombreados por pestañas oscuras. Si dirigía una mirada verdosa a los labios o al pecho del señor, si estaba frente a él en el patio con las yemas de los dedos revoloteando sobre su vientre, el señor se estremecía y maldecía a la sierva. Mientras la reprendía, apresaba con su gran mano las dos manos de la joven y le mordía los labios con los dientes, y ambos gritaban. Sus caderas no conocían el descanso, incluso cuando se quedaba parada en la entrada del establo para aspirar el olor a sudor de los caballos, sus caderas

parecían moverse como en una oculta danza interior. Fuego y hielo ardían verdes en sus pupilas. Y siempre iba descalza.

Con el paso de los días, salió a la luz que la amonita practicaba la brujería. Aquello se supo por boca de las siervas, sus rivales, que la vieron por la noche preparando pociones mientras echaba chispas por los ojos. Pitdá invocaba a los muertos por la noche, porque desde muy joven había sido consagrada como sacerdotisa de Milcón, dios de los amonitas. En la oscuridad, los árboles frutales lanzaban susurros refrenados y las puertas de la casa chirriaban con el viento. En los sótanos, por la noche, hacía un brebaje que hervía a borbotones y la sombra de la mujer pasaba agitándose sobre las monturas putrefactas, sobre los barriles de vino, sobre los trillos de madera y las cadenas de hierro.

Cuando se supo lo que hacía, Galaad ordenó que le dieran un odre de agua y la enviaran al desierto con los muertos a los que invocaba, pues ninguna hechicera podía quedar con vida.

Pero con las primeras luces, el señor ensilló su caballo, salió al galope y la llevó de vuelta a casa, y maldijo a sus dioses y la abofeteó con su ancha y horrenda mano.

Pitdá le sopló en la cara y lo maldijo a él, a su pueblo y a su dios. Una chispa cálida y verde centelleó en sus pupilas.

De pronto los dos se echaron a reír, se dirigieron a la habitación y cerraron la puerta, y fuera relincharon los caballos.

Nejustá, la mujer de Galaad, incitó a sus tres hijos contra la amonita, porque no podía soportarlo más. Bajó de la cama y fue a asomarse a la ventana con su camisón blanco, de espaldas a la habitación y a sus hijos y de cara al desierto, y les susurró, vuestra madre se muere y vosotros guardáis silencio, no os quedéis callados.

Por temor a su padre, Yamín y Yemuel no movieron un dedo.

Únicamente Azur, el pequeño de sus hijos, la escuchó y conspiró contra la sierva amonita. El tal Azur dedicaba todo el día a los perros de la heredad. Les daba de comer y de beber y los amaestraba y les enseñaba a lanzarse al

cuello con sus fuertes dientes. En Mispé de Galaad decían de él, ese Azur entiende la lengua de los perros y también sabe aullar o ladrar en la oscuridad como uno de ellos. Azur tenía un cachorro de lobo pequeño y gris que comía de su plato y bebía de su vaso, y ambos tenían los dientes blancos y afilados.

Un día, a principios del otoño, cuando Galaad se fue a otro campo, Azur azuzó a sus perros contra Pitdá, la concubina amonita. Él se quedó a la sombra de la casa y emitió un gruñido gutural cuando pasó Pitdá, y los perros, junto con el cachorro de lobo, saltaron desde las basuras y casi le desgarran la carne.

Por la noche, Galaad regresó a casa y entregó a Azur, el pequeño de sus hijos, a un siervo malvado, enjuto y calvo, para que se lo llevase al desierto, tal y como se habría hecho con un asesino.

Los animales del desierto gritaron, sus ojos amarilleaban en la oscuridad al otro lado de la verja.

También en esa ocasión Galaad salió en su caballo a altas horas de la noche y trajo de vuelta a su hijo, y también lo golpeó y lo maldijo, como había hecho antes con su concubina.

Después de aquello, la amonita le hizo un embrujo al pequeño Azur: durante cuarenta días estuvo ladrando y aullando sin poder pronunciar ni una palabra.

Pitdá también invocó a los malos espíritus contra su señor, porque se había compadecido de Azur y ella no se lo perdonó. Una perniciosa tristeza envolvió al señor de la casa y, solo bebiendo gran cantidad de vino, le abandonaba aquella tristeza.

Cuando Pitdá dio a luz a Jefté, Galaad el galaadita se encerró en el sótano de la casa durante cuatro días y cinco noches. Todas esas noches estuvo chocando un vaso con otro, bebiéndose los dos y sirviéndose de nuevo. A la quinta noche, Galaad cayó al suelo. En sueños vio a un jinete negro montado en un caballo negro con una lanza de fuego negro y, aferrada a las bridas del caballo, a una mujer flotando que no era ni Pitdá ni Nejustá, otra mujer le parecía que sujetaba las bridas del caballo, y el caballo y su jinete iban tras ella en silencio. Galaad no olvidó aquel sueño, porque, como otras personas, creía que los sueños nos son enviados desde el lugar del que venimos y al que

volveremos al morir.

Cuando Jefté creció y empezó a salir de la cabaña de las siervas y a corretear por todas partes, aprendió a esconderse de su padre. Se ocultaba dentro de un montón de forraje hasta que pasaba y se alejaba con sus siniestros pasos, no fuera a ser que lo atrapase. Hasta que Galaad desaparecía, el niño mordisqueaba alguna brizna de paja o su propio pulgar y se decía en voz baja: Silencio. Silencio.

Si el niño tardaba en esconderse porque estaba inmerso en sus sueños, Galaad el galaadita lo atrapaba y lo levantaba por los aires con sus aterradoras manos y bramaba y desprendía un olor sudoroso y peludo, hasta que el niño gritaba de puro dolor y miedo y clavaba sus pequeños dientes en el hombro de su padre para intentar liberarse, pero todo era en vano.

### 3

Jefté nació frente al desierto. La heredad de Galaad el galaadita era la última de todas las heredades de la tribu. En sus límites estaba el desierto y, más allá de ese desierto, la tierra de los amonitas.

Galaad el galaadita tenía rediles para el ganado y tenía campos y huertos cuyos márgenes eran coloreados por el desierto. Un alto muro de piedra rodeaba la casa. También las paredes de la casa estaban hechas de piedra negra, de piedra volcánica. Y una vieja parra reptaba por esas paredes. En verano parecía que las personas entraban y salían por una espesura de gruesos pámpanos, ya que el follaje impedía ver las piedras de la casa.

Al amanecer se oían los cencerros del ganado, la flauta de los pastores propagando vagos anhelos y el murmullo del agua, silencio en todas las acequias y luz oscura en los pozos.

En toda la heredad de Galaad había tranquilidad al amanecer.

En esa tranquilidad fluía una nostalgia contenida. La sombra de grandes árboles ocultaba una fría penumbra.

Pero cada noche, pastores oscuros y huraños vigilaban la hacienda para protegerla de los nómadas y de los osos y de los bandidos amonitas. Durante

toda la noche ardían antorchas en la azotea de la casa, y montones de perros famélicos acechaban los campos de frutales en la oscuridad. Como una sombra oscura pasaba entre los cercados el sacerdote de la casa conjurando a los malos espíritus.

Desde su juventud, Jefté sabía identificar los sonidos de la noche. Llevaba en la sangre todos los sonidos de la noche. Tanto los sonidos del viento, del lobo, del ave de presa como los sonidos del hombre simulando el sonido del viento, del zorro y del ave.

Al otro lado de los cercados de la hacienda vivía un mundo distinto que, día y noche, anhelaba en silencio arrasar la casa y pretendía carcomerlo todo con astucia y paciencia infinita, igual que el agua se va comiendo lentamente las riberas del río. Aquello era increíblemente suave y silencioso, más suave que la niebla, más silencioso que el viento, pero se percibía constantemente: fuerte y diáfano.

Unas cabras negras se unieron al joven, y él aprendió a llevarlas a pastar, a mirarlas durante todo el día y a verlas pacer ávidamente, arriesgando su vida en los riscos para comer las pocas hierbas que habían logrado sobrevivir entre las rocas, porque aquel lugar estaba en los límites del desierto. También unos perros famélicos se unieron a Jefté, los perros de su hermano Azur. Eran unos perros rudos, su servilismo ocultaba siempre cierta crueldad contenida. Y también un ave silvestre se unió a Jefté para gritarle al oído, extranjero, extranjero.

Cada mañana chillaban los pájaros en la lejanía. Por la tarde, al ponerse el sol, el grillo hablaba como si tuviese algo urgente y apremiante que decir y no pudiese quedarse callado. En la oscuridad, Jefté oía unos finos silencios atravesados de cuando en cuando por el aullido de un zorro o de un chacal. En medio de esos gritos se reía una hiena.

A veces, los nómadas del desierto atacaban la hacienda por las noches. Los pastores de Galaad acechaban en la oscuridad al enemigo y el enemigo llegaba silencioso como una respiración: si asesinaba, escapaba en silencio y, si era asesinado, moría en silencio. Por la mañana encontraban a un hombre

tendido a los pies de los olivos, rodeando con la mano el mango del cuchillo clavado en su carne y con los ojos en blanco. Uno de los pastores o uno de los enemigos.

Al ver el blanco de los ojos de los muertos, Jefté pensaba: El muerto vuelve los ojos hacia dentro y tal vez allí descubre otras imágenes.

A veces, Jefté soñaba con su propia muerte, y era como si unas manos bondadosas y fuertes lo llevaran a la llanura. Una ligera lluvia le tocaba dulcemente, y allí una pequeña pastora decía, ahora nos sentaremos a descansar aquí hasta después de la lluvia, hasta después de la luz.

Cada verano, en los campos de frutales se producía una explosión de vida y los frutos que empezaban a madurar se iban hinchando. Por las venas de las manzanas corrían intensos jugos. Los sarmientos de las vides parecían temblar por la presión de la savia que bullía por dentro. Cabras y machos cabríos balaban de deseo y el buey mugía enfurecido. En la cabaña de las siervas y en las chozas de los pastores había jadeos y al amanecer, mientras dormía, el joven podía oír un sonido similar al resuello de un animal agonizando. También por sus sueños pasaban mujeres: Jefté se llenaba de anhelo por delicadas fuerzas cuyo nombre desconocía, no era seda, ni agua, ni piel, ni pelo, añoranza de un roce cálido que derrite, ni siquiera un roce, tal vez la idea de río, olor, color, tampoco eso.

No le gustaban las palabras y por eso callaba.

En sus sueños de juventud, las noches de verano, remaba suavemente corriente arriba.

Por la mañana, al levantarse, cogía la daga y, despacio, con paciencia, no con fuerza, la probaba en todos los objetos inanimados que encontraba por la hacienda: tierra. Corteza de árbol. Algodón. Piedra. Agua.

Jefté no era voluble como su padre. Él era un joven fuerte y de esbelta figura, y los colores, los sonidos, los olores y los objetos le atraían mucho más que las palabras y las personas. A los doce años, Jefté sabía manejarse con un hacha, una oveja, una maza o las bridas de un caballo. Una alegría refrenada se apreciaba a veces en ese manejo.



Y el odio de sus hermanos Yamín, Yemuel y Azur se fue estrechando a su alrededor. Deseaban su mal porque era hijo de otra mujer, por su arrogante silencio y por esa orgullosa calma que siempre parecía ocultarles un pensamiento obstinado, cerrado, un pensamiento del que no se podía participar. Si los hermanos lo llamaban para jugar, él iba a jugar con ellos sin decir ni una palabra. Si los vencía en alguna competición, no se regodeaba ni se enorgullecía, tan solo mantenía un silencio que multiplicaba el odio de los hermanos. Y, si uno de ellos vencía a Jefté, siempre parecía que se había dejado ganar a propósito, por desprecio o porque sus pensamientos estaban dispersos mientras jugaba.

Esos tres hermanos, Yamín, Yemuel y Azur, eran unos chicos muy robustos y corpulentos. A su modo sabían divertirse y reírse. Mientras que Jefté, el hijo de la otra, era flaco y pálido. Incluso cuando se reía parecía retraído. Solía clavar la vista en los demás y no apartarla ni siquiera cuando debía hacerlo. A veces, centelleaba fugazmente en sus ojos una chispa amarilla que, al instante, sometía la voluntad de los demás.

Por miedo a los hechizos de Pitdá, o tal vez por miedo al padre, los hermanos no se atrevían a hacerle daño a Jefté. Y solamente de lejos, en voz baja, farfullaban: Tú espera y verás.

Una vez dijo Pitdá: Jefté, implora, clama a nuestro dios Milcón y él te escuchará y te protegerá del odio conspirador de tus hermanos.

Sin embargo, en eso no escuchó Jefté a su madre. No imploró a Milcón, dios de los amonitas, tan solo se postró y le dijo a su madre: Mi señora madre. Como si, para él, Pitdá fuese la señora de aquella casa.

Ella quería que la bendición de Milcón, dios de los amonitas, recayera sobre su hijo, porque vislumbraba su propia muerte y a su hijo solo y abandonado entre extraños. Por eso preparaba sus pócimas por la noche y se las daba a beber a Jefté. Cuando sus dedos se posaban sobre las mejillas del joven, este se estremecía.

Jefté no creía en todas esas pócimas, pero tampoco se negaba a tomarlas. Le gustaba mucho el extraño y amargo olor de los dedos de su madre. Y ella le hablaba de Milcón, a quien los amonitas veneraban con vino y con sedas. No como el dios de tu padre, un dios seco que atormenta y humilla a quienes lo

aman. Milcón ama a los que se reúnen en grupo, ama a los que se alegran con vino, ama a los que se entregan al canto y ama la música, en la que el júbilo se asemeja a la ira.

Sobre el dios de Israel, Pitdá decía que es malo para los que pecan contra él y es malo para quienes lo veneran con fe. A unos y a otros los aflige con dolores, porque es un dios solitario.

Jefté miraba cómo eran las estrellas en el cielo de verano sobre la heredad y el desierto. Aquellas estrellas le parecían únicas y singulares, cada estrella estaba sola dentro de los espacios negros, unas dando vueltas sin rumbo durante toda la noche de un extremo al otro del cielo y otras inmóviles, ancladas en su sitio. En las estrellas no hay pena, y tampoco hay alegría. Si una de ellas cae de repente, las demás no lo perciben, ni parpadean, solo azulean con frialdad. La estrella que cae, cae y deja tras ella una estela de fuego frío y también la estela de fuego se va extinguiendo y oscureciendo. Si permaneces descalzo y absolutamente atento, tal vez oigas un silencio entre silencio y silencio.

El sacerdote de la casa que instruía a los hermanos enseñaba también a Jefté a leer y a escribir con los libros sagrados. Una vez, Jefté le preguntó al sacerdote por qué Dios se había apiadado de Abel, de Isaac, de Jacob, de José y de Efraín y por qué los había preferido a ellos antes que a sus hermanos mayores, Caín, Ismael, Esaú y Manasés: ¿acaso no procedía del propio Dios todo el mal que había en el libro?, ¿acaso no era a él a quien la sangre de Abel clamaba desde la tierra?

El sacerdote era un hombre fuerte y sus pequeños ojos estaban siempre asustados. Llevaba toda la vida atenazado por la ira del señor de la casa. El sacerdote respondió a Jefté que los caminos de Dios son inescrutables y que quién podía preguntarle a Dios por qué. Por la noche, Jefté vio en sueños a Dios, que llegaba pesado y peludo, un dios oso con fauces voraces, y se inclinaba sobre Jefté resoplando y resoplando como extenuado por el hambre o por la furia ardiente. Jefté gritó en sueños por la noche. A veces, en la casa de Galaad, las personas gritaban mientras dormían y al final del grito había silencio.

Milcón también se deslizaba las noches de verano en los sueños de Jefté. Corrientes cálidas y placenteras recorrían sus venas cuando unos dedos de seda le tocaban la piel y unos jugos dulces fluían hasta la punta de los dedos de sus pies.

A la mañana siguiente, Jefté aparecía ensimismado y solitario por la gran hacienda, iba saltando de sombra en sombra, y hasta la chispa amarilla se había apagado en sus pupilas.

Cuando Jefté tenía unos catorce años, empezaron a mostrársele señales. Cuando salía solo al campo o caminaba detrás del rebaño hacia el fondo de un barranco, era asaltado por las señales y sentía que esas señales se dirigían a él y solo a él, y que le llamaban. Pero no sabía lo que eran ni quién le llamaba. A veces se arrodillaba, como le había enseñado a hacer el sacerdote de la casa, se golpeaba la frente con una piedra e imploraba en voz alta: Ahora, ahora.

Sopesó el amor del dios de Israel frente al amor de Milcón. Encontró el amor de Milcón muy ligero, casi sin coste alguno se recibía ese amor, como el de un perro: jugabas con él un momento y ya te habías ganado su corazón para que se acercase, te lamiese la mano e incluso vigilase tu sueño en el campo.

Pero Jefté no se atrevía a pedir el amor del dios de Israel, porque no sabía cómo. Si le entraba un momentáneo arrebató de orgullo y, haciendo una comparación, decía soy el hijo pequeño, soy como Abel, Jacob e Isaac, al instante recordaba que era hijo de otra mujer, que era como Ismael, el hijo de la egipcia.

Una vez, el señor de la casa les dijo a los miembros de la familia que al dios de Israel no había que acercarse como una mariposa a una flor, sino como una mariposa al fuego.

El joven oyó esas palabras y se puso a prueba.

Empezó a buscar peligros que desafiar. Arriesgó su vida en los riscos de la montaña, en las ondas de las dunas, en el pozo. También probó con un lobo: una noche se fue solo, con las manos vacías, a buscar un lobo y a luchar con él en la entrada de su guarida, y con las manos quebró la espalda del animal y regresó de aquella prueba únicamente con algunos mordiscos y arañazos.

Estaba intentando agradar a Dios y, en otoño, incluso se habituó a pasar la mano por el fuego sin emitir ni el más mínimo sonido.

El sacerdote de la casa vio algunas de esas cosas, y fue a decirle al señor que el amonita pasaba la mano por el fuego. Galaad escuchó las palabras del sacerdote y se enfureció, luego se rio como un salvaje, maldijo al sacerdote y alzó su ancha mano para arrojarlo al suelo.

Esa misma noche, Galaad el galaadita ordenó que buscasen al hijo de la sierva y lo llevaran a su presencia. En la habitación ardía fuego debido al frío, pues hacía una de esas noches del desierto y el aire era seco y lacerante. En las paredes de la habitación había colgadas sillas de montar, cadenas, escudos, trillos y lanzas de hierro bruñido. Todos esos objetos atrapaban la luz del fuego y la devolvían desvaída y triste.

Galaad posó en el hijo de la otra sus ojos grises, lo miró durante un buen rato y no pudo recordar por qué quería verlo esa noche ni por qué ladraban los perros en la oscuridad.

—Hijo mío —dijo finalmente Galaad—, dicen que pasas la mano por el fuego y que lo haces sin gritar.

—Eso es cierto —dijo Jefté.

—¿Y por qué haces algo tan malo y doloroso? —dijo Galaad.

—Para prepararme, padre —dijo Jefté.

—¿Prepararte para qué?

—Para algo que desconozco.

Mientras Jefté hablaba con su padre, miró su ancha y horrenda mano posada sobre una tablilla de barro. Al verla, su pálida y delgada mano se llenó de terror y nostalgia. Tal vez se imaginó que su padre iba a hablarle con cariño. Tal vez se imaginó que su padre buscaba su cariño. En ese instante, por primera y única vez en toda su vida, Jefté deseó de pronto ser una mujer, y no sabía cómo. La lumbre estaba encendida y las chispas brillaban desvaídas en los objetos de hierro colgados de las paredes, y también en los ojos del joven ardía un ascua.

—Entonces pon la mano en el fuego y veamos —dijo Galaad en voz baja.

Jefté recorrió con la mirada el rostro de su padre, pero el rostro de Galaad el

galaadita estaba oculto por las oscilaciones de luz y de sombra, porque las lenguas de fuego de la lumbre no dejaban de moverse de un lado a otro.

—Haré lo que has dicho —dijo el joven.

—Pon la mano, ahora —pidió Galaad.

—Si me amases —imploró Jefté.

Alargó la mano y sus dientes asomaron entre los labios como si se estuviese riendo, pero Jefté no se reía.

—Hijo, no toques el fuego —gritó el padre de pronto—. Basta.

Pero Jefté no quiso escuchar y no apartó la mirada. El fuego tocó la carne y, desde los cercados en adelante, el desierto se estiró hasta los confines de las lejanas colinas.

Tras aquello, Galaad habló a su hijo Jefté.

—Eres impuro como tu padre —le dijo—. Pero no puedo odiarte. —Entonces el señor vertió vino de una jarra de barro en unas rústicas copas y dijo—: Jefté, bebe vino conmigo.

Y como ni el hombre ni el joven podían confiar en las palabras ni les gustaban, pasaron casi la mitad de la noche sin decir nada más.

Al final, Galaad se levantó.

—Ahora, hijo mío, vete —le dijo—. No odies ni ames a tu padre. Es mala cosa que cada uno tenga que ser hijo de un padre, padre de un hijo y hombre de una mujer. Distancias y más distancias. No te quedes ahí mirando. Vete.

Después de aquello, a veces padre e hijo salían juntos a cabalgar al amanecer por los lugares abiertos. Pasaban por el lecho del barranco, subían por las pendientes hacia las grandes extensiones de arena blanca y, como cabalgando en sueños, atravesaban al paso la árida llanura. Arbustos tenaces y desesperados habían crecido en algunos sitios entre las grietas de las piedras. Parecía que esas plantas no eran plantas, sino el sexo de las reseca planicies rocosas. Había una luz blanca, y todo quedaba petrificado bajo esa luz

aterradora. Cuando ya se habían alejado mucho, a veces se entablaba entre ellos una breve y arrebatada conversación.

—Jefté, ¿a qué lugar quieres ir? —decía a veces Galaad.

Y este, con los ojos entornados por la luz abrasadora, guardaba silencio.

—Quiero ir a mi lugar. A casa —decía a continuación.

La grieta de una sonrisa atravesaba por un instante el rostro de piedra de Galaad.

—Entonces ¿por qué no damos la vuelta y cabalgamos hacia casa? —preguntaba.

Y Jefté, como sonriendo también, hablaba con su voz ausente y lejana.

—Esa no es mi casa —decía.

—¿Y cuál es tu casa?, ¿a qué casa quieres ir?

—Padre, eso aún no lo sé.

Después, el silencio volvía a cerrarse a su alrededor. Pero entonces ambos se hallaban dentro del mismo silencio y no de dos silencios distintos. El joven se llenaba de amor y acariciaba con mano amorosa las crines del caballo. Una vez, al llegar al valle de basalto negro, el joven empezó a hacer preguntas a su padre.

—¿Qué quiere decir el desierto? —preguntó—. ¿Qué idea es el páramo? ¿Por qué llega el viento y por qué cesa de pronto? ¿Cómo debe el hombre oír la multitud de sonidos y cómo debe oír el silencio?

—Tú estás solo. Yo estoy solo. Todos estamos solos —respondió Galaad.

Y al cabo de un rato, con una sombra de compasión en su voz, continuó hablando.

—Mira, una lagartija. Mira, ya no está —añadió.

Y entonces ambos volvieron juntos a su silencio.

De regreso a la hacienda, a veces Galaad el galaadita alargaba su ancha y horrenda mano y, de repente, sujetaba durante un minuto o dos las bridas del caballo del joven. Y cabalgaban muy cerca el uno del otro.

Luego las soltaba y entraban en el recinto cercado. Entonces Jefté era enviado con los demás jóvenes y Galaad entraba en la casa.

Durante el último invierno, Pitdá iba algunas noches a la habitación de Jefté. Iba descalza, se sentaba al borde de su cama y susurraba. Ella sabía reírse, con una risa repentina tan cálida y sutil que el joven no podía contenerse más y se reía con ella sin emitir ningún sonido. O le cantaba tiernas canciones amonitas sobre las riadas, sobre el ciervo en los huertos y sobre la pena y la gracia.

Le cogía la mano y pasaba los dedos del joven lentamente por su brazo, lentamente por su hombro, lentamente por su suave nuca. Intentaba acercarle a Milcón, el dios de la alegría, le susurraba palabras rápidas, extrañas para él, los secretos de su propio cuerpo y todo lo que el cuerpo podía hacer. Y también le imploraba que huyese del desierto hacia los lugares de sombra y de agua antes de que el desierto secase su sangre y su carne sin remedio.

Jefté no había visto nunca cómo era el mar y no conocía su olor ni el sonido de sus olas por la noche, pero a su madre la llamaba Mar, Mar.

Una vez, después de irse ella, Jefté tuvo un sueño. Un sirviente enjuto y calvo esquilaba una oveja y volvía a esquilarla hasta que quedaba al descubierto su piel sonrosada y enfermiza, cubierta por una red de pequeñas venas, y el sirviente seguía y seguía esquilándola y mataba a la oveja, pero no degollándola, sino rajándole el vientre, y un chorro de sangre negra y burbujeante se pegaba a la piel de Jefté en el sueño, y entonces llegaba el dios de Israel, pesado, con hombros de hierro cubiertos por una piel de oso, caliente, seco y agrio. Sobre una alfombra de hojas de parra estaba tendido Milcón rodeado de joyas y seda y Jefté veía cómo el dios de Israel se lanzaba sobre la seda igual que un carnero con los ojos inyectados de sangre se lanza sobre una oveja sumisa y aturdida por tanta ira descargada sobre ella.

Jefté se despertó de aquel mal sueño empapado de sudor. Abrió los ojos, se quedó tumbado temblando y febril, y vio oscuridad y cerró los ojos de nuevo y volvió a ver tan solo oscuridad y empezó a murmurar una oración que le había enseñado el sacerdote de la casa y aún veía oscuridad y probó con las canciones de su madre pero la oscuridad no se apartaba de él y estaba como petrificado en la cama porque le pareció que durante el sueño todos habían

abandonado este mundo, su padre y su madre y el sacerdote y las siervas y el rebaño y los pastores y sus hermanastros y los perros de la hacienda y también los nómadas que deambulaban fuera del recinto, todos estaban muertos y solo quedaban él y el desierto que se extendía en la oscuridad hasta los confines de la Tierra.

Una noche, a finales de aquel invierno, Pitdá murió. Las siervas dijeron: La prostituta amonita ha muerto por sus embrujos. Por eso, al día siguiente la enterraron en la zona de los marginados.

Al final de la llanura, en el horizonte, aquella mañana se vio un torbellino de arena gris que se irguió a lo lejos con furia, y todo el aire se llenó de polvo y de olor a tormenta. Toda la tierra se cubrió de una fina ceniza. Con sus últimas fuerzas, algo aún aspiraba a contraerse. Y entre tanto, el sacerdote de la casa arrojaba tierra a la tumba de la difunta mientras pronunciaba un oscuro juramento: Ahora déjanos, vete a los malditos lugares de los que fuiste sacada y no vuelvas a nosotros ni en la oscuridad ni en los sueños, no sea que la maldición de Dios te persiga incluso después de muerta y los demonios te atormenten. Vete, vete, maldita, vete y no vuelvas, déjanos en paz. Amén.

Al oír esas palabras, el joven Jefté cogió una pequeña piedra, se tocó los labios con ella y, sin emitir ningún sonido, pidió desde lo más profundo de su corazón: Dios, ámame y seré tu siervo, tócame y seré el más famélico y terrible de tus perros, pero no te apartes de mi lado.

Tras el entierro, el cielo se encapotó. Nubarrones negros fueron empujados por el viento como para que se rompieran contra el muro de montañas del este o para que atravesaran ese muro. Y más tarde, un relámpago recorrió el firmamento y tras él se oyó el retumbar de los truenos. En medio de la tormenta, la casa completamente construida con piedra volcánica negra parecía que ya había sido devorada por el fuego.

Jefté regresó a casa desde el cementerio. Pegados a la pared oscura, bajo la sombra de la entrada abovedada, estaban sus tres hermanos por parte de padre, Yamín, Yemuel y Azur, como aguardando su regreso. Pasó por el medio, por la estrecha entrada, y casi rozó con los hombros el pecho de los



hermanos, pero ninguno de ellos se movió. Solo sus miradas de lobo palparon la piel de Jefté al pasar por el medio para entrar en la casa. Él no habló y los hermanos no le hablaron, tampoco hablaron entre sí, ni siquiera intercambiaron un leve murmullo. Los tres estuvieron todo el día yendo y viniendo por los pasillos de la casa, y en cada paso que daban se percibía una extrema delicadeza: ¿pero aquellos hermanos no habían sido siempre muy rudos?

De puntillas caminaron Yamín, Yemuel y Azur por la casa durante todo el día, como si su hermano Jefté estuviese gravemente enfermo.

Al atardecer, Nejustá salió de la cama y del dormitorio y se dirigió hacia la ventana. Pero, a diferencia de lo que solía hacer todos los días, no miró por la ventana para ver qué había fuera, sino que se detuvo de espaldas a la ventana y sus ojos miraron al joven huérfano. Con una mano muy blanca, Nejustá hija de Zebulón le acarició el cabello.

—Desde ahora, también él es un cachorro huérfano —les dijo a sus hijos.

—Porque su madre ha muerto —dijeron ellos.

—Vosotros sois grandes y oscuros —añadió ella en voz baja—, y uno de vosotros es completamente distinto, pálido y muy delgado.

—Delgado y pálido —dijo Yamín, el primogénito—, pero no uno de nosotros, no uno de los nuestros. Empieza a oscurecer.

Esa misma noche, Nejustá, su madrastra, fue a ver a Jefté a su habitación ubicada en el desván. Abrió la puerta y se detuvo allí, descalza, como solía hacer siempre Pitdá, pero entre los dedos blancos de Nejustá había una vela blanca con una llama temblorosa. Jefté vio su pálida sonrisa cuando se acercó a su lecho y deslizó por su frente una mano fría como el musgo.

—Huérfano —le susurró—. Ahora duérmete, huérfano.

Él no supo qué decirle.

—Ahora eres mío, cachorro huérfano y delgado. Ahora duérmete.

Con las yemas de los dedos le tocó por un instante los rizos de su pecho.

Al salir del desván, la madrastra apagó la lámpara. Se llevó la lámpara y la vela cuando se fue. Se hizo la oscuridad.

La tormenta rugió durante toda la noche. Un viento ebrio puso a prueba las

paredes de la casa. Las vigas crujieron y el techo de madera chirrió. Fuera, los perros enloquecieron. El ganado aterrado baló y mugió en la oscuridad.

Hasta el amanecer permaneció Jefté en alerta detrás de la puerta, con el cuchillo entre los dientes, por si llegaba alguien. Le pareció oír al otro lado de la puerta el rumor de unos pasos que iban y venían, el susurro de una tela rozando la piedra, las escaleras produciendo un suave murmullo. Y fuera, una hiena se rio, un pájaro chilló, un hierro resonó en los confines de las sombras. La casa y la hacienda permanecieron ajenas y calladas.

Con las primeras luces, Jefté escapó por la ventana del desván, bajó por los sarmientos de la parra con el cuchillo entre los dientes, del patio desierto robó agua, pan, un caballo y una daga y huyó al desierto para ponerse a salvo de Yamín, Yemuel y Azur, sus hermanos por parte de padre.

A Galaad el galaadita, el señor de la hacienda, no se le vio en el entierro de Pitdá, su sierva, ni después del entierro, ni por la tarde, ni tampoco por la noche.

Salió el sol y la tormenta cesó. La arena del desierto absorbió toda el agua y volvió a estar seca y reluciente bajo la terrible luz.

La blancura de aquellos espacios era implacable y despiadada.

Solo entre las grietas de las rocas quedaba un poco de agua cegada por los destellos del sol. Por un instante, a Jefté le pareció que las concavidades de las piedras contenían los restos de rayos que habían recorrido el cielo por la noche. Todas esas imágenes las había visto antes en sueños. Todo, las montañas y la arena y el viento y los resplandores, todo le llamaba, ven, ven.

Unas horas más tarde, cuando el caballo lo alejó de la casa de su padre, de repente lo vio claro: hacia los amonitas. Era el momento de ir con los amonitas. A su debido tiempo regresaría con las huestes de Amón e incendiaría toda la hacienda. Y, cuando el fuego lo estuviese devorando todo, Jefté el amonita atravesaría las llamas y sacaría del fuego al anciano desmayado, lo dejaría entre los rescoldos y la ceniza, se inclinaría hacia él para darle agua y vendarle las heridas. Cuando Galaad perdiera a su mujer, a sus hijos y su hacienda, no le quedaría nada excepto su último hijo, su salvador.

Entonces podrían irse los dos juntos en busca del mar.

La noche siguiente, a la luz de una lámpara de barro, el escriba de la casa escribió en la crónica de la casa: «Jefté no heredará en la casa de su padre, porque es hijo de otra mujer». Y también escribió el escriba: «La ira y la oscuridad engendran ira y oscuridad. Todo este asunto es malo, es malo el que huye y son malos los que se quedan. Malo será nuestro final. Que Dios perdone a su siervo».

## 5

Jefté estuvo mucho tiempo viviendo con los amonitas en la ciudad de Abel Queramín. Desde muy joven, Jefté sabía hablar su idioma y conocía sus costumbres y sus canciones, porque su madre era una amonita que fue raptada por los galaaditas cuando atravesaron el desierto para atacar las aldeas de los amonitas.

Y en Abel Queramín también encontró al padre y a los hermanos de su madre. Todos eran personas importantes que acogieron a Jefté y lo introdujeron en los palacios y en los templos. Los ministros de Amón honraron y encumbraron a Jefté, porque tenía un tono de voz frío e imponente, porque por sus pupilas pasaba a veces una fugaz chispa amarilla y porque utilizaba muy poco las palabras.

Dijeron: «Ese hombre ha nacido para ser un gran señor».

Y también dijeron: «Realmente parece que ese hombre está siempre en calma».

Y también: «Es muy difícil saberlo».

Al disparar una flecha o en un banquete, a la gente que lo rodeaba le parecía que Jefté se movía despacio, casi con cansancio o con un ligero retardo, pero qué engañoso era aquello: como un cuchillo reposando entre pliegues de seda.

Él podía decirle a una persona extraña: Levanta. Vete. Ven. Y esa persona

se levantaba, venía y se iba sin que Jefté emitiera ningún sonido, solo moviendo los labios. Incluso cuando Jefté se dirigía a uno de los ancianos de la ciudad y decía: Ahora, habla, te escucho, o: No hables, no te estoy escuchando, el venerable anciano se sentía obligado a responder: Sí, señor.

Muchas mujeres de Abel Queramín lo amaban. Al igual que su padre Galaad, Jefté tenía tendencia a la melancolía y fuertes dotes de mando. Las mujeres anhelaban deshacer la fuerza y traspasar la melancolía y también sucumbir ante ellas. Por la noche, entre las sábanas de seda, las mujeres le susurraban al oído, extranjero, extranjero. Cuando su piel tocaba la de ellas, gritaban. Y él, mudo y pensativo, como ausente, sabía extraer de ellas una melodía volcánica y también melodías lentas como un tormento, una efervescencia que se arqueaba e hinchaba de forma irreprimible, un paciente avance noche tras noche navegando desesperadamente corriente arriba.

Por aquellos días, Gatel reinaba en el país de los amonitas. Era un rey joven. Cuando Jefté se presentó ante el rey Gatel, este lo miró como un muchacho enfermo mira a un auriga, y le pidió que le contase historias: Que el extranjero le cuente historias al rey para endulzar su sueño por las noches.

Por tanto, algunas veces Jefté iba a ver al rey Gatel al caer la noche y le hablaba del despedazamiento del lobo con las manos vacías, de las guerras de los nómadas y los pastores, de los huesos que blanquean en el desierto al mediodía, de los aterradores sonidos de la noche procedentes del desierto durante la guardia de la medianoche.

A veces el joven rey imploraba, más, más, a veces rogaba, no me dejes, Jefté, siéntate aquí hasta que me entre el sueño, es por la oscuridad, y a veces soltaba de pronto una pálida carcajada, como un fugitivo, y no podía parar hasta que Jefté le ponía la mano en el hombro y le decía: Gatel, ya basta.

Entonces, el rey de los amonitas dejaba de reír, miraba a Jefté con unos melancólicos ojos azules y pedía, más, más.

Con el paso del tiempo, el rey Gatel convirtió a Jefté en su confidente y estaba siempre atento para ver si la chispa amarilla pasaba o no pasaba por las pupilas de Jefté.

Los ancianos de Amón veían todo aquello con malos ojos: un joven siervo

llega a la ciudad desde el desierto y enseguida tiene al rey en sus manos, y nosotros lo presenciamos sin decir nada.

Gatel era un asiduo lector de los anales de la historia. Anhelaba ser como uno de aquellos reyes duros y crueles que sembraron el terror por muchos países. Pero, como amaba las palabras con todas sus fuerzas y siempre tenía en la mente las palabras con las que se escribiría su epopeya y no las hazañas propiamente dichas, le asaltaban graves dudas incluso en cuestiones insignificantes. Si debía elegir un nuevo jinete, ordenar levantar una torre en una esquina de la muralla o decidir entre dos formas distintas de actuar, se pasaba toda la noche atormentado por las dudas, porque siempre veía la doble cara de las cosas.

Si Jefté se dignaba a insinuarle lo que convenía hacer y lo que traería funestas consecuencias, Gatel rebotaba agradecimiento y afecto, pero no sabía cómo expresarle a Jefté ni la mínima parte, porque es propio de las palabras burlarse de aquel que siempre está cortejándolas.

Decía: «Cabalgemos hacia Aroer o hacia Rabat Amón a ver si han madurado los higos».

Y añadía: «O mejor no salgamos a cabalgar, porque hoy las estrellas no son favorables».

Y también: «El oído y la rodilla me han estado doliendo toda la noche. Y ahora, la muela y el estómago. Cuéntame eso del niño que sabe hablar en la lengua de los perros. No me dejes».

Así fue como el rey Gatel acabó enamorado y confuso, y pataleando de pura añoranza si Jefté no iba al palacio por la mañana. Y por el palacio empezó a extenderse una secreta hostilidad. Se decían unos a otros: «Esto no acabará bien».

Y la ciudad de Abel Queramín era grande y alegre. Sus vinos corrían en abundancia, sus mujeres de voluptuosas caderas desprendían un olor dulce, sus siervos estaban prestos al júbilo y la alegría, sus siervas eran ligeras y sus caballos veloces. Quemós y Milcón colmaban de placeres la ciudad. Cada tarde, las trompetas convocaban a un banquete, y por la noche se oían los sonidos de los actores y los músicos y multitud de antorchas ardían en las

plazas hasta las primeras luces del alba, hasta que las caravanas salían por las puertas de la ciudad.

Jefté no se mantuvo al margen de las delicias de Abel Queramín. Lo probó todo, lo vio todo, aunque parecía tocarlo todo solamente con la punta de los dedos, porque su corazón estaba lejos y se decía: Que los amonitas disfruten antes que yo. Tres o incluso cuatro mujeres acudían a él por la noche, y a Jefté le gustaba revolcarse con ellas y poseerlas una a una mientras ellas gozaban unas de otras con avidez y él en medio con una fusta de placer y una vara de ira, y aquellas mujeres, tras el ruido y la furia, a veces le cantaban canciones amonitas sobre las riadas, sobre el ciervo en los huertos y sobre la pena y la gracia, y él en el medio era un niño devorado por los sueños y ellas las madres, Mar, Mar. Con las primeras luces, les decía a todas aquellas mujeres, ahora marchaos, ya basta. Y se asomaba a la ventana para ver los dedos de luz y la palidez de las montañas y el lejano incendio y al final también el sol.

El verano llegó y pasó. Los vientos del otoño azotaban las copas de los árboles. Unos viejos caballos se encabritaban y relinchaban. Jefté se asomaba a la ventana y recordaba la casa de su padre. Sentía un repentino anhelo por estar en el establo con sus tres hermanos, Yamín, Yemuel y Azur, mientras el sacerdote les leía una historia sagrada y fuera el agua corría por las acequias y los campos de frutales se cubrían de una pena fría y lluviosa y el olor del otoño emanaba de los huertos al deshojarse las parras. Una punzada de nostalgia le atravesaba como la punta de una flecha y el corazón se retorció de dolor.

Se levantó y se asomó a la ventana mientras detrás, sobre su lecho, dormía una de aquellas hermosas mujeres con el cabello sobre la cara y la respiración tranquila. Se acercó a ella como una suave brisa para oír el sonido de su respiración y, de repente, no pudo recordar quién era aquella mujer, y también había olvidado si ya había estado con ella o si aún debía poseerla, y por qué querría hacerlo.

Jefté se sentó en el borde de la cama y empezó a cantarle a la mujer dormida canciones de su madre Pitdá. Pero su voz era dura y la canción salió

amarga y punzante. Acercó los dedos a las mejillas de la mujer y ella no se despertó. Se levantó, regresó a la ventana y vio nubarrones corriendo precipitadamente hacia el este, como si estuviese sucediendo algo al otro lado del horizonte oriental y hubiese que ir allí en ese mismo instante, antes de que fuese demasiado tarde. Pero él no sabía qué era aquel lugar ni cuándo se acababa el tiempo ni quién lo llamaba, tan solo se dijo: «Aquí no».

Y después pensó Jefté: Mi hermano Azur no es Abel y yo no soy Caín, Dios de la víbora del desierto, no te escondas de mí. Llámame también a mí a tu presencia. Si no soy digno de ser tu elegido, tómame como tu asesino a sueldo: por la noche con el cuchillo atacaré en tu nombre a tus enemigos y, si es tu deseo, ocúltame tu rostro al día siguiente como si fuésemos unos extraños. Tú eres el dios del zorro y del águila y yo amo tu ira y no te pido que me muestres tu rostro. Solo quiero parte de tu ira y de tu pena solitaria. El furor y la tristeza han sido una señal para mí porque estoy hecho a tu imagen y semejanza y soy tu hijo y soy tuyo y me llevarás contigo por la noche porque a imagen y semejanza de tu odio estoy hecho, dios de los lobos de la noche, de los lobos del desierto. Eres un dios cansado y un dios desesperado y a quienquiera que ames lo abrasarás porque eres celoso. Yo te digo maldito sea tu amor y maldito sea mi amor por ti. Conozco tu secreto porque estoy en él: tú prestaste atención a Abel y su ofrenda, pero era a Caín a quien amabas y por eso derramaste tu iracunda gracia sobre Caín y no sobre su ingenuo hermano. Y elegiste a Caín y no a Abel para que anduviese vagabundo y errante por esta mala tierra y pusiste tu marca en su frente para que vagara por toda la tierra poniendo tu marca, la marca de un dios árido, sobre las personas y las colinas. Eres el dios de Caín y eres el dios de Jefté hijo de Pitdá. Caín es el testimonio y yo soy el testimonio de tu marca, dios del rayo en el bosque del fuego en el granero del grito de perros enloquecidos por la noche te conozco porque estás en mí. Yo el hijo de la amonita amé a mi madre y mi madre desde lo más profundo se aferró a mi padre y mi padre desde lo más profundo te clamó. Dame una señal.

La ciudad de Abel Queramín se hallaba en la confluencia de las rutas de caravanas. Al atardecer cruzaban sus puertas multitud de caravanas llegadas

de lejos con todo lo mejor de Egipto, resinas aromáticas, perfumes y cobre de Asiria, cristal de Tiro y Sidón, especias del sur, del país de Edom, mosto y aceite de Judea, vinos de Aram Naharáin, seda de Aram Sobá y jovencitos de ojos azules de las islas azules del mar, prostitutas hititas, brazaletes, mirra y concubinas, todo se recogía dentro de las murallas y, al caer la noche, se cerraban las pesadas puertas y toda la ciudad se llenaba de luces de antorchas y de alboroto. En ocasiones, las cúpulas doradas capturaban chispas de luz y parecía que esparciesen gotas de sangre y fuego, y de todos los templos salían melancólicas melodías.

Jefté estaba rodeado de lujuria, vino y placeres cortesanos. Todo ese lujo pasaba ante él, pero su rostro estaba como abrasado por el fuego. Al acostarse por la noche, las más hermosas mujeres del país se deslizaban por su piel y bebían sus torrenciales fuerzas como aves aturdidas. Sus labios revoloteaban por el vello de su pecho y le decían, extranjero, extranjero. Él se quedaba callado, y sus ojos en blanco miraban hacia dentro porque alrededor no encontraban nada.

Con el paso del tiempo, el celo creció en la ciudad. Los notables de Amón sentían celo por sus mujeres, por sus hijas y también por su rey. Los ancianos dijeron en el consejo: Los amonitas sirven al rey Gatel y el rey Gatel, como si fuese una mujer, está en manos de Jefté el galaadita y ese tal Jefté no es uno de los nuestros, solo se pertenece a sí mismo.

Esas palabras también llegaron a oídos del rey, que llevaba tiempo despreciándose por el amor que sentía hacia Jefté. A veces, por la noche, se decía, voy a mandar matar a ese hombre pálido.

Pero vacilaba, porque siempre veía la doble cara de las cosas.

Cuando llegaron a sus oídos las palabras de los ancianos, que las malas lenguas decían que el rey era como una prostituta a los pies de aquel extranjero, los ojos del rey se llenaron de lágrimas. Durante toda su juventud había soñado con hacer grandes guerras, como uno de los terribles reyes de la Antigüedad, pero no sabía cómo hacer una guerra y con solo salir de su habitación a la luz del sol empezaba a darle vueltas la cabeza y al olor de los caballos se le apretaban los dientes. Por tanto, un día llamó a Jefté y le dijo, llévate soldados, carros y lanzas, llévate caballos y jinetes, llévate magos y



sacerdotes, ve al país de Galaad y toma para mí esa tierra en la que tu madre fue convertida en sierva tras ser raptada. Si te niegas a ir, sabré que las palabras de los ancianos son ciertas y que no eres de los nuestros, sino un extranjero. Soy el rey y he hablado. Dame un vaso de agua.

Aquella noche, Jefté soñó con el desierto. En su sueño, estaba trepando por un risco escarpado en el desierto y se quedaba atrapado en mitad de la pared porque la piedra era lisa como el cristal de Sidón y no podía ni seguir subiendo ni bajar, tan solo cerrar los ojos, porque a sus pies había un abismo brillante de extrañas rocas blancas. Alrededor rugía el viento como una bestia feroz. Entonces una mano de mujer le tocaba la espalda y le acariciaba la piel y él se debilitaba tanto por esa caricia que sus uñas clavadas a la pared del risco se desprendían y el corazón deseaba ceder y dirigirse hacia el lugar al que esa mujer le decía que fuese. En las profundidades de la cueva había un aire húmedo y la luz de la cueva parecía verdosa y nociva, pero la mujer estaba allí a su lado y también estaban el silencio, el agua fría y el descanso.

Al levantarse por la mañana supo que sus días en el país de Amón habían llegado a su fin y que debía marcharse. Fuera, la ciudad se elevaba hacia el cielo con su profusión de palmeras y de torres coronadas por cúpulas doradas. Cuando el sol de la mañana tocó ese oro, toda la ciudad comenzó a lanzar chispas de fuego. Fue una pena que Jefté no se esperaba. Era tan inocente que creía que uno puede levantarse y marcharse sin mirar atrás. Casi se arrepintió: era como si la ciudad de Abel Queramín tuviese unas afiladas garras de nostalgia que le agarraban por la ropa y no le permitían marcharse.

Pero el rey Gatel mandó que lo apremiasen, cuándo me complacerás con una guerra, ya he esperado un día entero y no hay guerra ni nada, Jefté, cuándo dejarás de vacilar.

Jefté no vaciló más.

Se levantó y huyó al desierto. Pero no se fue solo, se llevó con él a la hija que le había dado una de las mujeres que se postraban a sus pies.

Siete años tenía Pitdá cuando fue sacada de la ciudad y conducida al desierto sobre el caballo de su padre. Una amonita hija de amonita era aquella niña, y había pasado su infancia entre siervas, eunucos y sedas, porque Jefté

estuvo diez años en la ciudad de Abel Queramín.

Cuando salieron de la ciudad por la puerta del Estiércol, Pitdá se rio de pura alegría, porque le gustaba montar a caballo y creía que se la llevaban a cabalgar por el desierto durante todo el día y que al atardecer la llevarían de vuelta con su madre y con su gato. Pero, cuando la primera noche cayó sobre ella en el desierto, se asustó y empezó a gritar, a patalear y a maldecir a su padre, y también le dio una patada al caballo con su pequeño y fuerte pie. La imagen de sus labios fruncidos con rabia era digna de compasión.

No dejó de gritar hasta que los sonidos del desierto lograron dormirla. Por la mañana, Jefté le dio una pequeña flauta que le había hecho con una caña. Pitdá sabía tocar algunas canciones de las que cantaban por la noche las concubinas y las prostitutas en las plazas de Abel Queramín. La niña también tocaba con la flauta algunas de las canciones de Pitdá, la madre de Jefté. Ella tocaba y él escuchaba el rumor del agua corriendo por las acequias en los campos de frutales de la hacienda de Galaad. El corazón se le salía del pecho cuando le decía: Padre. Él cabalgaba despacio y, para que la niña se olvidase del calor y de las penalidades del largo viaje, durante todo el día y a lo largo de todo el camino le contaba las historias del lobo y las manos vacías y las historias de su hermano Azur, que sabía entender la lengua de los perros. Aquel día, Jefté utilizó más palabras de las que había utilizado durante toda su vida y de las que utilizaría jamás.

Al cabo de unos días, Pitdá dejó de preguntar por su madre y por la casa de su madre. Él le reveló que se dirigían hacia el mar. Cuando le preguntó qué era el mar, le dijo que el mar era una enorme tierra de colinas, pero no de colinas de arena, sino de colinas de agua. Cuando le preguntó qué había en el mar, le dijo que tal vez hubiera descanso. Y, cuando quiso saber por qué la tierra no absorbía el mar como absorbía al instante toda el agua, no supo qué responderle.

—Ahora, protégete la cabeza del sol —le dijo únicamente.

—¿Cuándo llegaremos al mar del que has hablado? —dijo Pitdá.

—No lo sé —dijo Jefté—. Nunca he estado allí. Mira, Pitdá, una lagartija. Mira, ya no está.

De cuando en cuando, levantaba la vista hacia su padre con una luz cansada brillando en sus pupilas. Puede que estuviese enferma por la arena y el sol, o puede que solo estuviese atónita. Cada noche la acercaba a él y la envolvía con su manto para protegerla del frío lacerante.

Cuando la luna empezó a menguar, Jefté llevó a su hija a una cueva situada en las montañas de un lugar llamado el país de Tob. Allí había un manantial y varios robles que daban una sombra amplia y suave. Junto al manantial había abrevaderos de piedra musgosa, y allí iban los nómadas del desierto a dar de beber a sus exhaustos rebaños. Al llegar, plantaban en la ladera tiendas negras hechas de piel de cabra. Y Pitdá, la hija de Jefté, aprendió allí a recoger ramas y a encender una hoguera en la entrada de la cueva. Jefté llevaba la caza y al atardecer asaba la carne de corzo o el vientre de tortuga.

Por las noches, la luna parecía rodar lentamente sobre los picos de las montañas como examinando con cuidado el suelo del desierto antes de abrirse y derramar sobre la tierra la delicada palidez de plata. Bajo ese claro de luna, las cadenas montañosas se veían extrañas y parecían colmillos sedientos.

Cada mañana, Pitdá se levantaba y bajaba al abrevadero a por agua fresca, luego volvía descalza y salpicaba a su padre para despertarlo. Cuando Jefté se levantaba, ella tocaba la flauta y él se sentaba en silencio y escuchaba como si las melodías fuesen vino.

Los nómadas del desierto, los habitantes del país de Tob, eran personas desdichadas, desesperadas. Jefté se unió a ellos. Las mujeres esqueléticas acogieron a la niña y la mimaban durante todo el día, porque en el país de Tob no nacía ningún niño. Todos sus habitantes vagaban errantes por las llanuras del desierto y por los desfiladeros de las montañas. De cuando en cuando, tanto las huestes de Amón como los guerreros de Israel atacaban el país de Tob para matar a sus nómadas. Aquellos nómadas eran personas desventuradas: entre ellos había asesinos y quienes huían de los asesinos, había quienes odiaban con un odio que no tenía cabida en ninguna tierra habitada y odiados que andaban con los perros pisándoles los talones, y había

visionarios y había excéntricos que comían hierbas y raíces por no incrementar el dolor en el mundo.

Sobre ese país se extendía un cielo de hierro fundido. Y la tierra era cobriza, reseca y agrietada. Pero las noches en el país de Tob eran intensas como la cerveza negra. Un silencioso y benévolo frescor lo cubría todo cada noche y se apiadaba de las personas marginadas, se apiadaba de los rebaños exhaustos, se apiadaba de la propia aridez desesperada.

Un día, Jefté y su hija fueron conducidos ante el anciano jefe de los nómadas.

El jefe de los nómadas era un hombre enjuto y esquelético con un rostro que parecía de pergamino, y tan solo en la línea de las mandíbulas quedaban aún vestigios de fuerza o de maldad. En el lecho seco de un río se plantó Jefté ante el anciano. Guardó silencio, porque prefería oír primero lo que tenía que decirle el anciano. También el anciano, tendido sobre la joroba de su camello gris, estaba como adormilado, esperando a que el extranjero hablara. Ambos permanecieron en silencio durante un buen rato, comprobando con paciente obstinación quién aguantaba más tiempo callado, mientras un círculo de mujeres delgadas se cerraba a su alrededor en la distancia.

El anciano descansaba como una lagartija al sol, sin mover los párpados. Jefté estaba plantado delante del camello con un rostro de piedra. A sus pies estaba su hija Pitdá, escarbando y hurgando en la arena para descubrir de dónde salían las hormigas. Había silencio. Solo la sombra del hombre montado en su camello y del hombre plantado de pie derecho se iba desplazando lentamente con el movimiento del sol en el cielo blanco. Fue un prolongado silencio. Al final, el anciano habló con voz reseca.

—¿Quién eres, extranjero? —preguntó.

—Soy hijo de Galaad el galaadita, señor —dijo Jefté—, nacido de una sierva amonita.

—No te he preguntado tu nombre ni el nombre de tu padre, te he preguntado quién eres, extranjero.

—Soy un extranjero, como usted ha dicho, señor.

—¿Y por qué has venido a este lugar? ¿Te han enviado los amonitas o los israelitas para mezclarte entre nosotros y entregarnos a los que desean nuestra

muerte?

—No tengo parte en Israel ni tengo heredad en Amón.

—También estás desesperado, extranjero, veo que tus ojos están en blanco, mirando hacia dentro, como los de las personas desesperadas. ¿A quién veneras?

—A Milcón no.

—¿A quién veneras?

—Al dios de los lobos de la noche, de los lobos del desierto. A imagen y semejanza de su odio estoy hecho.

—¿Y la niña?

—Es Pitdá, mi hija. Y cada día se parece más al desierto.

—Eres valiente. Ven con nosotros a matar y a escarnecer, como uno de estos jóvenes. Ven con nosotros esta noche.

—Soy un extranjero, señor, entre extranjeros he estado toda mi vida.

## 6

Jefté les cayó en gracia a los nómadas del país de Tob.

Con el paso del tiempo luchó con ellos contra sus perseguidores y también fue varias veces a atacar la tierra habitada, porque esos nómadas odiaban a los sedentarios. Por la noche se deslizaban entre los cercados de las haciendas y entraban sigilosos como un espíritu maligno. El que moría agonizaba en silencio y el que mataba escapaba en silencio. Entraban con cuchillos o con dagas. Y con fuego. Por la mañana crepitaban los rescoldos humeantes en las ruinas de las haciendas, en los límites de Amón o en los límites de Israel. Jefté iba haciéndose importante, porque tenía dotes de mando. Era tan fuerte que, solo con su voz, sin el menor movimiento, podía someter a los demás. Como de costumbre, hablaba poco, porque no le gustaban las palabras ni confiaba en ellas.

Una noche se infiltraron las jeftitas en la hacienda de Galaad el galaadita situada en el extremo del país de Galaad, en los límites del desierto.

Por los caminos de la hacienda, entre los campos de frutales negros y la espesura de viñedos, corrieron las sombras hasta llegar a la entrada de la casa cuyos muros estaban contruidos con piedra volcánica. Pero Jefté no permitió incendiar la casa con sus habitantes dentro, porque de repente la añoranza se abrió paso en medio del odio y recordó las palabras que le había dicho su padre una lejana noche de un lejano día, eres impuro como tu padre. Tú estás solo. Yo estoy solo. Todos estamos solos. Mira, una lagartija, mira, ya no está.

Se agachó y, a cuatro patas, bebió agua de la acequia. Después hizo el sonido de un ave nocturna y sus hombres se agruparon y escaparon hacia el desierto sin prender fuego.

Los nómadas alzaban su mano contra los amonitas y contra los israelitas, y todos alzaban la mano contra ellos, todo aquel que los encontraba los mataba. Durante el día, los hombres dormían en desfiladeros, barrancos o cuevas, y el poco ganado que tenían estaba disperso bajo la sombra de los robles junto a los abrevaderos de piedra musgosa. Mujeres esqueléticas con mantos negros cuidaban del ganado mientras el sol lo derretía todo con su odio candente. Y, por la noche, los nómadas salían de sus escondrijos para atacar los lugares habitados. Al regresar, cantaban una amarga canción que parecía un prolongado lamento. De vez en cuando, uno gritaba en mitad de la canción y de pronto, a mitad del grito, guardaba silencio.

También Pitdá les cayó en gracia a los nómadas. Era una niña guapa y oscura y todos sus movimientos eran soñadores, como si estuviese hecha de una materia frágil, y como si la tierra bajo sus pies y los objetos inanimados entre sus dedos anhelasen romperse y ella tuviese que estar siempre atenta.

Las mujeres desdichadas amaban a Pitdá porque en el país de Tob no nacía ningún niño. Ella tocaba la flauta en las laderas y en las rocas de las montañas incluso aunque nadie la escuchase. Si el sonido de la flauta llegaba desde la lejanía hasta Jefté, le parecía que era el sonido del viento en los huertos de la hacienda de su padre, o el rumor del agua corriendo en las acequias a la sombra de los árboles frutales. Pitdá también soñaba despierta,

y a él el corazón se le salía del pecho cuando le contaba algún sueño o cuando de repente le decía: Padre.

Sentía por ella un amor salvaje. Y era muy precavido cuando le acariciaba la cabeza o la abrazaba, porque recordaba cómo lo agarraba Galaad, su padre, cuando era un niño pequeño. Decía: «No voy a hacerte daño. Dame la mano».

Y la niña respondía: «Pero si me miras así, no tengo más remedio que reírme».

Sentía por ella un amor salvaje. Solo de pensar que algún día un extranjero se llevaría a Pitdá, la sangre le hervía en las venas. Un hombre bajo, puede que gordo, y oliendo a sudor y a cebolla, estrecharía a Pitdá entre sus brazos peludos, lamería y mordería sus labios y con torpes dedos le hurgaría en sus partes nobles. Los ojos de Jefté se inyectaban de sangre y, al verlo, ella se reía mucho y él refrescaba su ardiente frente con la hoja de su daga y le susurraba, toca, Pitdá, toca la flauta, y, como quien se está quedando ciego, escuchaba las melodías hasta que la ira se aplacaba y tan solo quedaba una especie de pena reseca, como un sabor a ceniza en la garganta. A veces era tanto su amor que Jefté empezaba a bramar salvajemente igual que su padre Galaad, y a veces anhelaba saber cómo hacer pócimas y dárselas por la noche para protegerla de todo mal.

La niña fue creciendo ante sus ojos y ante los ojos de los nómadas. Cuando no estaba recogiendo ramas para hacer fuego ni abrevando al ganado con todas las mujeres esqueléticas, se sentaba en el lecho del río y con los cantos rodados hacía torres, murallas, castillos y portones y, de repente, lo derruía todo con gran placer y se reía. También hacía ramos de cardos, cuando los cardos florecían. Todo como en sueños, con los labios fruncidos, sin llegar a tocarse, un poco abiertos. A veces encontraba un hueso y cogía el hueso blanco con sus manos bronceadas y le cantaba una canción y le echaba el aliento y también se lo acercaba al cabello.

Sabía tallar en las ramas de los arbustos pequeñas figuras, un caballo al galope, una oveja tumbada, un anciano negro encorvado sobre su bastón. Y algunas cosas de las que no estaba bien reírse hacían que la hija de Jefté se

riese efusivamente: si una mujer ataba sus bultos a la joroba del camello y el camello se asustaba y lo tiraba todo al suelo, Pitdá soltaba una efusiva risotada. O si alguno de los nómadas estaba de pie, de espaldas a ella, con la cabeza inclinada, sin moverse, como inmerso en profundos pensamientos y resulta que estaba orinando entre las rocas, Pitdá se reía y no podía parar ni siquiera cuando este se enfadaba y la regañaba.

Si alguno de los hombres la miraba de soslayo, con los ojos desorbitados, con los labios separados y sacando la punta de la lengua entre los dientes, esa mirada le provocaba una sonora carcajada. Si, al ver la cara del hombre que miraba a su hija, los ojos de Jefté echaban chispas de ira fría, Pitdá miraba a uno y a otro como tendiendo una línea entre ellos y seguía riéndose sin parar. Incluso cuando le gritaba, basta ya, ella no dejaba de reírse y a veces le contagiaba la risa y tampoco él podía parar. Los jóvenes nómadas veían todo aquello como una señal de alegría interior, pero para las mujeres no era alegría, sino algo que no acabaría bien. Las mujeres nómadas enseñaron a Pitdá a tejer, a cocinar, a ordeñar cabras y a amansar a un macho cabrío rebelde. La joven sabía hacer todas esas cosas con presteza y como si sus pensamientos estuviesen en otra parte.

—Por la noche sales a luchar y regresas victorioso —le dijo una vez a su padre—, y durante el día duermes, y hasta las moscas que revolotean por tu cara son más fuertes que tú.

—Todo el mundo duerme de vez en cuando —dijo Jefté.

—La serpiente no duerme nunca —dijo Pitdá—, tampoco puede cerrar los ojos jamás, porque no tiene párpados.

—Está escrito en los libros sagrados que la serpiente es el más astuto de todos los animales del campo —dijo Jefté.

—Qué triste ser el más astuto de todos los animales del campo —dijo Pitdá—. Y qué triste también no dormir nunca, ni cerrar jamás los ojos ni soñar por la noche. Si la serpiente fuese realmente astuta, ¿no buscaría la forma de cerrar los ojos?

—¿Y tú?

—A mí me gusta verte dormir tumbado en el suelo después de las batallas nocturnas, con las moscas recorriendo tu cara. Te quiero, padre. Y también



me quiero a mí misma. Y también amo los lugares a los que no me llevas, esos por donde se pone el sol al atardecer. Tú has olvidado el mar, pero yo lo recuerdo. Ahora ponte este manto en la cabeza y haz muuu, y yo te miraré y me reiré.

En los sueños de Jefté desfilaban dignatarios y príncipes que se dirigían a él para pedirle la mano de su hija. Todos torcían el semblante, como perros ahuyentados a palos o a pedradas, porque Pitdá no estaba destinada a ellos. Lento y pesado aparecía Galaad, su padre, en los sueños de Jefté, y también él alargaba su ancha y horrenda mano para tocar a la niña y ella huía de él y se escondía detrás de los abrevaderos y él la perseguía y Jefté gritaba mientras dormía. O los jóvenes, Azur, Yamín, Gatel y Yemuel, irrumpían en sus sueños, rodeaban a Pitdá y tenían miles de dedos blancos para arrancarle toda la ropa y ella se reía con ellos y al verlos él gritaba porque no tenían párpados y porque la miraban con unos ojos abiertos de par en par que no se cerraban ni pestañeaban y la acorralaban y él se despertaba chillando con la daga en la mano y la mano estaba temblando.

Dios, tócame, aún no me has tocado, hasta cuándo tendremos que esperarte. Alarga tu mano hacia mí y tus dedos de fuego. Estoy ante ti sobre una de las montañas y tengo en mis manos el cordero para el sacrificio, y aquí están el fuego y la leña, pero dónde está el cuchillo. Anhelaré tu sombra durante toda mi vida. Si apareces en el monte, yo seré tierra ardiente. Si te muestras en la media luna o en el reflejo de la media luna sobre el agua, allí seré tu siervo en la arena blanca o en el fondo del mar. Si los perros gritan con toda su alma, es señal de que eres amoroso y colérico. Dios, otórgame tu ira, déjame ser tocado por ella, pues tú eres un dios solitario y también yo estoy solo. No tomes a otro siervo en mi lugar. Yo soy tu hijo y durante toda mi vida seré testigo de tus falaces terrores, dios del gato montés que acecha en los lechos secos de los ríos por la noche, noche tras noche.

Con el tiempo, Jefté se convirtió en el jefe de los nómadas. Hablaba poco y, cuando hablaba, lo hacía en voz muy baja. Quien quería oírlo tenía que inclinarse hacia Jefté y prestar mucha atención.

Por aquellos días, el rey de los amonitas atacó la tierra de los israelitas. Conquistó todas las ciudades y las haciendas y tomó como esclavos a sus habitantes. Algunos lograron escapar, y el resto tuvo que someterse al rey Gatel. El rey no salía de su palacio, pues se pasaba el día llenando rollos y rollos de pergamino con palabras destinadas a sus generales y también escribiendo el libro de las guerras del rey Gatel.

Un día, sus tres hermanos, Yamín, Yemuel y Azur, fueron al desierto, al país de Tob, al lugar donde vivía Jefté. Se dirigieron hacia allí huyendo de los amonitas porque el nombre de Jefté ya era conocido en todas aquellas tierras. Él y sus nómadas jeftitas aniquilaban la retaguardia de las huestes amonitas, saqueaban las caravanas y burlaban la vigilancia del rey como un pájaro mofándose de un oso.

Cuando llegaron, Jefté no ocultó su identidad a sus hermanos. Tampoco los abrazó. Con el paso de los años, los dos primeros parecían haberse vuelto más rudos. Yamín, el primogénito, se había convertido en un hombre grande y robusto y no se parecía a su madre ni a su padre, sino al sacerdote de la casa. Yemuel seguía sin poder borrar de sus labios una constante sonrisa lisonjera acompañada con un guiño obsceno, una mueca que parecía querer decir, amigo, ven a mi casa y allí nos revolcaremos con lascivia. Solo Azur, el pequeño de los hermanos, había desarrollado la agudeza y la velocidad de una flecha, y se parecía a su hermanastro, el hijo de la amonita, y no a los dos hijos de Nejustá hija de Zebulón.

Cuando los tres se arrodillaron y se inclinaron ante el señor de los nómadas, Jefté les habló con dureza.

—Levantaos, fugitivos —dijo—. No os postréis ante mí, pues yo no soy José ni vosotros los hijos de Jacob. Poneos en pie. Ahora.

Yamín, el primogénito, empezó a hablar como si leyese un texto escrito.

—Señor, hemos venido a decirte que el enemigo amonita ha conquistado la heredad de tu padre. Y nuestro padre es un anciano y no puede luchar contra ellos. Nosotros, tus siervos, te decimos, Jefté, salva la casa de tu padre y la tierra de tu padre porque solo tú y nadie más que tú puede vencer a la serpiente amonita.

Imploraron a Jefté y Jefté guardó silencio. Tan solo ordenó que los tres se

incorporasen a su campamento. Cada día le decían: Señor, ¿cuándo dejarás de vacilar? Y él no les contestaba ni tampoco los reprendía. Decía en su fuero interno: Dios, dame una señal.

Los jeftitas impusieron el terror a las huestes amonitas. Las noches en Abel Queramín se volvieron aterradoras debido a los jeftitas que asaltaban las caravanas. Los hombres de Jefté eran ligeros y astutos, porque ligero y astuto era su señor, y sus pasos por la noche eran como la niebla o como una caricia. Jefté enviaba por la noche asesinos de cuchillos silenciosos contra los generales amonitas. Cuando los soldados de Gatel oían por la noche el sonido del viento, de un lobo o de un ave, temblaban de arriba abajo por si eran los nómadas de Jefté los que hacían por la noche el sonido de un ave, de un lobo o del viento. Hasta dentro de las murallas de Rabat Amón penetraban los jeftitas, y hasta las plazas y los templos de Abel Queramín: por el día llegaban con las caravanas al interior de la ciudad, disfrazados de mercaderes, por la noche sembraban el terror y al amanecer se los llevaba el viento y desaparecían, y Gatel enviaba a sus huestes a perseguir al viento. En la crónica de sus guerras, escribió el rey Gatel:

«Así es como actúan los cobardes, clavan el cuchillo y huyen. Que vengan a plena luz del día para que nos veamos cara a cara, entonces yo los aplastaré y podré descansar».

Pero los jeftitas no querían ir a plena luz del día. Cada día, el jefe de los nómadas se dirigía hacia la colina y se quedaba allí solo, de espaldas al campamento y de cara al desierto, como aguardando algún sonido o algún aroma.

Entonces el rey Gatel envió a decir a Jefté: «Jefté, tú eres amonita. Nosotros somos tus hermanos, ¿por qué estamos luchando? Si quieres, ven y yo haré que ocupes el segundo carro y sin tu permiso nadie levantará una mano ni un pie en todas las ciudades de Amón y de Israel».

Por medio de Azur, su escudero, envió el jefe de los nómadas una respuesta al rey Gatel diciendo: «Gatel, yo no soy tu hermano ni el hijo de tu padre. Tú sabes que soy un extranjero. Yo no lucho por los israelitas, yo lucho por

alguien que no conoces. En su honor te atravesaré con la espada y también atravesaré con la espada a tus enemigos, porque he sido un extranjero todos los días de mi vida».

7

Por la noche, en la tienda, en el país de Tob, Pitdá tuvo un sueño. En el sueño era una novia con su vestido nupcial. Las jóvenes bailaban a su alrededor con arpas y tambores, y llevaban brazaletes en los brazos.

Le contó a su padre el sueño y Jefté se sobrecogió. La zarandó por los hombros y murmuró aterrado, dime quién era el novio. Le suplicó mientras le retorció los hombros con fuerza, y ella, como de costumbre, empezó a reírse sin ningún fundamento. Entonces le dio una bofetada con el dorso de la mano, como un salvaje, y gritó, quién era el novio.

—Me estás mirando con ojos de asesino —dijo Pitdá.

—Quién era, dime quién era.

—No le vi la cara, solo sentí su respiración abrasadora sobre mí. Mírate, tienes los labios llenos de espuma, déjame, mete la cabeza en el agua del río.

—Quién era.

—No vuelvas a pegarme o me reiré tan fuerte que todo el campamento lo oirá.

—Quién era.

—Tú sabes quién es el novio, entonces por qué me gritas, y por qué estás temblando así.

Ella estaba riéndose y él, frente a ella, parecía aturdido, sus ojos estaban cerrados y sus labios le decían, claro que lo sé, entonces por qué me he sobresaltado. Aún estaban ahí parados cuando los ancianos de Israel comenzaron a bajar para postrarse a los pies de Jefté.

Abrió los ojos y los vio llegar y, entre ellos, también vio a Galaad, su padre, tan pesado, fornido y feo como en los viejos tiempos, solo que con la barba canosa.

Debido al polvo del desierto, los ancianos de Israel se recogieron los mantos. Se postraron ante el jefe de los nómadas. Galaad fue el único que no se arrodilló ni se inclinó ante su hijo. Entonces Jefté sintió una frenética alegría hirviendo en sus venas, una alegría que no había conocido en toda su vida y que nunca más volvería a sentir.

Con gran esfuerzo, reprimió su gozo al dirigirse a los ancianos.

—Alzaos, ancianos de Israel —dijo—. El hombre ante el que estáis postrados es el hijo de una prostituta.

Pero ellos siguieron de rodillas, no querían levantarse, únicamente se miraron unos a otros sin saber qué hacer. Tras aquel silencio, Galaad el galaadita habló.

—Tú eres mi hijo —dijo—, el que salvará a Israel de los amonitas.

Desde la distancia, Jefté contempló el orgullo quebrado de aquellos hombres como quien mira una herida. Entonces lo embargó la pena, no la pena por aquellos ancianos, tal vez ni siquiera fuese pena, sino algo parecido a la ternura, un sabor a ceniza.

—Soy un extranjero, ancianos de Israel —les dijo con ternura—, un extranjero no debe ir delante de vosotros en la batalla, no sea que el campamento se vuelva impuro.

Al oír esas palabras, los ancianos se levantaron.

—Jefté, tú eres nuestro hermano —dijeron—, tú eres nuestro hermano. Hoy hemos nombrado a Galaad, tu padre, juez de Israel, y tú, nuestro hermano, serás nuestro general y lucharás por nosotros contra los amonitas. Como general de las huestes de tu padre, serás nuestro adalid, irás al frente de todos tus hermanos, Jefté, porque desde muy joven has sabido hacer la guerra. Hasta el día de hoy se sigue contando alrededor de las hogueras de los pastores la historia del despedazamiento del lobo con las manos vacías.

—Ancianos, lo cierto es que vosotros me odiáis y, cuando haya aplastado a los amonitas, me perseguiréis como a un esclavo huido y mi padre me pondrá grilletes, porque él es el juez de Israel y yo soy un extranjero, un nómada y el hijo de una prostituta.

—Jefté, tú eres mi hijo. Tú eres el joven que pasa la mano por el fuego y no grita y el que despedaza un lobo con las manos vacías. Si vas a luchar por

nosotros contra los amonitas, yo te bendeciré frente a todos tus hermanos y, durante todos los días de mi vida, tú serás quien decida a quién traer a mi presencia.

—Ancianos, dejadme tranquilo. Y también tú, juez de Israel, deja de implorarme. No sois unos muchachos, ¿a qué estáis jugando? Marchaos y poned a salvo vuestras canas, llevaos a vuestros sacerdotes y a vuestros escribas y a mí dejadme tranquilo. Veo claramente vuestro ardid. Jefté no será el caballo de batalla de Israel y este anciano no cabalgará sobre mi lomo.

Entonces habló Galaad el galaadita y lo hizo con los labios apretados, como si estuviese intentando liberarse de una cadena de hierro.

—Tu padre no juzgará en Israel —dijo—. Tú lucharás y tú juzgarás.

Los ancianos guardaron silencio, porque se les trabó la lengua al oír esas palabras.

Con la astucia de un zorro habló Jefté y, mientras lo hacía, la chispa amarilla brilló en sus pupilas.

—Si es cierto que realmente hoy me hacéis juez de Israel, jurádmelo ahora por nuestro Dios —les dijo.

—Dios escucha y es testigo: tú serás juez.

—El hijo de una prostituta será vuestro jefe —dijo Jefté, soltando tales carcajadas que los caballos se asustaron.

—Será nuestro jefe —dijeron los ancianos con voz extraña.

—Entonces, engrilletad ahora mismo a este anciano. El juez de Israel os lo ordena.

—Jefté, hijo mío...

—Y metedlo en el pozo. He hablado.

Al día siguiente, Jefté inspeccionó sus huestes y nombró generales y comandantes. A sus dos hermanos, Yamín y Yemuel, les mandó reunir rápidamente a todos los guerreros de las tribus de Israel. Y envió a su escudero, Azur el galaadita, a decirle a Gatel, el rey de Amón: «Vete de mi tierra».

Y, al atardecer del día siguiente, el juez de Israel también ordenó plantar una gran tienda en medio del campamento, una tienda de honor, sacar a su

padre Galaad del pozo, llevarlo a esa tienda y darle vino y también siervas. Jefté le dijo a su hija Pitdá: Si el anciano arroja la jarra de vino al suelo y la hace pedazos, apresúrate a ordenar a los siervos que rápidamente metan otra jarra en la tienda. Y, si también rompe la segunda jarra, que le lleven otra, porque a veces ese anciano se deleita con el sonido del cristal al estallar en mil pedazos. Así pues, que rompa cuantas jarras quiera. Pero ni te atrevas a entrar en la tienda, y ahora deja de reírte. Vete.

Gatel, el rey de Amón, estaba como enloquecido por culpa de los jeftitas, que por las noches acribillaban a sus huestes y por la mañana parecía que se los hubiese tragado la tierra. Mandaba a su ejército tras ellos, pero era como perseguir al viento. En los límites de Moab, Gatel era objeto de burla y en el país de Edom, objeto de escarnio: la mosca picaba y el oso corría en círculos.

Por medio de Azur, el escudero, Gatel envió decir a Jefté: «Déjame tranquilo, Jefté, tú eres un amonita, por qué deseas hacerme mal, yo siempre te he querido». Pero Jefté conocía al rey Gatel, que anhelaba ser uno de esos terribles reyes de la Antigüedad, pero que, con que le llegase de lejos el olor a sudor de los caballos, se mareaba. Con calma, el juez de Israel libró una batalla dialéctica con el rey de Amón mediante emisarios que iban y venían de un lado a otro: de quién era realmente esa tierra, qué antepasados fueron los primeros en asentarse en ella, qué decían los anales de la historia, quién tenía el derecho y quién tenía la justicia de su lado. Gatel llegó incluso a pensar que se hallaba ante una guerra epistolar y se pasaba el día escribiendo rollos y más rollos de pergamino.

Los ancianos de Israel fueron a la tienda del juez a decirle, en nombre de Dios, ve, el tiempo pasa, el amonita está engullendo toda esta tierra y, si tú vacilas, quién podrá salvarnos. Jefté escuchó y guardó silencio. Los ancianos continuaron diciéndole al juez, envía emisarios al edomita, al árabe y al egipcio, y también a Damasco, nosotros solos no podremos con ellos, porque los límites de Amón son muy fuertes. Y Jefté guardó silencio.

Pero se dijo: «Dios, dame otra señal y yo te entregaré sus cadáveres esparcidos por el campo tal y como querías, tú eres el dios de los lobos de la noche, de los lobos del desierto».

Una noche, Pitdá tuvo otro sueño: el novio llegaba en medio de la oscuridad y le decía en voz muy baja: Ven, amada, ha llegado el momento.

Por la mañana, Jefté escuchó el sueño y, en esa ocasión, enmudeció y su rostro se ensombreció. Por todas partes le acechaban los sueños. Y, al igual que Galaad, su padre, él creía que los sueños llegan desde el lugar del que venimos y al que volveremos al morir. Jefté se dijo: Ahora, ahora. Mientras, la joven se reía.

Una hora más tarde sonó el cuerno de carnero.

Los guerreros de todos los campamentos se agruparon en la ladera rocosa y el sol jugueteó con las lanzas y los escudos. Los ancianos de las tribus se asustaron mucho y buscaron las palabras adecuadas para impedir que se lanzasen todos contra las murallas de Amón en un único ataque, porque los límites de Amón eran muy fuertes y tras semejante desastre Israel no volvería a levantarse, pues el hombre salvaje parecía decidido a romper la cabeza de Israel contra las piedras de la muralla de Amón. Pero el juez de Israel salió de la tienda en mitad de aquellas súplicas y se detuvo en la entrada frente a las tropas, y en esa ocasión su hija Pitdá estaba a su lado. Posó la mano sobre el hombro de la joven y su voz sonó como la de su difunta madre al decir: Dios, si me entregas a los amonitas, el primero que salga a mi encuentro por las puertas de mi casa cuando regrese sano y salvo de los amonitas será para Dios y lo ofreceré en sacrificio...

—Él te entregará a los amonitas y vosotras me tendréis preparado el vestido de novia —dijo la bella y oscura joven. El pueblo vitoreó, los caballos relincharon y ella se rio y ya no paró de reírse.

Jefté el galaadita salió de su escondite en el país de Tob y se lanzó a destruir las murallas de Amón hasta reducirlas a polvo, porque los límites de Amón eran muy fuertes. Arrasó los pueblos, derribó las torres, incendió los templos, demolió los torreones, hizo añicos las cúpulas doradas y dio a las concubinas y a las prostitutas como alimento a las aves del cielo.

Hasta que apretó el calor, Gatel cayó atravesado por la espada y Amón fue derrotado desde Aroer hasta cerca de Minit, veinte ciudades, y hasta Abel Queramín, fue muy grande la derrota y, al caer la noche, los amonitas habían



sido sometidos y Gatel había muerto, y Jefté guardó silencio.

## 8

La vida de un hombre es como agua tragada por la arena: el hombre desaparece de la Tierra sin que se sepa cuándo llegó ni se conozca cuándo se fue. Como sombras declinan sus días, y no es posible hacer volver a las sombras. Pero a veces llegan sueños hasta nosotros por la noche y en nuestros sueños sabemos que realmente nada pasa y nada desaparece ni se olvida, que todo permanece siempre.

También los muertos vuelven a casa en los sueños. También los días que pasaron y se olvidaron regresan completos y radiantes en los sueños por la noche, ni una gota se pierde, no falta ni una nota. El olor a tierra mojada en una mañana de otoño antiguo, la imagen de casas quemadas cuya ceniza fue arrastrada hace tiempo por el viento, las curvas de las caderas de mujeres muertas, el ladrido frente a la luna en una noche lejana de los remotos ancestros de los perros que ahora están con nosotros, todo revive y respira en los sueños.

Como en un sueño estaba Jefté el galaadita en la entrada de la hacienda de su padre, entre cuyos cercados había nacido, a la sombra de los frutales donde una mano le había tocado por primera vez, y de donde había huido hacía muchos años: ni una gota se pierde, no falta ni una nota. Los cercados y los campos de frutales estaban ante él como entonces, y la parra seguía acariciando con los sarmientos todos los muros de la casa y recubriéndolos de tal forma que no se percibían las negras piedras volcánicas. Y el agua corría por las acequias y a los pies de los árboles había un frío y sombrío anhelo.

Como soñando estaba Jefté cerca de la casa mientras vislumbraba a su bella y oscura hija bajar hacia él cantando. Tras ella iban las muchachas con tambores y los pastores con flautas, y ahí estaba Galaad, su padre, un hombre amargado y corpulento. También Yamín, Yemuel y Azur bajaban por el camino mientras su madre, Nejustá hija de Zebulón, completamente blanca y vestida de blanco, miraba por la ventana con una sonrisa pálida en la cara. Y

todos los perros ladraban y el ganado mugía y también estaban el escriba y el sacerdote de la casa y el sirviente calvo, todo como en un sueño, no faltaba nada.

Las jóvenes iban detrás de ella vestidas de blanco, golpeando los tambores y cantando, a Jefté ensalzaré, a Jefté ensalzaré, y el pueblo vitoreaba jubiloso y las antorchas ardían en todo Mispé de Galaad.

Ella bajaba como flotando, como si sus pies se negasen a tocar la tierra del camino. Como una cervatilla hacia el agua, así bajaba Pitdá hacia su padre. Iba con su immaculado vestido de novia, con los ojos ensombrecidos por las pestañas y, cuando alzó la mirada hacia él y su risa llegó hasta sus oídos, vio el fuego y el hielo ardiendo verdes en las pupilas de su hija. Y las muchachas cantaban: *a Jefté ensalzaré, ensalzaré, ensalzaré*, y las caderas de Pitdá se movían sin descanso, como con una oculta danza interior, y era delgada y estaba descalza...

Como adormilado estaba el juez de Israel frente a la hacienda de su padre. Tenía el rostro quemado y reseco y los ojos en blanco: como si estuviese mortalmente cansado. Como si estuviese soñando.

El vocerío del pueblo iba en aumento, porque Galaad era conducido en un palanquín por Yamín, Yemuel y Azur, y las tropas gritaban, bienaventurado el padre, bienaventurado el padre. La luz de las antorchas inundaba todo Mispé de Galaad y los tambores enloquecían de júbilo.

Qué bella y oscura estaba Pitdá al colocar la guirnalda de la victoria en la cabeza de su padre. Luego posó las manos inertes sobre los ojos de Jefté y le dijo: «Padre».

Como una roca ardiendo en el desierto tocada de pronto por el agua fría se quedó Jefté al sentir los dedos de su hija sobre sus ojos. No quería despertar de ese estado de ensoñación.

Estaba cansado y sediento, y su cuerpo aún no se había desprendido de la sangre y del hollín. Por un instante sintió nostalgia de la ciudad que había incendiado aquel día, Abel Queramín irguiéndose frente al cielo con su multitud de torres de cúpulas doradas, y el sol tocando por la mañana ese oro, y el joven rey enfermo implorándole, por favor, Jefté, no me dejes solo, está

oscuro, cuéntame una historia, y las caravanas cruzando las puertas de la ciudad al atardecer con el sonido de los cencerros de los camellos, y los labios de las mujeres deslizándose sobre el vello de su pecho y susurrando, extranjero, extranjero, y la luz por la noche y las melodías, y su espada ensangrentada atravesando el cuello del rey enfermo y saliendo humeante por su nuca y Gatel diciendo con labios agonizantes, qué historia tan fea, y la ciudad ardiendo y las mujeres ardiendo arrojándose desde las azoteas y el olor a carne quemada y los gritos...

Estaba en silencio e inmóvil a la entrada de la hacienda de su padre, con los ojos cerrados.

Después, el viejo Galaad alzó la mano para hacer callar a los que cantaban, tocaban y vitoreaban, de modo que el juez de Israel pudiese hablarle al pueblo.

El pueblo entero enmudeció para escucharle. Solo el fuego de las antorchas temblaba con el silencioso viento.

El juez de Israel abrió la boca para hablarle al pueblo y, de pronto, cayó al suelo aullando como un lobo alcanzado por una flecha.

Mi señora madre, dijeron sus labios. Y uno de los ancianos de la tribu allí presentes pensó: Este hombre es un impostor, no es uno de los nuestros.

## 9

Ella le pidió dos meses y él respondió como si lo hubiese olvidado todo.

—Vete de aquí —le dijo—, vete a otro país y no vuelvas jamás.

—Ponte este manto en la cabeza y haz muuu —le dijo la joven riéndose—, y nosotros te miraremos y nos reiremos.

Y él contestó perdido en la nostalgia.

—Mira, Pitdá, aquí, sobre la tapia, mira, una lagartija —dijo—. Mira, ya no está.

Pitdá estuvo vagando por las montañas durante dos meses, y sus doncellas iban detrás de ella. Los pastores se escondían al verlas. Si pasaban por algún

pueblo, los aldeanos se ocultaban en sus casas. Caminaban en silencio, vestidas de blanco, a lo largo de barrancos inundados por el claro de luna. Qué quería decir esa palidez fantasmal, esa luz de plata muerta sobre colinas muertas. Ningún animal feroz las tocaba. Los olivos retorcidos por la vejez no se atrevían a arañar sus cuerpos. El sonido de sus pasos se perdía en el polvo de la tierra como el susurro de las hojas en el viento. Cómo hay que oír la multitud de sonidos y cómo hay que oír el silencio. Hombre y mujer; padre, madre e hijo; padre, madre e hija, hermano y hermano; invierno, otoño, primavera y verano; agua y viento, todo son distancias y más distancias y, si callas o gritas o ríes, todo sin excepción se perderá en el mutismo de las estrellas y en la pena de aquellas colinas.

Pitdá, bella y oscura, caminaba riéndose con su ramo de novia, los nómadas desdichados la veían a lo lejos y decían: Es una extranjera hija de un extranjero, nadie que se acerque a ella vivirá. A sus espaldas, los nómadas del país de Tob la llamaban la prestada, porque era como una palabra prestada de otra lengua.

Al cabo de dos meses, regresó. Jefté había dispuesto un altar en una de las montañas, y en su mano tenía el fuego y el cuchillo. Con el paso del tiempo, por las noches, los nómadas contaban junto a las hogueras que ambos mostraron una gran alegría, ella, una novia sobre su lecho nupcial y él, un joven enamorado alargando la mano para tocarla por primera vez. Ambos se rieron como se ríen los depredadores en la oscuridad de la noche, y no hablaron, solo Jefté le dijo: Mar, Mar.

Me has bendecido y me has elegido a mí entre todos mis hermanos. No tendrás otro siervo mejor que yo. Aquí está la joven bella y oscura debajo de mi cuchillo, no te privaré de mi única hija. Dame una señal, pon a prueba a tu siervo.

Después chillaron los animales de la noche entre las rocas y el desierto, estéril y solitario, se alzó hasta la cima de las colinas lejanas.

Durante seis años, Jefté el galaadita fue juez de Israel. También estaba ansioso de sangre, e incitó a Galaad contra Efraín para destruir a Israel, todo tal y como le había dicho de joven a Gatel, el rey de Amón: No tengo parte en Israel ni tengo heredad en Amón, a ti y tus enemigos atravesaré con la espada, porque he sido un extranjero todos los días de mi vida.

Y tras seis años, se cansó de juzgar y regresó solo al desierto. Nadie se acercaba a él, porque un miedo mortal se apoderó de todos los nómadas del país de Tob. Tan solo Azur, su hermanastro, bajaba a dejarle pan y agua a cierta distancia. Y los perros famélicos bajaban siempre con Azur.

Durante un año permaneció Jefté solo en una cueva del país de Tob. Estudió todos los sonidos de la noche que subían desde el páramo cuando el desierto se erizaba, hasta que supo extraer todos esos sonidos de su interior, y entonces dijo basta.

En la crónica de la casa, el escriba de la casa escribió: «Y tras él fue juez de Israel Ibsán de Belén. Y tuvo treinta hijos y treinta hijas».

1966  
1974-1975